

El Buscador

Elora Norte



El Buscador

por
Elora Norte

1.ª Edición: Junio, 2015

© 2015, Elora Norte

© De la presente edición: CreateSpace Independent Publishing Platform

© Diseño de portada e ilustración: Sandra Molins Barceló

ISBN-13: 978-1514603895

ISBN-10: 1514603896

www.eloranorte.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida su distribución parcial o completa en cualquier formato sin el consentimiento expreso de su autora.

Agradecimientos

Se lo agradezco sobre todo a mi familia y amigos en general, porque siempre me he sentido querida y apoyada en todo lo que he hecho. En particular a Samuel, que es mi gran apoyo, a nuestra hija Elora, dado que mi embarazo hizo que me diese cuenta de que verdaderamente, necesitaba escribir y fue un gran empujón. Y a Ana, la de la piel verde, que me aguantó horas y fue la primera en leer la historia y corrigió mis miles de errores.

Quiero agradecer también, aunque sea de forma póstuma a Alfredo M. Pacheco, quien fue un buen amigo. Creo que sin haberme leído sus libros de “Vade Retro”, y haber hablado con él sobre la autoedición, jamás habría terminado de escribir una historia.

Gracias, y miles de besos y abrazos para todos.

1. RISHA

Risha aquella noche podría haber sido confundida con algún ladrón, si no fuera porque la falda de su vestido iba rozando algunos pliegues y provocando un suave sonido que la delataba como mujer que no trataba de ocultarse. Iba caminando por la calle principal del pueblo, en la que normalmente se montaba el mercado matinal. Las calles a esas horas solían estar algo oscuras; podía ver alguna que otra rendija de luz que venía de las ventanas de las casas, pero ya era bastante tarde y la mayoría de la gente se estaría preparando para acostarse.

Se dirigía al templo. Casi al final de una pobre calle y subiendo, se podía distinguir la construcción de grandes sillares de roca. Distinguible porque incluso el color de la piedra era distinto al de los demás edificios del pueblo. Las paredes eran lisas, si se podía llamar lisos a los bordes irregulares de la mampostería utilizada para aquel templo. Era una edificación rectangular y sencilla, a excepción del ábside posterior y de algunos añadidos que se habían hecho posteriormente a los laterales. Las paredes tenían vanos abiertos cada cierto espacio a modo de ventanas. Risha siempre había pensado que la iluminación interior era muy pobre con ese sistema y era obvio que por ese motivo, dentro siempre usaban candiles para mejorar la visibilidad.

La fachada principal era amplia y en el centro se encontraba la gran puerta

de dos hojas. Estaba dentro de un arco de medio punto con la parte superior cegada. La parte alta de la fachada culminaba con un frontón liso en el que se podía leer sencillamente “Templo de Ithil”. Era curioso que estuviese desprovisto de ornamentadas columnas en el exterior, como era costumbre, pero aquella simplicidad le daba un carácter distinto de cualquier otro templo de los alrededores.

Risha había llegado frente al edificio. Inspiró un poco antes de empujar la puerta de la derecha que, intuía, todavía debía estar abierta. Le costaba pasar por delante de aquel lugar, y aún le costaba más el hecho de tener que entrar sin que le diesen escalofríos. Intentando no pensar en ello, se decidió por fin, abrió la puerta y entró.

No eran horas de rezos, y habría sido extraño que en la nave central hubiese gente. Pero Risha localizó enseguida a la persona que estaba buscando gracias a que aún había algunos candiles encendidos.

La única ocupante que había dentro no pareció extrañarse de que entrara alguien tan tarde. Era obvio que la había oído entrar. Los goznes de las puertas chirriaban y se oían sus tímidos pasos por el pasillo central mientras Risha avanzaba hacia la figura que estaba al fondo y de espaldas a ella. Su propio ruido le resultaba un tanto molesto y, por supuesto, no quería perturbar la paz que residía en aquel lugar. El crujido de los pasos era magnificado por el eco que producían las gruesas paredes de piedra de la sala. Cuando llegó hasta la sacerdotisa, ésta se estaba girando para ver quien había entrado. Sin esperar un segundo, Risha le habló:

—Paro. Kértemos ha muerto.

La joven sacerdotisa vestía la túnica de diario, de un tono azul oscuro, larga hasta los pies y con las mangas hasta las muñecas. Llevaba el pelo castaño muy largo y suelto a la espalda y se lo apartaba de la cara tan solo poniéndolo detrás de las orejas. Con unos ojos de un color miel iguales a los suyos, miró a su hermana y le contestó:

—Por desgracia, es el segundo este mes. Mis rezos de esta noche serán para que un buen hombre disponga de un buen lugar en la otra vida y por que termine esta encrucijada contra el hombre bueno.

A Risha no le importaban demasiado los rezos que pudiese hacer su hermana pequeña. Suponía que no servirían para nada.

—No creo sensato llamarlo encrucijada, ni tampoco creo que tus rezos nos ayuden a paliar la extraña fuerza que está mermando a nuestro pueblo—

continuó, con cierta brusquedad, Risha, que se había quedado de pie y erguida como una estatua al lado de la sacerdotisa.

—Querida hermana, puedo llamarlo “encrucijada”, tanto como tú lo llamas “extraña fuerza”. Se trata de algo desconocido. No sabemos de esta enfermedad nada más que sus síntomas. Todo el mundo parece estar perfectamente sano y de repente, alguien enferma y muere. Para cuando detectamos los síntomas, ya es tarde para la pobre alma que los sufre. Y tampoco creo que haga ningún mal rezando por nuestros hombres, no entiendo qué quieres que haga si no.

—Sólo he venido a informarte, para que mañana hagas lo que debes hacer. Obviamente, no está en tu mano ponerle solución a esta plaga. Cada mes perdemos a dos o tres miembros de nuestra comunidad. No sé cuánto tiempo pasará hasta que empiecen a ser los niños los que caigan.

—No puedo hacer más que rezar por ellos. Ya habéis escrito cuatro cartas a la Capital pidiendo ayuda y no han contestado.

—En realidad— empezó a decir Risha—, hace un par de semanas mandé una quinta carta. No se lo comuniqué al Consejo mayor del pueblo porque pondrían muchas pegas. En la carta les decía al Consejo de la Capital, que si no mandaban ayuda, movilizaría a todos los vecinos para ir hasta su ciudad y buscar la solución con sus médicos.

—Estás loca. No dejarán que nos acerquemos ni a la linde de su bosque. Temerán contagiarse— dijo alarmada la sacerdotisa.

—Precisamente por eso. Puedes llamarlo una amenaza sutil. Tampoco creo que pudiese realmente hacer que todo el mundo cogiese el carro y se fuese camino de la Capital. Pero así se hacen las cosas hoy en día.

—El poder— dijo Paro, pensativa—. Es una pena que dediques esa estupenda cabeza tuya en manejar el poder de ese modo. Es triste ver cómo la desaprovechas y como van las cosas. Pero te doy la razón en que si no nos ayudan, habrá que movilizarse de una vez y hacer algo contundente.

Risha asintió firmemente con la cabeza y separó las manos que había tenido juntas desde que empezase a hablar con su joven hermana.

—Por una vez, estamos de acuerdo.

—Sólo en que hay que hacer algo. Aunque no apruebe tus métodos— contestó la sacerdotisa mientras apagaba un candil.

Risha tampoco aprobaba la pasividad con que Paro vivía. Tampoco acudía muy a menudo a rezar al templo. Aunque de vez en cuando las viejas

costumbres podían con ella, y en esta ocasión había entrado igual de temerosa que cuando era pequeña y la sacerdotisa era la madre de ambas.

—Bueno— volvió a decir Risha para llamar la atención de Paro—. Supongo que ya he cumplido mi deber aquí, ahora es mejor que me vaya a casa con Quirón. Kértemos era pariente suyo, por parte de padre, y seguramente estará afectado.

Paro asintió y siguió de pie, mientras su hermana salía del templo por la misma puerta por la que había entrado.

Una vez de nuevo en el exterior, a la luz de media luna que podía verse en el cielo que se había ido despejando, Risha volvió a respirar con normalidad. No le gustaba entrar en el templo. Desde hacía un tiempo había notado que aquel lugar la ahogaba y no sabía si podía ser por su hermana o por alguna otra razón.

Su padre, Ánticus, fue un buen hombre que durante años fue miembro del Consejo mayor de Ithil. Por desgracia, también fue la primera víctima en morir de aquella extraña enfermedad.

Risha pensaba en él cada vez que un miembro de la comunidad moría de igual manera. Un buen día regresó a su casa como de costumbre, tras una tarde de reunión, encontrándose perfectamente, y de buenas a primeras se empezó a sentir mal. Risha estuvo presente. Ánticus dijo que se mareaba y que no veía bien, incluso estuvo un rato vomitando y perdió el conocimiento varias veces. Unas interminables cuarenta y ocho horas más de fiebre, alucinaciones y gritos, y se acabó para siempre.

Nadie supo decirles a Paro y a ella qué era lo que había ocurrido y, al igual que ahora, ni siquiera el médico de la comarca supo determinar la causa de la muerte. Lo único que tenían claro era que aquella enfermedad se extendía, pero solo por Ithil.

Al mes de morir Ánticus, murieron dos hombres más, y tres mujeres casi al mes siguiente. Conforme pasaba la estación moría más gente del mismo modo. Fueron momentos angustiosos y terribles. Risha tuvo que asumir el puesto de Ánticus en el Consejo y, por muchos años que hubiese invertido su padre en prepararla para ese cargo, por mucho que hubiese asistido a innumerables asambleas, los miembros del Consejo no se molestaron en tratarla como a un igual. Estaban acostumbrados a hacer lo que querían y no soportaban la sangre nueva que amenazaba con traer cambios que les dejarían sin el poder absoluto.

Risha quería pensar que su padre no fue igual que los demás miembros. No

era fácil admitir que él también se había estado lucrando a costa de los demás, pero también le constaba que era él el que solía mover hilos a favor del pueblo, cuando realmente era necesario.

* * *

Caminó de nuevo por la misma calle por la que había subido, y luego cruzó por un estrecho pasillo entre dos casas para atajar y llegar antes a la suya. El pueblo no era muy grande y todo se encontraba relativamente cerca. Ithil no tendría más de treinta kilómetros cuadrados, contando con las granjas y tierras de labor. El actual hogar de Risha era la posada y casa de comidas más grande y conocida de la región. Ni siquiera en los pueblos de alrededor de la comarca se disfrutaba de la fama que se había labrado la posada de El Lobo de plata. Risha vivía en ella porque se había casado hacía casi tres años con el dueño, el heredero de cinco generaciones que habían construido y llevado aquel establecimiento.

La fachada del Lobo de plata era marrón grisácea. No había plata por ningún lado, en realidad, no se la podían permitir. Tenía unas gruesas y grandes ventanas de madera y cristal oscuro y las fuertes contraventanas pintadas de gris ya estaban cerradas. Había, sin embargo, luz que salía por debajo de la puerta y un farolillo bajo el zaguán que anunciaba que tenían habitaciones libres.

Al entrar, encontró a su marido tras el mostrador del vestíbulo, que daba acceso al área de la posada donde se encontraban las estancias, actualmente sin clientes; y el área del comedor, que estaba a la derecha. Ahora casi todas las luces estaban apagadas, y una de las camareras estaba terminando de barrer el salón.

Encontró a su esposo poco animado y concentrado en los libros de cuentas.

—Quirón, ya he regresado— le dijo, cautelosa, poniéndose delante de él. Temía interrumpir su tranquilidad demasiado, pues no sabía cómo se encontraría tras la noticia de la muerte de su primo segundo. Sabía que Quirón no estaba muy unido a esa rama de la familia, pero en un pueblo pequeño como aquel, las relaciones familiares se mantenían aunque fuese de cara a los demás, para evitar habladurías.

—Pasa, Ris, te esperaba. Siora nos ha dejado algo de cena preparada en nuestro comedor— dijo, levantando la vista de sus libros—. Enseguida estoy contigo— terminó diciendo con una leve sonrisa, aunque a Risha no le pareció que la emoción le llegase a los ojos.

Risha movió la cabeza asintiendo e hizo caso a su marido. Pasó hacia la zona que sólo se destinaba a los dueños de la posada, las habitaciones privadas que estaban tras el vestíbulo y cerca de las cocinas.

El comedor amarillo era la habitación preferida de Risha, de todas las estancias que podía disfrutar a sus anchas y sin los clientes de la posada. Era a la vez su comedor privado y sala de recepción de invitados. Sólo para familia y amigos más íntimos. Aquel color tan llamativo, era alegre y luminoso y tenía la sensación de que las cosas eran mejores cuando se encontraba en ese lugar, porque era muy diferente al resto de la casa.

Halló sobre la mesa dos platos con viandas frías y dos cuencos tapados para conservar el calor, que intuyó que serían caldos de ave que ese día habían tenido en el menú del comedor de la posada. Vio que faltaban por colocar un par de cosas en la mesa y se puso a ello, cuando su esposo hizo su aparición.

Quirón entró sonriendo a su mujer. Risha le veía bien, no parecía muy afectado. Se acercaron y se dieron un beso rápido antes de sentarse a la mesa para la cena.

— ¿Qué tal ha ido hoy tu día con el Consejo?— comenzó su marido, de forma despreocupada.

— ¿Mi día? Pues de locos, buscando soluciones a todo, pero sin llegar a nada concreto— Risha estaba algo confusa por aquel comportamiento de su marido. Se preguntó si es que él no se habría enterado todavía de la muerte de Kértemos, o si en verdad no le daba importancia ninguna.

—Vamos, lo de siempre— terminó diciendo Quirón, mientras levantaba la tapa del caldo y olisqueaba un poco el contenido.

Risha tenía miedo de comenzar a hablarle de aquel tema, pero se sentía en la obligación moral de hacerlo, como ciudadana, como autoridad local y como esposa.

—Cariño... ¿Sabes que ha habido otra víctima de la plaga?

Quirón levantó la cabeza de su plato y miró a su mujer, cambiando su actitud casi alegre y desenfadada por otra que indicaba algo de preocupación, y contestó:

—Pues supongo que sí— dijo, dejando por un momento a Risha sin saber muy bien cómo tomárselo—. Imagino que ha muerto Kértemos. Su esposa vino poco antes de la hora de la comida para pedirme ayuda—y se apresuró a añadir —. Pero yo no podía hacer nada, ni que fuera médico. Me estuvo

gritando algo así como que por ser el familiar más favorecido económicamente debía hacer algo. ¿Favorecido? Sabes tan bien como yo que esta maldita plaga no tiene cura, que no hay nada que ninguno podamos hacer. Así que imagino que habrá fallecido a las pocas horas, al igual que lo hacen todos en cuanto enferman— y bajó la mirada pensativa hacia su plato.

—Desgraciadamente, sí. Supongo que después de estar por aquí fue cuando Winea fue al Consejo para pedirnos ayuda. Pero, como bien dices, nadie puede hacer nada por el momento— dijo Risha con aflicción—. Y esos malditos grandes hombres de la Capital no se dignan a mandarnos ayuda— se fue irritando cada vez más—. Esto no puede quedarse así. Si no contestan iremos hasta ellos.

—Querida. Creo que debíamos haber ido a la Capital hace ya tiempo. Llevamos mucho aguantando esta situación de muertes continuas, el negocio se está viendo seriamente afectado, casi no hay viajeros que hospedar, nadie quiere venir y exponerse a la plaga. Ahora mismo están todas las habitaciones vacías. Nos quedaremos sin ahorros a este paso.

—Sabes que no puedo irme y dejar a mi hermana sola— le dijo Risha con un tono cansado.

Quirón volvía a sacar aquel tema otra vez.

— ¿Tu hermana? Pero apenas te dirige la palabra desde la muerte de tu padre.

—Eso no es verdad. Esta misma noche, me he pasado por allí y la he visto. Hemos hablado de la situación que afrontamos en el pueblo, y aunque no se ha mostrado muy comunicativa, estoy segura de que ha ido bien.

—Y seguramente te ha dicho que rezará por ellos y nada más, se lava las manos en esto, como si no le atañese— le interrumpió Quirón, algo secamente.

Risha sabía que su marido tenía razón. Su hermana y ella estaban algo distanciadas, pero culpaba de ello a la forma en que Paro había sido educada, ello hacía que se tomase las cosas con más calma que los demás. Sin embargo, no dudaba de que su hermana pequeña quería ayudar, y si fuese posible habría curado con sus propias manos a sus vecinos, pero era imposible. La naturaleza de ambas siempre había sido buena, siempre querían hacer por el prójimo lo que harían por ellas mismas y de eso no había duda alguna.

Como decía Quirón, Risha había notado cambios en el comportamiento de Paro desde la muerte de Ánticus, pequeñeces si se comparaba con cuando la joven, siendo aún una niña de apenas diez años, había tenido que hacerse

cargo del cuidado del templo. Entonces pareció dejar de ser una niña y convertirse en adulta en cuestión de días. El templo de Ithil había sido heredado, generación tras generación, por línea materna en la familia su madre.

Ánticus había dispuesto que su hija mayor siguiese sus pasos, como miembro del consejo en su pueblo natal. Lo consideraba un muy buen trabajo para ella. Tanto como lo había sido para él..

A la pequeña Paro le quedó el templo.

Para la hermana mayor, el Consejo suponía tener un buen trabajo y un futuro asegurado en muy buena posición. No había hecho caso de los rumores que circulaban cuando decidió casarse con Quirón. No fue por tener más dinero y una casa grande, como decían, sino porque consideró que debía formar una familia y él era perfecto, ella le quería y él la quería a ella.

Para la más joven, quedó una vida de pocos lujos y de mucha responsabilidad. Entre sus deberes, tenía que abrir pronto el templo y cerrarlo tarde, con lo cual quedaban pocas horas de sueño. También debía mantenerlo limpio y ordenado, listo para las horas de culto de los aldeanos. Asimismo, se ocupaba de dar clases a los niños en la escuela que habían añadido al templo, para que aprendiesen a leer y escribir y, si se les permitía, también enseñaba algo de matemáticas y filosofía. Risha no dudaba de que la escuela y los niños fueran del agrado de su hermana menor, que no se quejaría de ello.

No habían tenido la posibilidad de hablar entre ellas de lo que les había supuesto tener un destino prefijado en un lugar tan pequeño como Ithil. Pero Risha imaginaba que, de hablarlo, Paro se negaría a decir cualquier cosa en contra. Tenía un alto concepto del deber.

Siguió cenando con su esposo, sin entrar al trapo en la discusión sobre su hermana. Siempre acababan acalorándose por lo mismo y estaba un poco harta de aquello. No podía irse y dejar a Paro sola. Su hermana no tenía más familia que ella; aunque su marido le instase a abandonar el pueblo y partir a la Capital a establecerse, lejos de enfermedades extrañas, ella jamás dejaría de lado a su hermana.

Cuando terminaron de cenar, Quirón tomó la iniciativa y retiró su plato y el de su mujer. Risha no notó a su marido enfadado y eso la animó un poco. No deseaba que estuviesen peleados. Bastante tenía con las reuniones del Consejo y discutir con un montón de personas mayores y medio locos de avaricia, como para también tener que discutir en su casa.

—Ris, es hora de que me acueste. Mañana tendré que madrugar. Prometo que iré a ver a Winea, para darle mis condolencias por la muerte de Kértemos y hacer que entienda que yo no pude hacer nada. Luego me iré hasta Genuin para ir al mercado grande y abastecer el negocio. Espero volver para la hora de las comidas en la posada y comer contigo aquí.

—Claro, mi amor. Yo también vendré a comer a casa— dijo Risha, dibujando una sonrisa afable en su rostro—. Espero que hagas el viaje sin complicaciones— se levantó de la mesa —. Yo ahora me entretendré un rato redactando un informe para la Guardia y luego me iré a dormir.

Le pareció oír un suspiro exasperado de Quirón, pero intentó no darle importancia. Le dio un beso de buenas noches y se marchó por el pasillo, en dirección a otra estancia que no estaba muy lejos del comedor amarillo.

Su estudio era amplio para lo que solían ser las habitaciones de aquellos lugares. Al entrar, notó el característico olor a leña quemada, en la chimenea sólo quedaban las brasas incandescentes que habían estado encendidas toda la tarde. No creyó necesario avivar el fuego. Tenía unos candiles para iluminar la mesa y, de todos modos, aunque las noches refrescaran, aún no hacía demasiado frío en la región como para tener todo el día las chimeneas puestas.

Su escritorio estaba desordenado, con papeles y plumas por todos lados. Siempre había sido un auténtico desastre y nunca había sido capaz de tenerlo bien organizado. Quizá era porque la locura de sus compañeros del consejo se le había pegado, o porque al aprender de su padre, lo hizo todo del mismo modo que él. Ánticus tampoco había sido nunca muy ordenado en su casa.

Se sentó y comenzó a escribir el informe sobre las nuevas tasas e impuestos para los vecinos de Ithil. Sólo hacía tres días que había redactado otro parecido, y ya lo habían vuelto a cambiar. Entendía que al ser menos vecinos las recaudaciones de impuestos eran menores, pero subirlos cada dos por tres no ayudaba demasiado a la estima que pudiesen tenerle al Consejo.

A Risha, todos aquellos hombres y mujeres mayores le daban dolor de cabeza y la volvían loca. Cambiaban las cosas casi cada día, no solamente cuestiones sobre impuestos. Ya todo Ithil empezaba a estar un poco harto de sus dirigentes, y por desgracia eso la incluía a ella. Al final de cada semana, en las reuniones y asambleas de puertas abiertas con los vecinos, siempre surgían grandes discusiones, pero últimamente eran sobre dos únicos temas: o se hablaba de la plaga o de la subida de impuestos.

La semana anterior había habido un cambio. Se discutió sobre unos arreglos

que necesitaba el pueblo. La zona sur precisaba un nuevo puente, el viejo había sido derribado por una crecida del río. Ahora los vecinos de esa parte debían dar una gran vuelta por el lado este para poder cruzar. También se comentó que las casas viejas del centro tenían problemas con sus tejas. No era cosa sólo de que tuviesen goteras, sino de que las tejas caían a la calzada y podían alcanzar a algún viandante en la cabeza. En general, eran cuestiones que necesitaban ser reparadas urgentemente, pero los ancianos del Consejo querían destinar el dinero a otras nimiedades, que les afectaban a ellos directamente. Era muy injusto y Risha no era capaz de hacer nada al respecto. No sabía cómo lo hacían aquellas personas, pero hablaban y convencían al pobre pueblo que lo que decían era más necesario de lo que realmente era.

Tratar con ellos era casi imposible.

Cuando terminó, era ya muy tarde y debía irse a dormir. Tomó uno de los candiles y salió a los pasillos de la vacía posada; a esas horas ya hasta los empleados se habían ido a sus casas a dormir. Pasó por delante de la ventana del pasillo del piso superior y se percató de que la contraventana de madera no había sido bien cerrada, probablemente Lea lo había hecho de forma rápida y descuidada, y no la había encajado bien.

Abrió un poco más, para ver si se había quedado algo enganchado que impidiese que se cerrase, y no vio nada extraño; seguramente quien la había cerrado llevase prisa y no se asegurara. Se le fueron los ojos hacia la calle y se percató de que aún había una luz encendida en la casa de enfrente. Se trataba de la residencia del capitán de la Guardia, un antiguo amigo de la infancia de Risha y Paro, llamado Tash. Hacía poco más de un año que aquel hombre había vuelto del servicio militar y había sido nombrado jefe en Ithil. Algo que agradecían mucho, puesto que era bueno en su trabajo.

Se preguntó que andaría haciendo a esas horas para haberse quedado levantado hasta tan tarde, teniendo en cuenta que prácticamente todos los habitantes del pueblo madrugaban bastante. Creía probable que, al igual que ella, se hubiese tenido que quedar levantado por cuestiones del Consejo.

—Malditos locos, ahora todos perderemos el sueño por su puñetera culpa.

Se sorprendió a si misma diciéndolo en voz alta. Y miró al pasillo en ambas direcciones para ver si había alguien. Cualquiera que la oyese quizá la tomaría por loca y con razón, pero por suerte no había nadie. Seguramente Quirón estaba ya dormido profundamente en la habitación. Y si no lo estaba y la había escuchado, tampoco era para tanto. No se sorprendería de escucharla hablando

del Consejo en voz alta. Al fin y al cabo, la conocía bien.

No quiso darle más vueltas al asunto, ya estaba muy cansada. Cerró la contraventana y se fue al dormitorio.

2. TASH

Tash notó que el candil flojeaba y la luz se hacía muy tenue, así que optó por levantarse a coger el que tenía sobre la estantería. Lo encendió y apagó el de la mesa, que estaba a punto de consumirse. Iba haciendo falta conseguir más aceite y algún lienzo de mecha más. Ahora que volvía a tener la luz suficiente para no perder la vista y los ojos en los papeles, podía continuar.

Estaba repasando algunos informes antes de acostarse, su trabajo parecía no acabar nunca, y menos desde hacía como un año, en que la plaga había comenzado a ser realmente un problema. El último informe que había aparecido en la mesa del cuartel de la Guardia era sobre la muerte de Kértemos. Desde el cuartel no sabían qué hacer, y tampoco era realmente competencia suya si se trataba de una enfermedad. Pero aquello preocupaba a todo el mundo en Ithil. Siempre era necesaria la notificación de defunción con un informe, para los registros. Ese documento le tocaría llevarlo al Consejo, más adelante.

Cada ciudadano tenía su propia teoría sobre lo que estaba pasando. Si había habido algún tipo de rencilla entre vecinos, al día siguiente tenía ante sí montones de denuncias acusándose los unos a los otros sobre ser los causantes de la enfermedad que los estaba asolando. Algunos pasaban por decir que la enfermedad la traía cierta especie animal que un vecino había importado en la

época en que todo había comenzado, y otros parecían echarle más imaginación al asunto y acusaban a sus congéneres de practicar brujería y que todo era causado por algún tipo de práctica mágica oscura. La superchería general solía ser descartada inmediatamente. Tash no solía dar crédito a las acusaciones cuando eran de este tipo. Creía que había cosas mucho más importantes en las que centrarse.

Ithil no era el pueblo más grande de la comarca, ese puesto le pertenecía a Genuin, que además era capital comarcal, aunque no capital del territorio nacional. En Ithil siempre habían tenido alrededor de unos quinientos habitantes, aunque en el último año, entre las muertes por la enfermedad y la gente que se había marchado para huir de ésta, la cifra probablemente podía haberse visto rebajada a sólo doscientos habitantes. Y aún así, los informes se multiplicaban cada semana. No solo por quejas entre vecinos. Al parecer, también empezaban a tener un problema de lobos en el bosque del lago. Aquello no extrañaba al capitán de la guardia. Era obvia la relación entre el incremento de funerales, los animales abandonados o que se quedaban sin dueño, al marcharse los habitantes con lo puesto, y las nuevas oleadas de ataques de lobos. Aquellos lobos eran listos, parecía que sabían detectar cuando una granja quedaba sin atención para hacerse cargo ellos de los pobres cerdos y ovejas.

Estaba claro que necesitaban que alguien actuase y encontrara la causa de aquella enfermedad tan rápida y mortal. El Consejo no parecía estar haciendo nada, y era algo que a Tash le hacía hervir la sangre. El Consejo mayor estaba ahí para buscar soluciones a las cuestiones que fuesen importantes para el pueblo, no sólo para enriquecerse y tratar cuestiones menores, como buscar paz entre vecinos enfrentados por las lindes de sus huertas. No es que pensase que aquellas cosas no fueran necesarias, que sí lo eran, sino que no se respetaban las prioridades. La Guardia era necesaria para aplicar las leyes que se aprobasen en el Consejo o que viniesen directamente de la Capital, pero a veces se tenían que hacer cargo de tonterías porque a los dirigentes de Ithil les apetecía ese día cambiar alguna cosa para estar entretenidos.

Le dolía pensar que la mujer que podría tener mayor cabeza e influencia en el Consejo estuviese ignorando el problema, aunque tampoco estaba muy seguro, pues no hablaba casi nunca con la hija mayor de Ánticus, al menos no desde hacía un tiempo a esta parte. Quizá la última vez que le dirigiese unas palabras fuese en el funeral de su padre.

Pensó que mientras seguía leyendo las nuevas tasas, se podría relajar con un cigarrillo. Se sacó la pitillera metálica del bolsillo derecho de la chaqueta y se dio cuenta de que ese era el último. Recodó que hacía dos días había liado su último paquete de tabaco. Había ciertas cosas que empezaban a escasear por la zona. Tendría que ir por la mañana o a mediodía y ver si en la posada de El Lobo de Plata le podían vender algo. Casi siempre tenían un apartado con cosas que vendían a los parroquianos, probaría suerte y vería si allí les quedaba.

Apenas tenía ya en casa ni siquiera su bebida favorita, se le había acabado hacía unas semanas, y en el mercado ya no la encontraba, porque el proveedor no quería acercarse al pueblo. Esto estaba empezando a ser preocupante. Los vecinos no podían disponer de las mismas cosas que antes.

La comida y el agua no escaseaban, pero los productos que marcaban la diferencia en cada casa ya no solían hacerse. Quien estuviese acostumbrado a hacer un tipo específico de comida que se vendía en el mercado entre vecinos ya no podía hacerlo, porque le faltaba algún ingrediente o porque no viniese gente de Genuin para comerciar. Si la poca y pequeña industria mercantil de la que disponía el pueblo no se abastecía, el pueblo sufriría un gran atraso. La maldita plaga estaba afectando a todos y cada uno de los habitantes del pueblo. No hacía falta que fuese provocando su muerte o la de un familiar cercano. La enfermedad se estaba ocupando de mantener alejado de Ithil a todo el mundo.

Se levantó algo furioso de la mesa donde estaba y, al hacerlo, arrastró la silla e hizo bastante ruido. No le preocupó porque vivía solo, pero en el silencio de la noche, quizá en alguna casa vecina se hubiese oído el estrépito, y por la mañana tendría a alguna vecina curiosa preguntando. Estaba muy enfadado.

— ¿Por qué no le ponen solución de una maldita vez?— dijo en voz alta—. Estamos al borde de la ruina total, de ser un pueblucho abandonado, y a estos viejos locos no les importa nada. Si al menos Ánticus siguiese vivo, él si habría hablado con el pueblo y los habría tranquilizado.

Por mucho que se esforzase, no daba con más solución que la de enfrentarse al Consejo y reclamar la atención sobre aquel asunto. Quizá él mismo podría disponer de algunos hombres e irse a la Capital a pedir ayuda. Quizá necesitasen buscadores. Era eso o irse para siempre de ese pueblo y abandonarlos a su suerte. Aunque estaba claro cómo iba a acabar todo. Ithil se

convertiría en un páramo asolado.

Se tranquilizó mientras bebía agua. Lo mejor era hacer una visita a la amiga con la que sí hablaba, y esperar que ella tuviese las respuestas que a él le faltaban. La sacerdotisa Paro le pondría al corriente de la situación del Consejo, ella siempre estaba dispuesta a hablar con todo el mundo y con él mantenía la amistad casi igual que cuando eran más pequeños. Tash tenía la misma edad que Risha, pero Paro siempre había sido la pequeña niña que les seguía a todos lados para jugar, hasta que cumplió los diez años y se hizo cargo del templo. Entonces los juegos se acabaron, pero siempre podía ir hasta su nuevo hogar, para hablar o tomar algo, si estaba libre de sus nuevas obligaciones y así charlar un rato.

Era momento de intentar dormir, le tocaba madrugar al día siguiente. No creía necesario cerrar los postigos de las ventanas, de todos modos necesitaría de la luz del alba para despertarse. Apagó el candil y se fue a su habitación.

* * *

Era muy temprano, pero Tash sabía que aunque el sol apenas acabase de despuntar, Paro ya habría abierto la puerta del templo y estaría esperando a los primeros visitantes. Siempre se podía contar con que la sacerdotisa estuviese en el templo o en las estancias aledañas donde vivía y daba clases. Todo el mundo podía acudir allí si la necesitaba. A Tash le gustaba conversar con ella, porque era buena en lo que hacía y para Ithil era magnífico tener a alguien que siempre estuviese dispuesto a escuchar sin juzgar y dispuesto a ayudar a los demás.

Se detuvo al pasar por la enorme puerta del templo para dejar que su vista se adaptase a aquella penumbra. No andaba muy desencaminado pensando que encontraría a Paro al fondo, seguramente colocando las ofrendas de flores y comida del día. Y allí estaba, colocando las últimas ramas florales, naranjas y blancas que ofrecía la temporada. Tash se acercó hasta ella.

—Unas flores preciosas, sacerdotisa.

La joven vestida con su túnica azul oscuro se dio la vuelta sonriendo al oír el comentario y no se sorprendió mucho de ver allí al capitán de la guardia.

—Las he recogido esta misma mañana, así que están muy frescas.

—¿Has ido sola?— preguntó Tash, un poco preocupado por ella.

—Claro, como todos los días. Madrugo bastante para tener todo listo.

—Deberías tener cuidado, tenemos avisos de que se hay lobos por la zona. El bosque del lago al parecer empieza a ser un poco peligroso.

—Me alegro de que te preocupes por los habitantes de Ithil. Eso dice mucho a tu favor, Capitán— le dijo amablemente Paro—. Pero, como sabrás, los lobos no suelen atacar a los humanos. Se han atrevido a acercarse por las granjas abandonadas. Ya me lo habían comentado. Son más inteligentes de lo que piensas, y no van a ir por ahí matando gente, solo quieren sobrevivir.

Tash no estaba del todo convencido sobre los lobos, aunque sí era verdad que los avisos eran por avistamientos y nadie había sido atacado.

—Bueno, de todos modos ten cuidado cuando vayas por el bosque, sacerdotisa.

Paro le sonrió, Tash supuso que le veía comportándose un poco como su padre o hermano mayor, y parecía que le hacía gracia. Pero por los años de amistad que llevaban, él creía tener cierto derecho a protegerla un poco más. Vio como Paro le hacía un gesto discreto con la mano y entendió que quería que le siguiese hasta el lateral donde se serviría el desayuno de los necesitados.

Cuando la sacerdotisa por fin se sentó a una mesa vacía, él se sentó con ella.

— ¿De qué quieres hablar hoy Tash?

— ¿Es que acaso no puedo venir a verte porque sí y preocuparme por ti?— le contestó el capitán con una sonrisa.

—Por supuesto que puedes. Pero no lo sueles hacer. Si vienes es porque necesitas hablar. Como todos.

A Tash le pareció ver una sombra de tristeza en los ojos de su amiga, pero se esfumó rápidamente, y no pudo verificar si eso era lo que había visto.

—Bueno, es verdad que vengo porque quería saber algo. Pero si por cualquier cosa la que prefiere hablar eres tú, yo también puedo escuchar.

— ¿Qué dices?— soltó una risa tímida— ¡Que ocurrencia! Yo no necesito desahogarme de nada. Yo soy la encargada de escuchar a los que lo necesiten y de aconsejar.

—Cuando te nombraron sacerdotisa creí que eras demasiado joven— e hizo un gesto señalando a su alrededor—. Y ahora mira. Nadie de Ithil te cambiaría por ninguna otra— le dijo cogiéndole de la mano, para reforzar lo que le acababa de decir.

—Bueno, deja de alardear de buenos modales y dime qué te ha traído por aquí— le cortó ella descuidadamente.

—Incorregible, Paro. Está bien— estaba claro que ella no quería seguir con

aquel tema—. Sí que es verdad que vengo a hablar contigo, bueno, más bien a preguntar por algo. Supongo que como todos los vecinos últimamente, vengo a hablar sobre la plaga.

—Imaginaba algo así, es el único tema de conversación en el templo— dijo suspirando la sacerdotisa.

Tash soltó la mano de Paro, que aún mantenía entre las suyas. A veces cuando se trataba de hablar de Risha se sentía incómodo, con quien fuese. Consideraba a Paro casi como a una hermana, y en algún momento ya lejano también sintió lo mismo por Risha.

—Esta plaga tiene al pueblo muy afectado. Y todos se preguntan qué está haciendo el Consejo mayor al respecto — contestó preocupado el capitán de la Guardia—. Son tan herméticos que ni siquiera yo sé que es lo que hacen o dejan de hacer hasta que me ordenan algo. Y últimamente las órdenes son auténticas tonterías. No parece que les preocupe lo más mínimo que el pueblo esté quedando en el olvido.

—No creo que haya que preocuparse tanto por el Consejo, no todos son unos viejos locos. Sé por mi hermana que la plaga es casi lo único que les trae de cabeza desde hace tiempo, pero no saben qué hacer— dijo Paro, intentando defender a aquellos hombres y mujeres—. Risha ha escrito varias cartas a la Capital pidiendo ayuda, estoy segura de que en breve habrán de mandarnos una solución, o a alguien que encuentre la causa— Tash desvió la mirada al suelo de piedra pensativo, si la sacerdotisa había visto algo en su gesto no lo dio a entender.

— ¿Sabes, Tash? Estoy convencida de que va a ser así— añadió la sacerdotisa—, porque en la última carta, Risha fue muy tajante al respecto. Creo que su intención era lanzar una sutil amenaza a la Capital, algo como que iríamos a propagar la plaga hasta sus mismísimas casas si no nos ayudaban.

Con aquellas palabras Tash no pudo más que reír a carcajadas. Soltar aquello le ayudaba mucho.

—No me extraña nada que Ris haga algo así. Amenazar al Consejo de la Capital. Esperemos que sirva de algo, porque si no, estoy seguro de que cumplirá su palabra— dijo entre risas—. Está tan loca como el resto de viejos del Consejo.

Se sentía más relajado ahora que por lo menos sabía que intentaban que mandasen ayuda. También pensaba en lo estúpido del plan de Risha, pero si funcionaba aquel farol, era perfecto. Lo más seguro es que ahora si la

mandasen, no podían dejar a un pueblo a su suerte durante más de un año.

Necesitaban buscadores, las únicas personas que se entrenaban para descifrar misterios como estos.

—Si en la Capital saben algo sobre el Consejo de mayores de Ithil, sabrán que eso de ir a contagiarlos no es ninguna broma. Y seguro que su Consejo debe estar enterado de como es el nuestro— dijo Paro, contagiada por el buen humor que tenía en ese momento Tash.

—Supongo que algo deben saber. Hace muchos años nos visitaban para discusiones mayores, cosas sobre la comarca y eso. Sabrán cómo se las gastan por aquí. Aunque intuyo que la idea ha sido toda de Ris. Es muy extremista, como cuando ella...— y se quedó callado de repente. No quería hablar más de Risha y menos con Paro. El pasado estaba bien donde estaba.

Notó que la sacerdotisa le miraba un poco preocupada, pero le quitó hierro al asunto sonriendo.

—Bueno, creo que voy a dejarte seguir con tus quehaceres y yo voy a ir con los míos— dijo Tash—. Hoy tengo que hacer una ronda y unas revisiones de lindes. Voy a estar muy liado. Pero nos veremos esta tarde, por lo de Kértemos.

—Sí, nos veremos luego. Espero que tu día sea de lo más provechoso, Tash.

—Gracias, sacerdotisa. Que tu día traiga paz.

Y con esa despedida, el capitán se levantó y se dirigió a la puerta de entrada del templo, por el que ya iban entrando algunas personas para las oraciones de la mañana. Salió por la puerta y el día ya era claro. Se agradecía que hiciese buen tiempo. En posiblemente una semana o dos, empezaría a hacer más frío, y la estación cambiaría.

La calle estaba ya llena de vida, y el mercado estaba empezando a colocarse. Había pocos puestos, se notaban las ausencias. Vecinos que se habían marchado de Ithil y mercaderes que ya no se dejaban ver por el pueblo. Eso le recordó que seguía sin tabaco y pensó que podía permitirse pasar un momento por la posada y probar suerte, pues tal vez, también podría conseguir que le vendiesen algo de aceite para los candiles.

3. PARO

Paro había estado rezando por Kértemos la noche anterior y se había acostado tarde. Para colmo, había estado inquieta y no había dormido bien. Aquel asunto se había vuelto muy serio desde el año anterior. Llevaban sufriendo la epidemia de muertes extrañas al menos dos estaciones frías y se acercaba la tercera. Temía por sus seres queridos, y por los niños del pueblo. Ella ya había perdido a sus dos progenitores. Su madre había muerto cuando ella era muy pequeña y su padre, fruto de esta especie de maldición que los atormentaba. Ningún niño había caído enfermo todavía, pero no podían estar seguros de que no fuese a suceder. A ella le afectaba pensar que los niños a los que daba clases desaparecieran de su vida de un plumazo y saber que jamás les volvería a ver. Demostraba toda la entereza que podía, y no se dejaba llevar por la pasión como su hermana mayor, pero por dentro sufría más de lo que decía o expresaba. No era una dama de hielo, pese a que algunos sí lo pensasen.

Había intentado tranquilizar a Tash todo lo que pudo. Pero hablar con él de su hermana siempre resultaba complicado a la par de incómodo. Tash era como un hermano para ella, y desde hacía tiempo ya no podía estar en una misma sala con ambos. No había sabido las razones hasta un poco después, cuando Tash fue un día a hablar con ella al templo, necesitando desahogarse de

aquella carga. Pero igualmente él le pidió que jamás se lo dijese a Risha.

Ahora era momento de dejar de pensar en ellos y centrarse en la gente que venía a desayunar al templo. Era temprano, pero la gente que la necesitaba no solía retrasarse. El mercado abriría en breve, ya habrían ofrecido su ayuda para montar los puestos y hasta la hora de desmontarlos estarían seguramente dentro del templo.

Paro estaba encantada de poder ayudar a la gente. Era una de las cosas que más le gustaban de ser la sacerdotisa del pueblo. Otra de las cosas buenas que tenía era que tenía una casa propia desde los diez años y no tenía que depender de nadie. Aquello era algo bueno para ella. Sus padres y su hermana nunca la habían tratado mal, pero ella había crecido casi sin madre, y su padre se había ocupado siempre más de su hermana mayor, así que había ido aprendiendo a ser totalmente independiente desde bien pequeña. Quizá la vida de sacerdotisa de un pueblo pequeño no era a lo que aspiraban las jóvenes, pero para ella, aquello era felicidad. A veces, era verdad que se sentía como si estuviese incompleta, como si le faltase algo importante, pero no por ello era menos feliz.

Dispuso varios servicios más en la mesa, y ayudó a sentarse a una anciana que vivía sola a unas pocas calles del templo. Después de que todos hubiesen desayunado, recogió y limpió mientras escuchaba a algunos vecinos que se habían acercado para hablar sobre la plaga. Paro no tenía la solución, pero ellos se sentían más tranquilos si lo hablaban con ella. A la gente le gustaba hablar, y aunque se repitiesen siempre las mismas palabras, Paro sabía que aquello les ayudaba de algún modo a sobrellevarlo. Cuando sus quehaceres de la mañana estuvieron terminados, fue a coger los libros que utilizaría ese día para dar clase a los niños. Su momento favorito del día.

* * *

Las clases discurrieron de forma más o menos normal, sin tener en cuenta que cada vez eran menos niños en la clase. Sus familias se mudaban del pueblo, por el miedo a la plaga. Aquel era el único tema del que los pequeños querían hablar también. No por ser pequeños estaban lejos de entender lo que ocurría a su alrededor. Todo el día andaban escuchando de sus mayores que éste o aquel vecino había fallecido por culpa de esa enfermedad misteriosa. Hasta ellos estaban asustados y probablemente sus familias terminasen por llevárselos lejos. Paro pensaba que tal vez en poco tiempo se quedaría sin alumnos y sin escuela que abrir y le parecía una tragedia.

Cuando llegó la hora de comer se lo comunicó a los niños y todos comenzaron a recoger entusiasmados. Al poco de terminar, uno de los mayores, de aproximadamente diez años, se acercó a ella.

—Sacerdotisa Paro.

—Dime, Hans— le contestó amablemente ella.

—Tengo que decirle una cosa, sacerdotisa.

Paro le sonrió, estaba casi segura de lo que el chico quería decirle. Y sin duda preferiría hacerlo sin sus compañeros presentes. Ya había pasado por aquello un par de veces.

—Siéntate un momento, Hans, y ahora hablamos.

Esperó unos minutos a que los demás se fuesen a sus casas y regresó con él.

—Bueno, ahora sí. Ya puedes hablar— intentaba sonreír, su madre siempre le había dicho que con una sonrisa y buenas palabras se podían solucionar casi todos los males de espíritu que tenían los hombres.

—Verá, sacerdotisa— bajó la vista a sus propios pies denotando su tristeza—. Mis padres me han dicho que nos marchamos mañana del pueblo. Ellos no querían que se lo dijese a nadie, porque no quieren decir adiós ¿sabe? Mi madre no deja de llorar por tener que irse, pero mi padre dice que es lo mejor. No quieren morir por culpa de la plaga y tienen miedo.

Era exactamente lo que Paro se esperaba que le dijese el pequeño. El niño quería expresarse, pero seguramente en casa no había podido hacerlo.

—Hans, creo que sabes perfectamente porqué tienen miedo tus padres. Tienen miedo de morir ellos y de que mueras tú. Si ellos faltan, tú te quedarás solo y eso tampoco te gustaría— El niño volvió a subir la vista hasta la sacerdotisa y negó con la cabeza sin decir una sola palabra—. Pues precisamente por eso, tú no debes estar triste. Si tus padres han decidido que lo mejor es irse, debes hacer lo que dicen, habla con ellos e intenta entender porqué lo hacen. Piensa que mientras estéis a salvo, estaréis juntos, y seguramente eso es lo que quieren ellos, no separarse de ti. Mientras tanto, aquí en Ithil, puede que dentro de poco averigüen que es lo que está provocando la plaga, y cuando eso ocurra y todo se solucione. Siempre cabrá la posibilidad de que podáis volver.

El niño parecía un poco menos triste, quizá había podido encender la llama de la esperanza en el pequeño. Aunque eso fuese lo único que pudiese hacer por él, sentía que no era suficiente. Tampoco quería mentirle, pero Paro sentía que en poco tiempo mandarían ayuda.

El niño se marchó y Paro entró de nuevo a la parte principal del templo. Era hora de comer un poco y prepararse para ir a la casa de Kértemos. De nuevo tendría que presidir el funeral de un vecino y no era de recibo hacerles esperar demasiado. Tendría solo unas horas para prepararlos a todos antes de que anocheciera.

Ésta era una de las cosas que no le gustaban tanto de ser sacerdotisa. Los funerales se desarrollaban con mucha solemnidad y ella debía ser quien lo dirigiese todo. Aunque no todos los vecinos fuesen hasta el templo a rezar de vez en cuando, a la hora en la que habían de ser despedidos sus familias siempre contaban con ella para oficiarlo todo, y ayudarles con la pérdida.

Kértemos había pasado alguna que otra vez por el templo, pero nunca había necesitado hablar con la sacerdotisa. Cosa por otro lado que no era extraña. No todos los hombres o mujeres tenían inquietudes que quisieran compartir. A algunos les bastaba con acudir a rezar uno o dos días por estación. Por supuesto había también quién no acudía nunca, pero no había reproches al respecto. Eran libres de rezar y meditar donde quisieran o de no hacerlo.

* * *

Tras una ligera comida, consistente en verduras cocidas y poco sazonadas, dejó limpias las mesas que habían sido usadas para algunos vecinos que se habían reunido en el templo. Ella consideraba que siempre debía tenerlo todo perfectamente recogido. Se fue a su habitación, que estaba en el lateral izquierdo de la sala principal, y comenzó a arreglarse para el funeral. No necesitaba cambiarse de ropa, debía llevar la misma túnica que vestía en ese momento. Se recogió el pelo de forma sencilla y se colocó un velo por encima, del mismo tono azul de la túnica. No llevaba nada que llamase demasiado la atención, era necesario vestir de modo sencillo, como le había enseñado su madre.

Mantener el velo le resultaba muy incómodo porque se le resbalaba de la cabeza. Su lacio pelo castaño parecía rechazar cualquier tipo de sujeción, así que no le quedaría otra que estar colocándose cada dos por tres. Y esperar que en ningún momento se le cayese por completo, pues sería bochornoso perder la compostura en mitad del funeral.

Había llegado el momento de ir a la casa de Kértemos. Un último vistazo al espejo y un suspiro profundo era cuanto podía hacer por el reflejo que ofrecía. Nada halagüeño. Pero no era momento de ponerse a pensar en esas cosas, era momento de ir a despedir a una persona que era parte de la comunidad.

Se subió la parte delantera del velo hacia la frente, ya la bajaría cuando presidiera el cortejo. Salió a la sala central del templo, y como lo hicieron los pasos de su hermana la noche anterior, ahora era ella la que producía el eco en la sala. Todos los que normalmente, hubiesen estado a esas horas allí rezando, ahora estaban en sus propios hogares esperando la hora de salir hacia el nuevo funeral. Otros estarían ya con los preparativos y hablarían entre sí de la extraña muerte, de la plaga que les acechaba y cuchichearían sobre donde estaba el epicentro de todo. No tenía ninguna duda sobre que muchos vecinos pensaban que puesto que el primero en morir de aquello había sido su padre, el foco de la tan temida enfermedad debía rondar cerca de su familia. Pero eran sólo simples conjeturas y habladerías de gente asustada, nadie tenía ninguna certeza. Paro no lo tenía en cuenta. Al fin y al cabo, la gente seguía acudiendo al templo y a la posada de El Lobo de plata; al menos, la gente que no lo había abandonado todo y se había ido a la Capital.

No creía conveniente tener que cerrar con llave la puerta del templo. Nadie quedaría cerca, pero por si alguien no se acercase al funeral y necesitase entrar, debía dejarlo abierto.

Tampoco es que importase demasiado lo que había dentro, si algo desaparecía se podía reponer y si lo había cogido alguien sería por necesidad.

Salir fuera siempre era agradable. Su rutina le permitía salir poco al exterior del templo, casi siempre solo por las mañanas, y no durante todo el año. Se había volcado mucho con la escuela y en los necesitados, y ya no iba sencillamente de paseo, o a comer con vecinos o familia. Así que se permitió disfrutar de un momento y tomar el aire fresco.

Caminaba por la calle principal y vio a algunas personas que tomaban su misma dirección. Dos mujeres de edad más avanzada se unieron a ella a mitad de camino.

—Vas primero a la casa de Kértemos, ¿verdad, Paro? le dijo una de las mujeres, la más alta y mayor.

—Sí. Voy a ver a la familia— respondió ella.

No entendía muy bien por qué le preguntaban aquello. Era obvio que si llevaba el velo eso era lo que debía estar haciendo. No se lo ponía más que para eso.

— ¿Luego te pasarás por la de Haro?— volvió a preguntar la misma mujer.

Paro se detuvo. Y un pensamiento se le pasó por la mente. Pero casi tenía miedo a preguntar. Las mujeres que le acompañaban también se pararon con

ella y se miraron entre sí. La que no había hablado continuó andando tras darle un apretón cariñoso en el brazo. La otra mujer volvió a hablar con ella.

—Haro ha muerto esta mañana. Debías estar dando las clases a los niños. ¿Nadie te fue a avisar?

—No, nadie me lo había dicho— ahora Paro debía presidir dos funerales. Probablemente la familia de Haro querría también celebrarlo la misma tarde—. Que tragedia tan grande.

Continuaron andando, ambas en dirección a la casa de Kértemos que se encontraba a las afueras, un poco al norte.

Cuando llegaron a la puerta, la mujer con quien había estado caminando se retiró junto con la otra que había llegado antes y estaba cerca de la puerta con un grupo de señoras mayores cuchicheando.

Paro atravesó el umbral que estaba abierto. La casa estaba recogida y casi todo cubierto con sábanas blancas, ya preparada para la despedida. En el mismo salón habían sido colocados una cama simple y el cuerpo sin vida del pobre Kértemos. La viuda lloraba quedamente sentada en una silla al lado de su esposo fallecido, mientras algunas familiares la acompañaban en su dolor. El resto de la sala estaba llena de hombres y mujeres, familiares y amigos que formaban algunos círculos cerrados y hablaban entre ellos en voz baja.

Cuando la viuda vio entrar a la sacerdotisa, desde la misma silla le tendió los brazos para que se acercara. Paro tuvo que aguantarse las lágrimas que querían salir de sus ojos al contemplar la desgarradora escena de dolor. Se acercó como le pedía la mujer y le cogió de las manos.

—Sé fuerte, Winea. Sabes que ahora Kértemos tendrá una buena otra vida. Estará esperándote allí.

—Lo sé, sacerdotisa. Pero no puedo evitar llorar por él. Porque esto no tenía que haber pasado— y volvió a romper a llorar.

—Winea. Si has de llorar, hazlo, porque te desahogará. Pero has de ser fuerte por la gente que te quiere y que quiere a Kértemos y por aquellos que te necesitan y dependen de ti.

— ¿Qué haré ahora sin mi marido?— interrumpió Winea, más para sí misma que otra cosa— ¿qué haremos? — y siguió llorando aferrada a la mano de la sacerdotisa.

Nada de lo que Paro pudiese decirle, paliaría el dolor que aquella mujer sentía en ese momento. Sólo con el tiempo podría superarlo. Lo único que podía hacer era estar allí e intentar aparentar entereza. Era necesario que

todos pensasen que tenían una sacerdotisa seria y respetable. Una mujer capaz de guiarles espiritualmente y de atenderles cuando la necesitasen. Por eso estaba allí. Para que la gente que quería al difunto, pudiesen ser menos serios y se expresase libre y abiertamente.

* * *

Pasaron unas horas entre lloros, pésames y apretones de manos. Ahora tendría que dirigirse a la casa de Haro, para hacer lo mismo que había estado haciendo en la de Kértemos. Escuchar.

Justo cuando iba a salir llegaba su hermana Risha. Se cruzaron en la puerta y antes de entrar Risha habló con ella.

—Paro. Hola. ¿Cómo está Winea?

—Hola, Ris. Está muy afectada, como es normal. ¿Cómo está Quirón?— preguntó a su vez la sacerdotisa.

—Bien. Bueno, ya sabes— y añadió bajando la voz para que nadie más pudiese oírla—. No estaban muy unidos.

—Ya. Aunque pensé que vendría contigo a ver a la viuda.

—No. Bueno, sí. Sí se pasó por aquí, pero esta mañana antes de marchar a Genuin para abastecer la posada. Habíamos quedado para comer, pero no había regresado. Imagino que llegará para el funeral. ¿Te vas ya?

Paro no quería hablar más del marido de su hermana, y estaba claro que ella tampoco.

—Voy a casa de Haro. Me han informado de que también ha muerto por la plaga, esta misma mañana. Así que voy a comprobar cómo está la familia y tratar de acordar la unión de los dos cortejos fúnebres.

—Sí, será lo más sensato. Te veré luego, hermana.

—Hasta luego.

Risha pasó dentro de la casa y Paro pudo dejar el porche tras ella. La casa de Haro tampoco estaba muy lejos. Era un señor mayor que vivía con la familia de una de sus hijas. Sus hijas no querían que el hombre viviese solo, porque no sabía valerse por sí mismo. Estaba relativamente cerca de la posada de El Lobo de plata. Paro supuso que su hermana habría estado primero en casa de Haro, y luego se habría llegado a la casa del primo segundo de su esposo, para acompañar a la familia lo que restaba de día. Si Quirón no llegaba a tiempo para el funeral, sería un detalle muy feo por su parte. Pero Paro no tenía tiempo ahora para pensar en aquello.

Se cruzó por el camino con dos hombres con carretas cargadas hasta arriba,

que se dirigían hacia el bosque. Le saludaron con la cabeza de manera bastante solemne y en silencio siguieron avanzando. Las calles por lo demás estaban casi desiertas, y la tarde empezaba a llegar a su fin. Se dio prisa en llegar a su segundo destino.

* * *

Cuando la noche hubo caído por completo, salió de la casa de Haro acompañada por las tres hijas del hombre. Eran unas mujeres mayores que Paro. Estaban muy tristes y habían llorado, pero entendieron que lo mejor para el pueblo era unir los dos funerales y pasar por el mal trago cuanto antes. Se había bajado el velo del todo para salir a la calle, y en la noche su visibilidad quedaba algo reducida tras él, pero sabía el camino que debía tomar casi de memoria.

En la calle principal del pueblo, que pasaba por delante del templo, se juntaron ambos cortejos. Los cuerpos de los fallecidos descansaban sobre unas grandes tablas de madera y eran portados por jóvenes y hombres fuertes del pueblo que se habrían prestado voluntarios. Ya iban todos andando en dirección al bosque del lago, con Paro a la cabeza. En este momento era la guía de un pueblo herido.

Sentía cómo pesaban los corazones de toda la gente que tenía detrás. Como sus miradas se clavaban en su espalda, esperando que los llevase hasta el final. Confiando en ella ciegamente.

Dolía. A Paro le dolía todo aquello. Desde que tenía diez años, había tenido que celebrar y guiar varios funerales, y nunca le había costado. Pero desde la muerte de su padre, todo era distinto. Celebrar el funeral de su padre y no poder llorar su pérdida, le había hecho sentirse cohibida y presa. Había sentido envidia y celos de su hermana, que, cerca de ella, sí que pudo llorar y sacar de dentro todo el dolor que ella no pudo hasta estar sola en el templo y en su cama por la noche.

Las antorchas que portaba el pueblo iluminaban el camino hacia el lago. Los árboles tenían un cierto aire tétrico con aquella luz. Y no se oía ningún animal alrededor. Todos habrían huido al oír cómo se acercaban los humanos con su fuego.

Cuando el bosque clareó en el camino, llegaron por fin a la orilla del lago. Allí estaban ya preparadas las piras funerarias. Varios hombres ultimaban la colocación de la leña, mientras Paro se acercaba. Pero al verlos llegar, todos se hicieron a un lado y guardaron silencio de forma respetuosa. Reconoció

entre ellos a los hombres que llevaban las carretas hacía unas horas. Habían traído más leña para la segunda pira.

Paro se colocó entre los dos montones de leña, pegada al agua, tanto que sus botas se hundieron ligeramente en el barro de la orilla. Esperó mientras los cuerpos de los difuntos eran colocados sobre los montones. Las familias y amigos de Kértemos y Haro estaban delante de sus piras.

Pese al velo que le hacía ver poco a la luz de las antorchas, Paro pudo distinguir a su hermana al lado de la viuda de Kértemos. Y también distinguió cómo un hombre llegaba a su lado y la cogía de la mano. Sin duda era Quirón y por suerte había llegado justo a tiempo. Aunque quizá Winea no se hubiese dado cuenta.

No tenía muchas ganas de empezar con el sepelio, todo el mundo la miraba y siempre se ponía nerviosa, pero no tenía otra salida que empezar con aquello.

—Pueblo de Ithil- dijo alzando la voz sobre los demás y haciendo que todos los presentes dejasen de susurrar en ese mismo momento—. Quiero daros las gracias por venir. Hoy nos hemos reunido en este lago, para despedirnos de dos vecinos queridos.

Hasta ahí los funerales siempre empezaban igual. Pero ahora el discurso debía variar de todos los demás que hacía. Siempre venía la misma gente a las exequias y no estaba bien repetirse, además de que las familias de los fallecidos siempre agradecían que se distinguiesen de otros por los discursos que debía dar la sacerdotisa.

—Kértemos y Haro nos han dejado para irse a la otra vida. Es cierto que siempre anhelamos poder compartir el mayor tiempo posible en esta tierra con nuestros seres queridos y amigos. Pero la naturaleza a veces no nos da esa oportunidad. Esto puede provocarnos dolor y sentir que nuestro corazón se queda vacío. Sabemos que nunca más veremos físicamente a esa persona que tanto queremos, y eso es doloroso.

Paro observó a través de su velo como un pequeño grupo de antorchas rezagadas se acercaba a través del bosque. Pudo contar unas tres o cuatro y se pararon justo detrás de todos los hombres del pueblo que habían venido con ella, junto a un hombre que pareció saludarlos. No era del gusto de nadie que la gente llegase tarde a algo que consideraban tan importante y, por supuesto, a ella aquello tampoco le gustaba, pero al menos se habían quedado atrás sin molestar a nadie.

Tras meditar durante unos segundos, volvió a organizar sus pensamientos y continuó con el discurso.

—Sin embargo, pese a la tristeza que hoy nos invade, debemos intentar comprender que nuestro gran amigo, nuestro padre o esposo, está mejor ahora. No pensemos que nos ha abandonado, pues está mucho más cerca de lo que nos creemos. Está con nosotros, y lo estará mientras sigamos recordándolo. La muerte es sólo un camino que nos dirige hacia una vida nueva, donde no existe el dolor, ni el sufrimiento, ni la pena.

4. ARYOM

La mujer que estaba hablando tenía una voz tan delicada, que casi le parecía que fuese una niña. Sabía que había casos en los que empezaban muy jóvenes. Las adoctrinaban pronto porque así era más fácil que aceptaran llevar aquella vida insulsa. Sus palabras eran estudiadas. Probablemente durante los últimos meses había tenido que repetir aquel proceso muchas veces y estaría cansada.

El grupo de Aryom llegó justo cuando la gente empezaba a salir del pueblo. Había dejado a sus hombres inspeccionando el lugar mientras él, lo más discretamente que pudo, siguió la siniestra comitiva hasta el centro del bosque. Habían acabado en aquel lago espeluznante. Con la única luz de las antorchas, la fría oscuridad alrededor parecía querer abalanzarse rápidamente sobre toda aquella gente y deshacerse de la iluminación que la partía por la mitad. El agua no devolvía ningún reflejo de las luces. Parecía como si la superficie negra se tragase el amarillento resplandor de los fuegos que portaban los hombres. Y ni siquiera a la luna se le permitía mirarse en aquel agua negra.

La mujer continuó hablando:

—También, debemos saber que en algún momento, nos reencontraremos con ellos, con todos los que nos han dejado, y estaremos juntos en esa nueva vida que hoy no conocemos ni alcanzamos a comprender. Dejemos la tristeza y la

pena de lado y sintámonos felices por todo lo que nos dejan, por sus recuerdos y sus buenos momentos, por los que quedan y que lo eran todo para ellos— hizo

una última pausa y añadió—. Que esta situación tan dura que nos toca vivir, sirva para unirnos a todos más, como familia, como vecinos y como pueblo.

La mujer vestida de azul oscuro cogió la antorcha de un hombre con uniforme de la Guardia que se acercó a ella. Dejó pasar unos segundos mientras parecía pensar o rezar algo en voz baja y, primero a uno y luego al otro, prendió fuego a los dos montones de madera donde se encontraban los cuerpos tendidos de los dos fallecidos.

Durante los pocos segundos que la sacerdotisa estuvo entre las dos piras encendidas antes de retirarse, pareció una figura de ultratumba. Aryom pensó que la mujer no desentonaba nada con el tétrico entorno. La imaginaba pálida, pese a vestir toda de oscuro, como si fuera un fantasma.

Cuando ella se quitó de en medio, y los fuegos dejaron de proyectarse sobre ella, la perdió de vista.

Las piras funerarias ardían a una velocidad tal, que para Aryom, era obvio que habrían usado algún producto para avivarlos, además de la leña. Si no, creía imposibles aquellas desmesuradas llamas.

—Vamos a dar una vuelta mientras la gente se mueve— le dijo a uno de sus compañeros al oído—. Observad discretamente y haced lo que ellos hagan. Nos vemos en la entrada del pueblo cuando todo el mundo se vaya.

—Sí, señor— le contestó el otro hombre a Aryom.

El grupo de forasteros se dividió y se mezclaron con los vecinos, aprovechando que los susurros y cuchicheos habían vuelto a sucederse. Aquella gente callaba con respeto cuando hablaba la sacerdotisa, pero no cuando ardían sus congéneres.

A Aryom no le costó mucho averiguar quiénes eran las familias de los difuntos. Eran fácil de localizar. Se día distinguir dos pequeños grupos que se encontraban cada uno enfrente de una de las hogueras. En uno de esos corrillos, una mujer lloraba desconsolada mientras un hombre la sostenía como podía y dos mujeres más intentaban calmarla a la vez que mantenían sobre su cintura a dos niños pequeños. Tenía claro que se trataba de la viuda y la familia, en aquella hoguera ardía un hombre de no mucha edad. Quizá alrededor de treinta años.

En el otro grupo, tres mujeres con mucho parecido físico, probablemente

hermanas, lloraban más quedamente y se sostenían las manos. Los hombres que debían ser sus esposos estaban tras ellas, así que Aryom determinó que en aquella hoguera ardía el padre o la madre de las tres mujeres.

Aquella era la parte fácil. Lo difícil sería ahora averiguar de qué habían muerto esas personas, si, como tenía entendido, habían fallecido a causa de una misteriosa plaga. Hacía una semana que le habían ofrecido la misión. El Consejo de la Capital había tomado la decisión de ayudar al pueblo de Ithil, e intentar averiguar las causas de tanta muerte. Con ello querían evitar que se pudiese extender más allá de la comarca, y llegar incluso a ciudades más importantes. Aryom estaba seguro de que lo que más temía el Consejo era poderse ver infectados ellos mismos.

Las cosas no iban bien en la Capital, de todos modos. Aryom era solo un aprendiz de buscador el año anterior. Con sólo dos misiones como jefe de grupo, se le había encomendado ésta. No se trataba de buscar algo tangible. No se había perdido nada ni nadie. Debían encontrar una causa probable para aquello.

Se acercó a los grupos familiares que velaban las hogueras de los difuntos, primero al de las tres hermanas y les escuchó hablando discretamente, a unos pasos por detrás.

—Siempre ha sido muy buena con todos nosotros— dijo una de las mujeres.

—Es igual que su madre cuando era joven— contestó otra de ellas.

La tercera hermana parecía estar mucho más triste que las otras dos. Aryom pensó que debía estar más afectada por la muerte de su progenitor que sus hermanas. Hasta que habló con rabia.

—Papá seguiría vivo si su padre no hubiese traído la plaga.

Aryom tuvo que detenerse un momento a pensar. Quizá en el pueblo supiesen más de lo que se decía en las cartas. De todos modos, como estaban en su poder, debería revisarlas en cuanto tuviese un momento.

—No seas tonta— la mayor de las mujeres reprendió a la pequeña—. Su padre no trajo la plaga. Fue el primero en morir, y no por eso tenemos que achacarle la culpa de esto.

—Su muerte lo comenzó todo. Y mira cómo estamos desde entonces. Ese hombre hizo algo horrible y fue castigado. Y el mal, no contento con eso, hace que se castigue al resto de Ithil— la hermana más joven seguía con su hilo de pensamiento y se echó a llorar de nuevo.

Desde luego, todo aquello podían parecer indicios, pero para el entender

del buscador, también podía ser sólo el dolor hablando por ella.

Cuando comenzaron a intentar reconfortarse entre la familia, Aryom decidió pasar a escuchar al otro grupo familiar.

La mujer que debía ser la viuda parecía más calmada, o eso pensó. Estaba en brazos de un hombre fuerte y moreno que parecía no saber muy bien cómo actuar en aquella situación. Una de las mujeres que había estado allí antes se había alejado del grupo para entretener a los niños pequeños — suponía que ahora, huérfanos de padre—, y que no estuviesen tan cerca de la hoguera. La otra joven cogía la mano de la viuda y le acariciaba el rostro.

—Winea, no te preocupes por nada. Nos tienes aquí para lo que haga falta.

Pero la viuda no contestó, no parecía estar presente, ni percatarse de que estaba con ellos.

—Quizá deberías buscar a tu hermana. Creo que Winea necesita ayuda— dijo el hombre que sujetaba a la mujer desmadejada, y que no tenía claro qué hacer con ella.

Aryom notó que la viuda era un peso muerto entre los brazos de aquel hombre, pero mantenía los ojos abiertos.

Sin lugar a dudas, se trataba de un shock emocional por todo lo que estaba pasando.

—Creo que ha ido a la cueva de ofrendas, pero no estoy segura— contestó la joven que seguía sosteniendo la mano inerte de la otra mujer.

—Si suelto a Winea puede que se caiga. Soy más fuerte que tú, pero tú eres más rápida. Busca a Paro.

Aryom se sintió tentado de ayudar. Pero el método que seguían era lo más seguro. No participar directamente durante la primera toma de contacto. Solo debían limitarse a observar y recabar información. La joven estaba visiblemente agitada, y se volvió mirando para todos lados algo angustiada. Lo más probable era que no estuviese capacitada para actuar en una situación así. Pero Aryom sabía que no era grave. La viuda solamente estaba guardándose el dolor dentro. Lo único que debían hacer era llevarla a su casa y dejar que descansase, probablemente al día siguiente se encontraría mejor y volvería en sí. Pero estaban empeñados en buscar a alguien que les dijese qué hacer, como si fueran almas en pena.

No vio a ninguno de sus hombres cerca y le hubiese gustado poder enviar a alguno tras la joven preocupada. Necesitaba poder cubrir todos los flancos posibles. La mujer empezaba a andar hacia la orilla derecha del lago portando

una única antorcha y sin ninguna compañía. Le resultaba extraño, pero viendo que nada parecía que fuese a ocurrir donde se encontraba decidió seguirla para averiguar qué ocurriría y a dónde se dirigía. No cogió ninguna antorcha para no ser descubierto, se escabulló tras ella sigilosamente. Esperaba no tropezar con nada en el camino y no perder de vista la luz de la que disponía la joven.

Primero fue siguiéndola por la orilla del lago. Los pies se le clavaban en la tierra que bañaba el agua. Tenía que intentar separarse de la orilla para poder caminar mejor, pero suponía que podría encontrar muchos obstáculos por el camino como troncos o raíces mal intencionadas. La luz de la antorcha pareció por un momento perderse tras un recodo y Aryom se dio prisa en alcanzarla. Cuando llegó a la altura donde había perdido a la joven, se dio cuenta de que a su lado comenzaba una pared rocosa. Se apoyó en ella con la mano para ayudarse a avanzar y notó que la roca estaba húmeda. Pudo volver a distinguir la antorcha y continuó andando hacia ella, sin dejar de tocar la pared que se iba alejando poco a poco de la orilla del lago y subiendo una ligera pendiente.

Pensó que debía estar siguiendo la ladera de algún tipo de cortado en un monte. Sabía, por los mapas que había mirado antes de ir a Ithil, que no había grandes montañas, ni cambios bruscos en el paisaje, a excepción del gran lago.

Aquello estaba oscuro y no podría asegurar cuánto se había alejado de la gente, pero podría regresar sin problemas mientras siguiese la pared rocosa y la orilla del lago. Aunque fuese confiando solo en su sentido del tacto.

Dejó de ver la antorcha de nuevo y se preguntó dónde diablos se había metido. Quizá no había sido tan buena idea seguir a una mujer internándose en la oscuridad. Podía haber cometido un grave error de novato. Sin luz, ni mapa, ni ninguna idea de donde se encontraba.

Cuando estaba planteándose si dar media vuelta, la mano que mantenía en la pared se le separó de ella. Si volvía atrás, estaba la pared, pero delante la perdía mucho más a su derecha. Comprendió que se estaba metiendo en una especie de agujero.

Tal vez había llegado donde debía. Si no recordaba mal, la mujer había dicho algo de una cueva de ofrendas.

El pasillo que se abría le devolvía un suave eco. Podía distinguir algo de claridad al fondo, y esperaba que fuese una antorcha. El camino empezó a descender levemente y siguió avanzando, esperando no ser sorprendido por la mujer a la que estaba siguiendo. El suelo era resbaladizo y él ya llevaba el

calzado suficientemente lleno de barro como para caer sin ayuda.

Oyó ruidos al fondo, y el eco le trajo los sonidos de un par de voces. A medida que se acercaba a ellas, la luz aumentaba un poco, y una conversación se empezó a entender, además ahora el camino parecía subir de nuevo, habría descrito una especie de V, con un descenso y luego una subida. Debía tomar nota de aquello.

—No sabemos qué hacer. Tienes que venir conmigo, Paro— supo que era la voz de la mujer a la que había seguido por el lago.

—Ya te he dicho que no le pasa nada. Llévala a su casa y que se acueste. Probablemente mañana ya haya recobrado su presencia de ánimo.

Aryom se sorprendió al reconocer la segunda voz. Era la melodiosa y casi infantil voz de la sacerdotisa que había dirigido los funerales. Y además parecía saber perfectamente qué le ocurría a la viuda, pese a que los demás imploraran ayuda.

—Si vienes conmigo seguro que vuelve en sí. Paro, te necesitamos con nosotros.

—No seas tan insistente, Ris. He venido a rezar por la vidas de Kértemos y Haro— le contestó, implacable, la joven sacerdotisa.

—Eso puedes hacerlo también en el templo—insistió su hermana—. Por favor.

Aryom se fue acercando poco a poco. Intentaba no hacer ruido, pero quería verlas.

—Iré dentro de un rato. No te empecines— reiteraba la mujer—. Ve por delante. Hazme caso, que se acueste. Me pasaré por su casa antes de volver al templo.

— ¡Como quieras!— Aryom notó el súbito enfado e irritación en aquella voz.

Los pasos de la mujer se acercaban a él. No tenía tiempo para pensar con rapidez qué hacer. Vio un hueco en la roca y esperó que la ira de la mujer que había seguido, hiciera que al pasar no le descubriese.

Cayó sobre un charco, se clavó varias piedrecitas picudas en las manos, y estaba seguro de haberse hecho sangre. Además tuvo la mala suerte de golpearse en la cabeza. No supo si había hecho ruido o no, todo le zumbaba en los oídos.

Contuvo la respiración cuando la mujer que le había guiado sin quererlo hasta allí pasó por delante del hueco. Por suerte, como había previsto, salió

tan rápido por el pasillo de la cueva, que ni siquiera el fuego de la antorcha pudo hacer que le viese en su escondite.

Dejó pasar unos instantes sin moverse y solo trató de escuchar los sonidos que provenían del interior. Sabía que la sacerdotisa continuaba en el fondo de la cueva y, por experiencia, también sabía que era mejor que ella no le sorprendiese acechando en la oscuridad tan alejados del pueblo.

Supuso que la sacerdotisa estaría rezando, como había dicho, y lo mejor era salir de allí sin ser visto. Con sigilo, consiguió salir del hueco sin golpear la cabeza esta vez, y avanzó de nuevo por el pasillo hacia la salida. Debía continuar manteniendo contacto con la pared para no perder el camino. Debía de tener la mano cubierta de magulladuras y heridas, porque cada vez le escocía más.

Al salir de la cueva, incluso el aire le pareció distinto, menos cargado y menos húmedo. Continuó por el camino hasta que dio con la orilla del lago.

No había nada de luz ni ningún sonido cercano, pero pudo apañarse, para avanzar a tientas con los pies, localizando el barro de la orilla y escuchando el murmullo de las suaves olas lamiendo la tierra.

Al poco rato comenzó a ver los rescoldos de las hogueras, y supo que iba bien encaminado. Cuando llegó, aún quedaban algunas personas reunidas, pero hizo lo posible por que no le vieran llegar de aquella dirección y dio un rodeo por la linde del bosque para dirigirse de nuevo al camino que llevaba al pueblo. Estaba sucio, embarrado, y algo herido. Era hora de encontrarse con los demás y averiguar qué habían sacado en claro de sus primeras observaciones.

5. RISHA

Risha no podía creer que su hermana fuera tan terca y que no hubiese querido ayudar a Winea. Pensaba que su al ser la sacerdotisa, se debía más a los demás. Creía que su hermana pequeña no podía haber más cambiado tanto desde la muerte de Ánticus. Seguía siendo buena con la gente, al menos en el templo, y con los niños de la escuela. Pero no podía creer cómo había cambiado el trato ahora hacia su propia hermana. Era la única familia que le quedaba y no debían estar siempre riñendo. Risha estaba segura de que algo le debía estar ocurriendo para que se comportase así. No podía asegurar que era lo que la tenía tan pensativa y poco comunicativa, pero debía encontrar el modo de acercarse a ella y averiguarlo.

Ahora se encontraba acompañando a la viuda deshecha junto con su marido Quirón. Él le había vuelto a echar la mirada que solía ponerle cuando hablaban y discutían por culpa de su hermana. El asunto les disgustaba a ambos, eso estaba claro. Pero la peor parte sería que en casa, Quirón volvería a repetirle la misma cantinela sobre el pueblo, la plaga y su hermana. A no ser que empezase antes de llegar y lo hiciese por el camino.

Llegaron a la casa de Winea y fue Risha la que se encargó de acostarla, mientras otra prima, que se quedaría a dormir allí, se encargaba de los pequeños niños ajenos a todo lo que había pasado.

—Empieza a refrescar por las noches. Kértemos solía encender el fuego para que no pasásemos frío— dijo la viuda mientras Risha la tapaba bien con las sábanas. Ladeó la cabeza y siguió llorando contra la almohada.

Risha no sabía muy bien cómo actuar. Cuando murió su padre todo era un poco confuso. La gente había pasado por su casa y todos intentaban darle ánimos, pero ella sabía que aquello era inútil y sólo quería que la gente se fuese y la dejase en paz. Pensó por un instante que, tal vez, Paro tenía razón, y lo único que debían hacer era dejarla descansar y que llorase todo lo que tenía que llorar.

Su marido esperaba pacientemente en el salón de la casa y había encendido el hogar. Aunque no podía haber oído lo que había dicho Winea desde el cuarto, había sido un bonito detalle.

Salieron por la puerta y avanzaron con la intención de cruzar la calle en dirección a la posada de El Lobo de plata.

Por el camino, su marido comenzó con la conversación que ella temía.

—Podía haberse dignado a venir— soltó de pronto él.

—Estaba ocupada en ese momento. Vendrá más tarde a ver como se encuentra Winea— dijo Risha.

— ¿Más tarde? Si ya es casi la hora de irse a dormir. Creo que Paro no entiende bien la responsabilidad de ser la sacerdotisa de nuestro pueblo. Es demasiado joven para su cargo y me parece una imprudencia.

—Claro que lo entiende. No seas necio, Quirón. Precisamente porque tiene muchas responsabilidades, debe afrontarlas todas una a una— intentó defender a su hermana, pero casi ni ella podía creerse lo que decía.

—Estás ciega, Ris. Siempre has estado ciega con ella. La exculpas de todo porque es tu hermana pequeña. Pero ¿sabes una cosa? Ya es una mujer adulta. Y debería afrontar sus deberes como tal.

Risha estaba a punto de echarse a llorar. Pero no podía evitar querer defender a Paro en todo lo que fuese posible.

—Paro lo hace bien. Es una buena sacerdotisa, no sé porqué tienes que meterte siempre con ella. La crees una niña para unas cosas y para otra la consideras una mujer adulta. Yo no tenía un año más que ella cuando me casé contigo.

—Te absorbe por completo. Igual que el Consejo. Cuando no es tu trabajo, es tu hermana. Parece que no puedes nunca pensar por tu cuenta— contestó él, ignorando la réplica de Risha.

—Es la única familia que me queda.

Quirón paró en seco y agarró a Risha por el brazo para que también se detuviese.

— ¿Y yo? ¿Yo que soy, Ris?— Quirón estaba visiblemente dolido. Pero Risha ya había metido la pata.

—Yo no quería decir que tú no fueses mi familia. Eres mi marido, ¡por supuesto que eres mi familia! Pero hace años que perdimos a mi madre. Hace dos años a mi padre. Ahora ella sólo me tiene a mí, y lo sabes. No puedo abandonarla.

—Para el caso que te hace...—añadió Quirón con inquina.

Aquello le hizo enfadar mucho más de lo que podía ser razonable.

—Aún no me has dicho porqué tardaste tanto en regresar de Genuin. Habíamos quedado para comer— le dijo de modo tajante. Pensó que si iban a terminar discutiendo, al menos quería enterarse de porqué su marido no había llegado a la hora acordada y, además, había estado a punto de perderse el funeral de su primo segundo.

Quirón volvió a andar en dirección a su casa, como si quisiera pasar del interrogatorio de su esposa.

—Esto lo haces para cambiar de tema.

—Puede. Pero también porque aún no me has dado una explicación, y el tema de mi hermana ya lo tenemos muy desgastado. Responde.

—Me entretuve con un proveedor. Las cosas no andan bien para los que nos queremos seguir ganando la vida en este inútil pueblo.

— ¿Todo el día con un proveedor?— continuó preguntando Risha.

—Mira, Ris. Este negocio no se lleva solo ¿vale? Y ahora estamos pasando muy malos momentos. Por si no te habías dado cuenta— añadió Quirón—. Casi nadie quiere acercarse a la comarca a traer provisiones. Ithil apesta a muerte. Y los que vivimos aquí somos para los de fuera unos apestados.

—Estoy segura de que pronto tendremos la solución— dijo Risha.

—Sigue soñando. Lo que deberíamos hacer es irnos de este maldito nido de enfermedad. Cualquiera día uno de nosotros caerá.

—Ya te lo he dicho muchas veces. No pienso irme y dejar a Paro— insistió ella.

Quirón se separó de su mujer y comenzó a andar más rápido hacia la posada.

— ¡Eh! ¿Por qué aceleras el paso?

—Porque quiero pensar solo— le respondió el casi a voz en grito.

—Vale, muy bien. ¡Vete!—le terminó gritando Risha, sin importarle si le oían los vecinos o no.

No pensaba darle el gusto a su marido de ir corriendo detrás de él. Es más, pensó que era un momento perfecto para dar un solitario paseo por el pueblo. Si se cruzaba con algún vecino dispuesto a hablar, podría dejar de pensar en su marido y en su hermana.

Las calles estaban bastante desiertas. Se fue caminando hacia el sur. Se le ocurrió que quizá podría echarle un ojo al puente derruido. Siempre le había encantado pasear por Ithil cuando no había casi nadie. Observar las casas era uno de sus pasatiempos favoritos.

Bajó por una callejuela hasta la zona del río Verde. Localizó enseguida el paso del puente, aunque como ya esperaba, no había ningún puente. Con suerte al día siguiente podría meter baza en el Consejo y que se decidiesen enseguida a arreglarlo. Ahora que estaba contemplando el destrozo, podía ver lo peligroso que era dejarlo como estaba. Cualquier niño que pasase podía colarse entre los tablones que algún vecino había colocado para evitar que ningún despistado fuese a cruzar sin mirar. Pero por muy buena intención que tuviesen, seguía siendo tremendamente peligroso.

Se había parado y cruzado de brazos mientras observaba, cuando fue sorprendida por una voz.

—¿Admirando el paisaje nocturno?

Risha se dio la vuelta sobresaltada y vio a Tash tras ella a poco más de dos metros, que iba de uniforme. Para los funerales, la Guardia solía arreglarse, así que era algo normal.

—Sólo evaluaba los destrozos del puente. Es una catástrofe— dijo, algo compungida.

—Sí. En efecto. Es una catástrofe. Y sigue así desde hace días. Las catástrofes en este pueblo no vienen solas, por lo que parece— dijo el capitán.

—Tengo intención de presionar al Consejo para arreglarlo cuanto antes— se apresuró a contestar, aunque lo hizo atropelladamente.

Risha se sentía insegura hablando con Tash, querría haberse disculpado por los retrasos en el Consejo, pero tampoco era que ella sola pudiese hacer nada.

Hacía mucho que no mantenía una conversación trivial con Tash. Eran pocos los momentos en los que hablaban. Si acaso alguna vez que le hubiese tocado

ir al cuartel de la Guardia para entregar algo y hubiese dado la casualidad de que Tash estuviese allí. Normalmente, él solía estar dando vueltas por el pueblo y hablando con los vecinos que tuviesen problemas. Así que no solía estar a solas con él. Y siempre notaba que él la evitaba, así que aquello la sorprendió muchísimo.

— ¿Va todo bien?— interrumpió Tash sus pensamientos.

—Claro ¿por qué?

—Porque es tarde— contestó él—. Ha vuelto todo el mundo del Bosque del lago y se han ido a sus casas. Y tú has venido a mirar un puente caído. No creo que sea normal que estés con temas de trabajo a estas horas.

Risha no sabía muy bien que decir. Cada vez se sentía más incómoda en su compañía.

—Bueno. Es obvio que las cosas no están bien. Sólo hay que mirar aquí— dijo, señalando las ruinas que tenían delante. Creyó ver a Tash suspirar. Había intentado esquivar la conversación.

—Yo acabo de acompañar a unas señoras a sus casas y me iba ya para la mía. Si te vas a dirigir a la tuya, y puesto que vivimos uno enfrente del otro, puedo acompañarte.

Risha dio gracias porque Tash no la presionase en lo que se refería al porqué estaba sola a esas horas paseando por el pueblo. Algo claramente anormal.

—Sí, está bien— contestó, intentando parecer agradecida.

Echaron a andar uno al lado del otro. Risha pensaba todavía en su hermana, y de pronto le vino una idea a la mente.

—Tash, ¿podría pedirte un favor?

Si él se sorprendió porque Risha le pidiese un favor, no lo demostró. Pero su idea iba tomando forma y necesitaba que él colaborara. Como también imaginaba que él podía fácilmente negarse.

—Claro. ¿Como capitán de la guardia?— preguntó él.

—No, no. Más bien como... amigo de mi hermana.

Tash hizo una mueca curiosa. Algo que no había vuelto a verle hacer desde hacía unos años. O probablemente lo siguiese haciendo, pero ella ya no lo solía ver.

— ¿De qué se trata?

—Es Paro. Hace algún tiempo que vengo notando que no es la misma de antes. Pero conmigo no quiere hablar. Siempre acabamos discutiendo ¿Tú no

sabrás si le pasa algo?— preguntó Risha.

Tash se quedó pensativo unos segundos, mientras en ella crecía el desasosiego cada vez más. Él solía hacerle eso, pensar mucho antes de hablar y a veces, cuando eran más jóvenes, le había sacado de quicio que tardase tanto en responder.

—No lo sé, Ris— no la había vuelto a llamar Ris, desde hacía mucho tiempo. Siempre había tratado de llamarla por el nombre completo—. Creo que está distinta, sí. Pero no sé porqué. Esta mañana fui a verla antes de que empezaran sus labores, y me pareció triste. Le dije que si necesitaba hablar estaba allí para escucharla, pero le quitó importancia. Dijo que ella no estaba allí para desahogarse con los demás, sino para que los demás lo hicieran con ella.

—Es decir, que sí le pasa algo— interrumpió Risha.

—Yo no puedo asegurarlo. Solo puedo decirte que da la sensación de que así es— concluyó él.

—¿Y podrías intentar averiguarlo por mi? No te pediría esta clase de favor en ninguna otra circunstancia. Pero es mi hermana y necesito saber que se encuentra bien.

—No hace falta que me lo ruegues— asintió—. Por supuesto que intentaré averiguar qué le pasa. Pero espero que no te moleste si no consigo averiguar la razón.

—Por supuesto que no. No te preocupes por eso. Si no averiguas lo que es, lo intentaré de otra forma. No voy a dejar que Paro esté mal, sin intentar ayudar.

—Paro es mi amiga. Ris, ¿te has planteado que quizá sea lo que sea lo que le pasa, sea algo para lo que no necesite tu ayuda o no la quiera? Quiero decir, ¿y si no depende de ti?

—Haré lo que sea por averiguar de qué depende y ayudar— dijo firmemente Risha.

Estaban muy cerca de llegar a la posada. Las calles estaban silenciosas y casi a oscuras, pero en general había luz suficiente para poder caminar por el pueblo y ver sin problemas. Risha empezó a oír algunos pasos que iban y venían, y algunos susurros. Era posible que hubiese gente que todavía estuviese saliendo de la posada, aunque era muy tarde y debería estar cerrada al público.

Cuando estaban casi delante de la posada vieron un grupo de personas. No

eran muchos. Risha contó siete hombres jóvenes. Traían varios bultos y paquetes, y de pronto le dio la impresión de que podía tratarse de nuevos huéspedes.

—Yo creía que ya no vendría gente de visita a este pueblo — dijo Tash, extrañado.

No menos extrañada estaba Risha. Hacía meses que tenían, por lo general, vacías las habitaciones. Ya nadie se dejaba caer por allí, y sobrevivían gracias a la parte de taberna de la posada, que servía comidas y bebidas en la planta baja.

—Buenas noches— dijo uno de los jóvenes que estaban en la puerta—. ¿Saben si hay habitaciones en la posada? Creo que llegamos tarde y ya nadie atiende la puerta— añadió tras mirar a Risha y a Tash.

—Sí, hay habitaciones. Yo soy la mujer del dueño. Abriré para ustedes.

—Es estupendo que nos pueda alojar. Ya pensábamos que tendríamos que dormir al raso esta noche.

—No. Por supuesto que no. Es decir, no, a pasar la noche al raso, mientras siga habiendo, como efectivamente tenemos, unas magníficas habitaciones en la posada de El Lobo de plata— dijo mientras iba abriendo la puerta principal con su llave. Intentando ejercer de magnífica anfitriona.

—Ris, voy a dar una última vuelta por esta calle, por si necesitas algo— le dijo Tash al oído, y se alejó calle abajo, no sin lanzar una última mirada de soslayo a los forasteros.

Risha se había quedado helada y rígida durante un segundo, cuando había sentido el aliento de Tash sobre la oreja. Intentó calmarse y volver en sí.

Entró e hizo pasar a los siete hombres al vestíbulo de entrada tras de sí, como si nada hubiese ocurrido.

A la luz de los candiles pudo comprobar que el hombre que se había dirigido a ella en primer lugar, se encontraba en pésimas condiciones. Los demás parecían más aseados y corrientes, pero aquel, aunque de buenos modales, iba sucio y desaliñado.

No se percató de que se había quedado parada mirando cómo iban vestidos hasta que el joven embarrado le dijo:

—Le pido perdón por mi atuendo, señora. He tenido un pequeño accidente.

— ¿Necesita ayuda?— dijo alarmada Risha—. ¿Está herido? ¿Quiere que llame al médico de Genuin para que le vea?

—No, no es necesario— se apresuró a decir aquel hombre con una débil

sonrisa—. Sólo fue un resbalón. Además, ahora me echará un vistazo Taren— y señaló a otro de los hombres que iba en el grupo —. Él es médico.

Aquello sorprendió a Risha. Un médico en el pueblo era algo bueno. Aunque solo estuviese de paso, podría intentar pedirle ayuda con respecto a la plaga.

—Esperen aquí mientras voy por mi marido para que les haga el registro— miró a los nuevos huéspedes antes de moverse y sonrió amigablemente, de la forma en que sabía que debía hacerlo.

—Muy bien— contestó de nuevo el joven que parecía el líder de aquel extraño grupo.

Risha se abalanzó hacia el pasillo principal. Debía encontrar a Quirón, era bueno tener huéspedes después de tanto tiempo, pero aún mejor era que hubiese un médico. De pronto se paró en seco frente a la puerta del despacho.

— ¿Y si es la ayuda que nos manda la Capital?

La puerta del despacho se abrió y apareció Quirón frente a ella.

—Por fin regresas a casa— dijo enfadado.

Risha parpadeó, se había olvidado por completo de la riña que había tenido con él apenas una hora antes.

—Tenemos huéspedes. Hay que hacerles el registro— dijo sin darle importancia al comentario.

Quirón la miró extrañado y de pronto pareció despertar y caer en la cuenta de lo que Risha había dicho.

— ¿Huéspedes? ¿en serio?— y salió disparado hacia la entrada.

Risha ya estaba acostumbrada a los cambios sus humor. Aún no llevaban tres años casados, pero ya se conocían muy bien el uno al otro. Quirón solía comportarse de una manera distinta con ella que delante de otras personas. En aquel pueblo todos se regían por el “qué dirán” y mantenían las formas delante de los demás.

Fue tras su esposo hasta el vestíbulo de entrada. Lo encontró con el libro de registros en el mostrador pidiendo a los siete hombres que apuntasen sus nombres y procedencias. Les explicó unas normas básicas, como la hora a la que podían bajar a la casa de comidas para desayunar y la hora a la que se solía cerrar la puerta por la noche.

—Últimamente no hemos tenido mucho trabajo por aquí, y cerramos la puerta antes, por eso se la han encontrado ya cerrada.

Quirón se deshacía en excusas. A Risha no le parecía necesaria tanta

explicación, pero no iba a contradecir a su marido.

—Mi esposa y yo les acompañaremos a sus habitaciones — miró a Risha y ella asintió. No iba a hacer menos.

Les hizo un gesto amable y todos comenzaron a avanzar por la galería que llevaba a las habitaciones de huéspedes. La comitiva era presidida por Quirón, tras el cual iba Risha.

— ¿Han venido a pasar varios días o solamente están de paso por Ithil?— dijo Risha mirando al hombre que iba sucio.

—Aún no lo sabemos, señora— respondió él.

— ¿No saben cuánto tiempo van a estar?— replicó Risha, sorprendida.

—No, señora. Tenemos asuntos que tratar aquí. Por la mañana pediremos una audiencia extraordinaria con el Consejo del pueblo, y después ya se verá.

—Yo soy miembro del Consejo— dijo Risha con la esperanza de que le dijese más.

—Entonces, mañana por la mañana tendrá noticias nuestras— contestó de nuevo el hombre con una sonrisa, pero sin querer decir nada más al respecto.

Risha quería haber preguntado, pero no pudo porque habían llegado a la primera habitación y sería de mala educación.

Quirón fue indicándoles las características de varias habitaciones. Una vez todos se pusieron de acuerdo en cuál ocuparía cada uno, dieron las buenas noches y se encerraron en los cuartos.

Risha caminaba un poco por detrás de Quirón mientras iban a su zona privada para descansar. Él no decía nada, y Risha supuso que ya habría vuelto a cambiar su humor de nuevo. Probablemente tendrían alguna discusión más esa noche antes de irse a dormir.

Risha podía ver desde donde estaba cómo las orejas de Quirón se ponían rojas. Probablemente estaba más enfadado todavía de lo que pensaba.

— ¿No es buena señal volver a tener huéspedes?— volvió a intentarlo Risha.

—Sí, lo es— fue lo único que le contestó él.

—Quirón. Me dijeron que hay un médico entre ellos, creo que puede ser la ayuda que esperábamos. Mañana me enteraré bien en el consejo.

—Tienen toda la pinta de ser buscadores— sentenció él, de forma algo indiferente. Se adelantó en el pasillo y se fue a su habitación.

Risha se quedó un momento frente a la ventana del pasillo, con los postigos cerrados. La misma que se había quedado abierta la noche anterior.

Mirando la ventana, se preguntó si Tash se habría metido ya en su casa o seguiría vigilando por si aquellos hombres no eran de fiar. Había sido un buen detalle lo que le había dicho que iba a hacer, pero había que tener en cuenta que era parte de su trabajo. Si había extraños en el pueblo, él era el primero en velar por la seguridad de los suyos.

6. ARYOM

—Has tenido mucha suerte y no tengo que coserte la cabeza—dijo Taren.

Aryom vio cómo el médico dejaba sobre la mesa el paño con el que le estaba limpiando las heridas. Estaba un poco manchado de marrón, por el barro, y además con algunas manchas rojas de sangre. Aunque por suerte no era demasiada.

— ¿Suerte? Esas rocas no eran tan puntiagudas. Tengo la cabeza más dura que esa pared— dijo antes de echarse a reír, aunque paró enseguida, porque la risa hacía que le doliese más la cabeza.

— ¿Quién te mandaría meterte en una cueva?— preguntó Taren distraídamente.

Aryom no sabía si se lo había preguntado a él o lo había dicho para sí mismo, pero decidió contestar.

—No estabais ninguno cerca para pedirnos que la siguieseis. Así que tuve que hacerlo yo.

—Al menos descubrirías algo... ¿no?— Taren le miró de forma burlona, estaba claro que todos pensaban que no había logrado nada con aquella incursión en la oscuridad, además de cortes y magulladuras.

—Pues, que los mapas que estudiamos no indicaban nada de una pared rocosa con una cueva, y que la sacerdotisa y su hermana, que es la mujer del

posadero, parecen no llevarse muy bien.

—Tampoco es que sea muy improbable que dos mujeres no se lleven bien— dijo el médico intentando ser gracioso.

—Puesto que su padre fue la primera víctima de la plaga, quizá sea importante saber por qué entre ellas no se llevan bien— se levantó de la silla y le dio un golpe en el hombro para que dejara de burlarse de él —. No sólo escuché su conversación en la cueva, también las de otras personas. Por lo que deduje que no a todo el mundo parece caerle bien esa sacerdotisa.

— ¿Crees que pueda tener algo que ver?

Aryom sopesó la pregunta.

— ¿Te refieres a si ella está rezando y usando su conexión divina, para hacer que se muera la gente?— utilizó un tono sarcástico y lo complementó con una sonrisa de medio lado.

Taren soltó una carcajada.

—No, por favor. Eso es ridículo. Mañana pediré los informes que tengan acerca de la enfermedad y me pondré al día— dijo el médico.

—De acuerdo, nos vemos por la mañana. Ahora voy a ver si enjuago la palangana de mi propia sangre y cojo agua limpia. Tengo que quitarme todo este barro de encima.

Cuando Taren se fue a su habitación y Aryom se quedó solo, se quitó toda la ropa sucia. Se lavó como pudo mojando otro paño limpio en el agua y pasándoselo por el cuerpo. Hacía tiempo que no tenía que usar ese sistema. Se había acostumbrado al agua corriente que tenían en la Capital. A darse baños en bañeras de metal y, por supuesto, a la maravillosa agua caliente.

Aryom había nacido en un pueblo. No muy lejos de Ithil, en realidad. No era de esa comarca, pero estaba cerca. Toda la vida había hecho exactamente eso mismo para lavarse. Salvo los meses de más calor, en los que solía bajar al riachuelo de dos palmos con los demás chicos a bañarse.

No tenían un lago tan cerca como lo tenía Ithil. Pero de todos modos lo prefería así. No le atraía la idea de meterse dentro de una gran masa de agua. De hecho, le daba bastante pavor el pensar en sumergirse bajo el agua.

Desde que era buscador, su nueva casa en la Capital y todas sus posesiones solían ser bastante más lujosas. Había pasado de no tener nada a poder tener lo que quisiera, mientras siguiese siendo buscador a sueldo de la Capital.

Su puesto no era todavía importante y su nombre aún no se escuchaba en los mejores círculos sociales. Pero él soñaba con que un día lo hiciese. Era joven,

sólo tenía veintidós años. Pensaba que tal vez era su edad la que le impedía que le dieran los mejores trabajos. Buscar la causa de muerte de, según sus informes, cerca de setenta personas de un pueblo perdido no era algo que le fuese a lanzar a la fama.

Aryom soñaba con el día en que por fin pudiese buscar de verdad. Tal y como se entendía que debía trabajar un auténtico buscador de la Capital. Le gustaba indagar, averiguar cosas sobre personas y recabar información. Era algo que se le daba muy bien. Pero aún no contaban con él como para dejarle hacer trabajos importantes. Sin embargo, para aquella misión se había llevado a hombres que consideraba de confianza. Ya había trabajado con ellos cuando era aprendiz de buscador. Ahora era el líder del grupo y tenía a su propio aprendiz. Los demás parecían llevarlo bien. No hubiese podido trabajar con gente que le hubiese considerado inferior, solo por su edad, y no hubiese tomado en cuenta sus capacidades y sus logros anteriores.

Gracias a su maestro, había llegado hasta allí. Sabía que le faltaba por recorrer un largo camino para hacerse el hueco que deseaba en el Consejo de la Capital y más tarde, fuera de ella. Estaba más que dispuesto a que le ofrecieran un puesto de buscador en el extranjero, o como espía. Ese había sido su sueño desde pequeño. Su maestro había dicho que tenía muchas opciones de llegar a ser un gran buscador, y ese era el primer paso de su gran plan.

El trapo con el que se había quitado el barro había quedado muy sucio. Quizá no les valdría la pena a los de la posada ni lavarlo. Cambió de nuevo el agua de la palangana, y la colocó sobre la mesa. Ahora le tocaba limpiarse bien el pelo. Desde pequeño era la parte que más odiaba, siempre solía enfermarse por quedarse con el pelo mojado y su madre le había regañado cientos de veces.

Hacía ya tiempo que había dejado de hacer eso, así que, dejando por un momento a un lado la mesa con el agua limpia, se dirigió a encender el hogar que alguien había dejado preparado. Si hacía tiempo que no tenían huéspedes, era de suponer que no encendiesen y caldeasen las habitaciones. Como tampoco hacía mucho frío no importaba demasiado, pero ahora lo iba a necesitar.

Lo útiles para encenderlo estaban colocados sobre la repisa de la chimenea. Sabía perfectamente cómo hacer un buen fuego. En muchas ocasiones incluso, había tenido que hacer un fuego al aire libre con poco material, pero desde

pequeño su padre le había enseñado cuando se lo llevaba con él a las partidas de caza.

Cuando tuvo listo el hogar y estimó que le iba a durar unas horas, se dirigió de nuevo a la palangana con agua fría. La miró durante unos segundos, puso las manos a ambos lados, tomó aire y sumergió la cabeza entera con algo de angustia. Se incorporó de nuevo y dejó resbalar el agua por su cara. Si no se daba prisa, probablemente terminaría por regar la mesa y el suelo. Se frotó el pelo con los jabones que había traído con él de la Capital y volvió a sumergir la cabeza ayudándose con las manos para restregarse bien.

Se le pasó por la cabeza que debería ir cortándose el pelo, la parte de delante ya casi le tapaba los ojos y no le resultaba cómodo.

Cuando creyó que ya había quedado bien limpio, sólo le quedó secarse al calor de la lumbre. Debía evitar todo lo posible enfermarse, o podría retrasar o echar a perder aquel trabajo.

Tenía tiempo para pensar y repasar todo lo que había pasado aquella noche, mientras estaba sentado en el suelo frente al fuego y vigilaba que quemase con tiento la leña, para no quedarse sin él antes de tiempo. Sacó una libreta y fue apuntando todo lo que recordaba.

El padre de la sacerdotisa y de la mujer del posadero había sido el primero en morir de aquella enfermedad. Entonces, tras hablar con el consejo para presentar sus respetos, como era costumbre, e informar del motivo para el que estaban allí, debían poder hablar con esas dos mujeres sobre su padre, en cuanto fuese posible. Taren realizaría un estudio sobre los expedientes médicos, si es que los había. También pensaba en hablar con los familiares de los últimos fallecidos, que era donde podían estar las pistas más recientes. Ese sería el plan inicial, y según fueran encontrando respuestas o no, tendría que pensar en hacer más cosas. Como por ejemplo, encontrar al causante de ciertas huellas cercanas al pueblo.

Pensó en la cueva en la que había estado siguiendo a la mujer del posadero. Tenía curiosidad por encontrarla de nuevo y poder ver bien qué era lo que había dentro. Podría ser que hubiese solo flores y velas, pero por la mañana sería una excursión interesante.

Decidió que se levantaría antes que el resto de los buscadores pudiera notar que se había marchado, y por fin, se fue a dormir.

* * *

A la mañana siguiente, Aryom caminaba por el sendero del bosque que le

llevaría hasta el lago. Ninguno de los hombres de su grupo se había levantado aún para cuando salió por la puerta. Sólo se había encontrado con el posadero, del cual pensó que con aquel negocio debía de dormir poco. Tras informar al hombre de que volvería para desayunar con los demás, se marchó para dar aquel paseo y buscar de nuevo la cueva.

Cuando llegó a la orilla del lago, vio que había algún resto que otro de las piras funerarias de la noche anterior. Ya no humeaban y el agua lamía las partes de más abajo. Resultaba triste pensar que solo hacía unas horas allí habían incinerado a dos hombres. Aryom no había participado en sus vidas, pero estaba más que dispuesto a averiguar la razón de sus muertes, y darles la paz que tanto necesitaban a sus familias. Se cercioró de estar solo y sin nadie cerca que pudiese ver hacia dónde se dirigía y siguió la orilla como había hecho de noche. Era mejor no cruzarse con nadie por el momento. Necesitaba poder pensar y averiguar por él mismo todo lo que pudiese antes de que las opiniones de los demás condicionasen sus pensamientos.

Ahora la luz diurna y con aquel amanecer anaranjado, podía ver muchas más cosas de lo que hubiese imaginado. En la orilla los obstáculos eran abundantes. Varios pinos caídos y raíces se aventuraban dentro del agua, creando un relieve irregular, algo que no recordaba haber tenido que saltar la noche anterior. De igual modo se topó con varias rocas gigantes que podrían esquivarse metiéndose en el agua, pero a la luz del día, lo sensato era rodear por la parte interior que daba al bosque y estaba seca.

Su cerebro entrenado de buscador le decía que el paisaje que se había encontrado tan cambiado en la orilla del lago sólo podía significar que el agua había subido y le había ganado terreno a la tierra durante la noche. Algo extraño si como sabía, el agua de aquel lugar era producto de la convergencia de varios ríos, no un entrante de agua marina. Estos últimos eran cambiaban según mareas, pero no pasaba así con el agua dulce. Esperaba que los cambios no fuesen tan significativos como para perderse del camino que recordaba haber hecho a oscuras. Con aquel terreno tan sumamente complicado, le extrañó no haber tropezado con nada yendo a oscuras.

Llegó hasta una pared rocosa de color gris plomizo, como el cielo cuando había tormentas, que se alejaba de la orilla haciendo un recodo. Aryom pensó que allí debía ser donde perdió de vista la primera vez a la posadera y su antorcha. Sabía que se estaba acercando cada vez más a la cueva, pues la noche anterior tampoco había tenido que caminar demasiado cuando perdió de

vista por segunda vez la luz de la antorcha. El camino subía un poco, así que iba bien por allí. Estaba más animado viendo que recordaba cómo llegar, teniendo en cuenta que la única vez que había hecho ese recorrido había sido adentrándose en la oscuridad del paisaje, con apenas unos pocos destellos de luz muy por delante de él. Y la vuelta la había realizado directamente sin ella, sintiéndose prácticamente como un ciego a tientas por el bosque.

Al poco tiempo, continuando por aquella pared de roca, encontró la abertura de la cueva que esperaba. La noche anterior no había podido verlo, pero la parte superior de la cueva no era muy alta, se sorprendió de no haberse golpeado la cabeza más veces. Había tenido mucha suerte.

En el exterior, sobre la parte alta de la de la abertura que daba paso a la cueva habían sido escritas unas palabras que decían “Ofrendas para Ithil”. Era obvio que había llegado al lugar correcto.

Removió la bolsa que llevaba con él, buscando las cerillas y el candil que había tomado prestado de su habitación de la posada. Al menos había sido previsor con respecto a lo de llevar algún tipo de luz para moverse dentro de la oscuridad de la cueva.

Una vez encendido el candil se dispuso a entrar. Tuvo ahora bastante cuidado de no golpearse la cabeza con el techo que estaba de color negro, sin duda producto del humo de las antorchas con las que habría entrado allí la gente durante años. Un poco más adelante, cuando el resbaladizo suelo comenzaba a descender un poco, el techo subía hacia arriba y ya no era tan agobiante ni tan probable golpearse con él. De noche y a oscuras no se había sentido tan incómodo como ahora, cuando de todos modos, volvía a entrar sin saber qué se podía encontrar.

No había caminado mucho cuando pisó lo que se escuchó como un charco. Alumbró con el candil al suelo y quedó sorprendido por la cantidad de agua que había un poco más adelante. El lago debía de filtrarse por algún punto en aquel pasillo rocoso y había inundado la mayor parte.

Aryom entendió que si quería seguir no podía hacerlo sin mojarse. Probablemente incluso en algún momento sería necesario hasta bucear, pues no había bajado todo lo que recordaba haber bajado la noche anterior. Y no podía estar seguro de que la cámara que quedase al otro lado tuviese aire, pues podría ser que estuviese también anegada de agua. Como no le gustaba nada meterse en el agua, y aún menos sin saber qué habría dentro y no veía mucho más, decidió que lo más sensato era dar marcha atrás y salir de allí. Por lo

visto habría de volver en otro momento en que el camino quedase despejado.

Salió de la cueva sin ninguna dificultad y apagó el candil. Con cuidado, lo cerró bien de nuevo para que no se derramase el aceite y lo metió en su bolsa. Ya que la expedición en la cueva se había frustrado, debía volver con el resto de su equipo. Era de suponer que la mayoría ya se habrían despertado, y si alguno le iba a buscar y no le encontraba, probablemente se preocuparían. Tampoco necesitaba que le llamasen la atención, pues seguro que Taren, que le trataba a veces como si fuera su padre, lo haría.

Aryom iba a continuar la marcha de regreso al pueblo cuando le dio la impresión de que estaba siendo observado. Se le erizó el vello de la nuca y sintió un hormigueo. Miró hacia todos lados y por donde continuaba el camino alejándose del lago comprobó que había alguien parado a escasa distancia de donde se encontraba. Se trataba de una muchacha joven, con el pelo castaño y suelto, que le caía casi hasta la cintura. Iba vestida de oscuro y llevaba un gran capazo colgado del brazo izquierdo. Cuando ella se dio cuenta de que Aryom la miraba, avanzó hacia él decidida.

—Las ofrendas no se pueden hacer hasta dentro de unas horas. Ahora parte de la cueva está inundada— dijo la joven cuando estuvo casi a la altura de Aryom.

Ella le miraba extrañada, pero igualmente sonreía cordial. No parecía normal, pues no le conocía, aunque él había reconocido su voz y se había quedado un poco impresionado. Aquella muchacha de aspecto frágil era la sacerdotisa de Ithil. Por alguna razón que no llegaba a entender, Aryom la había imaginado de otro modo. Ni por asomo había pensado que la chica que tenía delante pudiese ser sacerdotisa, si no fuese porque ya había escuchado su voz con anterioridad metida en su papel de guía espiritual y porque ya desde cerca veía que las ropas oscuras que vestían, eran en realidad la túnica azul oscuro que vestían las sacerdotisas incluso en la Capital.

—No lo sabía. No tenía ni idea de que pasase eso.

—Creo que no es de por aquí, ¿verdad?— le preguntó la sacerdotisa.

—No. He venido de la capital— Aryom no quería mentir y no presentarse como el buscador, pero si no surgía no tenía porqué decirlo a la primera de cambio. No se habían reunido con el consejo del pueblo todavía y quizá no era prudente. Aunque por otro lado, también era verdad que aquella mujer era la máxima autoridad moral y religiosa del pueblo.

— ¿De la capital? ¿Y cuándo ha llegado?

—Hace algunas horas. De hecho, anoche mismo— le dijo él—. Mi grupo y yo nos instalamos en la posada de El Lobo de plata— Aryom esperaba que si le daba ciertos datos que sonasen a detalles concretos, ella dejaría de hacer preguntas.

— ¿Y qué hace aquí tan temprano?— siguió preguntando la sacerdotisa. No parecía que fuese fácil de esquivar en una conversación. Desde luego, su cargo parecía autorizarla a ser curiosa con los extraños. Y eso que ni siquiera se habían presentado aún.

—Tenía unos mapas donde se habla de esta cueva— mintió Aryom esta vez—. Anoche nos enteramos de que había habido un funeral, venía a presentar mis respetos por los fallecidos, no sabía que la cueva se inundase— no es que fuese una gran mentira, si bien, no era cierto que fuese a presentar respetos por ninguna persona. Y terminó de añadir como para sí mismo—. Odio el agua, me parece demasiado peligrosa.

—No es necesario que se meta si no quiere. Visto que no puede presentar sus respetos aquí, le recomiendo que lo haga en el templo de Ithil— hizo una pausa en la que se acomodó el capazo en el brazo para poder soltar la mano derecha y ofrecérsela—. Mi nombre es Paro, soy la sacerdotisa de Ithil.

Aryom cogió la mano de ella para estrechársela a modo de saludo. No perdía nada por presentarse como quién era en realidad y, desde luego, no le parecía buena idea decirle más mentiras a una sacerdotisa. Por joven que fuera.

—Mi nombre es Aryom, soy un buscador.

Aryom notó como los músculos del brazo de la sacerdotisa se tensaban mientras se sostenían las manos.

Quizá se había sobresaltado un poco al escuchar que era buscador.

— ¿Le envía el Consejo de la Capital?— le preguntó ella.

—Podría decirse que sí— comenzó a decir él—. Hemos venido en grupo para intentar averiguar por qué hay una tasa de mortalidad tan alta en este pueblo.

Aryom soltó su mano con cuidado, ella parecía haberse quedado un poco rígida con aquella presentación.

—Ojalá averigüen pronto qué es lo que está matando a la gente— le mostró una media sonrisa y echó a caminar rumbo hacia el lago.

Aryom no pudo evitar pensar que aquella sonrisa hacía que la sacerdotisa pareciese más hermosa de lo que ya le parecía que era. Aryom nunca se había

fijado de aquella manera en la sonrisa de una mujer y le sorprendió hacerlo.

Se fue rápidamente a su lado y le mantuvo el paso.

— ¿Se dirige al pueblo, sacerdotisa?— tenía ganas de seguir hablando e intentar averiguar mas cosas. Siempre le pasaba lo mismo. Cuando conocía a alguien trataba de descifrarlo entero y aquella mujer era todo interrogantes para él. Pese a que hubiese hecho conjeturas sobre ella sin conocerla, aún le faltaba por averiguar si eran acertadas o si había errado por completo.

—Sí. Debería estar ya preparando las mesas para los desayunos en el templo— volvió a colocarse el capazo bien en el brazo—. Las flores deberían estar puestas sobre el altar. Esta mañana me retrasé.

Aryom pudo entrever que lo que llevaba la sacerdotisa eran flores de color naranja. Si no se equivocaba, eran las últimas que ofrecería la estación. Recordaba haberlas visto cuando era un niño, creciendo cerca de su casa.

— ¿Quiere que la ayude a cargar el cesto?— le preguntó caballerosamente.

—No se moleste, gracias. Estoy acostumbrada—contestó ella sin mucha emoción.

Siguieron hasta casi llegar a la orilla del lago donde se había realizado el funeral la noche anterior. Aunque caminaban el uno al lado del otro, la conversación no era fluida. Aryom comenzaba a estar un poco incómodo. No pretendía otra cosa que mantener una charla cordial y poder averiguar más sobre ella. Pero por el contrario, su mente divagaba y no estaba clara, así que empezó hablando de sí mismo.

—Yo nací cerca de aquí, ¿sabe? Las flores que lleva, crecían casi en la puerta de mi casa todos los años. Aunque no recuerdo ni su nombre.

La sacerdotisa pareció sonreír y le miró durante un instante, justo antes de volver a dirigir su mirada al camino y hablar.

— ¿En qué pueblo nació?

—En Regardo. Un poco hacia el sur— contestó Aryom.

—Siendo así es normal que estas flores crecieran tan cerca de su población. Aquí el frío de las estaciones llega antes y hay que adentrarse mucho en el bosque para encontrarlas— dijo ella.

—Me traen recuerdos. Mi madre hacía un pastel buenísimo con ellas. Pero solo lo hacía una vez al año, cuando ya escaseaban— Aryom no había tenido intención de comenzar a hablar de su infancia y mucho menos de su madre. La conversación le había salido sola al intentar no estar tanto rato acompañando a aquella mujer en silencio.

Vio como la sacerdotisa abría un poco el paño en que las envolvía, removió un poco las flores y sacó un pequeño ramillete de tres flores. Se lo tendió con una sonrisa y le dijo:

—Tenga. Con estas se acordará de su madre y sus pasteles, mientras está en nuestro humilde pueblo.

Aryom se sintió más incómodo todavía, pero aceptó las pequeñas flores asintiendo con la cabeza. Las metió rápidamente en su bolsa y continuaron andando.

Volvió a cernirse un silencio incómodo entre los dos, y ya iban estando más cerca del pueblo cuando la sacerdotisa volvió a hablar.

— ¿Vendrá hoy al templo?

—Si saco tiempo, quizá por la tarde. Ahora debería volver a la posada con los demás. Hoy será un día largo, ¿comprende?— dijo Aryom—. Primero debemos ir a ver si el Consejo de Ithil nos quiere recibir, y luego iremos viendo cómo se desarrolla todo.

—Seguro que el consejo les recibe. Mi hermana Risha es miembro del consejo. El miembro más joven. De hecho—y añadió mientras le miraba—, es posible que ya la conozca. Es la mujer de Quirón, el dueño de la posada de El Lobo de plata.

—Sí. Anoche fueron muy amables al abrírnos las puertas de su establecimiento y darnos cobijo, a pesar de que llegamos muy tarde y estaban cerrados.

Finalmente habían llegado a la entrada del pueblo. Y Aryom sabía que no iban a llevar el mismo camino. La sacerdotisa iría hacia el templo, y él iría hacia la posada que quedaba hacia el otro lado.

—Bueno, buscador. Si quiere acercarse al templo para esas ofrendas que quería hacer esta mañana, sólo siga esta calle recta hacia arriba— comentó Paro—. No hay confusión con el templo. Y si necesita hablar sobre lo que sea, allí me encontrará. Que su día sea de provecho.

—Que su día traiga paz, sacerdotisa— le contestó, mientras veía como se alejaba cargando con el capazo lleno de flores.

Cuando se puso en marcha, vio que la gente más madrugadora iba ya caminando por las calles cargando cestos dirigiéndose a sus quehaceres. Era más que probable que sus compañeros estuviesen preguntándose dónde se había metido. De preguntar por él al posadero, este podría decirles que estaría a punto de regresar ya. Para no darles demasiado de qué hablar, decidió darse

prisa y apretar el paso.

7. TASH

Tash se estaba tomando un té muy caliente para desayunar, mientras miraba por la ventana de su cocina. Estaba observando la puerta de la posada, con la mirada perdida pensando en otras cosas, cuando vio cómo entraba un hombre que no le parecía ser del pueblo. Convencido de que era uno de los forasteros que había llegado la noche anterior, no le dio mucha importancia. Debido a la hora y a la poca luz de la noche, no había podido verles bien la cara.

Tal y como le dijo a Risha, se había quedado un rato cerca de la puerta cuando el grupo había entrado con ella. Tras oír a Quirón dando la bienvenida a los huéspedes, supo que ya no sería necesaria su ayuda y se había ido a su casa a descansar, pues ya no era asunto suyo.

El día se presentaba duro. Se pasaría por el cuartel y revisaría la orden del día. Aunque lo había visto antes de irse de camino al funeral, estaba casi convencido de que habría más papeleo para cuando llegase. Alguien se habría acercado al cuartel durante el turno de noche.

Desde que era un simple guardia de ronda nocturna, había deseado ascender y llegar a capitán algún día. Lo había conseguido haciendo un servicio necesario en la Capital. Pensaba que el cargo le permitiría descansar un poco de algunas de las obligaciones, como las de velar él solo por el pueblo. ¡Qué ingenuo había sido! Ahora sus responsabilidades eran mayores. Las peleas por

las decisiones del Consejo eran continuas. La gente la tomaba con él por los dictámenes de otros y además contaba con poco personal. Era bastante injusto. Pero ahora era el responsable de la ley en el pueblo.

Conforme pasaron los meses se fue habituando al hecho de salir menos a la calle sin estar de servicio, o a la impotencia de estar bajo el yugo de un Consejo de locos que parecía estar echando una partida a las cartas mientras decidían qué le venía bien al pueblo, pero sin tener en cuenta al pueblo. El tiempo y abstraerse en pequeños quehaceres en su casa habían ayudado. La gente le había dicho que ahora que tenía una mejor posición y una buena casa debía contratar servicio y, lo más importante, según los demás: tenía el deber de buscar una esposa. Pero no lo había hecho. Gracias a estar ocupado con su hogar cuando acababa su turno en el cuartelillo, se mantenía cuerdo. Porque sabía que si no fuera así, se habría marchado de vuelta a la Capital hacía mucho, y le hubiese dado igual que le mandaran empezar de cero en la Guardia, con tal de alejarse de Ithil y sus mayores.

Se terminó el té y se dio cuenta de que si no se daba prisa iba a llegar tarde. Nadie se lo reprocharía por ser él la máxima autoridad en su trabajo, pero de cara a sus subordinados no quedaba bien. Debía mantener unas formas y siempre procuraba hacer lo correcto.

Salió de su casa y cerró la puerta con la llave. A su vez, vio que salían de la posada siete hombres adultos, unos algo más mayores y otros más jóvenes.

Al no reconocerlos, supuso que se trataba de los huéspedes nuevos. Ellos se encaminaron calle arriba, en la misma dirección que iba a tomar él, así que no le quedó más remedio que ir tras ellos, y sintió como si los estuviese siguiendo y espiando.

Oyó alguna conversación suelta que mantuvieron por delante de él. Pero no era nada del otro mundo. Escuchó cosas sobre mujeres, pero no obscenidades como creyó en un principio que dirían, si no sobre sus propias esposas. Alguno de ellos estaba casado y llevaba mucho tiempo sin pasar por casa. Al parecer, no todos habían venido desde el mismo lugar, si no que se habían reunido allí con los demás.

Se compadeció un poco de ellos. Aunque fuese capitán y tuviese tantos problemas en el trabajo, al menos él no tenía que preocuparse por una esposa abandonada casi a su suerte. Razón por la que se sentía mejor cuando estaba en casa y llegaba tarde. No había nadie que le reprochara las horas a las que se presentaba.

Los siete hombres llegaron a una bifurcación y subieron por el camino hacia el Consejo, dejando así de escucharles. No le había parecido que fuesen maleantes, pero tampoco parecían ser mercaderes. Tendría que mandar a uno de sus hombres a averiguar qué hacían en Ithil, en cuanto tuviese tiempo.

Cuando llegó al cuartel, sus hombres habían comenzado con el cambio de turno. Los que se habían pasado la noche allí metidos se estiraban disimuladamente y recogían sus cosas para irse a sus casas. Tash tampoco podía echarles en cara que se durmiesen durante las guardias. Él mismo lo había hecho, y sabía que, de pasar algo en el pueblo durante la noche, habrían acudido sin demora. De todos modos, entre los dos que se quedaban lo normal era turnarse para que uno estuviese atento de verdad. Los que comenzaban el turno de mañana venían hablando entre ellos, mucho más animados que los que se iban.

Se sentó en su mesa y observó el montón de papeles. Como era de esperar, se topó con informes nuevos. El de la muerte de Haro había llegado a medio día y estaba en el montón de vistos. El informe sobre Kértemos ya tenía una copia archivada. Tendría que poner ambos juntos cuando hiciera una hoja escrita informando de la marcha del funeral. Otro de sus cometidos era documentar todo lo que acontecía en el pueblo. Aquello debía haberlo hecho un ayudante, pero prefería hacerlo él mismo y dejarlo todo bien atado, para cuando llegase el día en que dejase ese puesto, o como se temía, muriese por causa de la plaga.

* * *

Llevaba un rato enfrascado en la escritura de lo que había pasado en el funeral y después de él, en el momento en que se encontró con Risha y los 7 forasteros, cuando unos golpes suaves en la puerta le hicieron levantar la cabeza.

— ¿Capitán?— dijo un guardia.

— ¿Si? ¿Ocurre algo?— no solía ser normal que le interrumpiesen con el papeleo de primera hora.

—Nada grave, capitán. Pero le buscan— dijo el joven guardia.

— ¿Quién me busca?— se extrañó Tash.

—Una muchacha de las que trabaja limpiando en el Consejo. Dice que la envían a por usted.

—Hazla pasar— contestó él.

Aquello sí que era nuevo, que le llamasen para que acudiese al Consejo era

de lo más raro. Casi nunca le permitían la entrada a la gente, a no ser que fuese el día de puertas abiertas. Y no era el caso. Pero tenía el presentimiento de que aquello se debía a los nuevos huéspedes de El Lobo de plata.

La chica que había llegado era morena y de pelo corto. Le sonaba haberla visto más veces, pero no recordaba su nombre. Estaba sin resuello, probablemente porque habría venido a la carrera. Llevaba un vestido algo tosco de limpieza y sin zapatos. Sabía, porque ya las había visto, que las mujeres que trabajaban en el Consejo no solían llevar calzado cuando estaban dentro, porque al ir descalzas ensuciaban menos y tenían que limpiar menos.

Sus pies estaban muy sucios de polvo y tierra. No le extrañaría nada que además se hubiese hecho serias heridas. Aquello era alarmante, había ido a buscarle sin ni siquiera darle tiempo a ponerse los zapatos.

— ¿Qué es lo que ocurre?— preguntó, intranquilo.

—Capitán, le necesitan en el Consejo— dijo la muchacha—. La señora Risha..., quiero decir, la Mayor Risha— se corrigió, rápidamente la chica—, ha pedido que esté usted presente en la reunión de hoy. Tienen noticias importantes que comunicar.

Tash se levantó enseguida de la silla. Que Risha fuese quien solicitase su presencia solo podía indicar que se trataba de un asunto importante. Le constaba que era la única algo más en sus cabales.

—Está bien, vayamos ahora mismo. Te sigo— dijo Tash, cogiendo la chaqueta del respaldo de la silla. Pero vio como la chica arrugaba el ceño antes de decir:

—Capitán, yo debo ir al templo a decirle lo mismo a la sacerdotisa.

Tash vio cómo se frotaba los pies, uno contra el otro. Desde luego no estaba en condiciones de irse corriendo hasta el templo y luego vuelta al edificio del Consejo.

— ¡Abel!— llamó Tash en voz alta.

El guardia, que estaba esperando fuera, vino rápidamente.

—Dígame, capitán— dijo, en cuanto estuvo frente a él.

—Vaya al templo a buscar a la sacerdotisa. Dígame que la esperan en el Consejo, por orden de su hermana. Se la necesita para una reunión extraordinaria. Cuando regrese aquí, busque algún calzado que pueda llevar esta señorita para dejar de correr descalza por la calle— y mirando de nuevo a la joven, añadió—. Tú espera aquí a que Abel te traiga zapatos y descansa. No quiero que después de esto no puedas andar ni hacer tu trabajo.

—Gracias, capitán. Se lo agradezco muchísimo— le contestó la chica, suspirando aliviada.

El guardia Abel se fue corriendo por la puerta a hacer lo que le habían ordenado, seguido de Tash, que se dirigió hacia la salida para ir al Consejo.

No suponía que fuese ninguna urgencia, pues de ser así lo más probable era que hubiesen hecho llamar a la Guardia al completo, no sólo al capitán. Pero por otro lado, cierta urgencia tenía que haber habido, para que la joven fuese corriendo hasta allí sin sus zapatos siquiera. Le quitó importancia mientras subía la calle. Mejor tener la cabeza despejada para enfrentarse a lo que fuera.

Cuando llegó al gran edificio gris, la puerta principal estaba abierta de par en par. También le parecía extraño que no se oyesen las voces que se oían normalmente. Los miembros del Consejo solían gritar a menudo para hacerse oír los unos sobre los otros. Las ventanas estaban cerradas, pero las contraventanas abiertas para que entrase luz.

Cruzó el umbral y se encontró en el enorme vestíbulo de entrada con columnas de madera labrada. Siempre le había parecido que aquel edificio contaba con demasiado lujo y ostentación para ser un simple Consejo de un pueblo tan pequeño. Pero aquello era cosa de la Capital.

La sala de reuniones estaba al fondo del vestíbulo. La puerta estaba cerrada; varias muchachas cotillas que trabajaban allí, arrimaban sus cabezas y orejas a la puerta para intentar escuchar los suaves rumores que salían de dentro. Cuando le vieron acercarse, se apartaron rápidamente de la puerta y se disculparon, desperdigándose por los pasillos laterales.

Todo aquello era bastante inusual. Llamó a la puerta con golpes decididos y esperó.

Los rumores de voces callaron en cuanto tocó a la puerta. Pero una voz se alzó desde dentro y dijo:

—Pase.

Tash reconoció el tono rudo de Risha, así que tomó el pomo de la puerta y empujó para abrir y entrar sin más dilación.

La sala de reuniones del Consejo estaba bien iluminada, en el centro, las mesas de los miembros formaban una gran U. Y frente a ellas, las sillas y bancos que se disponían para que pudiesen sentarse los vecinos que viniesen los días de puertas abiertas. Aquella disposición hacía que se distinguiese bien quiénes eran los personajes importantes y quiénes no.

Los quince miembros mayores de la asamblea estaban sentados en los sitios

centrales. Localizó primero a Risha sentada a la derecha, al extremo de la última mesa. Como miembro más joven, no tenía derecho a sentarse en el centro. A Tash, aquello le parecía una soberana tontería. Risha era la única con la cabeza suficiente para mandar en aquel pueblo. Sin embargo, ella era la que estaba más cerca de la puerta, casi dándole la espalda, y su posición hacía que fuese la que aquel momento debía encargarse de la puerta. Al menos, aquellos viejos locos no hacían que se levantase como una criada para ir a abrir.

Tash dio unos pasos adelante hacia los bancos de los oyentes, y al mirar se dio cuenta de que los siete forasteros estaban de pie con los brazos cruzados frente al Consejo.

—Buenos días— se adelantó a saludar uno de ellos. Probablemente el más joven de aquel grupo—. Agradecemos que nos haga compañía.

Tash se acercó a aquel hombre y éste le tendió la mano, así que fue a estrechársela.

—Soy Aryom, el buscador.

Tash cogió su mano y notó el fuerte apretón que el buscador le devolvía.

—Soy el Capitán de la Guardia, Tash— contestó él.

—Lo sé. Le esperábamos— dijo con una sonrisa.

Lo que sorprendió a Tash era que aquel hombre parecía llevar la voz cantante en la reunión, pues los hombres y mujeres del Consejo se mantenían en silencio y observando la escena.

—Sólo nos falta la sacerdotisa, como querían en el Consejo— dijo de nuevo el buscador, mientras miraba a Risha.

Tash comprendió que lo de hacerles venir a él y a Paro no había sido cosa de los forasteros, sino de Risha, como Mayor del Consejo. Le pareció claro que quería que estuviesen presentes ellos también, pero no tenía nada muy claro para qué.

—Siéntese si lo desea, capitán— volvió a decirle el buscador—. He de esperar para empezar.

—No se preocupe. Estoy bien así— contestó Tash, y se hizo a un lado para tener una mejor vista de todos los hombres que había allí.

El grupo que acompañaba al buscador no se había presentado, pero ya imaginaba quiénes podían ser. Lo más probable era que fuese la ayuda que mandaba la Capital a Ithil. Quizá Risha había tenido éxito con su última carta amenazante. Todos estaban serios, ya no bromeaban como lo habían hecho un

rato antes, cuando subían por la calle y hablaban sobre sus mujeres. Aquellos hombres parecían realmente profesionales. Tash esperaba que fuesen lo suficiente como para solucionar la situación en la que se encontraba el pueblo.

El silencio comenzaba a ser incómodo. Nadie había abierto la boca desde que él había llegado y el buscador Aryom se había presentado. Era muy raro que los mayores mantuviesen ese silencio. Al menos poco antes de entrar él había habido rumores de voces hablando en voz baja. O eso le había parecido.

— ¡Esto es ridículo!— protestó de repente un hombre canoso que se sentaba casi en el centro de las mesas de la asamblea, Tash sabía que se trataba del Mayor Argus, casi la máxima autoridad del Consejo—. Tenemos en ascuas porque lo solicita una joven inmadura e insensata. Nosotros tenemos más voz y voto aquí. ¡Hable ya de una vez, buscador!

Todos se habían vuelto a mirar al anciano, estaba claro que cuando había dicho “nosotros” en realidad se refería a él mismo. Pero Tash miró al buscador, porque no entendía cómo había conseguido que se quedaran callados esos locos hasta ese momento.

—Como le dije antes, hablaré cuando llegue la última persona que tiene que estar presente— dijo, y volvió a guardar silencio.

Todavía se pudo escuchó alguna queja por lo bajo del Mayor Argus, que estaba bastante enfadado. Probablemente algo así debía ser lo que había sucedido cuando Tash, antes de entrar al gran salón, había podido escuchar voces a través de la puerta. Un intento por parte del Consejo de que les contase la razón de la reunión y una negativa del buscador a responder todavía.

Justo cuando parecía que iban a volver al perturbador silencio, se oyeron unos golpes en la puerta.

Risha, como seguramente hizo cuando fue el propio Tash el que llamó, se giró en su silla y dijo:

—Pase.

La puerta se abrió lentamente, casi con miedo. Por suerte no chirriaban los goznes; si no, a Tash le habría parecido hasta tétrico.

La silueta con el vestido oscuro se asomó por la puerta. Lo primero que vio el Capitán fue la mirada incrédula de Paro que se paseó primero por los miembros del consejo, sin duda igual que la de Tash cuando entró allí. Paro avanzó unos pasos hacia dentro de la habitación, pero acercándose al lado de su hermana. El buscador se adelantó hacia ella un paso y dijo:

—Bienvenida, sacerdotisa. La estábamos esperando.

Tash pudo ver cómo Paro miraba a este hombre y no parecía extrañada de verle; ni siquiera parecía sorprenderle mucho aquella reunión. Sólo daba la impresión de resultarle rara, como a él, la forma en que los miembros del Consejo se mantenían en silencio y sin gritarse unos a otros.

—Buenos días— dijo únicamente Paro.

Al momento, el buscador, que ya estaba adelantado y mirando a todos los presentes, comenzó a hablar.

—Ahora que ya estamos todos los que debíamos estar aquí, y puesto que todos me conocen ya como el buscador, les informaré rápidamente de la situación— hizo una pausa y emitió un carraspeo—. Mi equipo y yo hemos sido mandados por el Consejo de Mayores de la Capital para encontrar la causa de las inusitadas muertes que están teniendo lugar en Ithil desde hace un par de años. Como quería haber comentado antes, la necesidad de su pueblo salta a la vista. Hemos podido comprobar de primera mano cómo las granjas que están a las afueras del pueblo han sido abandonadas. Descubrimos ayer mismo huellas de lobos que han debido hacer de las suyas en sus inmediaciones, y otro tipo de huellas mucho más grandes. Es de suponer que el aumento de comida viva, debilitada y fácil de cazar, haya llamado la atención, no sólo del pequeño depredador, sino, posiblemente, de animales más grandes. Hasta el momento, parece que el gran animal que se está acercando no pretende llegar al pueblo. Pero sería conveniente estar alerta.

—¿De qué gran animal estamos hablando?— preguntó Tash. Alejándose del tema de la enfermedad mortal, para irse directamente hasta esa nueva supuesta amenaza. Si el pueblo iba a estar en peligro constante, quería estar preparado.

—Probablemente de un gran oso negro de los picos— sentenció el buscador, provocando murmullos y caras de asombro—. No estamos del todo seguros, porque ningún ejemplar de esta raza ha sido visto por estas tierras desde hace un tiempo— añadió haciendo gestos con las manos para tranquilizarlos y acallar la voces—. Pero las huellas nos llevan a creer que debe ser uno de ellos. No hace muchas semanas se vio otro a unos kilómetros de aquí. Tal vez se trate del mismo animal.

—Pero no están seguros de que sea un oso negro de los picos— interrumpió esta vez el Mayor Argus, algo alarmado—. ¿Verdad? Si así fuera, podríamos estar en un serio peligro.

Ahí Tash estaba de acuerdo. Legendaria era la sabiduría popular con

respecto a aquella raza de oso. Unos animales grandes, majestuosos, pero fieros, implacables y terribles. Una raza que no temía al hombre y que no dudaba en atacar y destruir lo que se cruzase en su camino, ya fuera una cerca o una casa entera con habitantes incluidos.

—No podemos asegurarlo, no— volvió a decir el buscador—. Pero por el tipo de huella, estamos casi seguros. Probablemente necesitemos unos días más para confirmarlo o desmentir esta información. Por el momento no es necesario alertar a los vecinos, no queremos que cunda un pánico innecesario.

Tash estaba de acuerdo con lo que decía el buscador. Si se comentaba la posibilidad de que un animal como ese rondaba el pueblo, los vecinos que se habían marchado hasta aquel momento no serían nada en comparación con la espantada general que se crearía. Estaba seguro de que eran profesionales, y de que si se trataba de un oso negro de los picos lo averiguarían rápidamente. Aquel grupo debía contar con cazadores expertos capaces de darle caza. Por el contrario, si se trataba de un oso pardo común, no habrían de temer nada, nunca se acercarían a los humanos, ni los atacarían.

El Mayor Argus pareció que quería volver a protestar, pero Paro se le adelantó.

— ¿Cuándo sabrán de qué tipo de animal se trata?

—En cuanto podamos dar por terminada esta reunión, cuatro de mis hombres saldrán a rastrear las huellas y lo averiguaremos— contestó el buscador amablemente.

Tash se envalentonó y habló:

— ¿En qué puedo ayudarles? Mis hombres y yo estamos aquí para servir al pueblo de Ithil, así que cuenten con nosotros.

—Ya contábamos con su inestimable ayuda, capitán, por eso está usted aquí — contestó el buscador mientras le miraba—. Nuestro plan de acción abarca más que el hecho de buscar al animal, aunque no esperábamos tener que encargarnos de algo como esto. Lo principal es averiguar la causa de la plaga, y para ello con nosotros está Taren— hizo un ademán con la mano y otro de los hombres que estaban allí presentes se adelantó.

Cuando estuvo a la altura del buscador, Taren tomó la palabra.

—Soy el médico que envía la capital como buscador. Mi cometido esencialmente es descubrir de qué tipo de enfermedad se trata...

— ¡Es una maldición!— interrumpió una mujer mientras se levantaba de su puesto en la mesa. La melena canosa y enmarañada le caía por la espalda y los

hombros. Los ojos vidriosos por la edad se clavaban en el médico. Y pese a las protestas de algunos otros miembros del Consejo, la mujer continuó:

—Ánticus era un brujo e hizo que cayese en nuestro pueblo una maldición. Y todos pagaremos por sus actos y su pacto maligno.

— ¡Cállate, Siwam!— interrumpió de pronto Risha—. Estás loca, si crees que lo que pasa es fruto de la hechicería. Lo que ocurre es que la mayoría sois unos estúpidos supersticiosos.

Tash se había sorprendido con el alzamiento de voz de Risha. Quedó claro que la joven se había enfadado en demasía al oír cómo se ensuciaba el nombre de su padre.

Vio cómo Paro se acercaba a su hermana y le colocaba la mano sobre el hombro para tranquilizarla.

—A mi no podéis engañarme. Habéis hecho el mismo pacto que vuestro padre. Pero se volverá contra vosotras, os matará a las dos— volvió a decir la mujer mayor.

Tash conocía a Siwam, era una mujer que no estaba ya bien de la cabeza. No paraba de poner denuncias en el cuartel de la Guardia, la mayoría historias inventadas, así que ni él ni el resto en el pueblo solía dar crédito a lo que decía. Era considerada ella más bruja de lo que podría haberlo sido Ánticus. Pero aún así, seguía siendo miembro del Consejo de mayores.

Los forasteros de la Capital serían unos necios si hicieran caso de cualquier cosa que dijese aquella mujer. Tendría que encontrar algún momento para dirigirse a Aryom y desacreditar a la Mayor Siwam, para que no perdiese el tiempo con aquel tipo de sandeces.

—Señora— dijo el médico—. Hoy en día no creemos que la muerte de decenas de personas sean debidas a ningún tipo de maldición. Aquí hay algo o alguien matando a esa gente. No pueden creer en serio que un ente maligno hizo un pacto con un hombre y lo terminó matando.

—Claro que lo creo. Y esas dos— dijo mientras señalaba a Risha y Paro— tienen ahora en su mano acabar con todo. Pero prefieren seguir fieles a su amo oscuro.

Risha se levantó de la silla con intención de ir hacia la Mayor Siwam. Por suerte, Paro la sujetó del brazo. Por si acaso, Tash se acercó hasta ellas y habló en voz baja a Risha mientras se interponía en su campo de visión:

—No vale la pena, Ris. Déjala. Nadie más que esta loca cree en esas tonterías.

—Bueno, pongamos orden— dijo el Mayor Argus, intentando que su voz se oyese por encima de la de los demás.

El consejo se había vuelto a revolucionar y volvía a ser el gallinero de siempre. Hasta que el buscador cogió una honda de la que Tash no se había percatado hasta ese momento y la hizo girar cogiendo más y más velocidad hasta que de pronto el objeto que tenía dentro comenzó a sonar.

El sonido que salió de manos del buscador fue creciendo hasta hacerse ensordecedor, un chirrido agudo y muy potente que nublaba el sentido. La mayoría de los presentes se tuvo que tapar los oídos para protegerse del infernal sonido. Tash miró hacia Aryom; ni él ni los demás hombres de su grupo que estaban juntos parecían estar tan afectados por el sonido como las demás personas de la sala.

Cuando dejó de hacer girar la honda con lo que fuese que tenía dentro, ya no había nadie levantando la voz. De echo, todos estaban callados y escarmentados.

—Gracias, ahora continuaremos hablando nosotros— dijo el buscador con una sonrisa.

Tash se había quedado anonadado. No sabía qué era aquello, pero desde luego debía ser la razón por la que el consejo estaba tan callado cuando había llegado.

—Vamos a dar por concluida esta reunión enseguida, pero antes—y miró a Tash—, Capitán, voy a enviar a Taren a buscar los informes médicos de las muertes causadas por la extraña enfermedad— y pareció remarcar la palabra *enfermedad*—. Sería conveniente tenerlos todos cuanto antes e intuyo que los debe tener el médico que se ha hecho cargo de todo hasta ahora.

—Sí, en efecto, el médico de Genuin debe tener algunos de los primeros que murieron— dijo Tash algo avergonzado, pues la información era escasa.

— ¿Quiere decir que no tiene los informes de todos los fallecidos?— preguntó Taren, algo contrariado.

—Me temo que no, buscador— le contestó Tash—. El médico de Genuin dejó de venir hace algún tiempo.

Realmente les habían ido mal las cosas, cuando hasta el médico se negaba a acercarse por Ithil para atender pacientes, y debían ser ellos, o algún pariente a todo correr, el que se acercase hasta Genuin para conseguir atención médica.

Tash vio cómo Aryom y Taren se miraban, intercambiando una mirada incrédula. Pero aquello era lo que estaba pasando.

—Por eso nuestra situación ha pasado a ser desesperada, y por ello pedí ayuda a la capital— dijo Risha, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Está bien. Capitán, le agradecería si usted o algún guardia pudiera acompañar a Taren hasta Genuin para hablar con el doctor. Mientras, otros cuatro de mis hombres se encargarán de rastrear las huellas que encontramos, para ver de qué gran animal se trata. Y...—se giró para mirar al resto del grupo de buscadores, buscando con la mirada a uno en concreto que Tash identificaba como el más joven— Ethel y yo nos quedaremos por aquí y hablaremos con la gente del pueblo. Así está la situación.

8. PARO

Paro miraba aún la honda que el buscador había hecho sonar de forma estridente, para silenciar a todos los miembros de la sala.

Su primer pensamiento tras poder quitarse las manos de la cabeza y destaparse los oídos, había sido claro. Si ese cacharro hacía callar al Consejo, iban a necesitar más de uno en Ithil. Lo que no entendió fue que aquel estruendo no hubiese parecido afectar a ninguno de los siete hombres que estaban en el otro lado de la sala. Solamente se habían tapado los oídos los ancianos, su hermana Risha, Tash y ella.

—Lo tendré todo dispuesto para el mediodía. Así, con suerte podremos volver antes del anochecer— le dijo Tash al buscador.

Paro temía haberse perdido parte de la conversación, pues había oído a Aryom hablar, pero no lo había entendido; estaba enfrascada en sus pensamientos sobre el Consejo. Miró a su hermana Risha, que estaba de pie a su lado, y le preguntó:

— ¿A qué se refieren?

—Tash se marcha con el médico a Genuin— le respondió Risha.

Paro vio que Aryom ahora las estaba mirando, y se sintió desconcertada. Mientras que Tash y Taren se apartaron hacia un lado. Parecían estar ultimando algunos asuntos con respecto a su partida. Entonces Aryom se acercó hasta

ellas.

—Señoras, espero no haberlas incomodado demasiado con la honda. Pero si funciona para alejar animales peligrosos de los campamentos, intuía que también funcionaría con gente que no gusta de escuchar, sino solamente de ser escuchado— dijo risueño el buscador.

— ¿Qué clase de honda es esa? No es para lanzar nada, ¿cierto?— se le adelantó Risha a Paro, que precisamente estaba pensando también en preguntarle a Aryom por aquel instrumento.

—Es una honda chirriante— y abrió la mano para enseñarles el objeto, que constaba de la honda y de una especie de guijarro agujerado, causante del sonido—. Los viajeros la usan a menudo cuando tienen que pasar la noche al raso y dormir desprotegidos. Suele hacer que todos los animales de los alrededores se alejen espantados, y así uno puede dormir sin pensar que un lobo solitario pueda acercarse sin ser invitado. Si se fijan — añadió, mostrando el guijarro a la altura de sus cabezas—, al girarlo con la honda y coger velocidad, el aire pasa por estos agujeros y el sonido por los contrarios.

— ¿Y a su grupo no le molestó el chirrido?— preguntó Paro.

—Es un asunto muy curioso porque una de las particularidades de la honda chirriante es que produce un ruido que para el portador y los más cercanos no es tan agudo y penetrante. O al menos es menos molesto. El sonido se va extendiendo y sube de volumen conforme se aleja del punto de inicio y de las personas más cercanas. Así que en este caso, para mí y quien está cerca y tras de mí, no supone más que un silbido ligeramente molesto. Pero para los demás — y aquí torció una sonrisa mientras miraba al grupo de ancianos del consejo que iba abandonando la sala—, resulta de lo más molesto. Incluso puede llegar a anular a la persona o animal que lo escuche a cierta distancia. Resulta muy útil, para muchos casos.

—Desde luego que sí— dijo Risha—. Me tiene que decir dónde puedo comprar uno, para la próxima reunión con los miembros del Consejo.

Risha y Aryom rieron, pero Paro no.

—Parece que no es muy dada a los chistes, sacerdotisa— dijo el buscador.

Paro se sintió algo avergonzada.

—Es demasiado educada como para reírse de los demás. Incluso aunque sea gente como Siwam— contestó Risha por ella.

—Quiero que sepan que nosotros no creemos en maldiciones, ni brujas, ni

hechicería. Nosotros buscamos la verdad, nos basamos en hechos. Y eso es lo que vamos a hacer aquí. Averiguaremos qué está matando a su gente y le pondremos solución— aseguró Aryom.

—Se lo agradecemos mucho buscador— dijo Paro—. Ahora debería volver al templo. Los niños deben estar llegando— añadió dirigiéndose a su hermana.

Paro iba a darse la vuelta cuando Aryom volvió a hablarles.

—Sé que estarán ocupadas con sus deberes, pero deben saber que mi compañero Ethel al igual que a mi nos gustaría hablar con ustedes sobre su padre, Ánticus— Risha se tensó al lado de Paro, y el buscador, que pareció notar lo, se apresuró a continuar—. Por supuesto, no creemos que fuese el foco de la epidemia en sí. Pero debemos saber cómo fueron sus últimos días. Primero iremos a hablar con los familiares de las últimas víctimas de la plaga, ahora que, por desgracia, lo tienen todo más reciente. A ustedes dos les dejaremos un poco de tiempo para que hagan memoria. Se lo digo ahora porque así lo van pensando, ¿de acuerdo?

Paro sólo asintió con la cabeza, entendiendo lo que pretendía el buscador. Su hermana hizo lo mismo.

—Que su día sea de provecho, señoras.

—Que su día traiga paz— contestaron casi a la vez ambas, y entonces fue el propio Aryom quién les dio la espalda y marchó al lado de sus hombres. Paro supuso que también les tendría que dar instrucciones para ir en busca del oso.

—Paro— le dijo su hermana en voz baja—. No le cuentes nada al buscador. No hará otra cosa que acrecentar los rumores. Yo me encargaré de este tema.

—No entiendo porqué no puedo contarle lo que sé— dijo Paro, visiblemente indignada por recibir órdenes de su hermana, como si fuera una niña de ocho o nueve años todavía.

—Tampoco es que sepas gran cosa de nuestro padre— añadió Risha, y aquello terminó por acabar con la poca paciencia que le quedaba a Paro aquella mañana para con su hermana. Se dio la vuelta y salió de la sala dejando a Risha plantada allí.

Estaba disgustada, quedaba clara cuál era la opinión de Risha con respecto a ella. Paro quería a su padre, igual que quiso a su madre. Pero su padre nunca pareció tener más hijas que su primogénita. Así que no entendía qué esperaba Risha de ella. No se le permitió llorar a su padre, como en su momento se le regañó por llorar a su madre. A una niña de diez años se le impidió llorar por el dolor interior que sufría. Más tarde aprendió a reprimir todo aquello que le

hacía daño y dejó las cosas como estaban. Si Risha no podía comprender que no fue ella la que dejó de lado la familia, si no que la habían obligado a hacerlo, no tendría por qué discutir más con ella.

La calle volvía a estar llena de gente yendo de un lado a otro. Se dirigió de nuevo al templo a buen paso, y se sorprendió a sí misma pensando en cómo casi nunca solía estar a aquellas horas por la calle, y cómo echaba de menos la cantidad de luz que lo inundaba todo.

La gente la saludaba al verla pasar, pero la mayoría con expresiones extrañadas al verla por allí. Iba a llegar tarde al templo, los niños ya estarían sentados en sus sitios y se preguntarían por qué se estaba retrasando. No es que le molestase que la hubiesen llamado para acudir a la reunión del Consejo. Estaba claro que el buscador la quería allí por ser una de las hijas de la primera víctima de la plaga. Y, seguramente, aprovechar para decirles que hiciesen memoria. Recordar los últimos días de su padre no era difícil. Había estado pensando mucho en él últimamente. Le había dirigido muchos rezos y meditaciones. Si su padre estaba en otro lugar mejor, como ella creía, estaría viendo a sus hijas perder el control del pueblo y podría estar decepcionado. Pero tenía por seguro que a Risha lo que más le fastidiaba de todo aquello era precisamente eso, estar perdiendo el control y el poder. Y, por supuesto, que el pueblo estuviese prácticamente en vías de extinción.

Franqueó las puertas del templo y se dirigió rápido y sin coger los libros al aula con los niños.

—Buenos días, perdonad que llegue tarde— dijo, sonriendo y mirándolos a todos.

Notó como no solo faltaba Hans, si no que había cinco niños menos. Ya solamente quedaban quince en clase. La muerte de Kértemos y Haro había espantado a más familias, y no podía culparles. Pero los niños que quedaban estaban tristes y posiblemente tenían miedo. Quizá sus padres no podían permitirse el marcharse de allí y perder lo poco que tenían, y tenían que arriesgarse a lo que pudiese hacer la plaga con ellos.

—Bien, hoy vamos a dejar los libros a un lado y vamos a divertirnos, ¿de acuerdo?

* * *

Paro pasó la mañana jugando y dibujando con los niños. Les había dicho que los Buscadores de la Capital habían llegado al pueblo, para que se lo dijiesen a sus padres y ver si así la gente se tranquilizaba un poco. Al menos,

los niños habían tenido una mañana de alivio y respiro.

Estaba recogiendo las mesas que habían sido ocupadas para la comida. Hoy también habían sido menos los que se habían acercado al templo para compartir un poco de comida.

Desde luego, no estaba siendo un día normal para Paro, ni para Ithil. Los pocos que se habían acercado ya iban diciendo y comentando que los Buscadores estaban en el pueblo y rezaban para que encontraran pronto una solución. Pero finalmente todo el mundo se había ido y se había quedado sola.

Entró alguien al templo. Al principio, mientras pasaba un trapo por la última mesa, no miró quién era y siguió hasta terminar de limpiar las migajas de pan que quedaban.

Escuchó los pasos acercarse hasta ella y se incorporó para saludar, encontrándose de frente con Quirón.

—Buenas tardes, sacerdotisa.

—Buenas tardes, querido Quirón. ¿Cómo tú por aquí? Hacía mucho tiempo que no te veía por el templo— le dijo Paro, sonriendo.

Realmente, no estaba segura de haber visto nunca a su cuñado dentro del templo. Era una de las pocas personas que tampoco necesitaba nunca hablar con ella. Pensó que tal vez, la muerte de su primo, acontecida dos días atrás, le había hecho pensar y sentir que necesitaba desahogarse. Aunque Paro vio que no dejaba vislumbrar la preocupación en su cara, como solían hacer los demás.

—He venido a verte— dijo Quirón.

Paro esperó para que le dijese los motivos. Casi nunca tenía que preguntárselo a su interlocutor, a no ser que esa persona estuviese dando muchos rodeos al tema, cosa que ella podía percibir como un claro signo de nerviosismo, por los años de práctica. Pero en aquel momento Quirón se mantenía callado y no continuaba hablando por si solo.

—Quirón, ¿hay algo en especial por lo que hayas querido pasarte por aquí?
— intentó animarlo Paro.

Sólo imaginaba dos temas de conversación posibles. El primero era la plaga, y el segundo los buscadores.

—Estoy preocupado por Risha— le dijo de sopetón —. Hace tiempo que las cosas no marchan bien, sobre todo por culpa del Consejo.

Paro no se esperaba que el tema girase entorno a su hermana. De hecho, nunca había sido tema de conversación con nadie, salvo con Tash.

— ¿Crees que no le va bien en el Consejo?— preguntó Paro.

—Creo que le alteran demasiado el juicio. Temo que acabe igual de loca que todos los demás miembros.

Eso si que no podía esperarlo. No había notado a su hermana nada diferente a como había sido siempre. Pero también era verdad que no pasaba demasiado tiempo con ella. Su marido sería la primera persona en darse cuenta de si ocurría algún cambio, ya que era el que pasaba más tiempo con ella, o eso pensó.

—No me había fijado en que hubiese cambiado su manera de ser— dijo Paro, extrañada.

—Bueno, últimamente se niega a hablar conmigo. No atiende a razones. ¿Sabes? Le he dicho que este pueblo la trastoca demasiado. Su salud está empeorando. Se altera enormemente, incluso temo que se pueda volver... agresiva.

Aquello le hizo recordar el incidente con Siwam, de aquella misma mañana, en la reunión, cuando tuvo que asir por el brazo a su hermana, porque la veía capaz de hacerle daño a la Mayor. Al principio se había acercado a ella para reconfortarla, para que sintiese su presencia cerca y se sintiese segura. Como sacerdotisa, sabía cuando la necesitaban, pero como hermana lo pudo sentir más aún y quería darle su apoyo moral. Sin embargo se asustó un poco al ver que Risha se alteraba tanto con las palabras de aquella mujer.

— ¿Crees que sería capaz... de hacerle daño a alguien?— dijo Paro, cada vez más preocupada.

—Quiero creer que no. Se supone que la conocemos bien. Pero ya no sé qué pensar. Sería bueno para ella marcharse un tiempo de aquí, alejarse de todo lo que le hace mal. Pero no puedo sacar el tema así como así con ella— le contestó su cuñado.

Paro sabía del estrés que podía causar el Consejo. Discusiones día tras día, e incluso ahora, la cosa empeoraba, porque la cuestión de la extraña plaga, o de la enfermedad misteriosa, les había tocado de lleno con la muerte de su padre. Risha siempre había estado muy unida a él y, tras todo este tiempo, probablemente notaría más su falta.

—Quizá sería bueno que se tomase un descanso— dijo Paro.

Quirón sonrió casi imperceptiblemente, y Paro, acostumbrada a mirar y leer las expresiones, no supo como tomarse aquel gesto.

—Quizá le vendría bien que la animases a marcharse, aunque sean solo unos

días. ¿Podrías hablar con ella de eso?— le rogó Quirón.

—Tal vez...— no había terminado la frase cuando ambos escucharon la puerta abrirse de nuevo.

Ahora que Paro estaba erguida y de frente hacia el pasillo que daba a la gran puerta, pudo ver, en el mismo instante en que entraba, que el nuevo visitante era el buscador Aryom. Se puso nerviosa. No es que fuese a decirle cualquier cosa de su padre al buscador, pero tampoco quería que Quirón fuese a contarle a Risha que este hombre le sonsacaba cosas que no debía. Así que pensó que lo mejor era que Quirón se marchase.

No le hizo falta decirle nada a su cuñado; él mismo se había girado a mirar al extraño que les interrumpía y se había quedado con el ceño fruncido.

—Querida sacerdotisa, espero que me disculpes pero he de marchar. He de dejar las cosas atadas en la posada. Mañana salgo de viaje otra vez a Genuin, puede que tarde en volver unos dos o tres días.

Paro le miró confusa.

—Risha me había dicho que fuiste ayer.

—Sí, pero quedaron provisiones con las que no pude hacerme, así que me toca repetir el viaje y buscar más— y mientras Aryom llegaba a la altura donde estaban ellos dos hablando, terminó diciendo—. Nadie quiere hacer negocios con un habitante de Ithil, dicen que estamos malditos y que llevaremos la plaga hasta sus hogares.

— ¿Eso dicen de nosotros?— dijo Paro, alarmada.

—Ya será para menos— intervino de sopetón Aryom en la conversación.

—Buenas tardes, buscador— dijo, algo secamente, Quirón. Se notaba que no le había gustado la intromisión.

—Buenas tardes tengan ustedes—miró primero al hombre e hizo un gesto de saludo con la cabeza—. Posadero— y luego otro a Paro—. Sacerdotisa.

—Buenas tardes, buscador— respondió Paro.

—Ya me marchaba. Así que les dejaré a solas— y mirando de nuevo a Paro añadió—. Piensa en mi petición, Paro. Espero que tengáis un día provechoso.

—Que tu día traiga paz— contestó Paro. Pero el buscador no respondió con ninguna despedida.

Quirón se fue hacia la puerta notablemente disgustado.

Paro vio como Aryom levantaba una ceja y miraba con curiosidad al hombre que marchaba y atravesaba la puerta.

—Su cuñado, ¿verdad?—dijo Aryom sin mirarla.

—En efecto. El marido de mi hermana Risha, y el dueño de la posada de El Lobo de plata. Como ya debe saber.

Aryom volvió a mirarla y Paro se sintió extraña. Tal vez venía para hacerle preguntas sobre su padre; eso la incomodaba. El buscador retiró sus ojos de ella para pasear la mirada por la gran nave con columnas que era el templo de Ithil.

Le extrañaba sentirse turbada en presencia del buscador. Incluso por la mañana, en el Bosque del lago, había estado incómoda, y no había atinado a sacar tema para ninguna conversación coherente. Le pareció estupenda idea que él hablase sobre su infancia en Regardo y sobre el pastel de flores que le hacía su madre. Aquellos detalles le habían hecho pensar que se trataba de un buen hombre y de confianza. Supuso que por eso incluso se atrevió a regalarle un par de flores de las que había recogido para las ofrendas. Como aquellas que ahora estaban tras ellos en el fondo del templo. Se había arrepentido de dárselas en el mismo momento en que él las cogió, porque la cara de él no fue sólo de sorpresa. No entendió exactamente qué pasaba por la mente de aquel hombre cuando le sorprendió con aquellos simples capullos, pero estaba segura de haber cometido un error. Creía que le había disgustado el gesto.

—Así que.... este es el templo de Ithil por dentro— dijo Aryom mientras daba la vuelta sobre sí mismo, mirándolo todo.

—Nuestro humilde templo, si— contestó ella.

El buscador rió alegremente ante su comentario y la miró a los ojos.

—Puede decir que es simple, por su planta y su fachada. Pero del interior no puede decir en serio que sea humilde.

— ¿Perdón?— dijo Paro extrañada.

— ¿En serio?— preguntó, levantando de nuevo una ceja—. ¿Humilde, esto? — y se acercó para tocar la basa de una columna—. No puede decir que esta piedra sea humilde— Aseguró de nuevo Aryom.

—Sigo sin comprender a qué se refiere, buscador.

Paro no podía entender las palabras de aquel hombre. Le decía las cosas como haciendo ver que él sabía algo que ella no, y lo tomó como una fea actitud por su parte.

—Perdone, sacerdotisa Paro, pero... ¿de verdad no sabe qué material es este?— y volvió a señalar la columna y mirar alrededor.

Paro no contestó a la pregunta, porque lo sintió innecesario, ya había dicho que no sabía a qué se refería.

—Este de aquí es el mejor mármol que existe en el mundo y por tanto, muy caro. Y aquellos paneles ornamentados de madera— y señaló tras las mesas donde se servían los desayunos y comidas, a los paneles de madera colgados en la pared—, llevan incrustadas varios tipos de piedras preciosas. Hasta las maderas de las mesas y los bancos son de gran calidad. Por su tamaño, diría que muy caras, así que lo siento, pero no puede decir que el templo de Ithil sea para nada, humilde.

Miró sorprendida las piedras de los paneles a los que se refería el buscador, pero ella no podía distinguirlos por lo que decía que eran, solo veía simples guijarros de río, o cristales de colores pulidos, todos renegridos por el paso del tiempo.

— ¿Cómo puede estar tan seguro?— preguntó Paro, desconcertada.

—Sacerdotisa— dijo Aryom llamando su atención—. Sé de lo que hablo. En mi trabajo como buscador, he tenido que estudiar mucho sobre muchas y diversas cosas. Entre ellas saber bien cuándo algo es auténtico o falso. En este caso, puedo garantizar y sin siquiera tener que acercarme, que se trata de auténticas piedras preciosas y alguna semipreciosa.

—Nadie me lo había dicho nunca.

—Bueno, no todo el mundo tiene tan buen ojo como yo —dijo Aryom, con un toque de orgullo en la voz.

—Supongo que es buscador por algo— dijo secamente Paro.

Aryom debió notar la tensión que emanaba de Paro. Creía que la estaba tomando por una ignorante, a ella.

—No quería decir que nadie de por aquí lo supiese. Discúlpeme, sacerdotisa—dijo, azorado de nuevo, el buscador.

— ¿Es que Ithil no es merecedora de tener tales cosas?— preguntó de nuevo Paro, pero sin intención de comenzar una discusión acalorada, solo quería que él no los tomase por pueblerinos sin inteligencia. Paro se esmeraba mucho en inculcarles una serie de conocimientos a los niños que en el día de mañana les serían de gran ayuda si decidían seguir estudiando fuera del pueblo. Pero no era culpa suya si no podía distinguir más allá de un cristal de colores de una gema valiosa.

—No me entienda mal, sacerdotisa. No era eso. Solo.... no sé, supongo que me he dejado llevar y sólo quería impresionarla. ¿Sabe? Ser tan joven en esta profesión a veces es una gran carga. Casi nadie en la Capital toma en serio a un buscador de mi edad. Como se suele decir, el tiempo da el saber, y sin

tiempo poco se ha podido aprender. Por eso la gente suele dudar de mí— el buscador agachó la cabeza y pareció enrojecer, pero la luz dentro del templo no era tanta como para verlo bien y ella no podría haberlo asegurado.

—Creo que puedo entender eso muy bien—dijo Paro—. Con diez años me tuve que hacer cargo de este templo.

Aryom pareció un poco sorprendido.

—Pero tendría a su mentora a su lado, ¿no?

—No fue el caso—dijo ella—. Mi mentora era mi madre, la cual me enseñó todo lo que sabía, pero murió cuando yo acababa de cumplir los diez. Aquí no hubo nadie más para guiarme a partir del día que me vine a vivir al templo.

—Siento lo de su madre, pero ¿con diez años estaba viviendo aquí sola?— volvió a sorprenderse el buscador.

—En efecto. Y no crea que fue fácil hacerme cargo de todo. ¿O acaso piensa que los vecinos traerían a la escuela a sus hijos cuando quien les daría clase apenas era una niña también?— dijo alzando ella ahora la ceja.

Paro había dejado sin palabras al buscador. Aquello estaba bien, porque le devolvía el control, pero su conversación se estaba yendo por las lindes de lo personal, y ella no quería llegar a eso, porque podía dar pie a hablar sobre lo que temía que quería saber el buscador; cosas sobre su padre.

—Bueno, entonces tenemos eso en común— dijo Aryom—, la corta edad a la que empezamos en nuestros mundos.

Paro se fue hacia la parte de atrás de las mesas, quería ver de cerca las piedras incrustadas en los tablones decorativos, aunque no distinguiese a lo que se refería el buscador.

—Sabía que empezaban a adoctrinarlas muy jóvenes, pero tampoco esperaba que empezaran a trabajar en serio siendo tan pequeñas— dijo Aryom como para sí mismo, pero llamando de nuevo la atención de Paro.

— ¿Qué quiere decir con adoctrinar?—preguntó Paro, confusa.

—Bueno, ya sabe. Que las seleccionan desde bien pequeñas para que hagan exactamente lo que está usted haciendo, sacerdotisa. Llevar esta vida sencilla y viviendo de este modo tan tranquilo— contestó Aryom, ligeramente avergonzado.

—Creo que no comprendo muy bien su punto de vista — observó Paro, empezando a sospechar lo que él quería decir y sólo para intentar que le dijese lo que pensaba de verdad.

—Bueno, verá... no es que crea que esto no es... bueno— dijo evitando el

contacto visual—. Pero pienso que si no hubiese sido tan pequeña cuando empezó, habría elegido otro tipo de vida, lejos de estar casi todo el día encerrada en un templo como este, que por muy bonito que sea, sigue pareciéndome que la mantiene encerrada.

—Usted no visita los templos a menudo, ¿verdad, buscador?— dijo impaciente Paro.

—Pues he de reconocer que no— contestó el buscador—. Desde que dejé la escuela en mi pueblo natal, no he sido de ir a rezar mucho, no — terminó confesando Aryom.

— ¿Cree que nos espera una vida mejor cuando muramos?— volvió a preguntar Paro.

Notó como el buscador se ponía cada vez más nervioso. Ella podía entender porqué: él habría preferido ser quien hiciera las preguntas, y ella lo tenía finalmente en su terreno.

—No sabría que decirle, sacerdotisa.

—Entonces he de suponer que no venía a presentar sus respetos en el templo por los fallecidos— sentenció Paro, aunque ya sabía la respuesta desde hacía un buen rato.

El buscador volvió a quedarse sin palabras y no desmintió lo que había dicho Paro. Sabía que aquella conversación tenía que terminarse cuanto antes.

—Le aviso de que no es buena idea que visite la cueva de las ofrendas— dijo Paro—. Si no va a presentar sus respetos, sería una tontería.

—De igual forma, tengo curiosidad por ver la cueva— le contestó él.

—Pues no debería. Ahora, si me disculpa, me voy a retirar a descansar un rato, antes de que venga más gente por aquí a... rezar— dijo, dándole énfasis a la última palabra.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia su estancia privada sin esperar ninguna contestación. Cuando cerró la puerta tras de sí, se quedó escuchando a través de la madera, el eco de los pasos del buscador le hicieron saber que se dirigía hacia la salida.

Se sentó en el sillón que tenía cerca de la cama y que usaba principalmente para leer, porque se encontraba bajo una de las rendijas que hacían de ventanas. Quería descansar de aquellas agotadoras conversaciones. Primero su cuñado diciéndole que sería conveniente que Risha se marchara unos días, luego el buscador con su prepotencia, alardeando de conocimientos y desdeñando sus creencias. Era más de lo que quería por un día.

No había pasado más que un rato cuando llamaron a su puerta.

9. RISHA

Risha había ido al templo a ver de nuevo a su hermana. Sentía que le debía una disculpa por lo como habían quedado las cosas aquella mañana en el Consejo. Al llegar por la calle había visto salir por la puerta al buscador Aryom, el jefe del grupo que habían mandado de la Capital, y le había resultado extraño. Tenía miedo de que hubiese ido a hacerle las preguntas sobre su padre que dijo que les haría, aunque también había manifestado que les daría tiempo. Pero cuando se cruzaron en la calle de subida, ni siquiera la había mirado a la cara, ni para saludarla.

Cuando entró al templo, de nuevo sintió que le recorrían escalofríos por todo el cuerpo. Atravesar aquella puerta siempre tenía ese efecto sobre ella. Tras franquear la entrada, no vio a su hermana pequeña por ninguna parte. Llegó a pensar que quizá no estaba allí y que el buscador estaba con la cabeza en otro sitio, elucubrando donde podía estar la sacerdotisa a esas horas. Pero enseguida terminó por pensar que tal vez su hermana se había retirado a su habitación, al fondo del templo.

Había poca luz en aquella zona, porque la ventana se había quedado al otro lado del cubil que se había construido dentro del templo como habitación de la sacerdotisa. Llamó a la puerta esperando respuesta y no tardó mucho en notar cómo su hermana giraba el pomo al otro lado. Se asomó y vio en la cara de

Paro el desconcierto.

—Hola, Paro— dijo tímidamente ella.

—Hola, Ris— le contestó—. Pasa— y la sacerdotisa se apartó de la puerta dejando espacio para que entrase.

Risha traspasó el umbral y miró al rededor sin sorprenderse de que la estancia fuese tan sencilla y austera. Exactamente como era la vida de su hermana. Ni siquiera parecía tener muchos objetos personales por allí, aparte de los libros de una estantería, junto a un gran espejo.

—Espero no molestarte— dijo ella.

—Por supuesto que no— le contestó secamente Paro.

Risha se mantuvo de pie, pero su hermana se dirigió hacia el sillón viejo que estaba al fondo de la habitación.

—He entrado hace un momento para descansar un rato, pero tú puedes pasar aquí sin problemas— y le dirigió una escueta sonrisa.

—He visto salir al buscador del templo— dijo Risha.

—No hemos hablado de nuestro padre, si es eso lo que te preocupa— dijo Paro, borrando de nuevo esa tímida sonrisa que había asomado y poniéndose seria de nuevo.

—No es por eso por lo que vengo. O sí, pero no exactamente como crees, hermana— le dijo rápidamente Risha, para que no tomara su visita como una nueva provocación—. Venía a disculparme por lo de esta mañana. He estado pensando, y creo que últimamente hablamos muy poco, y cuando lo hacemos terminamos siempre discutiendo.

—Normal, estás muy agobiada con el Consejo— le interrumpió Paro.

—El Consejo no me agobia tanto. Son otras cosas— le contestó Risha.

No quería hablar de sus problemas con Quirón y de la insistencia de él en dejar Ithil. Tampoco quería detallarle lo preocupada que estaba por ella y por dejarla sola. A veces pensaba que todo sería más fácil si Paro decidiese casarse, así no le dolería tanto pensar en que ella no tenía a nadie más.

—Quizá deberías alejarte un poco de todo y descansar, podrías ir a pasar unos días a Genuin con Quirón. Tengo entendido que se va mañana para allá y que puede que tarde en volver dos o tres días.

Risha se sorprendió de que su hermana supiese algo como aquello. Nunca parecía estar muy al tanto de lo que hiciese o dejase de hacer su marido.

—No, no puedo desatender mis obligaciones con el pueblo— protestó ella.

—No creo que por irte dos días el pueblo se nos vaya a caer encima, Ris—

le contestó Paro.

—Que no. No quiero alejarme de Ithil, y menos ahora que tenemos a los Buscadores aquí. ¿Y si mientras no estoy se descubre algo importante? ¿Y si muere alguien conocido? —lo que no quiso decir era que tenía miedo de que mientras no estuviese allí, a Paro le pasase algo. Si su padre había muerto por la plaga, ¿quién decía que no podía pasarle lo mismo a su hermana?

—Si hay algo que sé, es que siempre te preocupas demasiado. Necesitas darte un respiro y romper con la rutina. No creo que os venga mal a Quirón y a ti irs un par de días, estoy verdaderamente convencida de que te iría genial. Además, no estarás muy lejos, sólo se tarda unas cuatro horas en carreta. Si pasase cualquier cosa te haría avisar sin tardar— volvió a insistir Paro.

Risha pensó que tal vez no era tan mala idea. Pero seguía teniendo el miedo de que su hermana enfermara o muriese víctima de la plaga, y no estar allí para intentar hacer algo. Aunque por otro lado, si caía bajo la maldita enfermedad, sabía que poco podría hacer por ella. Nadie había sobrevivido, hasta ahora a aquello, era un hecho. Pero al menos quería estar a su lado, nadie podría negarle eso.

—Tal vez me lo piense— terminó por decir, principalmente por dejar el tema.

Empezaba a pensar que lo de irse lejos de Ithil no era sólo cosa de su marido.

— ¿Quieres algo más, Ris?—le preguntó Paro, pillándola por sorpresa.

— ¿Qué? No. Bueno, no lo sé. Vine por lo de esta mañana. Por lo de nuestro padre. No lo sé. Supongo que me afecta todo esto— dijo confusa—. No quiero que pienses mal de mí. No quiero que nadie piense mal de nosotras. Lo que dijo la Mayor Siwam... bueno, no es la única que lo piensa, ¿sabes? Hay muchos más que lo hacen, a parte de la gente del Consejo, también varios vecinos— se frotó las manos una contra la otra nerviosa—. Creo que hasta Quirón piensa que es cosa de nuestra familia.

Risha siempre había sido muy sensible sobre lo que pensasen los demás de ella. Al contrario que Paro, desde pequeña había defendido a su familia y a ella misma de las habladurías. Muchos habían creído que Ánticus era un mal padre por haberse deshecho de su hija más pequeña de aquel modo. Pero Risha entendió que su padre sólo había hecho lo que su madre le había pedido. Todo era por el expreso deseo de ella de que las cosas siguieran como estaban. Que Paro se hiciera una mujer importante para el pueblo, una

sacerdotisa de Ithil, como lo habían sido desde siempre en su rama familiar. Pero Ánticus se encontró de golpe y porrazo con algo con lo que no sabía lidiar, ni sabía como debía hacer para cumplir con sus deseos. Risha conocía bien lo mucho que le dolía a su padre haber dejado a una niña pequeña a cargo de algo que le venía tan grande, pero se sintió impotente.

—No creo que Quirón piense eso de ti— dijo Paro, sacándola de sus cavilaciones sobre el pasado.

—No lo sé. Sé que es mi marido. Intenta apoyarme en todo lo que cree conveniente, pero.— Risha no sabía como decirle a su hermana que Quirón era cada vez más pesado con el tema de abandonar el pueblo, y que ella, no quería hacerlo, y cómo empezaban a estar cada día más a disgusto el uno con el otro—. A veces pienso que me equivoqué casándome con él.

Dejó de frotarse las manos de inmediato. No podía creerse lo que acababa de decir. Y por la cara que puso su hermana, ella tampoco podía creerlo.

Siguieron en silencio durante unos segundos. Risha no quería hablar, quería borrar lo que acababa de pasar. Estaba segura de que su hermana no iba a decir nada al respecto, era demasiado buena como para meterse en un asunto así, pero no podía dejar de pensar en lo que ocurriría si llegase a oídos de otra gente.

—Creo que voy a irme y regresar a la posada.

—De acuerdo, Ris. Que tu día sea de provecho— se despidió Paro, sin más.

—Y que el tuyo... traiga paz— dijo Risha antes de salir por la puerta.

Se quedó sola durante unos instantes en la gran nave del templo. Mientras iba andando hacia la puerta principal, el eco de sus pasos resonaba en su mente como las palabras que le había dicho a su hermana sobre su marido. Confiaba plenamente en ella y en que no se lo diría a nadie. Estaba claro que como sacerdotisa haría un papel impecable.

Risha aún le daba vueltas a cómo habían salido aquellas palabras de su boca, pero si había podido decir una cosa así, ¿qué no sería capaz la gente de contarle a su hermana? ¡Cuántos secretos debía guardar día tras día!

Salió a la calle y notó que ahora le era más fácil respirar, y que ya no tenía escalofríos. Siempre había pensado que había algo en aquel templo que le hacía reaccionar de esa manera cuando entraba.

Caminó por la calle central y se dirigió a su casa, pensando que quizá no era tan mala idea acompañar a Quirón a su viaje de un par de días a Genuin. Quizá el estar a solas con él le haría ver de nuevo lo mucho que lo quería y cómo no

se había equivocado con su matrimonio.

Llegó a la posada sin darse cuenta y en la puerta casi tropieza con un hombre.

—Disculpe mi torpeza— dijo el sujeto, en cuestión, a modo de disculpa.

Risha se dio cuenta entonces de quién era y se sintió tentada de preguntarle a donde iba.

—Buscador Aryom— le dijo, haciendo que él se parase y se volviese hacia ella—. Parece que no para quieto en todo el día.

Él la miró sonriendo de medio lado y le contestó:

—Es mucho trabajo para un pequeño grupo de hombres, señora.

— ¿Están rastreando las huellas del animal?— quiso saber Risha.

—Sí, tengo a los mejores en ello, y Taren y el Capitán de la Guardia deben estar llegando ahora mismo a Genuin— dijo el buscador, mirando mientras tanto al cielo para comprobar la posición del sol—. Solo quedamos dos en Ithil y se nos acumula el trabajo, así que... discúlpeme, Mayor Risha, pero he de marchar a ver a la viuda de uno de los hombres que murieron hace un par de días.— le dijo, denotando la prisa que llevaba.

—Sí, perdone, buscador. Que tenga un día de provecho — se disculpó y despidió Risha.

—Gracias, que el suyo traiga paz— dijo Aryom antes de darse la vuelta e irse a toda prisa.

Risha respiró aliviada, por el momento no iban a hacerle preguntas con respecto a su padre, y eso la tranquilizaba un poco. Entró a la posada y no vio a su marido en el vestíbulo. Pasó por el comedor que quedaba a la derecha del edificio y vio a algunos clientes que conversaban en las mesas, mientras Siora, la cocinera y Lea la camarera, se encargaban de la barra y de dar conversación a algunos muchachos que tomaban cervezas junto a ellas.

Risha no iba a molestar a nadie preguntando por Quirón, lo mejor era buscarlo, así que se dirigió al ala del edificio que ocupaba la familia.

Primero miró en el salón amarillo, pero allí no había nadie. Fue a su propio estudio, porque aunque lo dudaba, quizá era posible que Quirón hubiese ido a buscar algo allí, y porque estaba más cerca que las demás estancias, pero lo encontró también vacío. Vio la chimenea recién encendida y pensó que tal vez Quirón había pasado por allí hacía poco, o quizá habría sido Lea hacía un rato. Risha se dijo que seguramente su marido estaría en su propio estudio personal.

Salió de nuevo al pasillo, que estaba bien iluminado por el sol que entraba por las ventanas, y siguió hacia delante, pasando de largo la puerta de su dormitorio.

Casi nunca iba al estudio de su marido, igual que él casi nunca entraba en el suyo si no buscaba algo en concreto. No es que fuese una norma escrita, pero las cuestiones del trabajo del uno y del otro no solían mezclarse. Así que lo mantenían todo por separado.

La puerta estaba cerrada, cosa que no era de extrañar. Llamó, y sin esperar más contestación intentó girar el pomo de la puerta, pero no se abría. Aquello sí que le pareció muy raro, no acostumbraban a echar los pestillos a las puertas.

— ¿Quirón? ¿Estás ahí?— dijo Risha.

Oyó como se arrastraba una silla, y pasos por la habitación.

—Si, Ris. Enseguida te abro— le contestó la voz amortiguada de su esposo.

Risha volvió a oír los pasos y como revolvía y movía cosas, creyó que quizá abría y cerraba cajones. Fue cuando se dio cuenta de que Quirón debía estar guardando o escondiendo algo, antes de dejarla pasar. Y eso sí que la hizo sospechar.

—Ya voy, querida.

Giró la llave y se abrió la puerta. Risha vio que su marido respiraba agitado y nervioso.

Antes de pasar dentro le preguntó:

— ¿Qué estabas haciendo para tener que echar la llave?

—No, nada, querida— se apresuró a contestar Quirón—. Cosas sin importancia.

—Si no tenían importancia ¿por qué cerraste entonces? — insistió Risha.

Quirón se la quedó mirando, sin saber qué contestar. Risha tenía curiosidad, pero, siendo su marido como era, probablemente no consiguiera sacarle nada.

—Ordenaba unos papeles en referencia a la posada. Hacía números. Vamos muy mal este último año. Probablemente tengamos que despedir personal— terminó por decirle Quirón.

Risha sopesó sus palabras. Era cierto que tal y como andaba todo, la posada, por muy buen nombre que tuviese en la comarca, no iba a poder mantenerse por sí sola mucho más tiempo.

—No quisiera que despidieses a nadie. Si lo hacemos, esas personas también se marcharán del pueblo. Aquí escasea mucho el trabajo ya— dijo

ella, apenada.

—Lo sé. Pero ¿qué otra cosa quieres que haga?— preguntó Quirón frunciendo el ceño—. Nos quedamos sin dinero. Lo poco que tenemos ahorrado deberíamos invertirlo en irnos de aquí. No en dárselo a otra gente, para poco a poco hundirnos nosotros más.

Risha entendía que lo que decía Quirón tenía sentido. Pero se negaba a abandonar sin luchar por lo que quería.

—Quizá las cosas mejoren ahora que están los Buscadores aquí— dijo ella, esperanzada.

—No lo creo— soltó de golpe Quirón.

Aunque sorprendida por la poca esperanza que denotaban las palabras de su esposo, le respondió:

—Tenemos que pensar que así será. Por nosotros y por nuestro pueblo— pero no pareció que su marido cambiase de idea con sus palabras.

—No me entiendas mal, querida. Pero ¿acaso ellos no se exponen también a la enfermedad viniendo hasta aquí? Quizá hayan venido en balde y se encuentren con más muerte de la que desean ver.

A Risha le impactaban las palabras de Quirón por su dureza, pero no quería creerlo. Tal vez sólo había perdido la esperanza. Quizá se estaba rindiendo tras la muerte de su primo segundo.

— ¿De verdad piensas que no van a ser capaces de descubrir lo que pasa? Son Buscadores de la Capital, Quirón ¡Por lo qué más quieras! ¡Hay que tener esperanza! Encontrarán la causa, ya lo verás— le dijo Risha tratando de razonar con él.

Su marido seguía negando con la cabeza y disgustado, claramente en contra de sus palabras de ánimo. Risha le cogió de la mano para calmarlo y le dijo:

—Mañana iré contigo a Genuin, ¿qué te parece?

Tal vez le pillase desprevenido o demasiado disgustado, el caso es que Quirón arrancó su mano de entre las de Risha y le dijo con voz grave:

—No.

Ella, que no podía creerse tal respuesta, y preguntó sorprendida.

— ¿Cómo que no?

—No creo que sea buena idea que vengas conmigo hasta allí. Además, no va a ser ida y vuelta en el día, me quedaré por allí un par de días, seguramente— le dijo su esposo.

—Ya sé que vas a estar más de un día. Pero te sigo diciendo que quiero ir

contigo. Estás siempre diciendo que debemos irnos de Ithil, y para una vez que te pido ir de viaje juntos, me pones inconvenientes y no quieres que vaya.

Quirón pareció pensárselo mejor y respondió:

—Tienes razón. Perdona, querida— y volvió a cogerle la mano y a besarle el dorso cariñosamente.

— ¿Eso quiere decir que puedo ir contigo a Genuin?— insistió Risha.

—Si, por supuesto— dijo Quirón con un suspiro.

—No pareces muy convencido.

—Que sí, que no hay ningún problema en que vengas. Es sólo que puede que te aburras, tengo que ir de un proveedor a otro para ver quién me puede conseguir unas cosas— afirmó su marido.

—No te preocupes. Yo puedo ayudarte, sé tratar con hombres rudos, y con medio locos también— dijo ella sonriendo.

—Eso como tú quieras. Iremos a la posada de la Guía Gris, la lleva un amigo. Puede que nos haga un buen precio por la habitación. Yo suelo comer allí cuando voy a Genuin, así que no estaría de más que nos hiciera una rebaja. Repito que nuestras finanzas no son muy boyantes— dijo Quirón poniéndose serio.

—Está bien, no gastaremos más que lo necesario— afirmó ella.

Risha miró por encima de la mesa del estudio de su marido. Pero no había papeles encima que indicase que estuviese trabajando antes de entrar ella.

— ¿Quieres que te ayude con esos números? Ya sabes que estas cosas las he hecho desde pequeña, puede que a una escala mayor; pero sabes que lo haría encantada— preguntó Risha con curiosidad.

—No hace falta. Puedo darlo por terminado ya hoy—le contestó rápidamente Quirón.

— ¿Estás seguro? Porque aún es temprano, por si quieres darle otra vuelta a eso— insistió Risha.

—Te he dicho que no hace falta— dijo tajante su esposo.

Risha empezaba a estar molesta, porque intuía que Quirón le estaba escondiendo algo. Por unos papeles con números y cuentas sobre la posada no se habría molestado en guardarlo a todo correr ni le estaría mintiendo. Pero estaba claro que no iba a sacarle nada presionándolo.

—Está bien. Todavía no he comido, así que iré a ver si Siora tiene guardado algo comestible— dijo mientras se daba la vuelta despacio, con la esperanza de que Quirón le dijese que se quedara y le mostrase lo que fuese que le

escondía. Pero no fue así.

—Igual te ha dejado algo en el salón amarillo. Ve a ver si es así— le dijo él.

—Gracias. Te veo en un rato.

Se alejó de nuevo por el pasillo y Quirón volvió a cerrar tras ella. Aunque ya andaba lejos de la puerta, escuchó perfectamente cómo volvía a echar la llave. Tendría que intentar averiguar qué era lo que se traía entre manos esta vez Quirón, pero habría de ser en otro momento.

Pasó de largo del salón amarillo, ya había estado allí cuando buscaba a su esposo y no había visto que hubiese nada sobre la mesa grande, así que pensó que lo mejor sería dirigirse directamente donde estaba Siora para pedirle que le pusiese un plato de lo que fuese y comer en la compañía de los quedasen en el comedor de la posada, aunque fuese de alguno de los pocos vecinos que aún se pasaban por allí.

* * *

A la mañana siguiente, Risha y Quirón salieron de la posada rumbo a Genuin, pero ella insistió en pasar antes por el Templo de nuevo y despedirse de su hermana, pese al enfado de Quirón por hacerles perder tiempo. Estaba segura de que todavía Paro no había salido aún y de que la encontraría allí, pues era muy temprano.

10. PARO

El silencio del templo por las mañanas era realmente triste. El grosor de las paredes no le permitía a Paro escuchar los sonidos del exterior, así que siempre se perdía el amanecer de las aves en los árboles que crecían tras el templo.

Cada mañana, poco antes del alba, abría los ojos en su habitación en penumbra. Era el momento del día en que se sentía más sola, pero se quitaba la melancolía de encima con un buen lavado de cara con agua fría que dejaba preparada por las noches en la jofaina. Se quitaba el camisón descolorido con el que llevaba durmiendo años y se colocaba la túnica azul oscuro que la distinguía como sacerdotisa. Se peinaba para desenredar el pelo y lo dejaba suelto y cayendo por su espalda. No se engalanaba como otras mujeres y no usaba joyas. Su madre le había insistido siempre en la necesidad de ser de gustos sencillos. Algo que con el tiempo le terminaba saliendo de forma automática y hacía que siempre se negara, de la manera más cordial posible, a recibir ningún regalo de nadie.

Como ya había terminado con el ritual de aseo matutino fue a coger el capazo con el que recogía las flores. Lo primero era quitar las viejas y estropeadas; solían durar unos días puestas, pero ella prefería cambiar a diario las que se marchitaban antes, para que los arreglos florales fuesen

siempre lo más agradables posible. Además, así los espíritus de los fallecidos que miraban desde la otra vida estarían contentos al saber que siempre había un lugar donde se les recordaba con diversos obsequios.

Hoy era el día en que los niños no acudirían a la escuela, lo tendrían libre, y ella debía ocuparse de retirar también el pan y el arroz de los pequeños cuencos de ofrendas, para cambiarlos por otros nuevos. Los viejos los pasaría recoger un poco más tarde un porquero, para dárselos a sus cerdos y no desaprovecharlos.

Quitó pocas flores marchitas de las naranjas. En el bosque ya apenas quedaban de aquellas, porque el frío que empezaba a llegar hacía que las plantas dejaran de florecer. Posiblemente hoy debería ir más lejos a buscarlas.

Alguien tocó a la puerta de entrada que mantenía cerrada hasta que ella salía al amanecer. Y sin pensarlo, dejó apartado el capazo donde echaba las flores muertas para tener las manos libres.

Giró la gran llave y tiró de la puerta derecha para abrirla lo suficiente como para ver quién venía a esas horas.

—Buenos días, Paro. Espero no molestarte tan temprano— dijo su hermana.

—Buenos días, Risha. ¿Ocurre algo?— preguntó ella, asustada.

—No, nada malo. Solo quería avisarte de que marchó con Quirón unos días a Genuin— dijo Risha bajando la voz.

Paro vio que tras ella esperaba su marido montado en la carreta. Él, al notar que ella le miraba, la saludó con un gesto de la cabeza, y ella le respondió del mismo modo.

—Bueno, ¿entonces está bien todo?— preguntó Paro.

—Si...— contestó Risha, con lo que a Paro le pareció poco convencimiento.

—¿Seguro?— insistió viendo el modo en que la miraba su hermana.

—Si— volvió a decir Risha—. Ya he avisado también al Mayor Argus, que es el único que sé que apenas duerme y estaría despierto a estas horas. No le ha hecho mucha gracia, pero saben apañárselas sin mí. No creo que empeoren la situación y menos estando aquí ya los buscadores.

—Cierto. Creo que con ellos por aquí estaremos mucho más tranquilos. Sobre todo si usan la honda chirriante.

Risha rió un poco ante aquel comentario. Era cierto que Paro no solía reírse de la gente, pero eso no quería decir que careciese de sentido del humor. Sencillamente era necesario guardar unas formas.

—Si puedo, busco una en el mercado de allí. Bueno, marchó ya, que Quirón

está deseando ponerse en camino— dijo su hermana.

—Que tengáis un bien viaje. Que vuestros días sean de provecho— se despidió Paro.

—Que los tuyos traigan paz, hermana.

Paro creyó ver una intención de abrazo, pero en el último momento, pareció que Risha se echaba atrás y solo asintió con la cabeza antes de darse la vuelta, montarse en la carreta y dirigirse calle arriba con Quirón.

Paro pensaba que si, tal y como decía Quirón, Risha estaba cada día más cambiada por culpa del Consejo, aquel viaje le sentaría bien. Pero no podía dejar de pensar en que Risha no parecía estar muy segura de que todo fuera bien. Tal vez a la vuelta pudiesen intentar hablar con más amabilidad de lo que lo hacían normalmente.

Era hora de marchar a por esas flores del día de descanso. Para ella, el día sería muy aburrido, pues sólo tendría que estar en el templo y atender a la gente que viniese, que sería poca. Ese día no sólo los niños descansaban, sino que también los adultos solían preferir quedarse en casa.

Cosa que le recordaba a Paro que si su hermana y Quirón iban a hacer negocios en Genuin, precisamente ese día, poco podrían hacer que no fuese charlar en alguna taberna.

Cogió el capazo que había dejado a un lado para hablar con su hermana, y salió del templo dejándolo abierto. Fue por el camino del bosque que llevaba directamente al lago. Ahora sí podía oír el piar de las aves recién despertadas y el resto de sonidos que le ofrecía la mañana.

No era lo mismo hacer aquel camino de día, con luz, que hacerlo de noche, cuando dirigía un funeral. Hacerlo sin más luz que unas antorchas y con un velo que apenas le dejaba ver, era realmente incómodo. Ahora podía disfrutar de la naturaleza, y eso siempre era mucho mejor.

Se notaba ya como comenzaba a llegar la estación fría. No se había echado encima ningún chal, y sólo con la túnica y en manga corta lo estaba echando de menos. Tenía el capazo vacío colgando del brazo y golpeándole en la cadera a cada paso. No es que pesara mucho estando vacío, pero tampoco era una pluma. Recordó cómo el buscador Aryom se había ofrecido a llevarlo caballerosamente por ella el día anterior y se sonrojó sin querer. Le desconcertaba aquel hombre. No es que fuera un misterio, pero le molestaba cómo la trataba en un momento con cordialidad y amabilidad y cómo al siguiente, lo estropeaba todo metiéndose con sus creencias y su modo de vida.

Sonreía mucho y le gustaba gastar bromas. Eso lo había visto desde el principio. Sólo lo conocía desde hacía un día, pero era perfectamente capaz de discernir qué tipo de hombre era. No mucho mayor que ella, podría ser que le sacase unos cuatro o cinco años. Pero pensaba que estaría en torno a la edad de su hermana y Tash. O podría ser que fuese uno o dos años mayor que ellos. No podía asegurarlo. Pero de seguro no llegaría a la edad de Quirón, el cual sabía que le sacaba a su hermana al menos seis años más.

Se encontraba ya cerca del lago cuando escuchó unos ruidos que la sacaron de sus pensamientos. Se dio cuenta de que los pájaros se quedaban callados, y de pronto sintió miedo, pues pudo sentir que algo o alguien se acercaba a ella. Pensó en lo que le había dicho Tash de no ir sola al bosque, pero ya era tarde para pensar en eso. De pronto, los ruidos se hicieron más fuertes, y frente a ella apareció un grupo pequeño de hombres que la miraron tan sorprendidos como ella a ellos.

Fue recuperándose poco a poco del susto al comprobar que eran los cuatro buscadores que debían estar rastreando al animal que pensaban que era un oso negro de los picos.

—Disculpe si la hemos asustado, sacerdotisa— dijo uno de ellos.

—Si buscan al oso, creo que con todo el ruido que hacen les será imposible dar con él— dijo Paro, aún un poco alerta.

—Hemos tenido que abandonar la búsqueda momentáneamente. Edine— dijo señalando a uno de sus compañeros, que estaba siendo sostenido por los otros dos, cosa de la que no se había dado cuenta Paro hasta ese momento—, ha sufrido una caída y se ha golpeado la cabeza. Ha perdido el conocimiento un par de veces y estamos de regreso al pueblo, donde esperamos encontrar a nuestro compañero Taren lo antes posible.

—Sí, por supuesto— fue lo único que acertó a decir ella mientras el grupo tomaba el camino de regreso al pueblo. El mismo que había hablado para decirle aquello se volvió hacia atrás y le dijo:

—Sacerdotisa, tal vez no deba ir hoy por el lago. Es muy probable que el animal ande no muy lejos. Tuvimos que abandonar la búsqueda a unos kilómetros de aquí y no podemos estar seguros de que no esté rondando la zona.

—Lo tendré en cuenta— dijo Paro.

El buscador alcanzó a los otros tres hombres y siguieron rumbo a Ithil. Cuando los perdió de vista, pareció que el bosque retomaba su actividad. Los

pájaros volvieron a cantar, y las hojas de los árboles siguieron su silbar rítmico con el aire.

Si la mañana se torcía, se daría cuenta. Estaba segura de que volvería a pasar lo mismo que acababa de notar, el cambio en el ambiente y como se le habían erizado los vellos en los brazos. Cuando llegó al lago, decidió ir por la orilla en dirección opuesta a la cueva de ofrendas. Aquella parte ya la tenía muy cribada, y era más probable encontrar alguna planta con flores por el lado contrario. Además, había decidido que podría ir a buscar unos frutos rojos que todavía debían estar saliendo por aquel lugar. Quizá podría hacer compota al llegar, si es que disponía de azúcar todavía, cosa de la que no estaba muy segura.

Recorrió la orilla y se adentró poco en el bosque que lindaba con el lago, mientras recogía todo lo que necesitaba. Adentrarse en el bosque siempre podía ser peligroso, no por encontrarse con animales salvajes, que cabía la posibilidad, sino por el simple hecho de perderse.

Paro no se había podido acostumbrar a orientarse dentro, tan sólo seguía la orilla del lago y el camino que se había formado hacía mucho tiempo entre éste y el pueblo. Mucha gente de la comunidad era capaz de ir más allá y regresar sin problemas, sobre todo los cazadores, que desde bien pequeños se habían habituado a ello. Pero Paro salía poco, y no recorría demasiado camino cuando lo hacía.

Se había alejado bastante de la explanada y se le había hecho un poco tarde. Ya había salido con algo de retraso del templo cuando su hermana la había sorprendido con la noticia de su viaje. Pero notaba que el sol empezaba a subir, y debía regresar a preparar desayunos para los pobres que, de seguro, estarían esperándola.

Dio la vuelta, y cuando estaba llegando de nuevo al arenal donde se prendían fuego a las piras funerarias vio que el agua estaba bajando de nuevo. Era tarde entonces, pues se estaba retirando la primera crecida. Así que se dio prisa en recorrer el camino de regreso.

Casi a medio camino, por donde se había topado con los hombres de Aryom a la ida, escuchó un rugido gutural a lo lejos. No había oído nunca un sonido como aquel. Desde luego, no se trataba de lobos. Varias aves echaron a volar espantadas y eso la dejó asustada. Terminó de recorrer la distancia al pueblo casi corriendo, con el capazo a medio tapar y golpeándole violentamente en el costado del cuerpo. Sólo cuando vio las primeras casas se sintió segura.

Pensó que había sido una imprudente, ya la habían avisado de que el enorme animal; que creían que era un oso negro; podía andar cerca, y no había hecho caso. Se tenía merecido aquel susto. Pero de todos modos, había decidido que a partir de aquel día se acabarían las ofrendas de flores para las deidades del templo, y pasarían a ser esenciales las demás, como cuando aparecía el frío.

Llegó al templo intentando recuperar la calma. No era buena idea que la vieran hecha un manojo de nervios por culpa de algo que no sabía lo que era. Ni siquiera estaba segura ya de qué era lo que había escuchado, pues bien podía haber sido solamente algún golpe de viento repentino.

Entró y dejó el capazo lleno encima de una mesa. Ya había un par de hombres dentro esperando el desayuno que ella aún no había podido hacer. Sacó los frutos rojos de la cesta y pensó que sería mejor ponerlo como adelanto al desayuno de aquel día, pues no quería hacerlos esperar mucho. Se acercó a una pila que había tras una columna y lavó todo lo que pudo los frutos. Los colocó en un plato hondo y los llevó, con una de sus mejores sonrisas, a la mesa donde aguardaban los pobres.

Entraron a penas un par de personas más y ella fue sirviendo la leche y los panes que le quedaban. Paro contó la comida almacenada que le quedaba en lo que utilizaba como despensa, tras una puertecilla que daba a la zona donde comía, y vio que le empezaban a faltar bastantes cosas. De hecho, había hecho bien en ofrecer los frutos rojos para el desayuno, pues sus reservas de azúcar no eran ya muchas.

* * *

Cuando hubieron acabado de desayunar, se despidieron de Paro dándole las gracias efusivamente, como hacían cada día. Ella se sentía feliz de ayudar en todo lo que podía. Recogió y limpió las mesas, fregó todos los vasos y platos en la pila, los secó con unos trapos limpios y lo volvió a guardar todo y a dejarlo colocado dentro de la despensa. Ahora ya iba siendo el momento de colocar las flores. Normalmente las ofrendas las colocaba antes de los desayunos, pero con lo que había tardado aquel día, había tenido que dejarlo para después.

Unas pocas flores naranjas más y alguna blanca era lo que había conseguido recolectar aquella mañana. Terminó de ponerlas y de limpiar algunos pétalos que se caían de las flores nuevas. El ajeteo con el que habían venido en el capazo no les había hecho ningún bien, no iban a durar mucho allí puestas.

Después de terminar con todo lo que tenía hacer esa mañana, era el

momento de descansar un poco, al menos, hasta la hora de la comida.

Se metió dentro de su habitación, dejando la puerta abierta para oír si alguien entraba, y cogió un libro para intentar leer un rato en el sillón bajo la ventana. Al menos, aquella vida de paz y tranquilidad relativa, le dejaba tiempo, de vez en cuando, para ella misma y le permitía leer o hacer cualquier otra cosa que quisiera hacer. Siempre y cuando fuese dentro del templo, pues si alguien la necesitaba, su deber era estar allí, solícita. Nunca había salido de Ithil desde que se hizo cargo del templo, nunca había ido más allá del bosque del lago, ni siquiera había ido a Genuin. Aunque por no haber hecho aquellas cosas, tenía la suerte de no echarlo de menos.

* * *

No duró mucho su dicha en soledad, pues alguien entró al templo, como temía. Debía salir y ver si quien fuera necesitaba de hablar con ella, o si solo venía a rezar y meditar tranquilo dentro de aquellos muros.

Cuando se asomó, encontró a Tash a medio camino por el pasillo central que parecía distraído.

— ¿Capitán?— le llamó Paro.

Tash, sorprendido, miró hacia donde estaba ella y sonrió al verla. Paro cerró tras de sí la puerta de la habitación y se acercó a él.

—Sacerdotisa, qué bien encontrarte— le dijo Tash.

—Pues no parecías buscarme, ni siquiera parecía que estuvieses aquí— le dijo Paro sonriendo y con buen humor.

—Bueno, estos días están siendo movidos, ya sabes, con los Buscadores por aquí, el viaje que me tuve que dar ayer y lo demás, poco puedo descansar. Supongo que en realidad estaba buscando un lugar tranquilo donde meterme un rato y que nadie me buscara. Pero tú...—y le miró extrañado— ¿no debías estar con los niños?— terminó por preguntarle.

—Hoy no, Capitán— Paro soltó una ligera risa—. Como se nota que debes de estar ocupado, que ni siquiera sabes qué día es hoy.

Tash pareció caer de pronto en la cuenta.

—Claro, hoy es el día de descanso. De verdad, ¡qué días! Si no es el Consejo, son los Buscadores. ¿Sabías que han traído a uno de ellos herido? Rastreando al animal tropezó y dio de cabeza contra una roca. El médico que va con ellos, Taren, ha tenido que coserle una buena brecha.

Paro suspiró y pensó que ojalá no fuese para tanto.

—Lo cierto es que me los topé esta mañana cuando salí a por las flores para

las ofrendas— dijo ella—. Me dieron un buen susto, vaya si hacen ruido por el bosque— añadió, intentando quitarle hierro al asunto.

— ¿Saliste sola esta mañana?— preguntó Tash alarmado.

Sabiendo Paro que le tocaba aguantar una regañina por parte del Capitán, como si fuera su hermano mayor, solamente asintió.

—Pero ¿tú escuchaste en la reunión de ayer con el Consejo, que hay un animal peligroso cerca del pueblo?— le dijo él, alzando un poco de más la voz.

Paro subió las manos con las palmas hacia delante para intentar calmar a Tash.

—Tash, no creo que haya un verdadero peligro ahí fuera para mí. Salvo quizás si me adentro de más en el bosque, porque no sabría volver, pero no lo hago. Siempre sigo el camino y la orilla del agua, así sé que no me perderé.

— ¿Y el oso? ¿Crees que un oso de esas características, no es un verdadero peligro?— insistió él.

—Bueno, si finalmente, se trata de un oso de esa clase, tampoco creo que corra tanto peligro. Por lo que tengo entendido no les gusta mucho el agua, no creo que fuese a acercarse mucho al lago — intentó calmarlo Paro.

— ¿Qué?— dijo sorprendido, Tash—. Pues no lo tienes bien entendido, sacerdotisa. Un oso negro de los picos no se mete en el agua, si, porque esa raza le tiene pánico al agua, pero obviamente tienen que beber. ¡Claro que se acercaría al lago! ¡Si tiene sed seguro que es lo primero que hará!

Paro había sido una tonta pensando que no corría peligro, eso desde luego. Y además, estaba aquel extraño ruido que creyó que era un rugido y la carrera hasta la entrada del pueblo. Aquello la convencía de que había un gran animal rondando el pueblo. Desde luego aquel no estaba siendo su mejor día. Ahora además se estaba llevando una buena reprimenda de Tash, por hacer las cosas mal.

—De acuerdo, lo hice mal. Pero no tienes que preocuparte, no voy a volver a salir sola al bosque, por el momento. De todos modos, ya quedan pocas flores que pueda recoger sin alejarme demasiado del camino o la orilla— se defendió Paro.

Tash daba vueltas andando casi en círculos al lado de ella, claramente nervioso y disgustado.

—No te entiendo, Paro— dijo deteniéndose delante de ella de nuevo—. ¿Qué es lo que te ocurre? Sabes que puedes hablar conmigo.

Tash esperaba una respuesta, pero Paro no sabía qué decir. No le gustaba que le hicieran preguntas de ese tipo. No quería tener que responderle.

—En serio— insistió él—. No soy el único que piensa que estás pasando por un mal momento.

Paro no sabía cómo quitarse de encima aquella conversación.

—No te entiendo— dijo por fin Paro, sin saber muy bien qué contestar.

—Mira, Paro. Tu hermana está muy preocupada. Se suponía que no debía decírtelo, pero a mí también me preocupas. Ayer se habló de un animal muy peligroso que puede estar rondando el pueblo, ya te había avisado sobre el tema de los lobos. Tú le quitas importancia, pero es un asunto serio. Como Capitán de la Guardia de Ithil tengo la responsabilidad de cuidar de todos los vecinos del pueblo. Y eso te incluye a ti, sacerdotisa.

Paro seguía sin palabras. No podía imaginar que su hermana estuviese preocupada por ella. Ni tampoco que Tash se tomase su trabajo tan en serio como para preocuparse tanto.

—Lo siento— dijo tímidamente—. Te prometo que no voy a volver a salir ni a hacer nada por el estilo— y volvió a callar avergonzada.

—No es solo eso— dijo, ahora más calmado, Tash—. También queremos saber qué es lo que pasa últimamente por tu cabeza. Estás distinta. Parece que no has cambiado, pero incluso tus ojos te delatan a veces.

No se sentía con fuerzas para hablar. Ni tampoco sabía bien qué era lo que quería decir.

—No lo sé— terminó asegurando—. Es posible que de un tiempo a esta parte no esté siendo como antes, pero es normal que las cosas y las personas cambien. Es lo que hace el tiempo. Antes era una niña... ahora soy una mujer. No podéis pedirme que siga pensando igual que antes.

—No hablo de tanto tiempo— interrumpió Tash—. Tus cambios son más perceptibles desde la muerte de tu padre. Risha dice que siempre acabáis las conversaciones discutiendo o enfadadas. Y sinceramente, Paro, a mi me pareces más triste. Quieres ocultarlo pero no puedes. Algo te pasa— suspiró y se puso de lado mirando hacia la puerta —. Si no quieres hablarlo ahora, de acuerdo. Sólo quiero que sepas que estamos para ayudarte, no debes ser la única que cargue con las conciencias de los demás.

Eso era cierto. Desde que era sacerdotisa y la gente había empezado a confiar en ella, había hecho lo mismo día tras día: escuchar. Absolutamente nadie había estado allí para ella.

Se abrió la puerta principal y se vieron interrumpidos por un guardia que entró al templo. En cuanto los vio se acercó a buen paso hasta ellos.

—Capitán. Le buscaba. Al parecer los buscadores y el médico quieren hablar con usted.

Tash miró a Paro durante un segundo, y ella entendió que no se había librado de aquello, que sólo era una pausa.

—Ya mismo voy— dijo dirigiéndose al guardia—. Sacerdotisa, que su día sea de provecho — se despidió Tash de Paro.

—Que el tuyo traiga paz— respondió ella.

Ambos hombres salieron del templo y ella se volvió a quedar sola con sus pensamientos y su vacío templo.

* * *

Habían pasado ya varias horas en las que se había quedado dentro de su habitación con la puerta abierta, leyendo en su sillón, esperando por si alguien entraba. No había podido leer ni una línea del libro sin que su mente se fuese volando a la conversación que había tenido con Tash. El hecho de que su hermana hubiese hablado con él sobre ella, ya era extraño. Aunque ni siquiera sabía como había sido posible siquiera que se hubiesen parado a hablar entre ellos. Las cosas entre los dos hacía unos pocos años que eran muy extrañas, así que no entendía como era que que hubieran compartido un mismo espacio.

Tan absorta en sus propios pensamientos estaba que ni siquiera se dio cuenta que había alguien en su puerta mirándola. Y cuando levantó la vista se asustó, pues le costó reconocer al hombre que la miraba.

—Disculpe. He llamado, pero se ve que no me ha oído— dijo Ethel, uno de los hombres de Aryom.

—Lo siento, estaba distraída— contestó Paro mientras se levantaba del sillón e iba hacia la puerta.

Ethel se echó para atrás para dejarla salir, y una vez fuera Paro cerró la puerta de su habitación. Prefería hablar con la gente en el espacio del templo. El hombre la siguió hasta el lugar donde estaban las mesas con los bancos.

—Dígame, ¿qué quiere?— preguntó Paro dándose la vuelta y mirándole.

—Vengo a hacerle unas preguntas— Ethel hizo una pausa para mirar unos papeles que traía consigo y siguió—. Ánticus era su padre, ¿no es así?— y la miró fijamente esperando una respuesta.

Paro se puso pálida, no había caído en la cuenta de que aquel hombre podía hacer aquello sin su jefe. Estaba segura de que sería el propio Aryom el que se

ocuparía de hacerles las preguntas a Risha y a ella.

—Sí, así era— contestó, un poco tensa.

—Verá, estamos recabando información sobre los últimos días de vida de las personas que fallecieron en circunstancias similares a las de su padre.

—Yo apenas sé nada— interrumpió Paro—. Era mi hermana Risha la que tenía más contacto con mi padre en aquel tiempo, se veían a diario e incluso comían juntos. Yo paso mucho tiempo en el templo, con otra gente— añadió como excusa.

—Por desgracia, su hermana se encuentra fuera de Ithil en estos momentos. Creemos que se ha ido a Genuin con su marido— dijo Ethel.

—En efecto. Pasó esta mañana a despedirse. No tardarán más de dos o tres días. Volverán enseguida a hacerse cargo de la posada— contestó Paro.

—Pues por ese motivo no podemos preguntarle a ella ¿Usted no recuerda nada de aquellos últimos días? ¿Algún detalle de donde pudo estar su padre Ánticus, o las cosas que hizo?— volvió a insistir el hombre.

Paro estaba un poco sobrecogida; no le gustaba tener que recordar aquello, y además aquel hombre ni siquiera había dado su pésame por la pérdida de su padre. Aunque fuese algo que había ocurrido años atrás, para ella había sido poco tiempo.

— ¿Sacerdotisa?— le llamó de nuevo Ethel, para instarla a contestar.

Estaba distraída, y no quería seguir con aquella conversación tan incómoda para ella.

—No ha venido el buscador Aryom, pensé que harían esto juntos— comentó de pronto ella, cambiando de tema.

Al hombre que tenía frente a ella no pareció hacerle mucha gracia la pregunta, pero era educado y le contestó:

—No, señora. No era necesario, pues ya imaginaba mi jefe que no nos podría decir mucho. Ha aprovechado para ir al lago a comprobar una cosa.

— ¿Al lago?— preguntó Paro sorprendida— ¿Qué clase de cosa?

—No se lo puedo decir, sacerdotisa. Estamos investigando— le contestó Ethel, intentando ser cordial y a la vez no dar información.

—Seguro que ha ido a la cueva de ofrendas— súbitamente alarmada, añadió— ¿Qué hora es?

Paro miró angustiada por las ventanas, pero apenas podía distinguir cuál era la posición del sol.

—Casi la hora de comer— respondió el buscador, contagiado por la alarma

de ella.

A Paro le vino a la mente aquel rugido aterrador y no se lo pensó mucho. Echó a andar hacia la puerta.

— ¿Sacerdotisa? ¿A dónde va?— preguntó el hombre, yendo tras ella, ligeramente ofendido.

Paro se dio la vuelta al oírle.

—Busque al Capitán Tash, dígame que vaya corriendo a la cueva de ofrendas del lago, y que el buscador Aryom está dentro. Yo me adelantaré —replicó.

— ¿Porqué he de hacer eso?— preguntó de nuevo él.

—Porque su jefe puede encontrarse en peligro.

Salió del templo dejando con la palabra en la boca al Buscador Ethel. Le había parecido que le volvía a decir algo mas, pero no estaba dispuesta a perder más tiempo hablando con él. Ahora debía gastar su tiempo en correr lo más rápido que le diesen las piernas para llegar a tiempo.

Pasó de largo las pocas casas que le separaban de la linde del bosque y cogió el camino que iba hacia el lago. Si alguien la había visto correr de aquella manera saliendo del pueblo, seguramente habría pensado que se había vuelto loca. Si no contábamos la pequeña carrera de aquella mañana, llevaba realmente sin necesidad de correr tanto desde que era una niña, cuando aún no se hacía cargo del templo y lo hacía porque jugaba con otros niños.

Se tuvo que subir la túnica al empezar el camino arenoso, porque se tropezaba con aquellas botas mal atadas y su falda. Siguió y siguió sin parar hasta dar con la orilla del lago. Comprobó de un vistazo lo que más se temía. El agua estaba subiendo de nivel.

Siguió corriendo por la orilla hacia la cueva, sabía que le quedaba poco tiempo o puede que llegase tarde, pero debía intentarlo.

Alcanzó la pared rocosa y continuó a su lado hasta dar con la entrada de la cueva. Obviamente con las prisas no había cogido un candil, ni llevaba ningún instrumento para encender una antorcha improvisada, así que tomó la resolución de entrar a oscuras.

Agachó la cabeza un poco para cerciorarse de que no se la golpeaba con la entrada y continuó hacia adelante, teniendo cuidado de no resbalar en el suelo que parecía húmedo ya. Por la cantidad de veces que había entrado allí tras los funerales de los últimos tiempos, sabía que al poco de andar dentro de aquel pasillo principal, el techo subía y no debía preocuparse de golpearse la cabeza. Caminó varios metros hacia abajo hasta que pisó en el agua.

— ¿Buscador?— llamó, y al ver que no obtenía respuesta, insistió— ¡Aryom!— Pero seguía sin responderle.

Por un momento pensó que quizá él no estaba dentro y su miedo era injustificado, fruto de los nervios que se le habían quedado de aquella mañana al oír el rugido del animal. Pero no quería correr ningún riesgo. Cuando había hablado por primera vez con el buscador se le había quedado grabada una cosa que dijo. Cuando Aryom dijo, como para sí mismo, que odiaba el agua y le parecía peligrosa. Por sus años de experiencia escuchando a la gente, había deducido que lo que él decía que era odio, era probablemente una fobia, un miedo irracional e incontrolado a aquel elemento.

Y si ese era el caso y el buscador se encontraba al otro lado, en la cámara con ofrendas, estaría atrapado y muy nervioso.

No dejó que su mente cavilara más, no había tiempo para aquello. Se quitó las botas y las tiró hacia un lado del pasillo. Las oyó chocar contra la pared de piedra y usó el sonido para situarse en distancia a las rocas. Acto seguido, se comenzó a meter en el agua. Le pareció que todavía no se había inundado al máximo. Iba con una mano arriba para orientarse, sabiendo donde estaba el techo, porque la falta de luz añadía un plus de peligrosidad a lo que iba a hacer. Dejó de hacer pie y llegó al punto donde el agua y el techo de la cueva se encontraban. Sabía que no le quedaba más remedio, tenía que bucear.

11. ARYOM

No había encontrado nada concluyente. Aryom no solía hacer caso de las habladurías de los pueblerinos, pero una de las tres hijas del fallecido Haro había insistido mucho en aquello. Las otras dos decían que no querían hablar mal, pero dejaban entrever que tal vez la otra hermana estuviese en lo cierto, aunque fuese en parte. La única en estar en contra de lo que se comentaba por el pueblo era la viuda Winea, pero claro, Aryom sabía que eran algo así como familia.

Tenía que tener presente también lo que decía la Mayor Siwam, que Paro no era sacerdotisa, sino una hechicera. Lo mismo que su hermana mayor, Risha. Una locura de información que sabía que era inútil. Pero los últimos pasos de los fallecidos era muy probable que sí que le llevaran a algún lado. Tenía que reunir a todo el grupo al volver y comentarlo.

Cuando descubrió aquella mañana que tanto el posadero como su mujer se habían marchado del pueblo unos días, se dio cuenta de que algo no marchaba bien con esas hermanas. La sacerdotisa había estado invadiendo sus sueños durante toda la noche. Había soñado con ella vestida toda de azul oscuro, con el velo puesto y hablando con esa voz que le resultaba tan dulce y añorada. En uno de los sueños él estaba de pie frente a ella, y sin saber porqué, había intentado cogerla de las manos y atraerla hacia sí, pero entonces ella levantaba

las manos mostrándole una antorcha y prendía fuego bajo sus pies a la pira funeraria donde él se encontraba. En otro de los sueños, ella corría por el bosque huyendo de él. En un momento dado se transformaba en un oso negro como el carbón y se daba la vuelta para atacarle.

Sólo habían sido sueños, pero se había despertado sudando y había seguido intranquilo durante toda la mañana. No quería verla, y había encargado a su aprendiz de buscador que la interrogara por él. De todos modos, por lo que tenía entendido, la que realmente podía saber algo sobre Ánticus era la hija mayor, quien, convenientemente, parecía haberse marchado unos días fuera.

Había sospechado cuando Paro le advirtió que se mantuviese alejado de la cueva de las ofrendas. Así que no pudo quedarse quieto, y tras dejar las cosas atadas con Edine y su traspies en el bosque, se había marchado a comprobar que había en la cueva. Quería saber si a la tercera podía ver por fin qué se escondía en aquel lugar.

Pero había sido todo una pérdida de tiempo. Como bien indicaba el cartel de la entrada, era una cueva con ofrendas para los muertos de Ithil. Realmente pensaba que aquella costumbre tan arcaica había dejado de practicarse muchos años atrás, pero ahí estaba la prueba de que no. Se encontraba en un espacio abierto del tamaño de una habitación grande. Estaba casi toda la roca pulida, suponía que por los efectos del hombre, yendo y viniendo durante cientos de años, día tras día a aquella cueva. Había un par de mesas colocadas firmemente al fondo. Sobre ellas había cuencos florales, rodeando algunos candiles que él había ido encendiendo al llegar con el que había traído de la posada en su bolsa. Con toda la luz que había conseguido dentro de aquella estancia, vio las decenas de retratos desperdigados por las paredes. Dibujos a mano de rostros de personas, que, intuía, eran los fallecidos. Los autores de dichos dibujos parecían distintos, estaba claro que no todos fueron hechos por la misma persona. Unos estaban hechos sobre trozos de papel más grandes que la palma de la mano, otros eran tan pequeños que apenas dejaban entrever algún rasgo como un ojo o una boca. La mayoría estaban amarillentos y verdosos, efecto de la humedad. Aquellos cientos de ojos mirándole le habían puesto algo nervioso, pero no por ello había dejado de indagar todos y cada uno de los cuencos, platos, vasos y vasijas que había en la estancia subterránea.

Mientras observaba todo aquello, tomando buena nota mental, le sorprendió una voz tenebrosa que parecía decir su nombre. Había sonado de manera

amortiguada. Pero lo justo para ponerle más nervioso todavía que los ojos de los papeles mirándole. Se había dado la vuelta y casi había llegado al punto de marearse con tanto retrato.

— ¿Me estaré volviendo loco?— se preguntó a sí mismo, algo inquieto.

Decidió que era hora de irse de allí, no quería seguir en la cueva rodeado de todos aquellos rostros mortecinos. Por lo menos llevaría una hora dentro cavilando y haciendo conjeturas sobre la plaga mortífera, sin llegar a una conclusión definitiva. Así que cogió su candil, y con su luz caminó hacia el túnel que llevaba a la salida.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando vio al bajar que había agua y no poca precisamente, sino que el túnel estaba anegado y no había salida. Cayó al suelo de espaldas temblando, y el candil acabó a unos metros de él, aunque, milagrosamente, no se apagó.

—No, no, no, no, no— empezó a ponerse más nervioso aún si cabía—. Por favor, esto no— se veía dentro de una de sus peores pesadillas.

Con aquella escasa luz solo podía ver la masa de agua negra que emitía algunos destellos, reflejo del candil.

— ¡Sólo me faltaba esto!—dijo como si alguien pudiese oírle.

Algo extraño comenzó a suceder. Unas ondulaciones hicieron que se fijase en un punto alejado en el agua. Se arrastró hacia atrás cuando cayó en la cuenta de que el movimiento del agua no eran imaginaciones suyas. Algo se estaba acercando por el agua, y no era precisamente pequeño como un pez. Abrió mucho los ojos, asustado, e intentó levantarse para huir a donde fuera, cuando vio que lo que fuese que estaba allí, emergía del agua como una figura oscura. La vio bracear y moverse enérgicamente al llegar al punto donde podía volver a respirar, y la oyó toser y coger aire con desesperación varias veces.

Estaba a punto de salir corriendo, cuando se dio cuenta de que la figura boqueando era una mujer, con un vestido oscuro empapado y pegado al cuerpo, que iba saliendo del agua y se dirigía hacia donde él estaba.

— ¿Aryom?— dijo aquella figura.

Pese a que la voz había sonado algo rasgada, suponía que por el esfuerzo de haber buceado por el túnel a oscuras, sabía que se trataba de la voz de la sacerdotisa.

— ¿Paro?— dijo, llamándola, por primera vez, únicamente por su nombre.

Ella se acercó hasta él tratando de mantener el equilibrio. La parte de abajo de la túnica se le pegaba tanto a las piernas que le restaba movimiento, no

entendía como podía haber nadado en aquellas condiciones.

Se levantó del suelo al instante. Algo se hizo dueño de sus manos y sin poder evitarlo la agarró de los brazos y la pegó contra su pecho abrazándola, mientras suspiraba de alivio. Ella seguía intentando respirar y quitarse el pelo de la cara; le empujó ligeramente y consiguió que Aryom la separase un poco de él.

— ¿Estás bien?— preguntó Paro.

— ¿Yo? ¡Tú eres la que acaba de salir del agua! ¡Por todos los dioses!— dijo él, evidentemente nervioso, mientras seguía sin soltarle los brazos, fruto de aquel nerviosismo que le ocupaba la mente.

—Estaba preocupada— y volvió a toser—. Creo que he tragado un poco de agua. La túnica no me dejaba nadar bien y patalear para avanzar. Creí que me iba a ahogar.

Aryom notaba como le latía el corazón a toda velocidad, lo achacó al susto de muerte que acababa de darle la sacerdotisa al salir del agua de aquel modo.

De pronto Paro se soltó de él y le miró duramente.

—Ayer te dije que no vinieras a la cueva. Es peligroso si no conoces los horarios de inundación. Como puedes comprobar ahora mismo— y señaló enérgicamente al rededor.

No podía creer que además estuviese enfadada, después de lo que había hecho para llegar hasta allí. Iba a contestar cuando Paro dio un respingo y se abalanzó a coger el candil del suelo que se le había caído a Aryom.

—Vamos, rápido— fue lo único que dijo.

Aryom la siguió al interior de la cueva, hacia la estancia iluminada por las pobres luces y montones de retratos y flores secas en cuencos. Ella empezó a apagar candiles y él la miró sorprendido.

— ¿Qué haces?— preguntó angustiado, temiendo quedarse a oscuras.

—Hay unos respiraderos muy pequeños— e indicó hacia el techo donde Aryom apenas alcanzó a ver unos pequeños agujeros negros—. Dejan salir el humo y permiten que haya aire reciclándose aquí para respirar, pero no es buena idea tener todos los candiles encendidos a la vez, porque podría llenarse enseguida todo de humo. Pero no te preocupes que dejaremos uno.

Se sintió mejor al oír que se quedarían con al menos una luz, y sabiendo ahora que no se iban a quedar sin aire.

—Yo pensé que sólo se inundaba la cueva por la noche. Que por la mañana se quedaría vacía y así seguiría el resto del día— dijo, para intentar pensar en

otra cosa que no fuese la túnica empapada que llevaba Paro.

—No depende de mareas— contestó ella con un suspiro —. En Genuin tienen el control sobre el agua. Allí hay una presa y un gran pantano, pero tienen exceso de agua porque no calcularon bien la construcción de la presa y es más baja de lo que debería ser. Hasta que terminen las obras en las que la están ampliando, varias veces al día tienen que soltar agua. Así que las crecidas nos afectan directamente. Hace unos días, soltaron agua de más y el Río Verde se llevó por delante un puente de Ithil— terminó por decir con tristeza.

Aryom recordaba haber visto el derrumbe del puente en su comprobación inicial del estado del pueblo. Se notaba reciente, y no imaginaba por qué todavía no habían comenzado a arreglar aquel desastre.

—Si no conoces los horarios de las crecidas, o en este caso, cuándo abren las compuertas para soltar agua, puedes quedarte atrapado por su culpa en la cueva. Por eso te dije que no vinieras— dijo Paro, para reprocharle su actitud.

—Si me hubieses dicho el por qué, no habría venido— le cortó Aryom irritado, harto de que le sermoneara.

—Si hubieses sido más amable, quizá te lo habría explicado. Pero no, tenías que ser prepotente y orgulloso. ¡El señor buscador!, que se ríe de mí y de mis creencias— dijo tajante Paro.

—No me reí de ti— protestó él.

—Me engañaste diciendo que venías a presentar tus respetos. Y no era cierto, ¿verdad?— le preguntó ella.

Aryom no contestó, era verdad. Ahí sí que le había mentido, pero en aquel momento no pensó que a la sacerdotisa le fuese a sentar tan mal. Pensándolo ahora fríamente, ella tenía razón. Eran sus creencias, y él no las había respetado. Había mentido, cuando odiaba hacerlo. Aunque tampoco le parecía que fuese el mejor momento para hablar de aquello.

—Lo siento— terminó diciendo.

—Bueno, ahora solo nos queda esperar. A no ser que quieras salir como yo he entrado, pero el nivel seguirá subiendo durante un rato más y hay que aguantar mucho la respiración— dijo Paro.

A Aryom se le pusieron los pelos de punta.

— ¡Ni hablar! Yo no me meto en el agua y menos a oscuras— dijo enérgicamente.

Paro pareció ocultar el rostro para sonreír, mirando hacia el lado contrario

al que se encontraba él, aunque con la débil luz de un único candil sobre una de las mesas, Aryom poco podía ver, se lo imaginaba perfectamente, y aquello hizo que se sonrojara.

* * *

Pasaron un rato en silencio. Él no dejaba de pensar en el agua, en cómo ella se había arriesgado para sumergirse y pasar al otro lado, sin saber realmente si conseguiría aguantar la respiración todo aquel tiempo. De hecho, era obvio que le había costado horrores y había salido tosiendo y medio ahogada. No podía imaginarse intentándolo él. El agua era su único punto flaco. Tenía pánico a meterse dentro. No podía decir por qué tenía aquel miedo, sencillamente recordaba desde pequeño haberlo tenido. Como no era algo esencial para su profesión, no le daba mayor importancia. Hasta que se había encontrado atrapado en una cueva inundada con una mujer que, pese haber ido allí por él, parecía detestarlo.

Quería encontrar algún tema de conversación, no le parecía sensato quedarse allí con ella casi a oscuras y en silencio. Mirando los retratos que ahora con poca luz se veían más tenebrosos, se le ocurrió que algunos de ellos debían de ser sus padres.

— ¿Están sus familiares aquí retratados?— le preguntó, volviendo a tratarla con respeto y sin llamarla por su nombre.

La sacerdotisa pareció tensar los hombros y tardó en responder. Aryom se había dado cuenta de que cada vez que tocaba un tema personal ella se ponía más rígida.

—Son aquellos de ahí— dijo señalando dos retratos grandes que quedaban en la parte baja de la pared, muy cerca de la mesa con cuencos y flores secas.

El buscador se acercó hasta donde le había indicado ella y cogió el candil para darles más luz.

— ¿Quién hizo los dibujos?— Preguntó con curiosidad Aryom.

—Ambos los realizó mi hermana. Mi padre se parece mucho a cómo era de verdad— le respondió ella mientras se acercaba a él para mirar también los dibujos.

—Eres igual a tu madre— dijo Aryom volviendo a hablarla sin el tratamiento correspondiente.

—Eso dicen, pero no recuerdo bien su cara. Mi hermana Risha dice que soy su viva imagen— mencionó, con una sonrisa un poco triste.

Aryom la miró fijamente, contemplándola discretamente. Casi no había visto

a Paro sonreír. De hecho, la conocía de apenas un día y medio, pero sentía que aquella sonrisa era lo más bonito que podía llegar a ver jamás. Sintió calor por todo el cuerpo y volvió a tener unas ganas terribles de abrazarla de nuevo. Pero se contuvo, ya la había abrazado hacía un rato, y aunque ella no parecía haberle prestado mucha atención y había sido breve, no era buena idea incomodarla haciéndolo de nuevo.

Cuando ya empezaba a dudar de si podría resistir las ganas que tenía de atraerla hacia sí, ambos quedaron sorprendidos por un sonido nuevo. Un grave y ronco rugido retumbó por toda la cueva. Sonaba amortiguado y espeluznante, cosa que hizo que Aryom volviese en sí y se diese cuenta del nuevo problema que les acechaba.

La sacerdotisa, instintivamente, había agarrado del brazo a Aryom y le clavaba las uñas con fuerza. Él tuvo que cogerle la mano y quitársela del brazo, para que dejase de hacerle daño.

—Dime que tú también lo has oído— rogó con miedo Paro.

—No debes asustarte, si está al otro lado, no puede pasar porque está el agua— dijo Aryom para intentar tranquilizarla, e intentar tranquilizarse él.

—Esta mañana también lo escuché, pero pensé que eran imaginaciones mías ¿Es el oso?— dijo, visiblemente nerviosa.

—Suenas como un oso. Exactamente como un oso negro de los picos y muy cabreado— concluyó Aryom. Eso no ayudó a tranquilizar a Paro.

Volvió a sonar el rugido, luego otra clase de sonidos que no era capaz de discernir qué eran. Le pareció que se trataba del oso tratando de arañar la piedra, pero no podía estar seguro. No era el primer oso negro de los picos al que se enfrentaba, pero sí era el primero que le tenía atrapado en una cueva y sin un arma a mano.

La sacerdotisa se soltó de su mano bruscamente pero sin intención de hacerlo de aquel modo. Se puso de rodillas en el suelo, mirando hacia la mesa. Comenzó lo que Aryom supuso que era alguna clase de rezo o plegaria para que pudieran salir de allí sanos y a salvo.

Él estaba de pie mirándola y por primera vez se sintió inútil. Atrapado y sin ayuda. Ni siquiera se había atrevido a preguntarle a la sacerdotisa cuánto tiempo duraba la inundación de la cueva. ¿Cuánto tiempo iban a estar allí? Y ¿qué pasaría si el oso seguía estando al otro lado cuando el agua bajase y pudiesen salir?

Ella parecía hacerse las mismas preguntas que él; si no, no se habría puesto

a rezar, que parecía usar aquello como mantra para calmarse. Mirándola como la miraba ahora, no podía entender que alguien creyese que esa mujer era una hechicera que estaba matando a la gente del pueblo con una absurda maldición. Si bien era cierto que no parecía tener mucha suerte de su lado. Pero él tampoco la estaba teniendo.

Se arrodilló a su lado y se quedó quieto durante un rato. Ya no recordaba ningún rezo de cuando era pequeño. Pero lo que sí podía hacer era darle el apoyo moral que ella necesitase, aunque lo habitual fuese al revés.

—El capitán de la Guardia está de camino, y seguro que también tu grupo de buscadores— le dijo de pronto Paro—. Seguro que entre Tash y ellos pueden acabar con el oso o echarlo de alguna manera, lejos de Ithil.

Aryom la miró a los ojos y volvió a sentir aquella sensación extraña de calor inundándole el cuerpo.

— ¿Cómo sabes que están de camino?— le preguntó él.

—Estaba hablando con el buscador Ethel, cuando me dijo que habías salido hacia el lago. Supuse que no me harías caso— dijo con una media sonrisa—, y vendrías a la cueva. Imaginé que pasaría esto, así que vine corriendo, pero le dije a tu compañero que avisase al capitán Tash. Seguro que deben estar fuera ya.

Volvieron a oír el rugido del oso al otro lado del túnel inundado. Pese a la roca y al agua, el sonido era perturbador.

— ¡Cómo debe oírse sin esto de por medio!— exclamó Aryom, mirando hacia el túnel inundado.

Cuando volvió la vista hacia Paro la vio con los ojos vidriosos y a punto de echarse a llorar.

— ¿Qué te ocurre?— preguntó alarmado el buscador.

—Nada— contestó ella girando la cabeza hacia el suelo, pero comenzó a sollozar de inmediato.

Aryom no sabía qué hacer cuando lloraba una mujer. Le puso la mano sobre el hombro e intentó calmarla. Viendo que no resultaba efectivo, la arrastró hacia su pecho, se sentó apoyando la espalda contra la pata de una de las mesas y la mecía para consolarla. Al final, había acabado abrazándola.

—Mis hombres son los mejores— comenzó a decirle—. Van armados y han rastreado osos negros en otras ocasiones. Saben cómo hacerse cargo de este. No te preocupes.

Ella no le respondía, solo seguía sollozando entre sus brazos, así que

continuó hablando.

—Ethel es el más inexperto. Es mi aprendiz. Sé que suena raro que yo tenga un aprendiz siendo tan joven. Pero mi maestro le puso a mi cargo cuando obtuve mi título. ¿Sabes? Confían mucho en mí. No es tan sencillo conseguir ser un buen buscador— viendo que parecía calmarse un poco, continuó hablando—. A Ethel le falta mucho aún por aprender, pero lo conseguirá. Igual que hice yo, y los demás. Todos son muy profesionales. Me acompañan porque creen en mi, y en mi capacidad como líder. Si no, no habrían dejado a sus familias solo para ser parte de mi equipo.

Notó como la sacerdotisa dejaba de llorar y se iba relajando por fin.

—Edine está casado con la hermana de Taren. Así que son... cuñados. Eso es bueno, porque se cuidan el uno al otro mucho. Taren es un gran compañero, y un buen amigo. En la capital no es fácil hacer amigos— interrumpió su charla porque Paro se había movido un poco.

Aunque la situación podía resultar incómoda, para él era todo lo contrario. Tenía a aquella mujer entre los brazos, abrazándola y se sentía bien así.

— ¿Cómo es la capital?— preguntó ella, que ya no lloraba.

—Pues...— Aryom lo pensó detenidamente—. La verdad, a mi me parece que es un lugar triste. Es decir, tienes todas las distracciones del mundo, para elegir hacer mil cosas distintas, durante todos los días de tu vida. Hay cosas mucho mejores de las que se puede tener en cualquier pueblo. Las casas son enormes y tienes todos los lujos y pompa, que quieras... siempre que sea lo que desees— añadió un poco azorado—. En mi casa no me faltan las cosas básicas. Incluso tengo gente empleada para cuidarla y limpiarla cuando no estoy, como ahora. Pero es triste— dijo cambiando un poco la postura para estar más cómodo—. Porque todo el mundo va a su aire, no le importan los problemas de los demás— sin darse cuenta había comenzado a acariciarle un brazo a Paro, que aún continuaba con las ropas mojadas y parecía tiritar de frío—. En Regardo no era así. El problema es estar rodeado de tanta gente y sentirte solo.

—Eso lo puedo entender— dijo Paro en voz baja.

Volvió a escucharse el rugido del oso y Paro se acurrucó más contra Aryom. Él no entendía como podía ser que aquel animal continuase dentro de la cueva.

— ¿Nunca has salido de Ithil?— dijo el buscador, aunque sabía la respuesta. Sólo quería que ella no pensase en el animal que estaba al otro lado y que la aterraba tanto.

—No. Que yo recuerde, nunca— negó ella, como esperaba.

—Quizá algún día podrías ir a la capital. Yo podría enseñarte cómo es. Y podrías visitar los grandes templos— añadió, intentando ser amable con sus creencias y por darle un motivo más que pudiese llamarle la atención.

Aryom sabía de sobra que una sacerdotisa jamás abandonaba su templo. Ella jamás iría a verle a la capital.

—No creo que eso vaya a pasar— dijo Paro levantando la cabeza de su pecho y mirándole a los ojos—. Yo no puedo dejar Ithil. Ni mi templo. Es lo único que tengo...— y su voz se ahogó cuando Aryom dejó de resistirse a la tentación. La besó.

12. TASH

Nada más llegar Ethel al cuartel de la Guardia y exponerle lo que pasaba, Tash lo mandó de vuelta para que avisara al resto de buscadores y fueran para el lago. Él y el guardia Abel habían cogido sus armas y habían salido corriendo hacia el camino del bosque.

Se habían reunido con el grupo a orillas del lago y les habían explicado la situación. Las crecidas del Río Verde hacían que el lago contuviese más cantidad de agua durante unas horas. El nivel freático subía y el agua inundaba parte de la cueva, provocando que si algún incauto estaba dentro, quedase atrapado durante un par de horas o tres. Dependía de cuándo cerrasen las compuertas de la presa de Genuin.

Estando todos los hombres juntos, seis buscadores y dos guardias, al lado del agua pudieron oír por primera vez el rugido atronador del oso.

—Eso ha sonado a oso negro— dijo Edine con convencimiento, provocando que lo demás buscadores asintiesen.

—Si está cerca de la cueva, puede que sea tarde— dijo Taren, que parecía saber muy bien lo que podía hacer aquel oso con un ser humano.

—Me da igual el oso, yo voy a encontrar a Paro y ponerla a salvo— dijo Tash, mientras avanzaba hacia la orilla y tomaba el camino hacia la cueva de ofrendas sin importarle nada más.

—Espere, capitán. Usted solo no va poder contra ese oso. Le hará añicos como si fuera de papel— dijo Taren, a la vez que le daba alcance.

Se oyó por segunda vez el gran rugido con mucho eco. Para Tash no era más que un ruido, en ese momento su misión era llevar de vuelta al pueblo a su sacerdotisa, y más tarde, reprenderla por tal temeridad. El grupo que formaban iba tras él, todos camino de la cueva.

—Capitán, no creo que esté acostumbrado a enfrentarse a un oso negro, así que le recomiendo que cargue su arma por si acaso y nos deje a uno de nosotros al frente de la situación— le volvió a decir Taren, sujetándole de un brazo.

Pese a que su instinto le estaba diciendo que avanzase y dejase a los demás haciendo lo que quisieran, la razón le apremiaba a dejar a aquel buscador tomar la cabeza y continuar tras él. No tenía ni idea de cómo se las gastaba un oso negro de los picos en primera persona. Había oído cosas y leído alguna noticia en Genuin sobre la bestialidad con la que atacaban a los humanos, y no tenía ganas de comprobarlo por si mismo. Así que al final cedió.

—De acuerdo. Edine y Philas, vais a cubrir los flancos— dijo Taren mientras continuaban avanzando por la pared rocosa.

Dos corpulentos hombres morenos se colocaron justo delante de Tash, blandiendo unos grandes machetes.

—Roy, vas a ser el cebo— continuó diciendo Taren.

— ¿Lo cabreo o sin cabrearlo?— preguntó el buscador más bajo y que parecía el más ágil.

Se volvió a escuchar otro rugido monstruoso que impidió al médico responder de inmediato.

—Lo que quieras mientras lo alejes de la cueva— le contestó, y dirigiéndose a otro de sus compañeros, añadió:

—Ethel, te mantendrás lo más al margen posible. Si te necesitamos, lo sabrás.

El aprendiz de buscador, que por ende era el más joven, no puso ninguna objeción a lo que se le mandaba y continuó corriendo el último del grupo, detrás del guardia Abel.

—Talo— dijo Taren, y un hombre pelirrojo se puso a su lado—. Tú y yo nos encargaremos del primer ataque. Usa el mazo para derribarlo en cuanto puedas.

Y el hombre pelirrojo empuñó un mazo con una cabeza tan grande como un

casco de guerra, que había llevado colgado del cinto. Como Tash vio que para él no había ninguna orden, preguntó:

— ¿Qué haremos Abel y yo?

Sin mirarlos, el buscador que había asumido el mando le contestó:

—Ustedes dos se ocuparán de comprobar que tanto la sacerdotisa como el buscador Aryom no han sido destrozados por las garras de ese animal.

Y con aquella orden dio por terminada la conversación el buscador.

Llegando a escasos metros de la cueva, se oyó un cuarto gran rugido. Con ello pudieron comprobar que el oso estaba dentro, y la reverberación del sonido provocado por el cavernoso pasillo que era el túnel, hizo que Tash pensara que iban a encontrarse de cara con un auténtico monstruo. Lo último que le dio tiempo a pensar antes de que comenzase la acción, fue que ojalá Paro y el buscador estuviesen en la cámara final de la cueva, separados de aquella bestia por el agua.

El buscador al que había llamado el médico por el nombre de Roy, entró al túnel sin esperar ninguna señal. Tash se colocó a cierta distancia y esperó ansioso, parapetado tras arbustos junto a Abel y Ethel. Le parecía muy valiente por parte de aquel hombre entrar de ese modo a la cueva con un oso como aquél esperando dentro. No había pasado mucho tiempo, cuando comenzó a sonar un ruido terrible, que Tash reconoció como el sonido de la honda chirriante. Seguidamente, Roy salió corriendo dando voces y gritos. Taren les indicó a Tash y los que debían mantenerse al margen que no se moviesen y, por supuesto, le hicieron caso. Tash oyó un estrépito de golpes y rugidos leves nuevos, que no había escuchado antes, y pudo ver cómo una sombra negra inmensa salía por la boca de la cueva.

Su primer pensamiento fue, equivocadamente, que tampoco era tan grande para ser un oso negro, pues le parecía un oso pardo común y corriente. Pero entonces lo vio erguirse y alcanzar una altura de prácticamente dos veces un hombre. El oso había salido de la cueva casi arrastrándose. La entrada era ancha, pero no muy alta y por ese motivo aquel monstruo había aparecido tumbado sobre su tripa. Tras esa primera impresión, salió de su error sin dudar; era un animal enorme. Tash pudo verle la cabeza: sus ojos estaban inyectados en sangre, rabiosos, probablemente con un gran enfado, fruto del sonido de la honda chirriante que había usado el buscador Roy en la cueva. Miraba sin ver lo que tenía delante, su boca abierta mostraba sus numerosos colmillos afilados y amarillentos. La baba le caía, esparciéndose y pringando

el ya de por sí sucio pelaje de su cuello con asquerosos espumarajos.

Lo siguiente que pudo notar fue que Roy, a una buena distancia prudencial, daba brincos intentando tentar al animal con gritos y aspavientos para que se fijase en su dirección. Cuando el oso se dio cuenta de dónde estaba su objetivo, volvió a ponerse a cuatro patas para ir hacia él. El buscador, ágil como una ardilla, echó a correr dirección al bosque.

Tash pensó que sería imposible que Roy le sacase ventaja a aquella bestia, pero no había contado con que los demás aún no habían hecho su parte.

Los dos buscadores a los que se les había dado órdenes de ocuparse de los flancos, salieron de sus escondites laterales. Llegaron a todo correr por la espalda del animal, hacia los cuartos traseros del oso y le asestaron sendos machetazos que le hicieron soltar un gran rugido de dolor. Le habían pillado por sorpresa. Pero no acabaron ahí: volvieron a insistir con más golpes con las afiladas armas.

Tash estaba absorto contemplando la escena. Por mucho que le golpearan y le cortaran, el oso sólo rugía de dolor, pero no parecían que aquello le alentase a olvidarse de su objetivo. Sabía que era mejor atacarlo mientras estuviese en aquella posición, porque si lo hacían, como habían hecho, por detrás, estaban menos a merced de sus colmillos y garras delanteras.

Aún así, el animal continuó su marcha en busca de Roy. Parecía haber fijado como objetivo principal al buscador más pequeño, el que le había molestado primero, y no cejaba en su empeño de llegar hasta él.

Los dos buscadores Edine y Philas, junto con sus machetes, se prepararon para asestarle más golpes, pero se separaron lo suficiente del animal para dejarle un margen de movimientos. El oso negro se dirigió hacia los árboles más cercanos, al lugar por donde había desaparecido Roy, aunque no parecía que lo hiciese huyendo de los dos hombres. Tash vio a Taren y Talo, el pelirrojo del mazo, correr tras él.

Se dejó de verlos al poco tiempo, cuando se internaron más profundamente entre los árboles empezaron a obstaculizarle la visión de la pelea. Se dio cuenta de que Abel, el guardia que le acompañaba, estaba en pie a su lado con la boca abierta, seguramente igual de sorprendido que él.

Ethel, el aprendiz, se acercó a ellos con el semblante tranquilo.

—Ya está muy malherido. Todavía puede correr porque está muy nervioso y violentado, pero en cuanto se pare, caerá y no podrá volver a ponerse en pie— informó Ethel a Tash y al guardia—. Personalmente me parece una atrocidad

matar un animal tan magnífico como ese... Pero es cierto que de un oso negro de los picos no puedes fiarte. Son todo furia. Si fuera un oso común, no haría falta matarlo, no nos atacan, se mantienen lo más alejados que pueden, pero estos otros.... son demasiado peligrosos, es como si se volviesen locos al vernos, odian a los humanos.

No sabía qué decir. Era la primera vez que veía un oso de ese tipo, y estaba seguro de no poder olvidar su horrible mirada durante mucho tiempo. Ethel parecía simplemente recitar lo que sabía de memoria. Habría tenido que estudiar sobre todo aquello.

— ¿Estarán bien?— preguntó Abel, mirando hacia los árboles.

—Si— contestó muy seguro el joven buscador—. No es la primera vez que lo hacen. Los ataques de osos negros, por desgracia, son muy comunes cuando vas hacia el norte.

Aquello no tranquilizaba a Tash, pero de repente cayó en la cuenta de que tenía una misión que cumplir. Corrió hacia la entrada de la cueva y comenzó a gritar:

— ¡Sacerdotisa! ¡Paro! ¿Buscador? ¿Están ahí?— pero por más que gritaba, no obtenía ninguna respuesta. Empezaba a temerse lo peor.

Abel y Ethel se pusieron a su lado. No se podía ver nada más allá de la entrada, el túnel estaba prácticamente a oscuras. Ethel sacó de un bolsillo una caja de cerillas y un trozo de mecha, cogió un palo que encontró en el suelo y ató la mecha alrededor, creando así una antorcha improvisada.

—La mecha está casi seca de aceite, así que no tardará mucho en apagarse. Será mejor darse prisa— dijo, mientras le prendía fuego con una de las cerillas.

Entró el buscador primero, alumbrando el camino. Tash y el otro guardia fueron tras él.

Avanzaron despacio. Tenía miedo de lo que pudieran encontrarse más adelante. Estaba casi seguro de que el agua estaría bastante arriba, y que Paro y Aryom estarían al otro lado, o incluso, con suerte, no estarían allí. Pero las últimas palabras de Paro a Ethel habían sido claras: Aryom estaba en la cueva de ofrendas y ella se dirigía a intentar sacarle de allí.

Cuando habían llegado al lago, el agua estaba ya en la altura máxima que alcanzaba cuando había crecida, así que suponía que el túnel de entrada a la cueva ya estaba inundado.

Bajaron por el corredor y se encontraron con el agua. El aprendiz de

buscador alumbró hacia el suelo, no al agua, sino a la tierra húmeda pisoteada, que estaba surcada de huellas enormes de oso. Casi no quedaba un rincón que el animal no hubiese recorrido en aquel estrecho pasillo. De repente, pudieron ver unos pequeños objetos tirados a un lado en el suelo.

Tash se abalanzó sobre ellos para saber qué eran, y suspiró de alivio al tenerlos entre sus manos.

—Son las botas de Paro— dijo, casi sonriendo.

— ¿Eso es buena señal?— preguntó el aprendiz sin llegar a entender su emoción.

—Quiere decir que se las quitó para meterse en el agua y pasar al otro lado. Deben de estar allí dentro, o al menos la sacerdotisa— dijo Tash.

—Pero ¿pudo hacerlo?, ¿pudo atravesar buceando?— preguntó otra vez Ethel, dudoso.

—Si el agua todavía no había llegado hasta este nivel sí. Según la hora a la que me avisaste, ella debió llegar cuando todavía no había crecido del todo – contestó Tash-. Voy a probar una cosa— dijo entonces. Tash se acercó al agua y se fue metiendo poco a poco. Cuando tenía medio cuerpo dentro, nadó para aproximarse lo más que pudo a la roca.

—En otra ocasión que pasó esto, se la pudo oír más o menos— le dijo el guardia Abel al aprendiz en voz baja.

— ¿El qué?— preguntó extrañado Ethel— ¿No irá a bucear hasta el otro lado?

Abel le negó con la cabeza y le hizo un gesto para que esperara.

— ¿Paro?— gritó Tash hacia el techo de piedra— ¡Sacerdotisa! ¡Buscador! ¿Podéis oírme?

Esperaron un poco mientras que Tash sólo pataleaba, para mantener la superficie del agua tranquila y que no le molestase con ningún chapoteo u otro ruido. Al cabo de un rato, volvió a intentarlo.

— ¿Paro, estás ahí?

— ¿Tash?— se oyó a través de la piedra, de un modo amortiguado y muy tenue, pero era como lo esperaba oír.

Tash suspiró de alivio.

— ¿Paro? ¿Estás bien? ¿Estás con el buscador?— insistió él.

Les pareció escuchar una afirmación de una voz más grave.

—Y ¿qué hacemos ahora? Quiero decir, ¿cómo les sacamos?— preguntó Ethel, también visiblemente aliviado.

—No podemos. Solo nos queda esperar— contestó Abel.

—Exacto. Ahora no pueden salir buceando, debe de haber una buena sección sumergida y es complicado hacerlo a oscuras. Tendremos que esperar a que baje el agua de nuevo para que salgan por su propio pie— concluyó Tash desde el agua, uniéndose a la conversación.

El guardia Abel asintió y Tash volvió a gritar:

— ¡Paro! ¡Vamos a esperar!

Le pareció que oía una respuesta, pero no estuvo demasiado seguro.

Tash salió del agua y, dirigiéndose a sus dos compañeros, dijo:

—Salgamos fuera y comprobemos que los demás buscadores regresan enteros. Quiero saber qué ha pasado con el oso.

Acto seguido, se encaminaron al exterior. Tash temía que alguien hubiese salido herido y se complicase aquel absurdo rescate. Por mucho que Ethel les dijese que aquellos hombres estaban más que preparados para enfrentarse al oso, y que éste ya estaba malherido cuando se internó en el bosque, no se sabía qué podía pasar, cómo podía reaccionar una bestia herida, rabiosa y que se sentía amenazada.

Una vez fuera fuera, Ethel apagó la improvisada antorcha contra la tierra, restregándola bien. Se acercaron un poco a los primeros árboles del bosque, por donde habían desaparecido los buscadores un rato antes. Oyeron voces, pero ningún gruñido animal que les hiciera pensar que el oso seguía atacando o incluso vivo. Tash pensó que eso era buena señal, al menos del animal ya no tendrían que preocuparse.

Al poco, vieron salir a Taren y a Talo con el gran mazo al hombro. Ethel se adelantó hacia ellos.

— ¿Habéis encontrado a Aryom y a la sacerdotisa?— dijo el médico, con la preocupación muy marcada en el rostro.

—Están en la cueva, al otro lado del túnel inundado. Han dicho que están bien— contestó el aprendiz, mientras los otros buscadores iban saliendo uno a uno de entre los árboles y reuniéndose con ellos.

— ¿Y el aire? ¿Cuánto tiempo podrán aguantar?— preguntó de nuevo Taren.

Ethel, que estaba menos integrado en el grupo que habían formado allí, y que hasta ese momento no había caído en la cuenta, se puso blanco al pensarlo y estuvo a punto de preguntar histérico por ello. Pero por suerte, Tash se adelantó a contestar para tranquilizarles.

—Por eso no hay problema. Tendrán aire suficiente. No es la primera vez

que Paro se queda atrapada ahí dentro, aunque las anteriores ha sido por despiste— afirmó—. Sabemos que la roca de toda esa formación es muy porosa; de hecho, hay pequeños respiraderos que la atraviesan hasta la parte superior. En tardes grises, dependiendo de la luz del sol, se puede ver el humo de los candiles salir por arriba.

—Que la roca de toda esta zona sea tan porosa es lo que hace que el agua se filtre tan rápido e inunde la cueva —dijo a su vez Abel—. Y creemos que es el mismo motivo por el que se puede, más o menos, oír a las personas que están dentro —añadió, intentando dar información útil.

Cuando los otros buscadores se terminaron de reagrupar, Tash comprobó que algunos tenían manchas de sangre, pero que no parecían heridos.

— ¿Qué hay de Aryom?— dijo Roy nada más llegar.

—Está bien— dijo Taren—. ¿Cuándo podrán salir?—preguntó a Tash.

—Creo que en un par de horas el nivel del agua será suficiente como para salir mojándose sólo los pantalones— contestó él.

—Entonces, nos da tiempo— intervino Talo, el pelirrojo barbudo. Tash le miró, sin comprender a que se refería.

—Vamos a ir por una carreta para trasladar el cuerpo del oso hasta el pueblo — aclaró Taren—. No se debería desaprovechar la piel, bien lavada no es de mala calidad. La carne, no es que sea muy buena, pero siempre se puede guisar. La cabeza es nuestra, si no les importa — terminó de decir Taren, que miraba a Tash. Éste asintió, dando su consentimiento.

—Que vaya Abel con vosotros, conoce a alguien que puede prestaros la carreta— dijo Tash mirando al otro guardia, que asintió a la orden.

Todo el grupo se alejó por el camino que serpenteaba junto a la pared rocosa hacia la orilla del lago. Todos excepto Tash, que se quedó en la entrada de la cueva. Cuando los demás estuvieron lejos, se apoyó en una roca grande y se sacó las botas para vaciarlas del agua que le quedaba en ellas, tras haberse metido en la parte inundada del túnel. Iba a ser una larga espera.

* * *

Un par de horas después, ya habían subido entre todos el cuerpo del oso a la carreta y esperaban con ella a la orilla del lago. Había sido un arduo trabajo, porque la carreta y el caballo no cabían por el camino de la orilla, había demasiados obstáculos para pasar hasta donde estaba el cadáver del animal, y entre varios hombres habían tenido que arrastrarlo hasta el lago.

Tash estaba de vuelta a la entrada de la cueva, calculando el tiempo, y

cuando consideró que el agua comenzaba a bajar, se adentró de nuevo en el túnel con un candil que le había traído Abel del pueblo, y vio que la sección del túnel que había estado inundada estaba ahora embarrada. Pensó en Paro y en cómo debía de estar al otro lado, empapada y embarrada por ir descalza.

Esperó un rato más, y por fin el camino se despejó de agua.

— ¿Paro? ¿Buscador?— llamó en voz alta.

—Ya estamos saliendo— contestó la voz del hombre.

Y, efectivamente, una sacerdotisa húmeda, despeinada y sucia apareció de las profundidades del túnel. Detrás de ella, el buscador sostenía otro candil e iluminaba cuanto podía.

Llegando ya a su altura, Tash cogió suavemente a Paro por un hombro y le volvió a preguntar:

— ¿Estás bien?

Ella no le miró a los ojos, pero afirmó con la cabeza.

—Tengo tus botas ahí fuera— le dijo Tash.

Ella solo afirmó de nuevo, se soltó de él y continuó hacia afuera descalza. Tash se giró a mirar al buscador; estaba seco en su mayor parte, solo tenía las botas embarradas, y un poco sucia la camisa. Supuso que aquel hombre ya debía de estar dentro cuando Paro pasó nadando hasta el otro lado.

— ¿Y el oso, Capitán?— le preguntó Aryom.

—Tus hombres se hicieron cargo, está en una carreta al lado del lago— le contestó Tash.

El buscador le palmeó el hombro y salió también afuera, seguido por él.

Tash no estaba muy seguro de lo que había pasado dentro de la cueva, pero que Paro apenas pareciese ella misma al salir, le hacía sospechar algunas cosas. Tomó nota mental de que debía intentar hablar con ella de lo que había pasado allí, y continuar con la conversación que habían dejado a medias aquella mañana.

Cuando llegaron al lago, Aryom se reunió con su grupo que se alegró por verle de nuevo, y Tash le oyó decir:

— ¿No me habéis traído nada de comer? Que me he pasado horas ahí dentro.

—Pues, como no quieras carne de oso cruda...— le contestó Ethel, haciendo que todos rompieron a reír a carcajadas, como si no hubiesen pasado por una experiencia peligrosa.

Tash pasó de largo, dejando al grupo atrás, y se acercó a Paro de nuevo.

—No irás andando hasta el pueblo, sube a la carreta— le dijo Tash.

Ella miró la carreta y vio que asomaba parte del pelaje negro del animal por la parte de atrás. Con los ojos abiertos como platos, le preguntó:

— ¿Ése es el oso?

—Sí. Los buscadores le dieron caza. Al parecer siguió tu rastro hasta la cueva de ofrendas. No te alcanzó por poco.

Paro se echó a temblar y se abrazó a sí misma.

—No me lo pensé mucho, bucee hasta el otro lado— dijo ella.

—Pues me alegro, porque gracias a eso, el oso no te acorraló en el túnel— e hizo una pausa mientras la cogía por la cintura y la sentaba en el carro—. Pero la próxima vez que te diga que hay un animal peligroso, no salgas corriendo derecha al bosque. ¿De acuerdo?

Paro le miró compungida y asintió. Tash no continuó regañándola, lo dejaría para más tarde. Antes de subir al otro lado de la carreta y conducirla hacia el pueblo, echó una última mirada al grupo de buscadores y vio que Aryom les miraba con expresión seria. Tash le hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y arreó al caballo.

13. RISHA

—No me vas a tener todo el día encerrada aquí— dijo Risha a Quirón, que estaba a punto de salir por la puerta de la habitación.

—Querida, yo tengo que ir a ver a unas personas. Ya sabes cómo funciona esto, no es buena idea llevar a mi mujer a hacer negocios— le contestó él.

— ¿Eso significa que también hoy vas a emborracharte en la taberna?— preguntó enfadada Risha.

—Eso significa que haré lo que haga falta para conseguir lo que necesitamos.

Y dejándola con la palabra en la boca Quirón cerró la puerta tras de sí y se fue, dejando a su mujer furiosa y sentada en la cama.

* * *

El día anterior habían llegado bien de tiempo y ella pensó que comerían juntos en la posada de la Guía gris, pero no fue así. En cuanto llegaron y ella fue a refrescarse a la habitación, Quirón desapareció por las calles de Genuin.

Se pasó toda la tarde allí sola, esperando que él regresara, y cuando lo hizo, ya de noche, llegó borracho y con escasas ganas de hablar con ella.

* * *

Pero ese día no se iba a quedar sentada y encerrada. Había decidido acercarse hasta el consejo de Genuin y preguntar por las obras de la presa. Ya

era hora de que fueran terminándola y se dejaran de soltar agua de golpe.

Se calzó sus botines negros, cogió una bandolera pequeña y se la cruzó sobre el pecho. Salió por la puerta de la habitación a un pasillo oscuro y sucio, nada que ver con cómo mantenían ellos El lobo de plata, y se dirigió hacia la salida.

Ya fuera, se encontró con un día más fresco de lo que esperaba; no había traído ninguna chaqueta que echarse por encima. Era temprano, y la calle aún no estaba demasiado transitada. Casi sin pensarlo, miró alrededor buscando la figura robusta de su marido, pero no lo halló por ningún lado.

Avanzó por la calle adoquinada, algo que le resultaba aún novedoso, dado que en Ithil las calles no estaban pavimentadas como allí y solo tenían la clásica tierra apelmazada por el paso del tiempo y de las pisadas de sus gentes. Pasó por delante de varias casas y comercios, y cuando estuvo delante de una pastelería, por poco no incumple la promesa que le había hecho a Quirón de no malgastar dinero, pero es que los dulces eran su perdición.

Consiguió llegar al edificio del consejo una media hora más tarde y sin haber gastado ni una moneda aunque si había dado vueltas por todos lados. Solo faltaba la parte más difícil, encontrar a alguien con quién hablar en aquel lugar.

La arquitectura del edificio era muy similar a la del que tenían en Ithil, así que no temía perderse. Pasó por delante de varias trabajadoras que iban de un lado a otro con escobas y cubos, pero nadie parecía hacerle caso. Un par de guardias estaban charlando tranquilamente apoyados contra una pared cercana a las puertas de las salas de audiencias, todas cerradas. No tenía muy claro qué debía hacer para encontrar un Mayor allí, pues en Ithil lo único que debía hacer era abrir las puertas sin llamar, como hacían todos los Mayores.

Hacía años que no pasaba por aquel lugar. La última vez debía ser una adolescente todavía, pues aún no se había casado y su padre vivía. Había ido a acompañar a Ánticus a una reunión de la asamblea de la comarca, donde iban todos los Mayores que se lo podían permitir. Aunque siempre había sospechado que aquellos ancianos se apuntaban a las reuniones comarcales solo para cotillear entre ellos y posiblemente por la comida gratis. Desde que era miembro del consejo de Ithil no había habido ninguna reunión de ese tipo, cosa que le sorprendía, pues sabía que era bueno hacerlas, al menos una vez al año.

Se adentró en el enorme vestíbulo que se abría ante ella y ya se dirigía hacia

los guardias para pedir indicaciones, cuando de pronto, una mujer se le plantó delante obstaculizándole el paso.

—Jovencita, ¿qué hace aquí?— preguntó la señora, de avanzada edad y muy voluminosa.

Al principio Risha se quedó estupefacta. Con su tamaño debería haber sido fácil verla, pero no se había percatado de su presencia hasta que la tuvo delante.

— ¿Yo?...— dijo, casi sin palabras—. Vengo a hablar con alguien del Consejo.

— ¿Con quién?— quiso saber la mujer.

—Pues... no lo sé. Con algún Mayor que me pueda atender. Soy la Mayor Risha, de Ithil— dijo lo último con cierto orgullo, intentando mostrarse como alguien importante.

La mujer se la quedó mirando un momento, pensativa, y luego sonrió abiertamente.

—Yo soy la Mayor Conensy, de Genuin— dijo, estrechándole la mano con firmeza—. Puede llamarme simplemente Conny, lo hace mucha gente y estoy acostumbrada a no usar demasiados formalismos. Aunque algunos me llaman a escondidas la loca Conny, pero eso podemos evitarlo— Le quitaba importancia, pero hizo que Risha abriera mucho los ojos—. Había oído hablar de usted, Mayor Risha. Siento mucho lo de su padre y espero que su hermana Paro se encuentre bien, por supuesto— terminó diciendo, apesadumbrada.

Risha no había oído hablar ni una sola palabra sobre aquella mujer, pero por lo visto ella sí que la conocía, y esperaba que aquello no fuese malo. Dependía de qué era lo que sabía esa mujer exactamente.

— ¿Qué es lo que se le ofrece, Mayor Risha?— preguntó amablemente Conensy.

—Bueno... — Risha titubeó—. He venido a Genuin por un par de días, y se me ocurrió acercarme hasta el Consejo para ver si.... si podía enterarme de algunas cosas.

—Dicho así, parece que viniese usted a espiarnos— dijo seria, la Mayor de Genuin.

Risha se puso blanca, no quería que la malinterpretaran y considerasen su visita como una intrusión en el Consejo.

—Nada más lejos de la realidad— dijo apresuradamente.

La Mayor Conensy se echó a reír a carcajadas, tan alto que hasta los

guardias, que estaban apoyados en la pared un poco más allá, dejaron de hablar entre ellos para echar un vistazo en su dirección.

— ¡Era una broma, muchacha!— le contestó la otra mujer. Le dio una palmada en el hombro y siguió riendo—. Venga conmigo. Vamos a un lugar mejor para charlar—dijo, cuando por fin dejó de reír. La cogió del brazo como si la conociera de toda la vida y la condujo hacia una de las puertas que estaban cerradas.

Risha dedujo que, si aquel lugar estaba colocado más o menos como en Ithil, la conducía a una estancia pequeña. Suponía que para que pudiesen tener más privacidad.

—Entremos aquí, pediré el desayuno; no sé si usted habrá comido algo, pero desde luego, yo estoy muerta de hambre— le dijo.

Hizo que pasara a una estancia decorada y engalanada exageradamente. Recargada de mas, para el gusto de Risha, que solía ser mas sencillo. Aquella habitación no tenía nada que ver con las que tenían en el edificio del consejo de Ithil, todas indudablemente más recatadas. Había encajes y muselina por todos lados. Ribetes en los faldones de las cortinas e hilo dorado bordando filigranas, allá donde mirase, aquella mujer había decorado a su gusto aquella pequeña habitación.

Conensy no la soltó ni cuando la hizo sentarse en una gran butaca verde. Después fue de nuevo hacia la entrada y tocó una campanilla que había junto al marco de la puerta. sobre una mesa de madera lustrada. Al instante se acercó corriendo una de las jóvenes que trabajaban allí; la Mayor le dijo:

—Tráenos algo para desayunar, y unos té. ¡Y no escatimes en cantidad!

Se dio la vuelta cerrando la puerta y se dirigió hacia donde estaba Risha. Esbozó una gran sonrisa y se sentó en la butaca de enfrente, también de aquel color verde musgo, que no combinaba con nada.

—Bien, querida. ¿Qué es exactamente lo que quiere saber?— dijo, tamborileando sutilmente con los regordetes dedos de la mano derecha sobre el reposabrazos.

—Bueno, solo venía a preguntar— dijo Risha, que se sentía algo intimidada, como no lo había estado nunca por ningún otro Mayor—. Es sobre las obras de la presa de Genuin. Como sabrá, nos afectan mucho las aperturas de compuertas y la suelta de agua.

La oronda mujer mudó la cara, puso un semblante serio, con toda la naturalidad del mundo, como si fuese alguien que lo hubiese estado haciendo

toda la vida para hablar de temas serios.

—Puede que aún pase un tiempo hasta que eso esté arreglado. Sé lo del puente que derribó el río verde. No sabe cuánto lo siento. Estoy segura de que me ocuparé de que se regularice bien la apertura de las compuertas para que no haya crecidas excesivas— afirmó con contundencia la Mayor—. Y me aseguraré de que se envíe material para su sustitución.

—Es muy amable de su parte— dijo Risha, aunque creía que aquella era una promesa que caería en saco roto.

—No creo que haya nada que no pueda hacer por la hija de un antiguo compañero. Sepa que Ánticus era muy estimado por aquí. Al contrario que el resto de locos que forma parte del consejo de Ithil...exceptuándola a usted, claro— y soltó una nueva carcajada que desconcertó a Risha por completo.

Aquella mujer se mostraba amable y simpática, pero a Risha le estaba pareciendo una dama muy extraña y demasiado extravagante para lo que estaba acostumbrada. Incluso más rara y loca que los Mayores de su propio pueblo.

— ¿Dónde se habrán metido esos platos de desayuno?— dijo de pronto la mujer. Igual que se echaba a reír, paraba de golpe.

—Por mí no se preocupe, tomé algo en la posada— dijo Risha intentando seguir una conversación coherente.

— ¿En qué posada está alojada, Mayor Risha?

—En la Guía gris— contestó ella.

— ¡Oh! Por supuesto, por supuesto. El dueño es amigo de su marido, ¿verdad?— preguntó la mujer—. creo que se llamaba Quirón — terminó diciendo con aire pensativo.

—Así es, se llama Quirón. Y sí, creo que son amigos, o al menos, algo me comentó al respecto— le corroboró Risha, desconcertada ante la cantidad de información sobre ella que parecía poseer aquella mujer de la que ella misma no había escuchado hablar en la vida.

Tocaron a la puerta dando unos golpes suaves y esperaron.

—Pase— dijo la Mayor Conensy.

Al momento entró en la sala la muchacha que había sido mandada a por algo de comer, acompañada de otra joven más, cargadas con sendas bandejas con vasos de té y platos de pequeños bocadillos.

— ¡Ya era hora! Me tenéis muerta de hambre— dijo la Mayor entre risas.

Las chicas dejaron apoyadas las cosas en una mesita pequeña pero engalanada hasta lo horrendo con lazos y cintas, que estaba cerca de la butaca

donde se sentaba la Mayor, y acto seguido se fueron rápidamente por donde habían venido y sin decir ni una palabra.

—Sírvese lo que guste, querida— le indicó la mujer a Risha, mientras ella misma cogía un bocadillo y el té para beber.

Risha cogió una taza también, agradeciendo la invitación, y bebió unos pocos sorbos cortos, pues aún quemaba bastante.

—Su marido viene últimamente bastante por Genuin, ¿me equivoco?— dijo la mujer, mirando a Risha con cierta intención en la sonrisa que ella no supo identificar.

—Viene a ver a los proveedores. Como sabrá, la situación que estamos viviendo por Ithil últimamente no nos beneficia en el negocio, y andamos escasos de muchas cosas— contestó Risha.

—Sí, por aquí estamos muy al tanto sobre el avance de la enfermedad de Ithil— dijo con respeto la Mayor—. Es una verdadera desgracia. Entenderás que temamos que llegue a propagarse por el resto de la comarca —añadió.

—Lo entiendo, estamos poniendo todo de nuestra parte para averiguar la causa— contestó Risha.

—Sí, he oído lo de los buscadores. Por cierto, esta misma mañana ha llegado a mis oídos que ayer cazaron un oso negro de los picos cerca del lago. Suerte que no causó males mayores— dijo Conensy mientras bebía tranquilamente de su té.

Risha no sabía nada sobre que se hubiese cazado al animal, pero se alegraba, porque sabiendo que era un oso negro de los picos, cualquier cosa podría haber pasado. Y, desde luego, se daba cuenta de lo bien informada que debía tener a aquella mujer todo el mundo. Parecía que no se le escapaba nada.

—Respecto a su esposo... — comenzó a decirle la mujer —. No soy dada a meterme en los asuntos privados de otras personas, pero... sería conveniente que dejase de verse con algunos de esos proveedores con los que viene a comerciar— terminó diciendo.

Risha no entendía a qué proveedores podía referirse.

— ¿Qué proveedores debería Quirón dejar de tratar? —inquirió con curiosidad.

—Pues... verá, querida. Se lo digo porque soy una mujer preocupada por su pueblo, y también me preocupo por los demás— dejó el vaso de té a un lado y miró a Risha muy seria de nuevo—. Hace algún tiempo se afincaron a las

afueras algunos hombres y mujeres nómadas. Ya sabe a qué tipo de gente me refiero. Mientras no hagan mal a nadie, se les permite estar por allí, y ellos se dedican a sus negocios. Nada que preocupe al Consejo de Genuin. Pero...— y la pausa le indicó a Risha que no iba a gustarle mucho lo que iba a contarle—. No es de mi incumbencia o de la del Consejo, lo que compre o deje de comprar su marido. Aunque no creo que, dado de quienes procede, sea nada bueno. Sería conveniente que dejara de comprárselo a esos hombres. No son del todo de fiar.

Estaba consternada, pues no imaginaba qué clase de negocios estaría haciendo Quirón con los nómadas. La gente solía tener muchos prejuicios con ellos, bien fundados en la mayoría de los casos. Ahora ya sabía porqué al principio no le había parecido buena idea que le acompañase en el viaje y porqué no había regresado hasta tarde el día anterior. Tal vez se había reunido con aquella gente, y no quería que ella se enterase.

—Aunque, como digo, no es de nuestra incumbencia— repitió la Mayor Conensy volviendo a coger su té caliente—. Yo solo se lo digo como antigua... ¿cómo decirlo?...Amiga, de su padre Ánticus.

Ahora sí que Risha estaba deseando ir a hablar con su marido. Le tenía que explicar qué les compraba a los nómadas y porqué se lo ocultaba. Pero iba a ser imposible encontrarlo a no ser que él quisiera.

— ¿No quiere comer nada, Mayor Risha?— preguntó la mujer sentada enfrente, sacándola de sus pensamientos.

Risha miró los platos llenos de apetitosos bocadillos.

—Me temo que no tengo hambre en este momento— dijo—. Mayor... Conny..., ¿podría indicarme hacia dónde debo dirigirme para encontrar a ese grupo de nómadas del que ha hablado?

La Mayor la miró de forma circunspecta y contestó:

—Imaginaba una pregunta de este tipo. No es de mi agrado mandar a una mujer a un sitio como aquel, pero... recordando todo lo que su querido padre contaba de usted, creo que podré hacer una excepción e indicarle cómo llegar. No sin antes atreverme a darle un consejo, que si bien, no se me ha pedido, creo oportuno darle— la volvió a tratar del modo serio en que la había desconcertado antes—. Aquellos hombres no son de fiar. Ha de tener cuidado, e intentar no llamar mucho la atención sobre su persona. Si habla con ellos, muestre respeto, pues de lo contrario la echarían a patadas de allí, en el mejor de los casos. En caso de encontrarse en serios problemas, grite. Pediré a algún

guardia que se mantengan cerca, por si acaso.

Risha, que había escuchado todo con atención, asintió ante el consejo. Aunque no era nada nuevo para ella buscarse complicaciones, procuraría no hacerlo.

—De acuerdo, gracias por la advertencia, Mayor. Le prometo que haré todo lo posible para no meterme en líos. Ahora, por favor, le agradecería que me dijese hacia dónde debo dirigirme.

La Mayor Conensy miró de nuevo a Risha, y ésta esperó pacientemente a que se decidiera a hablar.

—Debe dirigirse al norte, hacia la parte cercana al Río Amarillo. No se aleje demasiado de los edificios, no le hará falta para poder ver parte del asentamiento nómada— dijo —. Espero que la hija mayor de Ánticus no haga ninguna clase de trato con esos hombres— añadió por último, con una mirada cargada de intención.

Una vez que se hubo despedido de Conensy, no sin antes volver a agradecerle, cortésmente, por su inestimable ayuda, Risha salió del edificio del Consejo y se dirigió en la dirección que le había dicho la Mayor. No tenía muy claro lo que pretendía hacer una vez llegase allí, porque realmente no quería realizar ningún trato con aquella gente, pero cabía la posibilidad de que encontrase a Quirón, y podría preguntarle a él qué estaba haciendo él y porqué se lo estaba ocultando.

Recorrió las calles, viendo cómo hacían su vida normal los lugareños. Ver todo aquello le recordó a Ithil un tiempo atrás. Cuando no eran víctimas de la plaga. Cuando la gente salía sin miedo a exponerse a lo que fuera que los mataba. Lo echaba de menos. Los niños reían por la calle y jugaban, los ancianos y los adultos caminaban rumbo al mercado o a hacer visitas a otros vecinos. En Ithil se habían acabado las visitas, sobre todo a los que habían tenido la desgracia de perder a un miembro de su familia. La gente consideraba que todos ellos podrían ser portadores del mal.

Dejó atrás el mercado matinal; quizá más tarde podría aprovechar y comprar alguna cosa. Callejeó para que nadie la viese moverse directamente en la dirección en la que estaba yendo. Algunas personas de por allí, sobre todo ciertos mercaderes que iban a comerciar a Ithil antes de la plaga, podrían reconocerla. Pese a que no recibieran visitas de Genuin desde hacía algún tiempo, aún había saludado a recelosos mercaderes que no parecían muy contentos de que ella anduviese por su pueblo.

Cuando estuvo lejos del bullicio y el ajetreo del gentío, comenzó a seguir una calle que le llevaría directamente hacia el norte. No parecía que fuese a ningún sitio concreto, pero, al rato, un nuevo alboroto le indicó que estaba cerca de su destino.

Había dos últimas casas de color arena, colocadas bastante cerca la una de la otra. Entre ellas había un hueco por el que apenas cabía una persona. Decidió que era un buen lugar para poder asomarse con discreción a la parte trasera y ver sin ser vista. Al acercarse, pasó por delante de una puerta lateral en una de las casas. Pensó que no tenía mucho sentido una puerta ahí, pues daba prácticamente a la pared de la casa de al lado, luego se le ocurrió que quizá esa casa había sido construida primero, y más tarde la otra, que tapaba casi todo aquel lateral.

Al final del pasillo, a mano derecha, había dos barriles de gran tamaño que parecían vacíos. Cuando estuvo a su altura los usó como parapeto, dudando de si podría asomarse más allá de aquella línea o no. Se asomó a duras penas y por fin pudo ver a la gente que causaba aquel bullicio tan parecido al del mercado que Risha había dejado atrás.

La gente que vio eran claramente nómadas. Tanto el tono de su piel, bronceada casi incluso más que la de un agricultor, como sus ropajes extraños y llamativos, no dejaban lugar a dudas.

Vio corretear a varios niños casi desnudos por delante de carros y casetas móviles. Pensó en lo poco agradable que debía de resultar en un día frío como aquel. Dos mujeres paseaban algo más allá con unas enormes canastas descansando sobre sus caderas. Más a la izquierda, un grupo de hombres había hecho un gran fuego y estaban reunidos a su alrededor charlando y riendo. Más mujeres se les acercaron y les pasaron odres de cuero casi negro, de los que ellos bebieron alegremente. No pudo distinguir de qué clase de bebida se trataba, solo que ellos agradecieron enormemente a las mujeres que se lo hubiesen llevado.

Risha estaba absorta contemplando una escena tan tranquila y familiar, que estuvo a punto de pegar un bote y salir de su escondite cuando de pronto escuchó gritar a uno de los niños. El muchacho se había caído y su pierna había ido a chocar contra una piedra, y sangraba por una gran herida.

Alguno de los hombres había girado la cabeza a mirar al niño, pero ninguno se levantó. Un par de mujeres algo mayores como para ser su madre, fueron a auxiliarlo corriendo.

Por su izquierda, casi por el rabillo del ojo, vio como se acercaba paseando un guardia de uniforme. Suponía que comprobando que todo estaba en orden. No sabía si aquel hombre se había acercado por allí al oír el jaleo que montaba el niño, o era por lo había dicho la Mayor Conensy, de que haría que algún guardia se acercase por la zona por si ella se metía en líos. De todas formas, Risha esperaba que no la viese, y así no hiciese que aquel grupo de nómadas descubriese la posición desde la que les estaba espiando.

Las dos mujeres nómadas mayores se llevaron al pequeño hacia un carromato, mientras este lloraba desconsoladamente. Los hombres habían vuelto a reír y beber al lado de la hoguera, y parecía que no se le daba importancia a nada más que a la diversión.

Risha, estaba siguiendo con la mirada a las mujeres angustiadas que se llevaban al niño herido que seguía llorando, cuando al fondo del campamento vio salir de un carro viejo y oscuro con las ruedas enormes y de color verdoso, a otro hombre claramente nómada y para su sorpresa, a su propio marido, Quirón.

Se quedó helada. La Mayor de Genuin parecía estar en lo cierto. Al principio, había pensado que tal vez podría tratarse de un malentendido, o que simplemente fuese una loca más de un consejo de pueblo. Pero allí estaba. Quirón había estado con un nómada dentro de uno de los carros del campamento. Aquello no era buena señal.

Vio a ambos hombres avanzar entre los carros y acercarse a los que estaban alrededor del fuego. No hablaron entre ellos. Los que se encontraban charlando y divirtiéndose se quedaron callados en cuanto Quirón y el otro nómada estuvieron a su altura, pero no les hicieron mucho más caso. Quirón le dio la mano a su acompañante y se marchó por la derecha del campamento. Pero ni habiéndose alejado su marido de aquel grupo, los nómadas sentados junto a la hoguera hicieron caso al otro que acababa de llegar.

Dejaron que se sentara con ellos a beber, pero no le dirigieron la mirada si quiera.

Risha no entendía el proceder de los nómadas. Pero supo darse cuenta de que, al igual que a ella, los nómadas no veían con buenos ojos los tratos con gente del pueblo.

Ya había perdido de vista a Quirón y tampoco vio a ningún guardia más, así que supuso que lo mejor era volver sobre sus pasos por entre las dos casas, y así poder alejarse sin ser vista.

Cuando estuvo al otro lado de las casas, miró a ambos lados antes de salir a la calle que bajaba hacia el sur. Como no sabía qué dirección habría tomado su marido, pensó que lo mejor era hacer una segunda visita al mercado y después volver a la posada para comer.

* * *

Risha esperaba en la habitación de la posada a que llegase Quirón. Ya era bastante tarde, hacía rato que había anochecido. Una vez más, había estado sola todo el día. Después de la comida, había subido a la habitación y había estado asomada a la ventana, viendo pasar gente. Mientras, no había podido dejar de pensar en qué clase de tratos haría su marido con aquel nómada. Ni siquiera el resto del campamento había aceptado de buen grado el trato con él, así que había terminado por pensar que no era buena idea que lo hiciese Quirón. Tal vez su marido no sabía con qué clase de persona trataba. Si así era, debía intentar hablar con él y ver si podía conseguir que le contase qué era lo que hacía con el nómada.

Era tarde. Ya no había luz en la calle, aparte de la que salía de las casas de los vecinos. Cerró los postigos y se sentó en una silla a contemplar los rescoldos del hogar. Había pedido a un mozo que le encendiesen la chimenea para calentar la estancia, porque había refrescado bastante más esa noche. Aparte de la luz del fuego, sólo había dejado dos candiles para iluminar la solitaria habitación.

Un ajeteo fuera de ruidos y golpes en el pasillo de la posada llamaron su atención hacia la puerta. Al poco, sintió que alguien desde fuera hacía un gran esfuerzo en sujetar el pomo, e intentaba girarlo. Pero también le pareció que había otra persona y que forcejeaban para abrir la puerta.

Risha puso los ojos en blanco, imaginando lo que pasaba. Exactamente lo mismo que había pasado la noche anterior. Quirón se había pasado bebiendo y le había tenido que subir a la habitación un mozo de la posada.

Por fin, dejó de oír cómo luchaban contra la puerta, que se abrió; en el umbral apareció Quirón, que fue a caer de golpe al suelo, cuando había perdido el apoyo de la superficie de madera y del pobre mozo con cara de circunstancias, que no sabía qué hacer.

Justo como Risha temía. Pensó que, peor que la vergüenza, era no poder hablar con él en aquel estado.

—Ya me encargo yo— dijo al mozo, y le dio una moneda que llevaba en el bolsillo para que se fuera rápidamente de allí.

El muchacho, que seguramente ya estaba acostumbrado a tener que hacer aquello más a menudo de las que desearía, la cogió y cerró la puerta tras de sí, sin hacer preguntas, solo aliviado de irse cuanto antes.

Quirón se puso trabajosamente en pie agarrándose con ambas manos a una silla, y avanzó hasta desplomarse sobre la cama. Cuando comenzó a escuchar los ronquidos provenientes del cuerpo abatido de su esposo, Risha fue a echar el cerrojo. Después se acercó a Quirón y le desató las botas para poder quitárselas con más facilidad.

No dejaba de pensar que en Ithil nunca bebía de ese modo. Cuando estaban en su posada, en El Lobo de Plata, jamás lo había visto ingerir tanto alcohol como para caer sin sentido. Lo normal era tomarse alguna cerveza con viejos conocidos, eso podía entenderlo. Aunque ya hacía algún tiempo que ni los viejos amigos iban a tomarse la cerveza con él, y otros ya habían muerto por culpa de la plaga.

Casi no pudo moverlo para colocarlo bien en la cama, al menos para dejarle algo de espacio a ella para acostarse también.

Un pensamiento algo ruin, cruzó por su mente, tan deprisa que apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que sus manos ya se habían movido por su cuenta. Se descubrió registrándole los bolsillos, por si encontraba alguna pista de lo que fuese que estuviese tratando con los nómadas. Pero no hubo suerte, y se sintió mal por haber aprovechado aquel momento para registrar a su marido. Aquello no estaba bien, y apartó las manos de él de golpe.

Se quedó de pie al lado de la cama, contemplándole. La cara aplastada contra el colchón, ronquidos más o menos continuos, el pelo negro que le caía enmarañado por la frente, y un suave movimiento del cuerpo, que indicaba que estaba respirando tranquilo. Se sintió aliviada de que Quirón no se diese cuenta de lo que acababa de hacer. Pero seguía sin saber qué clase de trato había hecho con el nómada.

Se quitó sus propias botas, contempló el poco hueco que le quedaba en la cama y pensó que tal vez, no era mala idea dormirse en el sillón.

* * *

A la mañana siguiente Quirón se despertó como si la noche anterior no hubiese estado bebiendo, cosa que a Risha le sorprendió. Ni le dolía la cabeza, ni sentía mal el estómago como para no querer desayunar. Es más, habían tomado un copioso desayuno en el comedor de la posada, y Quirón parecía estar de muy buen humor.

—Querida, creo que ya podemos volver a Ithil. Tengo todo lo que necesitamos para la posada— dijo su marido una vez hubieron vuelto a su habitación.

— ¿Y ya has comprado todo? ¿dónde están esas cosas que necesitábamos? — preguntó Risha secamente y algo ruda.

Puede que Quirón no se diese cuenta de que su esposa estaba enfadada, por eso contestó con naturalidad mientras se ataba las botas.

—Pues en el carro, querida. ¿Dónde iban a estar si no?

— ¿Has dejado las mercancías sin vigilancia toda la noche?— dijo Risha, alarmada.

—No les puede pasar nada. Genuin es muy tranquilo y hay vigilancia de la guardia por la noche. Ahora, querida, bajemos y pongamos rumbo a casa cuanto antes.

Risha no entendía por qué ahora su marido tenía tanta prisa por regresar. Y de algún modo debía averiguar qué había comprado exactamente. Pensó que durante el viaje de regreso podría intentar preguntarle y revisar el carro.

14. ARYOM

— ¿Sólo lo supones?— le preguntó Aryom a Taren entre susurros, mientras tomaban algo de desayunar en la posada. Por ser los más madrugadores les tocaba esperar a que se levantase el resto del grupo, pero eso no quería decir que fuesen a pasar hambre por ellos.

—Es la conclusión a la que he llegado revisándolo todo. Pero como te digo, me faltan algunos datos, nunca puedo dar por sentado algo como esto— contestó, un poco indignado, el médico, también en voz baja.

—Entonces ¿cómo podrías asegurarte?— preguntó de nuevo el jefe de los buscadores.

Taren respiró hondo, Aryom vio como relajaba los hombros y miraba su plato de fiambre antes de responder.

—Cuando haya otra víctima a punto de morir.

La respuesta de Taren era terminante y hubiese preferido escuchar que simplemente necesitaba recopilar unos datos. Pero no era así.

—Si cae enferma otra persona ¿podrás salvarla?— insistió Aryom, temiendo que la respuesta fuese un *no* rotundo.

—No lo sé— dijo Taren—. Puede que sí o puede que no. Si me equivoco en el diagnóstico, morirá igualmente.

Aryom meditó unos segundos antes de hablar.

—Taren... Esta gente está desesperada y necesita que esta plaga, o enfermedad, o lo que sea, se termine de una vez. Así que si tienes la más mínima idea de lo que puede ser que los esté matando, haz lo que sea necesario con el siguiente enfermo.

Taren le devolvió una mirada segura, que por un instante tranquilizó de nuevo a Aryom. Quizá hubiese una esperanza, por pequeña que fuese. Confiaba en Taren, era buen buscador y excelente médico, así que él no dudaba de que encontraría la cura.

Los demás buscadores fueron llegando mientras Aryom y su amigo terminaban sus platos.

— ¡Buenos días!— dijo, el jovial Roy—. Ya que hoy no hay osos que despellejar ni a los que matar, ¿cuál es el plan, jefe?— añadió dirigiéndose a Aryom, mientras se sentaba con su desayuno a la mesa.

Algunos parroquianos habían aparecido por la posada para tomar algo antes de marcharse al mercado o a trabajar en sus tierras. Aryom suponía que no debían de hacerlo a menudo, pero con la presencia del grupo de buscadores en el pueblo y la noticia del oso muerto, todos querían saber si había nuevas en la investigación y estarían con la oreja atenta.

—Hoy deberían volver los posaderos, es preciso que hablemos con la mujer, la Mayor Risha y hermana de la sacerdotisa— hizo una pausa para no decir su nombre y tragó saliva antes de continuar—. Su padre fue el primero en morir, el Mayor Ánticus, por lo visto estaban muy unidos, así que ella nos podrá dar más información.

—En realidad no creo que sea necesario ya— interrumpió Taren.

Philas también había llegado en ese momento a la mesa, pero él no había cogido su propio plato y le hizo una seña a la cocinera para que le trajese el desayuno. Aryom pudo ver como Siora asentía y Philas le guiñaba un ojo.

— ¿Porqué no es necesario?— preguntó Roy.

—Taren cree saber a lo que nos enfrentamos, pero no puede estar seguro hasta que haya otra víctima a la que pueda tratar— contestó Aryom.

—Pues eso me parece un asco— dijo Philas—. ¿Y si te equivocas?— añadió. Taren iba a contestarle, pero Aryom se le adelantó:

—Por eso mismo quiero hablar con la posadera. Si Taren no estuviera en lo cierto, lo mejor es dejar atados todos los cabos, aunque la información que nos pueda proporcionar no sea valiosa.

Roy y Philas asintieron.

En ese momento aparecieron por la puerta los tres buscadores que faltaban por unírseles. Aryom no tenía ganas de repetir el plan. Estaba cansado. No había podido descansar nada durante la noche, así que se levantó y se dirigió a la barra, donde Siora preparaba los desayunos de sus hombres.

— ¿Quiere algo más, buscador?— preguntó ella amablemente cuando Aryom se acercó.

—Sí, una infusión en cuanto pueda, por favor.

La encargada asintió sonriendo y fue terminando de llenar los platos. Cogió los cuatro con maestría y salió de la barra para ir a servirlos. Así que Aryom aprovechó para apoyar los codos sobre la barra y enterrar la cabeza en las manos. Hacía mucho tiempo que no le dolía de aquel modo. Suponía que se debía a la falta de sueño. Pero también podría ser porque el día anterior no había podido descansar, pensando en la manera de ir a ver de nuevo a Paro.

Ella parecía haberle estado evitando durante todo el día. Cuando Aryom había ido al templo, ella no estaba allí, o eso al menos le dijeron unas mujeres que había rezando. Cuando se acercó al lago por si ella estaba recogiendo flores, tampoco la encontró. Y por el pueblo la había buscado discretamente sin preguntar demasiado a la gente, y tampoco había dado con ella.

La reacción de la sacerdotisa le había molestado un poco. En la cueva le pareció que respondía a sus besos y caricias. Pero en cuanto se oyó al capitán de la guardia preguntando si estaban bien, ella se había zafado de su abrazo y no había vuelto a mirarle ni a dirigirle la palabra.

Él había estado bastante callado, porque no sabía muy bien qué decirle, su cuerpo reaccionaba por su cuenta y lo único que sabía era que sentía algo por aquella mujer, pero que era demasiado complicado.

Durante las dos noches siguientes había meditado el modo de iniciar una nueva conversación con ella. Había intentado imaginar todos los escenarios posibles y todas las reacciones. Suponía que ella le quitaría importancia a aquel asunto y lo dejarían zanjado sin volver a mencionarlo. Para Aryom suponía el modo fácil de salir de aquello, pues le permitiría terminar el trabajo en Ithil y marcharse sin mirar atrás, y sin esperar nada de ella. Pero lo que más miedo le daba era precisamente la reacción contraria. Que Paro también sintiese algo por él y estuviese esperando que él diera el siguiente paso. Ni siquiera era capaz de pensar en un futuro a largo o medio plazo.

Mientras seguía sumido en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que Siora había vuelto y con la infusión hasta que ella se la dejó en frente

sobre la barra. Ni tan siquiera le había dicho de qué tipo la quería, pero ella le había preparado sin preguntar una infusión perfecta para mitigar dolores de cabeza. Aryom sonrió agradecido y se la empezó a beber a sorbos cortos, pues le quemaba la lengua.

Llevaba la bebida caliente por la mitad, escuchando por enésima vez a sus compañeros relatar la cacería del oso a unos muchachos que habían entrado poco después de que él se levantase de la mesa. Entonces, la puerta de la posada se abrió de nuevo y Aryom pudo ver cómo entraba el capitán de la guardia, echaba una mirada a la mesa de los buscadores y luego a la barra donde estaba él. En cuanto lo vio, avanzó en su dirección.

Aryom temía hablar con aquel hombre también. Por su cabeza pasó la idea de que Paro estuviese tan arrepentida de lo que había pasado en la cueva que se lo hubiese contado al capitán. Aryom tenía la sensación de que la preocupación de aquel hombre con la sacerdotisa iba más allá de la preocupación de un guardia por uno cualquiera de los habitantes del pueblo.

— ¡Buscador Aryom! Le estaba buscando— dijo Tash, sentándose en un taburete junto a él —. Siora, ponme un té, por favor— añadió dirigiéndose hacia la mujer al otro lado de la barra.

—Claro, capitán. Ahora mismo— contestó la mujer con aquella sonrisa perpetua que parecía tener grabada en la cara.

Tash se volvió entonces hacia Aryom.

—Buscador, querría hablar con usted sobre lo que pasó en la cueva— comenzó, sin rodeos. Tal y como temía Aryom. El buscador miró alrededor, pero nadie parecía estar muy pendiente de ellos dos, salvo Siora, que preparaba un té caliente en una tetera que tenía sobre un hornillo pequeño de ascuas al lado de la barra. El resto de la gente que había en la posada prestaba más atención al grupo de buscadores desayunando y contando historias sobre cacerías y visitas a ciudades lejanas.

—Puede preguntarme lo que sea, supongo... Capitán— y siguió dándole pequeños sorbos a su infusión, que ya casi estaba fría.

A Aryom le pareció que el capitán estaba esperando a que Siora terminase de hacerle el té y se metiese en la cocina trasera para seguir hablando a solas. Aquello le daba la última pista sobre la conversación que iban a tener.

—Ayer estuve con la sacerdotisa Paro—comenzó Tash, e hizo una pausa durante la que Aryom le miró, intentando descifrar cuánta información tendría aquel hombre. Siora le puso el té delante con mucho cuidado y se marchó a la

cocina—. Quería saber de boca de ella qué había ocurrido la mañana en que se quedaron ambos atrapados en la cueva. Así que me lo contó.

Aryom dejó su infusión inacabada sobre la barra. No creía que llegados a ese punto fuese capaz de calmarle el dolor de cabeza.

—Y ¿qué fue exactamente lo que le contó, capitán?— preguntó Aryom temeroso y a la vez deseando que le diera una contestación.

El capitán Tash dio un largo sorbo al té, apurándolo casi por completo antes de seguir hablando:

—Buscador, le agradecería que se mantuviese alejado de la sacerdotisa. Ella es un pilar muy importante para nuestra comunidad. Ya tiene suficientes problemas de los que ocuparse, como para andar preocupándose por usted— Tash apartó la taza con lo que quedaba del té, dejó unas monedas y se levantó—. Espero que encuentren pronto la causa de la plaga. Que su día sea de provecho.

Echó a andar de nuevo hacia la puerta y salió, quedando Aryom apoyado en la barra hecho un manojo de nervios. El no quería dejar las cosas así. Hizo caso omiso de las llamadas de dos de sus compañeros cuando pasó por delante de la mesa, y se dirigió a la puerta en pos del capitán.

Salió a la calle y se internó entre la multitud, que se dirigía en todas direcciones rumbo a sus quehaceres o al mercado.

Miró alrededor y divisó al capitán Tash, que marchaba con paso decidido calle arriba. Aceleró el paso para darle alcance.

— ¡Capitán!— le llamó desde atrás.

Tash se giró al oír su voz, y al ver al buscador, su rostro se endureció.

—Capitán— volvió a decirle Aryom—. No puede venir a decirme una cosa así y no esperar una réplica por mi parte.

Tash se cruzó de brazos y Aryom volvió a ponerse nervioso. Quizá aquel hombre sólo era un poco más joven que él, pero la idea de que el capitán defendiera a Paro, o de que ella hubiese ido a hablar con ese hombre y sin embargo a él le hubiese evitado, podía más en su sangre que la razón.

—Me gustaría saber porqué viene a decirme una cosa como esa.

—Creo que no es difícil entenderlo, buscador— dijo el capitán—. La sacerdotisa no quiere ser molestada por alguien como usted. Me instó para que fuera yo quién se lo dijese.

Aquellas palabras le dieron como un mazo en el estómago. Por un lado esperaba que todo acabase de aquel modo, así podrían terminar el trabajo y

marcharse de aquel pueblo. Pero había supuesto que la sacerdotisa era lo suficientemente adulta como para tratar aquel tema por su cuenta. Al menos, él no la consideraba una niña.

— ¿Eso le dijo?— preguntó Aryom, incrédulo.

El capitán Tash le miró a la cara, y Aryom notó que su postura cambiaba y se volvía algo vacilante.

—Mire, buscador— comenzó de nuevo el capitán—. No creo que sea usted un mal hombre ni nada por el estilo. Solo deseo mantener la paz en este pueblo el máximo de tiempo posible. Tenemos muchos problemas, como ya sabe. Los habitantes de Ithil quieren a su sacerdotisa. Puede que algunos en estos últimos tiempos hayan perdido un poco la fe en su manera de actuar, pero la mayoría la estima y quiere lo mejor para ella. Yo me incluyo en ese grupo— hizo una pausa, volvió a vacilar con un movimiento de manos y siguió—. No me contó exactamente lo que pasó en la cueva, buscador. Pero no soy tan estúpido como para no imaginar lo que puedan hacer un hombre y una mujer solos en una situación parecida...

—No se equivoque, capitán. Yo nunca llegaría a...— interrumpió Aryom, sin saber cómo concluir la frase.

—No tiene que darme explicaciones, al igual que no se las he pedido a Paro— volvió a decir Tash—. Yo no soy nadie para juzgar nada. Sólo soy un viejo amigo, nada más. Pero lo que pasase en aquella cueva ha hecho que la sacerdotisa tenga la mente confusa. Sería preferible que no le diese más quebraderos de cabeza. Y ahora, si me disculpa, debería volver a mi trabajo— concluyó el capitán.

Hizo un gesto con la cabeza y se dirigió de nuevo calle arriba. Aryom se encontró de pronto solo, pese a estar en medio de una multitud.

Supo exactamente hacia donde tenía que encaminarse.

Aunque se lo hubiese pedido el capitán de la guardia, debía hablar con ella y aclararlo todo. Sentía una opresión insoportable en el pecho y no podía ignorarlo. Necesitaba saber por ella si lo que quería era que se alejasen definitivamente.

En el fondo, sabía que el que quedaría herido sería él. Por mucho que ocultase sus sentimientos a los demás, no podía negar que lo que aquella mujer le hacía sentir no lo había sentido con ninguna otra. Habían bastado unos pocos días para saber que estaba enamorado.

Subió la calle y giró por donde ya sabía que debía girar para llegar al

templo de Ithil. Dio un pequeño rodeo para esquivar el mercado, que ya los habitantes habían montado. No le apetecía tener que pararse a cada metro para contar de nuevo como se había cazado al oso negro a todos los curiosos que le viesan. Además, él ni siquiera había participado.

Quería empezar por buscarla en el templo. Aquel era un día normal, no festivo, así que la sacerdotisa debía estar allí. Y, si no se equivocaba, en breve empezaría las clases con los niños. Esperaba poder encontrarla antes y no tener que esperar a que acabase con sus obligaciones. Si no lo conseguía, pudiera ser que tampoco ese día la viese.

Llegó a la puerta del templo, y allí todo el valor le abandonó en cuestión de segundos. Frente a al enorme portón de madera, le daba vueltas a lo que le iba a decir. Todo lo que había estado pensando durante el día anterior no tenía sentido si ella no estaba delante para decirle en persona lo que quería.

Un par de niños se acercaron tras él y entraron al templo, rodeando al buscador y mirándolo con incredulidad. Aryom pareció despertar de pronto. Las clases iban a empezar y no podría ver a Paro durante horas.

Empujó la hoja de la derecha y pasó dentro del templo. Los ojos tardaron un poco en acostumbrarse al interior, pero se dirigió por el pasillo central hacia el fondo del templo. Vio a los dos niños que habían entrado justo antes que él meterse por una puerta lateral, camino de la clase matinal. Pero él continuó andando, esperando que Paro estuviese aún fuera del aula. Cuando sus ojos se hubieron habituado por completo a la penumbra, vio su figura de espaldas recogiendo vasos y platos de unas mesas y entrando con ellos por una pequeña puerta de la parte trasera.

La siguió sin que ella se diera cuenta y aparecieron en una habitación de pequeñas dimensiones. Fue tarde cuando la sacerdotisa se percató de que alguien más estaba allí y, sobresaltada, ahogó un grito de sorpresa.

— ¿Qué hace aquí, buscador?— inquirió ella, con la voz entrecortada y agitada.

—Vengo a que me expliques porqué tienes que mandar a otros a pedirme que me aleje de ti.

La sacerdotisa hizo el intento de escaparse hacia la puerta, pero él fue más rápido. La cogió por una muñeca y volvió a colocarla frente a él.

—Si tengo que cerrar la puerta y no dejarte salir para que hables conmigo, lo haré— dijo tajantemente Aryom.

Desde donde estaban, dudaba que alguien pudiera verlos, y tampoco creía

que les escuchasen, pues allí dentro no había el eco de la sala central del templo. Se había metido en lo que parecía una despensa, con latas de conservas y algunos sacos con legumbres secas y tarros cerrados sobre estanterías.

—Ahora tengo que dar una clase, no puedo quedarme a hablar contigo— contestó la sacerdotisa.

—¿Qué es lo que quieres?— preguntó el buscador, ignorando su respuesta.

—No te entiendo— dijo ella, poniendo cara de incredulidad.

—Quiero saber qué quieres que haga.

—Quiero que me dejes salir de aquí para ir a dar la clase a los niños.

Aryom cerró la puerta tras él y se quedaron casi a oscuras, pues la ventana que daba a la calle estaba parcialmente bloqueada por las estanterías repletas.

—Sabes tan bien como yo que lo que pasó en la cueva fue cosa de los dos— dijo Aryom de nuevo, y la sacerdotisa dio un paso atrás como si aquellas palabras la hubiesen golpeado—, porque no puedes decir que tú no me besaras a mí.

La notó titubear, sin encontrar una respuesta.

—Yo no voy por ahí besando a todas las mujeres que me encuentro, no soy de esa clase de hombres- aún no le había soltado de la muñeca, y como ella tiraba de su brazo, decidió liberarle la mano—. Cuando estábamos en la cueva, sentí que tu también lo esperabas. Estoy seguro de que no vas por ahí haciendo lo mismo, y creo que muy probablemente, dado tu estatus, debo de ser el primer hombre que besas.

—Tu lo empezaste— replicó la sacerdotisa, azorada.

Aryom supuso que ella se apaciguaba y que podría sacar algo en claro aquel día.

—Y tú seguiste— le respondió, con media sonrisa.

No pudo estar seguro por la penumbra, pero creía que por fin había conseguido que ella se sonrojase.

—¿Por qué enviaste al capitán de la guardia a decirme que te dejase en paz?— le preguntó Aryom, y ella miró al suelo, avergonzada.

—No quería tener que volver a verte— contestó en un susurro apenas audible.

Aryom sintió un peso enorme en el pecho. Era como si le hubiesen puesto en los hombros varias cajas llenas de rocas y se le estuviesen hundiendo las costillas, dejándole sin aire en los pulmones. Se había preparado para

escuchar algo así. Había memorizado una respuesta para ello. Pero ahora que se lo había escuchado decir, se había quedado sin el aplomo necesario para aguantar aquella situación.

—¿Por qué?— fue lo único que consiguió decir.

La vio dudar. Pero no le contestó inmediatamente, sino que dejó pasar unos segundos, seguramente mientras pensaba una buena respuesta.

—Creo que debería salir ya, probablemente ya hayan llegado todos los niños y la clase debe empezar a su hora—dijo al fin.

Hizo el ademán de intentar rodearlo para alcanzar la puerta, pero Aryom volvió a cogerle la muñeca, tiró de ella hacia así y, cuando la tuvo cerca, con la otra mano le agarró de la barbilla para volver a besarla. Había decidido que si ella ya no quería volver a verle, al menos se llevaría eso último con él.

15.PARO

Paro se estaba quedando sin fuerzas y pensó que se iba a desmayar. El corazón le latía muy deprisa; sentía que se le iba a salir del pecho. Aquel hombre la estaba volviendo a besar, y había perdido el coraje para apartarse de él.

La vez anterior, de regreso al pueblo montada en el carro con el oso negro muerto, se había propuesto no volver a verle, alejarse todo lo que pudiera e intentar no cruzarse con él. Quería continuar con su vida de la manera más sencilla posible, tal y como había sido hasta ese momento. Volver a su templo, a sus quehaceres y a no pensar más, en ningún hombre, de aquel modo. Pero ahí estaba de nuevo, poniendo su mundo patas arriba con otro beso que la desarmaba.

Quería alejarse de él, salir por la puerta y olvidarle, pero también quería abrazarlo, sentirse protegida y amada. Quería que alguien cuidase de ella. Lo había negado durante muchos años. Había intentado fingir que no necesitaba el cariño de los demás, ni su amor, ni su compañía. Durante el corto tiempo en que había tenido que madurar, se había convencido de que nunca se uniría a otro, porque no podría amar a ningún hombre, aunque la realidad era que no quería hacerlo. Ahora se desobedecía a sí misma, pues no podía negar la atracción que sentía por el buscador.

Se dejó llevar por un instante y le rodeó con los brazos, cosa que hizo que él la devorara con más intensidad. Así siguieron por unos minutos, aunque a Paro se le hicieron eternos. Él se separó primero de ella, pero la abrazó para no dejarla escapar. Ella no quería que la soltase, porque entonces acabaría todo.

—Dime otra vez que no quieres volver a verme y te haré caso, me marcharé del pueblo y no sabrás nada más de mí— dijo Aryom con la voz entrecortada por la agitación.

Paro dudó. Antes de aquel segundo beso, lo habría dicho sin titubear. Pero ahora no podía decírselo. Los pensamientos le bullían en la cabeza. Sabía que debía contestarle que se marchase, que no quería volver a verle, pero su boca no le permitía decirlo.

Como ella no replicaba, Aryom la volvió a besar y Paro sintió miedo, pues era muy probable que él hubiese tomado el silencio como una respuesta favorable.

Pero estaba muy confundida, la razón le gritaba que aquello no podía seguir por ese camino.

Consiguió volver en sí y empujarle, quitándoselo casi de encima.

—No. No, por favor— dijo, avergonzada.

Aryom se separó y la miró con dolor.

— ¿Qué quieres decir?— dijo él, angustiado.

Por mucho que le doliese y viese en él la aflicción que reflejaba su rostro, Paro sentía que aquello no podía ser.

—Esto no es bueno. Tú eres un buscador de la capital y yo una sacerdotisa de un pueblo pequeño. No podemos...— Paro dejó sin terminar la frase, ni siquiera estaba segura de qué era lo que no podían hacer.

—Seguro que hay un modo— dijo Aryom, aún dolido.

—No lo creo— intervino Paro rápidamente—. Habéis venido a hacer un trabajo, y en cuanto esté terminado os iréis todos, ¿no es así?— preguntó sin esperar respuesta—. Yo no quiero comenzar algo que sé que se va a acabar en unos días. Si lo hago, luego dolerá aún más.

—A mi me duele ahora— reveló Aryom, apartándose de ella.

Quizá no fue el efecto que esperaba, pero esas palabras cayeron como una losa sobre la conciencia de Paro.

Sintió que debía abrazarle, pero él no le dio opción. Abrió la puerta y se fue.

Paro no entendía lo que acababa de pasar. No podía imaginar que lo que sintiera el buscador no fuese más que un capricho que se le olvidaría al irse a otro pueblo. Todo lo que había pasado durante aquellos minutos había descolocado su pequeño mundo. Aquel hombre actuaba de un modo que ella nunca hubiese creído posible. Sentía que él le decía la verdad, que todos sus actos eran sinceros, pero su conciencia no podía dejarla hacer.

Había estado a punto de dejarse llevar por lo que prometían los besos de aquel hombre. A punto de dejar que alguien entrase en su vida y la manejase a su antojo.

Sacudió esas ideas de su mente mientras recuperaba la compostura antes de salir e ir a dar la clase del día. Sin duda la esperaban ya, pero ella no podía llegar en aquel estado de agitación física y mental.

* * *

Las clases de ese día se habían hecho duras y pesadas para Paro. Los niños habían notado enseguida que algo le ocurría, pero ninguno había dicho nada al respecto.

Para ella era mejor así, no quería tener que dar explicaciones.

No había podido dejar de pensar en aquellos besos robados que le había dado el buscador. Primero en la cueva de ofrendas y luego en la despensa del templo. Se le enrojecían las mejillas cuando pensaba en que alguien pudiese haberles visto.

Tras insistir en hablar con ella, el capitán Tash había logrado que casi le confesase lo que había pasado mientras ellos se ocupaban del oso negro de los picos. Estaba segura de que lo había podido deducir perfectamente por su estado, y se moría de vergüenza. Pero tampoco esperaba que su amigo fuese a hablar con el buscador, no había sido intención suya utilizar a otra persona para librarse de aquel asunto.

Estaba terminando de recoger algunos platos de comida que la gente se había dejado por allí y atendiendo a dos mujeres muy mayores que aún seguían en una mesa retirada, cuando se abrió la puerta del templo y dejó pasar una corriente de aire frío que hizo temblar las llamas de algunas velas de la mesa de ofrendas.

La puerta volvió a cerrarse y una mujer avanzó con paso decidido hacia el fondo, donde se encontraba Paro en aquel momento.

— ¿Me puedes explicar qué es eso que acabo de oír en la posada sobre que casi te devora un oso negro de los picos? — dijo Risha, alzando la voz.

Paro se sintió tentada de exigirle que se fuera del templo, pues no toleraba esa clase de tono. Pero por prudencia y porque se encontraban todavía las dos mujeres ancianas allí, no lo hizo. Señaló en dirección a la puerta de su cuarto y se dirigió hacia allí, seguida de una enfurecida Risha. La agitación del momento le hizo olvidarse de que su hermana acababa de volver de viaje, y de que debía preguntarle al respecto.

Cuando estuvieron dentro del cuartucho, cerró la puerta y alzó las manos en gesto conciliador mientras hablaba.

—Risha, se que fue un poco imprudente por mi parte...

— ¿Un poco? Eso es quedarse corta— interrumpió su hermana— ¿Cómo se te ocurre ir al bosque sabiendo el peligro que estaba acechando al pueblo? ¿Es que no estuviste atenta en la reunión cuando lo dijeron los buscadores?

—Claro que sí, pero es que no me dejás terminar de explicarte lo que pasó— dijo Paro, irritada.

—Vale, pues empieza por aclararme por qué tuvieron que rescatarte los buscadores y el capitán Tash, de la cueva donde te tenía acorralada el oso.

—No fue exactamente así— dijo Paro—. En realidad yo no sabía que el oso estaba tan cerca— dijo, evitando mencionar que aquella misma mañana le había parecido oírlo de camino al pueblo—. Todo empezó porque me enteré de que el buscador Aryom estaba en la cueva de ofrendas y, por la hora que era, yo sabía que comenzaba la crecida.

—Un hombre como él se sabría apañar perfectamente. ¿Qué necesidad había de que la sacerdotisa fuese en su rescate?— volvió a interrumpir Risha, todavía nerviosa y enfadada.

Paro se sentía mortificada. Tenía claro que no había sido la decisión más inteligente, pero tampoco esperaba que su hermana llegase de un viaje directa a reprenderla de aquella manera. —El buscador tiene miedo al agua— intentó justificarse, aunque sonó a excusa infantil.

— ¿Cómo le va a tener miedo al agua?— preguntó retóricamente Risha, mientras andaba dando largos pasos por la habitación de Paro.

—Lo sé porque me lo dijo— contestó la sacerdotisa—. La gente habla conmigo porque sé escuchar. Sé cuáles son sus miedos, y si puedo hacer algo para ayudarles, lo hago. Este es mi trabajo. A lo que me he dedicado todos estos años— añadió de forma tajante—. Hasta tú debes tener algún miedo ¿no es así?

Paro miró inquisitiva a su hermana, pero ella no respondió, no le hacía

gracia la forma de darle la vuelta al tema que tenía.

—Nunca has venido a hablar conmigo, pero estoy segura de poder adivinar cuál es tu miedo— dijo Paro—. Tu mayor miedo es perder el poder que ejerces sobre el pueblo. Perder tu posición. ¿Verdad?

Paro estaba prácticamente convencida de ello desde hacía años. Siempre había sentido que su hermana era una egoísta y por ello nunca terminaban de llevarse del todo bien.

—Te equivocas completamente— sentenció Risha—. Mi mayor miedo no tiene que ver con perder mi posición en el pueblo— hizo una pausa mientras se acercaba un poco más a Paro—. Mi mayor temor es perderte a ti. La única familia real que me queda.

Paro se quedó inmóvil intentando analizar las palabras de su hermana. Mientras, Risha fue hacia la butaca del fondo y se sentó, abatida.

—No entiendo porqué siempre tenemos que pelearnos — dijo.

—Supongo que eso hacen las hermanas— dijo Paro intentando ser amable, pues notaba que con sus palabras anteriores había herido a su hermana.

Risha la miró sonriendo, pero sin que la sonrisa llegase a sus ojos. Paro podía sentir cómo las aguas empezaban de nuevo a calmarse y como se iba todo aquel resentimiento. Pero comprobando que realmente no estaba contenta ni feliz.

—Aunque me perdieras, no te quedarías sola. Tienes a tu marido Quirón— comentó Paro.

Risha la miró y sonrió para sí mirando al suelo.

— ¿Eso crees?, porque yo no estoy tan segura ya— dijo su hermana.

Paro se figuró que algo debía haber pasado. Pero se temía esa respuesta desde hacía varios minutos.

No le había gustado mucho la conversación que había tenido con su cuñado antes de que se fueran de viaje a Genuin. Y nunca había tenido oportunidad de hablar sinceramente con su hermana. Quirón la había preocupado diciéndole que el consejo alteraba el buen juicio de Risha. Pero ahora no estaba segura de que lo que su cuñado le había contado fuese del todo verdad.

—Ris, ¿pasa algo con Quirón?— quiso saber ella.

— ¿Me preguntas como sacerdotisa o como hermana?—le preguntó a su vez Risha.

Paro sabía que tantos años de estar fuera de sus vidas, la una de la otra, aún viviendo en el mismo pueblo, no se iban a borrar de un plumazo con una

simple conversación, pero tenía que intentarlo.

—Te pregunto como tu hermana. Como esa única familia que dices tener. Preocupada porque pienses que no tienes a nadie más que a esta testaruda sacerdotisa.

—Pues no lo sé— contestó Risha abriéndose un poco más—. No tengo ni idea de cómo están las cosas. No sé qué se le pasa por la cabeza últimamente.

—¿Últimamente?— quiso saber Paro.

—Desde que empezó la plaga. Cada vez insiste más en que nos vayamos. ¿Cómo vamos a dejar nuestra vida en Ithil? No hace más que decir que tenemos que irnos a la capital. Pero yo me niego a dejarte sola.

El miedo de su hermana, tal y como ella había confesado, era lo que la retenía al pueblo.

—Sabes que yo estaría bien viviendo aquí.

— ¿Y si te ocurriese algo?— preguntó Risha.

— ¿Quieres decir si la plaga me mata?

Decirlo así sonaba duro, pero Paro quería dejarle claro a su hermana que no tenía ningún miedo a morir por culpa de aquella extraña enfermedad.

—Si te mata o no. Yo tengo que estar a tu lado. Podrías... podrías necesítarme— contestó Risha y miró hacia otro lado un poco avergonzada.

Nunca había podido ver a su hermana tan vulnerable como en ese momento. Se sentía sola. Pese a tener un marido, un negocio y un puesto de mando en el pueblo, la necesitaba a ella. A una hermana que desde pequeña lo único que había hecho era darse a los demás, menos a su propia familia. Paro había pasado mucho tiempo sintiéndose sola también, alejada de su padre y de su única hermana, había dado por sentado que no la necesitaban y por ello había decidido no necesitarlos ella. Pero ahora veía que en realidad, su hermana Risha siempre la había necesitado, y nunca había sido capaz de decírselo. Ni siquiera ahora, que lo disfrazaba como la necesidad de la otra y no la suya propia. Pero no le importaba la forma en que lo había dicho, Paro podía ver la verdadera intención en aquellas palabras.

—Ris. Yo siempre te necesitaré. Pero cada una ha de vivir su propia vida. No creo que a Quirón le hiciese mucha gracia que te alejases de él sólo para ir a cuidarme si yo enfermara— le dijo Paro.

—Quirón no es quién para prohibirme ver a mi hermana. Y ahora ya no creo que le importe cualquier otra cosa que no sea él mismo y el irse de este pueblo— contestó Risha.

Paro quería calmar a su hermana, empezaba a notarla enfurecida y resentida con su marido. Pero tampoco iba a mentir, era algo que despreciaba hacer.

—Quiero contarte una cosa. Hace unos días, antes de que os fuerais a Genuin, pasó a verme— hizo una pausa, no le gustaba el hecho de traicionar a su cuñado a favor de su hermana, pero ya no había vuelta atrás—. Me dijo que estaba preocupado por ti. No lo pensé mucho, pero no puedo decir que estuviera siendo sincero del todo. Quiero decir, estaba preocupado, eso no se puede negar, pero no creo que lo que me dijo sobre ti fuese cierto, ni el verdadero motivo de su preocupación, algo estaba ocultando.

— ¿Qué te dijo?— quiso saber Risha.

—Vino a decir algo así como que temía que te estuvieses volviendo loca... como el resto de Mayores— dijo Paro, tanteando por si su hermana saltaba con alguna contestación desmesurada, dándole la razón a Quirón.

— ¿Que me estoy volviendo loca?— contestó, completamente indignada, pero sin ser exagerada—. Claro que me vuelvo loca. Pero me vuelvo loca por su culpa. Últimamente ya no reconozco a ese hombre. Ya no sé con quién me casé.

—Estoy segura de que sigue siendo el mismo hombre que te quiere y te ama con locura— corroboró Paro.

—Yo no lo creo— dijo Risha tajante.

Paro se sentó en el borde de la cama, mirando a su hermana. No le gustaba mantener conversaciones en las que no estuviese al mismo nivel de altura que su interlocutor.

— ¿Ya no estás segura de tu matrimonio?— le preguntó a su hermana.

Risha sopesó la respuesta durante unos segundos.

—No. Supongo que no. Ahora es cuando creo que me equivoqué al elegir. Había amor, de eso estoy segura. Y el amor en un matrimonio es muy importante. Pero no había la suficiente confianza, no como la que tenía con...

— se interrumpió antes de terminar.

—No como la que tenías con Tash. Lo sé— terminó Paro por ella.

Aunque nunca habían hablado de aquel tema, Paro había tenido largas conversaciones con el capitán. Él había necesitado a la sacerdotisa para hablar de su desamor. Se había sentido traicionado y abandonado por Risha. Según le había confesado, siempre había creído que Risha al final le elegiría y se casaría con él.

—Hiciste una elección, creyendo que era lo más acertado. Nadie puede

culparte por ello.

— ¿Nadie?, ahí te equivocas. Tash me culpa día y noche por no haberle escogido a él— dijo Risha, dolida.

—Tú amabas a Quirón— dijo Paro.

—Sí. Aunque también quería a Tash, pero no estaba segura de si sólo le quería como amigo. Dio lo mismo, porque le perdí de todos modos. No entendió mi elección. Creyó que me casaba con Quirón por interés, por dinero.

—La verdad— dijo Paro—, es que yo en su momento también lo creí, porque estaba convencida de que a quien amabas era a Tash— terminó diciendo, un poco avergonzada.

Risha se levantó y dio unos pasos por la habitación.

—Elegí mal— dijo mientras caminaba—. Ahora sé que no debí aceptar la proposición de Quirón, pero estaba segura de quererle, y no estaba segura de lo que sentía por Tash o de lo que sentía él por mí.

— ¿Ahora estás segura?— preguntó Paro, volviendo a mirarla.

—Creo que sí. Pero no puedo volver atrás en el tiempo, ni arreglar lo que ya está hecho. Porque esto es para siempre. Es lo que prometí. Hasta la muerte. Para eso es el matrimonio— contestó su hermana.

—Sí, es cierto. Eso no puede ser cambiado— sentenció Paro.

—Pero no quiero que mi experiencia sea una lección negativa para ti— cambió de tema Risha, drásticamente—. Tú vas a encontrar a esa persona con la que compartir tu vida y vas a ser feliz.

Paro sonrió tímidamente, pero negó con la cabeza a su hermana.

—No lo creo, Risha.

—Claro que si— le interrumpió su hermana intentando animarla—. Tú no te fijas en mí, ni en mi matrimonio. Tienes que ver más allá. Podrías fijarte en lo que fue el de nuestros padres. Ellos eran muy felices juntos, se quisieron mucho, y nos quisieron mucho a nosotras.

—Ellos fueron felices hasta que nuestra madre murió. Le quedaban muchos años de vida por delante y se los arrebataron. No fue justo— dijo Paro con tristeza.

—No todas las vidas se viven del mismo modo. No me irás a decir que no hay ningún joven con el que no quisieras formar tu propia familia.

Paro titubeó. Estaba claro que tenía a alguien en mente, que se le había pasado por la cabeza, pero aquello era completamente imposible.

—Por cómo dudas, sí que hay alguien, ¿verdad?— sondeó Risha, picada

por la curiosidad.

Como Paro no contestaba, su hermana fue a sentarse a su lado en el borde de la cama.

— ¿Y bien? ¿De quién se trata?— le volvió a preguntar, dando a entender que no se libraría de aquello.

Paro decidió echarle valor; ya que ella le había mostrado sus sentimientos, sintió que se lo debía de algún modo. Risha se había abierto por fin. Quizá era hora de responderle igual.

—Hace unos días pasó algo— sentía mucha vergüenza al decirlo, igual que le había pasado con Tash—. Cuando estaba en la cueva con el buscador Aryom.

Su hermana se puso tensa e interrumpió a Paro.

— ¿Te hizo algo malo?

—No. Por supuesto que no— se apresuró a añadir ella —. No llegó la cosa tan lejos. No te preocupes por eso, Risha.

Paro percibió como su hermana se relajaba ligeramente.

—Perdona. Es que esa clase de hombres sabe demasiado. No me gustaría que se aprovecharan de ti.

—Él no haría eso— contestó Paro, segura de pronto de lo que decía —. No fueron más que unos besos... aunque consiguió que me hiciera demasiadas preguntas. Tras aquello le estuve evitando, no quería que se repitiera. Pero...

—Se ha repetido— dijo Risha.

Paro asintió y su hermana suspiró.

—No sé qué te habrá dicho él, pero ten por segura una cosa— Risha le cogió las dos manos a su hermana y la miró a los ojos mientras le decía—. Un beso no es una promesa de nada. No te dejes engañar. Esta clase de tipos van de una ciudad a otra, están acostumbrados a manejar a la gente. Incluidas las mujeres. Es probable que haga lo mismo en todos los sitios a los que vaya.

—No lo creo. No le veo capaz— dijo Paro—. Sé que es un buen hombre, aunque no creo que sea el indicado para mí. Él se irá, y yo me quedaré aquí, en el templo, con nuestro pueblo. Ha de ser así. Por eso es por lo que me duele tanto, porque sé que no puede ser, pero aún así... sigo deseando que sí pudiera ser.

Paro dejó de hablar, porque estaba segura que, de continuar, se echaría a llorar.

Risha la abrazó y la meció un poco. Paro se sentía como si fuera una niña

pequeña y no le gustaba. Sabía que tenía que ser fuerte, por su pueblo. Se apartó de su hermana suavemente para no incomodarla.

—Da igual— dijo, intentando ser más fuerte de lo que aparentaba—. Sé perfectamente cuál es mi lugar, y no lo voy a dejar por nada, ni por nadie.

—No te hagas eso, Paro— le dijo Risha.

Paro la miró, sin comprender qué se refería con aquel comentario.

—No sé qué quieres decir.

—No puedes desear de verdad anteponer tu deber como sacerdotisa a tu felicidad como persona— contestó Risha.

—No puedo hacer otra cosa— se disculpó Paro—. Si se tratara de un hombre que vive en el pueblo, como le pasó a nuestra madre, no habría problema, pensaría de otro modo. Pero no es el caso.

—Es decir, que piensas que querrías estar con ese buscador, si él se quedase en Ithil— dijo Risha—. Sabes perfectamente que podrías dejar de ser sacerdotisa en cualquier momento, si es lo que deseas.

Aquellas últimas palabras alteraron a Paro más de lo que Risha se proponía.

—¿No lo dirás en serio?— respondió, disgustada—. Yo no deseo dejar de ser sacerdotisa. Esto es lo que soy— puso énfasis en sus palabras a la vez que gesticulaba enérgicamente con las manos—. Soy la sacerdotisa de Ithil, como lo fue nuestra madre y su madre antes que ella, y decenas de generaciones antes. No puedo abandonar el trabajo de toda una vida.

Paro vio a su hermana levantarse de la cama, estaba segura de que seguiría intentando hacerle ver que no debía continuar con aquella actitud, pero no fue así.

—Tu modo de ver las cosas no me parece la correcta. Pero teniendo en cuenta que yo tampoco he hecho las cosas bien, no voy a decir nada más al respecto. Es tu vida y tú sabrás que hacer con ella— le dio un último abrazo y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir concluyó—. Espero que sepas lo que haces. Que tu día sea de provecho.

16. TASH

A la mañana siguiente, el capitán de la Guardia estaba sentado en la mesa de su despacho, rodeado de papeles. El informe del abatimiento del oso negro de los picos estaba justo a su derecha, en la pila de los informes que debía enviar periódicamente a la Capitanía General de la Capital. El resto suponían un quebradero de cabeza, pues tenía peticiones de registros y órdenes del consejo que no tenían ni pies ni cabeza. Seguía pensando en todo lo que tenía que hacer para ponerse al día con el trabajo, cuando Abel llamó a la puerta.

— ¿Sí?— contestó el Capitán Tash a los golpecitos del marco de la puerta.

—Capitán. El buscador Aryom ha venido a verle.

Tash se sintió incómodo solo con la mención del nombre del buscador. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que aquel hombre venía para retomar la conversación del día anterior, sobre lo de dejar en paz a Paro. Pero luego, lo pensó bien y cayó en la cuenta de que probablemente lo que le llevase a presentarse ante él en el cuartel, eran precisamente los motivos por los que se encontraban los buscadores en el pueblo de Ithil. Estaría allí para hablarle de la plaga y no para discutir acerca de una mujer.

—Hazle pasar— contestó sin más.

El guardia Abel se retiró de la puerta, y al poco apareció en su lugar el buscador, que no traía una cara muy amistosa.

—Tenga un buen día, Capitán— dijo el buscador nada más estar frente a la mesa de Tash.

—Igualmente, buscador— contestó Tash—. Tome una silla y asiento, por favor. Y dígame de qué quiere hablar.

Aryom, sin prisa, se acercó a la pared de la derecha, tomó la silla indicada y la arrimó a la mesa para sentarse, colocándola justo en medio, frente al capitán, que le miraba seriamente.

—No he venido a hablar de la sacerdotisa, si eso es lo que está pensando. Sobre ese tema ha quedado todo dicho y zanjado— comenzó el buscador. Aquello hizo que el Capitán se relajara un poco más. —. He venido para informarle de nuestros avances en la búsqueda del origen de la plaga.

— ¿Realmente hay avances?— preguntó algo incrédulo Tash, mientras se enderezaba en su asiento, ansioso por escuchar lo que tenía que decirle el buscador.

—Eso creemos, Capitán— contestó Aryom —. Nuestro médico, Taren, ha reunido bastante información y cree saber a qué nos enfrentamos.

—Eso es fantástico, buscador— dijo el capitán, emocionándose por momentos—. Si sabemos de qué se trata, se le podrá poner fin, de una vez por todas.

—No se precipite, Capitán Tash— le cortó el buscador —. Sabemos de qué se trata, si. Pero no sabemos cómo está llegando a las personas— ahí estaba la mala noticia que Tash sabía que tenía que llegar.

—Diablos— dijo él exasperado—. Pues dígame qué es, y quizá pueda... no sé, intentar ayudar en algo.

El buscador le miró, suspiró una vez y continuó.

—Es un veneno— sentenció.

La emoción que lo había envuelto se desplomó de pronto. Tash dominaba muy poco sobre venenos, pero conocía lo suficiente como para saber que algunos muy potentes no tenían cura ninguna.

—Eso es terrible. ¿Quiere decir que hay alguien envenenando a nuestro pueblo? ¿O se encuentra de forma natural?— preguntó de nuevo el capitán, visiblemente desalentado.

—Me temo que esa es la parte que desconocemos— añadió Aryom—. Al igual que aún no estamos seguros de con qué veneno estamos tratando. Nuestro médico está trabajando en ello. Buscando información por todos los medios. Pero dice que no puede adelantarse sin saber exactamente a qué nos

enfrentamos. Ni si está en el ambiente, en el aire o el agua, en alguna planta de alrededor, alguna flor, o si es algún animal que está mordiendo a los que caen enfermos sin que ellos se den cuenta, como algún insecto. Y también cabe la posibilidad de que sea alguien intencionadamente quién está envenenando al pueblo.

Tash comprendió el problema al que se enfrentaban los buscadores.

—Necesitan que haya otra víctima para estar seguro. ¿No es así?

—Eso me temo, Capitán. Nos arriesgamos a que alguien más muera, porque Taren no puede garantizar que aunque alguien caiga enfermo, y él esté allí, sea capaz de salvarlo.

Desde luego, le parecieron unas noticias terribles. De correrse la voz, el pánico se extendería rápidamente, y si alguien era el causante de aquello, probablemente se alejaría para no ser incriminado.

—No podemos contarle todavía— miró seriamente al buscador, y añadió—. Y mucho menos al Consejo.

—Lo sé, Capitán. Puede contar con ello. Sólo mi grupo y usted lo saben hasta el momento. Y puedo asegurarle que ninguno de mis hombres abrirá la boca.

—Sólo nos queda esperar otra tragedia— dijo Tash con pesar—. Porque si es alguien del pueblo quién está haciendo esto, y se entera de que lo sabemos, puede intentar pasar desapercibido hasta que ustedes se den por vencidos y se marchen. Y volver a atacar después.

—Le aseguro, Capitán, que no nos vamos a ir hasta descubrir la causa o al causante. Es nuestro trabajo y nuestra obligación.

—Se lo agradezco— le contestó Tash.

El buscador se puso de pie mientras se sacudía las perneras de los pantalones. Tash se dio cuenta de que Aryom estaba incómodo con él y que quería irse cuanto antes de allí, seguramente debido a la conversación que habían tenido el día anterior.

—Bien, es hora de marcharme. Taren quiere salir a revisar la linde del bosque antes de la hora de la comida. Por si ve plantas que le den alguna pista.

—Sí, cómo no, buscador. Que su día sea de provecho— se despidió Tash tendiéndole la mano.

— Y que el suyo traiga paz, Capitán— le respondió al apretón de manos y se marchó.

Una vez que se encontró solo, Tash quiso volver a los papeles que tenía

sobre la mesa, pero no tuvo mucho tiempo de paz para ello.

Abel volvió a interrumpir en su despacho con un leve carraspeo.

—A veces creo que eres mi secretaria, más que un guardia normal, Abel.

El guardia rió levemente frente al comentario. Pero enseguida se volvió a poner serio.

—Capitán, me temo que esta mañana va a seguir habiendo un evento tras otro. He sido informado de que ha sido enviado un pequeño comité desde Genuin. Salieron muy temprano, antes del amanecer, y se dirigen hacia aquí.

— ¿Qué quieres decir con “un pequeño comité”, Abel? ¿No vendrán los del Consejo de Genuin? Solo me faltaba lidiar con los locos de otros pueblos— el Capitán estaba sorprendido y asustado a partes iguales. No creía posible que, con la alarma por la plaga, acudiese gente de nuevo a Ithil.

—Creo que no viene el Consejo. Pero no puedo asegurárselo, Capitán. La persona que me ha informado ha sido un granjero y me ha dicho que no reconoce a nadie del grupo que se acerca— le respondió el guardia.

—De acuerdo, Abel. Iré a ver a alguien de nuestro Consejo antes de que lleguen los de Genuin, por si se sabe algo.

Tash se levantó, cogió la chaqueta del uniforme y se la puso. Al parecer, aquel día no iba a ser el que terminase los informes para la Capitanía general.

* * *

Salió a la calle y subió por el camino para llegar a la calle principal, que le llevaría al edificio del Consejo. Lo único que podía hacer empeorar aquel día era discutir con Risha o algún otro Mayor.

No había puesto en práctica los últimos dictados del Consejo y no estaba para reprimendas. Odiaba las obligaciones que tenía para con ellos, sobretodo aquella parte, la de tener que ir a verlos cuando algo extraño ocurría en Ithil. Pero debía hacerlo, era su deber como miembro de la Guardia, por mucho que le pesase. Así, sin darse apenas cuenta, se encontró frente al edificio del consejo, y a paso lento subió los peldaños de la escalera de entrada. Pero no llegó a entrar. Le obstaculizó el paso una figura conocida en plena puerta.

— ¡Capitán! Iba a verte ahora mismo— dijo Risha.

—Y yo venía a preguntarle al Consejo. Así que creo que coincidimos en algo— contestó Tash.

—Sí, bueno... Ha llegado hasta aquí el rumor de que vienen de camino algunas personas desde Genuin. Iba al cuartel a preguntarte sobre ello.

—Pues me temo que sabes exactamente lo mismo que yo. Venía para saber

si vosotros, en el Consejo sabíais algo más.

Tash cruzó los brazos esperando, aunque ya sabía que no le daría ninguna información más detallada que aquella, porque estaban en la misma situación.

Risha pareció sentirse incómoda también. Tash tuvo la ligera impresión de que llevaba la mañana provocando eso mismo a todos.

—En fin— empezó a decir para romper el silencio—, ¿qué te parece si vamos al camino de Genuin para recibir a los visitantes? Quizá podremos enterarnos de primera mano a qué vienen— dijo Tash.

—Sí, sí. Me parece una idea estupenda— respondió Risha, con cierto alivio por tener un objetivo con el que mantenerse ocupados.

Descendieron los mismos escalones por los que acababa de subir Tash y bajaron por la calle que conducía al camino de la entrada sur del pueblo, por donde se salía en dirección a Genuin. Pero no llegaron muy lejos, puesto que a la altura del puente que había sido destrozado días antes por la crecida del Río Verde, se toparon con la comitiva venida del pueblo vecino.

Había hombres cargando maderos y algunos tubos de metal. Habían traído consigo un gran carro cargado con mucho material. Tash no daba crédito a lo que veía, pues, por lo que parecía, era una cuadrilla de trabajo y estaban dispuestos a arreglar el puente.

—Pero, ¿qué es esto?— preguntó Risha sin mirar a nadie en particular.

Un hombre que venía con el grupo de Genuin se apresuró a acercarse hasta ellos.

—Tengan un buen día, señores— dijo, a modo de saludo—. Nos han enviado a reparar los daños causados por la suelta repentina de agua de la presa Alta. No tienen que alarmarse. En unos pocos días, poco más de una semana, lo tendremos todo listo.

— ¿Quién les ha enviado?— preguntó Tash, asombrado.

—La Mayor Conensy, señor— respondió, servicial, el trabajador.

— ¿La Mayor Conensy ha movilizado la reparación? ¿Incluso sabiendo lo de la plaga han venido ustedes?— preguntó, más asombrada todavía, Risha.

—Sí, señora. Nadie le lleva la contraria a la Mayor, no se atrevería nadie. Por eso queremos empezar pronto y realizar el trabajo lo más rápidamente posible, para regresar a nuestras casas en poco tiempo— contestó el hombre.

Tash no sabía quién era aquella mujer de la que hablaban. Pero si había hecho posible que se reparasen los daños que había sufrido el pueblo, no iba a poner objeción alguna a su decisión.

—Tendré que ir a darle las gracias en persona, en algún momento— dijo de nuevo Risha.

—Quizá se las pueda dar aquí mismo, en unos días. La Mayor tenía intención de pasarse a supervisarlos todo. A lo largo de la semana, irá viniendo más gente y más material. En fin, señores, he de volver al trabajo, que su día sea de provecho— y así concluyó, sin esperar respuesta de Tash o de Risha, y se alejó para seguir ayudando a sus compañeros con la faena.

—No puedo no estar de acuerdo con ellos y sus ganas de irse de nuevo de aquí— interrumpió Tash los pensamientos de Risha—. Pero aún así, dudo que el puente esté listo en poco más de una semana. Las obras de este tipo se alargan mucho en tiempo.

—Quizá la gente de Genuin, enviados por la Mayor Conensy, sí que sean capaces— dijo Risha, girándose para mirarle a la cara—. Si lo que quieren es irse cuanto antes, tal vez eso ayude.

—Me parece de lo más extraño. De hacerlo rápido, te aseguro yo que se hace mal. Y sé muy bien de lo que hablo — le contestó Tash—. Cuando fui a estudiar a la Capital haciendo el servicio militar, estuve trabajando en obras por aquí y por allá para poder sobrevivir y mantener la habitación de la posada.

Aquello era algo que nunca le había contado a Risha. Habían pasado muchos años sin dirigirse la palabra, salvo en contadas ocasiones, y siempre por motivos referentes al pueblo.

—No sabía eso— dijo ella.

—Sí, bueno. Casi nadie lo sabe— y para quitarle importancia, echó a andar en dirección contraria al puente, quería regresar cuanto antes al cuartel. Ya no tenía nada más que hacer allí.

Risha se apresuró a darle alcance.

—No han dicho donde van a hospedarse— comentó ella para cambiar de tema—. Creo que vamos a tener suerte en la posada. Quirón se quejaba del poco trabajo que teníamos desde lo de la plaga y que la posada iba mal. Pero ahora que tenemos a los buscadores, y que probablemente se queden estos trabajadores, vamos a tener ganancias.

A Tash, hablar de Quirón no le apetecía mucho. Pero estaba claro que no se podía olvidar de que ella se había casado con él.

—Me alegro por vosotros— comentó a desgana Tash.

Sin duda alguna, Risha se había dado cuenta de que no estaba por la labor

de hablar sobre aquel tema tampoco, como demostró con un “gracias” casi silenciado por el bullicio del pueblo. Se había corrido la voz sobre el grupo que había venido a arreglar el puente del sur, y todos estaban muy emocionados.

Ya era hora de tomar caminos diferentes. Tash volvía a su rutina y, con suerte, a terminar el papeleo que le quedaba antes de la hora de la comida, que ya empezaba a estar próxima. Y Risha debería irse a donde fuera que debía estar a esas horas. Ella misma le sacó de dudas al respecto:

—Será mejor que vuelva a la posada ahora. Voy a ver si están listas todas las habitaciones disponibles y a hacer arreglos de última hora— calló durante unos segundos y terminó despidiéndose—. Que tu día sea de provecho, Tash.

—Que el tuyo traiga paz, Ris.

Y así se separaron de nuevo.

17. RISHA

Se había sentido incómoda hablando con Tash aquella mañana, sobretodo porque era la primera vez que le veía tras la conversación que había tenido con su hermana y aquello había removido viejos recuerdos que creía bien enterrados.

Pero no podía ignorarle, como no podía ignorar el hecho de que algo pasaba en el pueblo sin que al menos alguien del Consejo supiera de qué se trataba. Como no le vio sentido a volver a la reunión, puesto que estaba segura de que gracias a los rumores de la gente del pueblo las noticias acerca de los trabajadores de Genuin, habrían llegado igualmente hasta el resto de miembros, se marchó hacia su casa.

Lo único que quería mientras avanzaba por la calle era ir derecha a su estudio dentro de la posada y descansar, pues empezaba a tener un buen dolor de cabeza.

Vio a Siora, que iba de camino a la posada también en aquel momento. Supuso que se había tomado el descanso de media mañana y habría ido a ver a su marido al campo y a llevarle el almuerzo. Envidiaba lo bien que parecía que les iban las cosas.

Ella se paró al verla y la esperó para ir juntas a la posada.

—Buenos días, casi tardes, Señora— dijo, alegre, la cocinera.

—Buenos días a ti también, Siora. Veo que vienes del descanso, ¿no es así?

—Sí. Me ha cubierto Lea. Cuando terminó de arreglar las habitaciones se quedó en el comedor, por si acaso— contestó la mujer—. Aunque de todos modos, a estas horas pocos son los que se acercan a tomar algo. Si acaso alguna cerveza, pero nada más— terminó por añadir.

—Bien. En cuanto llegue tengo que hablar con Lea para decirle que arregle unos pocos cuartos más. ¿Te has enterado de la cuadrilla de trabajo que han mandado de Genuin para arreglar el puente del sur?— preguntó Risha.

—No, no sabía nada— contestó la cocinera con asombro —. ¿Significará más trabajo? Voy a ir ya mismo a la despensa y ver qué más puedo añadirle al puchero, no vaya ser que se presenten todos a la vez para comer.

—Será mejor estar preparados. Éste es el único lugar decente de Ithil donde pueden venir a comer.

En cuanto llegaron a la posada, las dos se dirigieron al comedor. Siora se metió dentro sin tardar, como había dicho. Y Risha se quedó unos instantes con Lea para preguntarle sobre las habitaciones disponibles y si estaban todas en condiciones de acoger nuevos huéspedes. Y nada más terminar de hablar con ella, fue en busca de su marido.

Encontró a Quirón camino de su despacho en el ala privada de la posada.

—Querido. Espera un momento, tengo que hablar contigo— le dijo Risha acelerando el paso por el pasillo.

Su esposo se dio la vuelta y puso mala cara.

—Si vas a venirme otra vez con el cuento de los tratos con nómadas, no estoy de humor, Risha— le dijo con un tono seco y cortante.

—De eso ya me quedó claro que no quieres hablar.

Habían tenido una fuerte discusión aquellos días. Aunque Risha le había visto con sus propios ojos en el campamento de los nómadas en Genuin, él seguía negando el asunto. No había habido manera de mantener una conversación civilizada con él.

—Pues dime de qué se trata. Y sé breve. Tengo cosas que hacer— le dijo tajante Quirón.

Pese a no gustarle el tono con el que le hablaba, prefirió dejarlo correr por esa vez.

— ¿Has oído lo de la cuadrilla de trabajo que ha venido?

— ¿Una cuadrilla de trabajo? No, no sé nada al respecto — le contestó él.

—Los ha enviado el Consejo de Genuin, ¿no es fantástico?— intentó hacerle

ver a su marido el interés que aquello suponía—. Van a quedarse unos días. Creo que vamos a tener más trabajo por la posada de lo que suponíamos. Eso es maravilloso ¿no crees?— terminó por preguntarle.

Quirón no parecía mostrar la misma alegría que su mujer, y ella se preguntó por qué.

—Bueno, supongo que vamos a tener mucho lío por aquí unos días. Pero eso no va a hacer que nuestras finanzas mejoren demasiado— terminó por contestarle—. Ahora, querida, si no te importa, voy a mi despacho a ocuparme de unos asuntos. Preferiría que no me molesten, bajaré en un rato— dicho lo cual, se dio la vuelta y continuó su camino, dejando a Risha con la palabra en la boca, y bastante desconcertada. Se encerró en la habitación y pudo escuchar perfectamente como pasaba el cerrojo de la puerta.

Pese a todo, decidió dejarle en paz, para poder irse a su estancia privada y quitarse de encima el dolor de cabeza, que se le había acrecentado.

* * *

Cuando llegó la hora de la comida, como había supuesto, el comedor de la posada estaba repleto. No sólo la mesa principal, que ya era habitual que ocuparan los buscadores, sino algunas mesas más, donde se habían acomodado los hombres que habían venido a trabajar en el puente. Había hecho bien en avisar a Siora; si no, se habrían encontrado sin comida suficiente para todos sus huéspedes.

Además, parroquianos habituales que últimamente habían estado un poco más ausentes que en otros tiempos, se habían decidido a acercarse también a comer. Era de esperar: lo más seguro es que fuesen para enterarse de cómo iban a realizar las gentes de Genuin las reparaciones del puente. Le gustaba ver ecos del pasado de nuevo activos en la posada. Pensó que quizá estaba cerca de volver todo a ser como antes.

Por una lado, Risha estaba contenta con la ayuda tan rápida que les había brindado la Mayor Conensy, y por otro, le hubiese gustado estar informada antes de que apareciesen, pero no podía negar que aquello les venía muy bien. Sobre todo económicamente, pues las arcas del pueblo estaban bajo mínimos, tras todo el desastre que estaban suponiendo las muertes por la plaga, y el traslado de gran parte de los vecinos a otros pueblos o a la capital.

Buscó en la barra algún hueco libre en el que colocarse, para poder preguntarle a Siora como iban las comandas y si necesitaba ayuda. Lo tuvo un poco difícil con la cantidad de gente que había venido a comer aquel día, así

que directamente se metió tras la barra y pasó a la cocina.

Ya estaba casi todo servido, así que ahora estaban improvisando frituras para los siguientes pedidos de comida, huevos, patatas y algunas carnes poco magras y cosas rebozadas.

— ¿Va todo bien por aquí?— preguntó rápidamente Risha.

—Perfecto. Ya sólo quedan unos pocos platos por sacar, están casi todos servidos y comidos— contestó la cocinera con una gran sonrisa—. Ya se pasó Lea a ayudar, y el jefe también echó una mano.

—Eso está bien. ¿Quieres que te ayude con lo que queda por hacer, Siora?— le propuso Risha.

—No, señora. No es necesario, lo que tiene que hacer usted es comerse ese plato de allí— dijo señalando con un gran tenedor de madera que usaba con las sartenes—, mientras aún esté caliente. Tiene mala cara, y seguro que hambre también.

Risha vio el plato del guiso que la amable cocinera le había guardado, y sonrió.

—Gracias, Siora. Me lo como aquí mismo.

Cogió el plato y una cuchara y se fue al fondo de la cocina, donde había una mesa frente a la puerta trasera por donde llegaban los pedidos y encargos para la cocina. Se sentó tranquilamente y se puso a degustar la comida que tocaba aquel día.

Desde que se había casado con Quirón y vivía en la posada de El Lobo de Plata, pocas veces le había tocado cocinar su propia comida. Mientras comía, pensaba en la suerte que había tenido con todo aquello. Si bien, era cierto que su trabajo como Mayor en el Consejo era tedioso, la parte de ser posadera la llevaba mucho mejor. También porque de casi todo lo referente a la posada se encargaba, obviamente, su marido.

—Oye, Siora— dijo en voz alta—. ¿Quirón ha comido ya?

—Si, señora. Lo mismo que usted: guiso de oso negro de los picos— le contestó la otra, bastante atareada, mientras entraba y salía por la puerta que daba a la barra del comedor llevando platos llenos y trayendo los vacíos.

Risha terminó el plato y lo recogió para dejarlo en la pila de la vajilla sucia, que se había usado aquel día. Le sorprendió la cantidad de platos que se habían servido y se puso bastante contenta, eso significaba que había trabajo y esperanzas. Estaba incluso dispuesta a ponerse a fregar los platos, pero Siora se interpuso.

—Ahora vuelve Lea para echarme una mano con esto, así que es hora de que se vaya a descansar.

No hacía falta que se lo repitiese. La comida había sido copiosa, y lo que más le apetecía era irse a su habitación y echarse, aunque aquello le suponía pequeñas punzadas de culpabilidad. Finalmente se decidió por subir. Al pasar por el comedor, pudo comprobar que ya quedaba allí mucha menos gente de la que había cuando bajó. Se había tomado su buen tiempo en comer. Los buscadores habían salido y su mesa ya estaba recogida. De los trabajadores del puente solo quedaban la mitad, y la mayoría de la gente del pueblo se había marchado a faenar.

Cuando llegó a su cuarto, no le extrañó tampoco no ver a su marido, no acostumbraba a echarse siestas, pero se preguntó qué estaría haciendo, pues no lo había visto a la hora de la comida, y había albergado cierta esperanza de verle.

Se echó en la cama intentando no deshacerla, pero al poco tiempo empezó a dar vueltas sin dormirse. El mismo sueño que le había entrado tras la estupenda y copiosa comida, la había abandonado nada más entrar por la puerta de su cuarto, pero siguió un buen rato intentando dormirse, sin éxito. Quizá la carne de oso era demasiado pesada para su estómago.

Finalmente desistió y pensó que era buena idea ir al Consejo, para ver que hacían todos los Mayores, y qué clase de revuelo estarían armando con lo del puente.

Salió a la calle justo cuando el grupo de buscadores parecía que volvía a la posada.

—Buenas tardes tenga, señora posadera— le dijo el que recordaba que era el médico del grupo, el buscador Taren.

—Buenas tardes, buscadores. ¿Regresan pronto?— se atrevió a preguntar ella.

—Volvemos pronto, porque Edine no se encuentra muy bien, está algo revuelto y Taren tiene sus medicinas para este tipo de indisposiciones en la habitación— contestó esta vez el jefe de los buscadores, Aryom.

—Espero que no sea nada. En estos tiempos, una se estremece solo pensando en que alguien caiga enfermo— dijo ella sin perder la sonrisa.

—No se preocupe, señora. Sólo estoy un poco mareado, se preocupan por nada— dijo el afectado.

—Seré yo quien diga si es algo o no es nada— le espetó Taren a Edine.

—Bueno, pues adelante, pasen y descansen. No les entretengo más— les dijo Risha.

Dejó pasar amablemente a los siete hombres y ella continuó su camino hacia el edificio del Consejo. No es que le preocupase demasiado el estado de salud del buscador, pero si era cierto que prefería que nadie a su alrededor enfermase, y más desde que aquella enfermedad acechaba por todos lados.

Subió por la calle saludando a unos y otros vecinos. Le sorprendía ver tanta gente, cuando apenas hacía unos días casi nadie se atrevía a salir de sus casas. Probablemente llevaba sin ver a todos sus vecinos desde los funerales de Kértemos y Haro. Sintió mucho la pérdida de ambos, y también las despedidas posteriores a los vecinos que decidían abandonar el pueblo.

* * *

A su llegada al edificio del Consejo no vio a nadie. Se sentía aliviada, tal vez así podría avanzar en algo de papeleo que tenía allí, sin que los demás Mayores interrumpieran o hicieran peticiones absurdas.

Pero le duró poco aquella expectativa. Cuando entró a la sala común, vio un corrillo, presidido por los Mayores Argus y Siwam. Pero allí no estaban todos, sólo unos cuatro o cinco de los más ancianos y seguidores de Argus. Cesaron las conversaciones en cuanto Risha entró.

—Ya pensábamos que no harías acto de presencia en todo el día, Risha— dijo maliciosamente la Mayor Siwam.

—He tenido que encargarme de varios asuntos, entre ellos, los trabajadores enviados de Genuin— contestó Risha, dándole más importancia a sus actos de la mañana de lo que lo habían tenido en realidad. No le gustaban ni el tono amenazante ni las injuriosas acusaciones de aquella mujer.

—Sí, ya sabemos que han venido a arreglar el dichoso puente. Y ya era hora, siendo ellos los que lo destrozaron— dijo Argus autoritariamente.

—Sí, es verdad que fue cosa de Genuin, pero si yo no hubiese ido y hablado con la Mayor Conensy, no se habría enviado esta ayuda— le espetó Risha.

—Esa loca de Conny hace lo que le da la gana en aquel Consejo, pero aquí no tiene poder de decisión. Igualmente lo habrían arreglado sin que tu hubieses tenido que ir a decirles nada. Era su obligación— volvió a interrumpir Siwam.

—Las cosas no se arreglan si no hay nadie capaz de hacer que se haga.

—Ni que tú fueras tan importante— dijo Siwam a la vez que se reía.

—Quizá no. Pero no veo que se haya puesto en marcha todo este asunto gracias a ti.

Sin esperar una respuesta de la anciana, Risha se dio la vuelta y salió de la sala. Si no fuera por aquellos desagradables momentos en los que tenía que lidiar con todos aquellos ancianos medio trastornados, el tema de ser Mayor en el Consejo no sería tan malo para ella. De hecho, de no ser por eso, estaba segura de que adoraría su trabajo. No les deseaba nada malo a aquellas gentes, pero estaba deseando que la sangre del Consejo se renovara con mentes más abiertas y dadas a las buenas obras para con su pueblo.

Todavía mascullando las palabras malsonantes que les habría soltado, avanzó por un pasillo buscando un lugar de paz y tranquilidad donde sosegar. Pasó por delante de unas ventanas que daban a la parte posterior del edificio y miró a través de ellas, pensando que tal vez el paisaje la calmaría un poco. Pudo apreciar a lo lejos las figuras de varias personas paseando, y por un instante le pareció ver a su hermana conversando con un par de mujeres jóvenes. Pero enseguida doblaron una esquina y no pudo estar segura de si era Paro o no, aunque los ropajes de aquella mujer fueran oscuros como la túnica que solían vestir las sacerdotisas.

Pasó un buen rato hasta que volvió a pasar alguien por aquel lugar, pero ya no volvió a ver a las mujeres, y decidió continuar con su paseo, avanzando por el pasillo.

Al menos aquello le había servido para quitarse de la mente las palabras envenenadas de la Mayor Siwam.

Cuando el pasillo se le acabó, estaba frente a una puerta que daba un despacho. No tenía ganas de entrar allí, era la sala que más usaba el Mayor Argus, y era mejor alejarse, pues si este le veía cerca de la puerta, capaz era de acusarla de espiar entre sus cosas, o algo peor.

* * *

Había pasado casi una hora y ella aún paseaba por el edificio, sin un rumbo fijo, sin querer entrar de nuevo a la sala de reuniones donde estaban sus pocos papeles, y sin nada que hacer.

Se dirigió de nuevo al vestíbulo de entrada, pensando que tal vez pudiese toparse con alguien y, al menos, mantener una breve conversación o distraerse con algo. Cuando había llegado casi a la entrada, vio que se acercaba a ella corriendo Lea, la chica que trabajaba para Quirón y ella en la posada.

—Señora, señora— dijo casi con un hilo de voz—. Señora, la posada— dijo con falta de aliento Lea.

—¿Qué ocurre?— preguntó Risha alarmada.

—Los buscadores. La plaga— dijo, sin resuello.

Definitivamente eso hizo que Risha entrara en estado de alerta.

— ¿Hay un buscador enfermo?— preguntó de nuevo.

—No solo él, también varios de los trabajadores de Genuin que vinieron esta mañana.

Risha se apresuró a salir del Consejo y tomó dirección a la posada casi sin esperar a Lea, que intentaba seguirle el paso, pero ya cansada por la carrera que seguramente se había dado para ir a buscarla.

Risha no solo estaba en alerta, si no que le faltaba poco para tener un ataque de pánico. No hacía tanto que habían muerto dos personas por culpa de aquella misteriosa enfermedad, ¿cómo era posible que tan poco tiempo después, más personas cayeran enfermas? Hasta el momento nunca había pasado tan rápido. Peor aún: por lo que le había dicho Lea, no era uno o dos individuos, sino más gente.

De pronto paró en seco, casi haciendo que Lea chocase contra ella. Se dio la vuelta mirando a la muchacha y le dijo:

—Lea, por favor, ve a buscar a mi hermana.

La chica, sin esperar ninguna orden más, cogió otro camino también a buen paso y se alejó de allí en busca de Paro. Risha ni siquiera podía pensar en lo cansada que debía estar la muchacha con aquellas carreras.

Sin meditarlo bien, se había sorprendido a sí misma, pidiéndole a Lea que fuera a por Paro, y más sorprendida estaba con el hecho de no haberlo hecho con el trato de sacerdotisa, sino usando la palabra “hermana”.

Volvió a apretar el paso y continuó dirigiéndose hacia la posada. Tenía claro que el pobre buscador que había enfermado debía ser el que no se encontraba demasiado bien cuando se había ido de allí. Le parecía una lástima. Era un muchacho joven, era una pena que le hubiese tocado. Pero hasta el momento, la plaga nunca había afectado a nadie de fuera de Ithil. Siempre habían caído enfermos campesinos, al menos en su mayoría, porque su padre, el primero en morir, pese a pertenecer al pueblo, no era precisamente un ganadero o agricultor. No era justo que aquella enfermedad cayera como un mazo sobre su pequeño pueblo. Como tampoco era justo que muriese nadie por accidente. Aún así, no podía sentir otra cosa que alivio cuando se enteraba de que el siguiente no había sido familiar suyo. Saber que Paro estaba a salvo era muy importante para ella.

Al llegar casi a la fachada de la posada, vio que varios trabajadores de la

cuadrilla de Genuin habían salido a la calle, nerviosos. Pero ya no se veía a ningún residente de Ithil por allí. Todos habían huido a sus casas a refugiarse, temiendo poder contagiarse, si se quedaban donde estaban los enfermos. Era de suponer que, por ese mismo motivo, los hombres del pueblo vecino permanecían fuera de la posada, quizá decidiendo si abandonar el pueblo y el trabajo encomendado por la Mayor Conensy para ponerse a salvo en sus propias casas.

De lo que no se dio cuenta Risha, fue de que no estaban todos los trabajadores allí, si no que faltaban unos pocos.

Pasó por su lado, y ellos bajaron su conversación hasta casi susurrar. Cuando Risha atravesó el umbral. No quiso mirarles a las caras, quizá con cierta vergüenza. No quería tener que darle explicaciones a nadie. Ahora debía asegurar el futuro de su hogar. Si alguien moría allí, desde luego el negocio acabaría por cerrar. La vuelta de los buenos tiempos que había vislumbrado aquella mañana caería en saco roto de un plumazo si no se solucionaba la situación pronto.

Al entrar, como esperaba, vio que tanto la entrada como el comedor se hallaban vacíos, con la salvedad de que detrás de la barra estaba Siora, que sollozaba, y que no se dio cuenta siquiera de que ella entraba. Se acercó hasta la cocinera, necesitaba saber qué estaba ocurriendo y exactamente dónde.

—Siora, por favor— esperó a que ésta reaccionase y la mirase, antes de continuar—. Dime dónde están.

Pero antes de poder responder algo, Quirón apareció en el comedor y se acercó a Risha desde atrás.

—En las habitaciones ocho y nueve, pero preferiría que no subieses, Risha— dijo su marido.

—¿Porqué? ¿Crees que me voy a contagiar? Eso ya no me preocupa. Ya habrás supuesto que esto es nuestra ruina. Si un buscador muere aquí, y no son capaces de averiguar por qué, tendremos que cerrar, eso es lo que verdaderamente me preocupa más. ¿Qué va a pasar después de esto?— dijo ella apenada.

—¿Qué sugieres que haga? ¿Que los eche de la posada?

—Por supuesto que no— se apresuró a negar Risha—. Eso ni se me ocurriría. Lo que quiero es que esas personas se curen.

—Sabes tan bien como yo, que no hay cura para esta plaga— contestó Quirón.

Risha sabía que era prácticamente imposible que aquellas personas se salvaran. Nadie había sobrevivido una vez que contraía aquella maldita enfermedad. Y sabía que al día siguiente, lo más probable era que estuviesen todos muertos.

— ¿Cuánta gente ha enfermado?— preguntó a su marido.

—Un buscador y cuatro trabajadores de Genuin.

— ¿Tantos? —se escandalizó Risha—. ¡Qué horror! Tengo que hablar con ellos, quizá tenga algo que ver con el puente.

Sin hacer caso al comentario de Quirón y a su refunfuñar, que se iba perdiendo conforme avanzaba, se dirigió a la habitación que le había indicado.

En el pasillo aguardaban varios buscadores, y tanto la puerta de la habitación ocho como la nueve estaban abiertas una frente a la otra. Risha comprendía que aquellos hombres que no habían visto actuar a la enfermedad tan de cerca como ellos y que no la habían vivido, no tuviesen miedo al contagio y se quedasen allí. No supo si advertirles a cerca del peligro, cuando ella misma lo estaba ignorando y se dirigía justo a ver a los enfermos.

Supuso que habían repartido a los enfermos entre las dos habitaciones, y suponía bien. Al acercarse, los buscadores la saludaron con un escueto gesto de cabeza mientras continuaban de brazos cruzados, pensativos y mirando al suelo. Risha sentía lástima por aquellos que quedarían tras la muerte de los demás. Ella sabía muy bien cómo se sentirían.

En la habitación ocho, el médico llamado Taren se encontraba inclinado sobre una cama, en la que uno de los enfermos estaba teniendo delirios por la fiebre. A Risha le pareció increíble que estuviesen tan rápido en una fase tan avanzada de la enfermedad. En la otra cama, justo a la espalda del médico, yacía el buscador enfermo; sentado a sus pies se encontraba el jefe de los buscadores, Aryom. También muy quieto y con aire pensativo.

—Disculpen, señores— interrumpió Risha—. ¿Necesitan alguna cosa?— preguntó, nerviosa y anhelante, esperando poder servir de ayuda.

Taren se incorporó y la miró, lo mismo que el buscador sentado.

—Si es tan amable, entre usted y el resto que está fuera, ¿podrían vaciar y traer estas palanganas limpias, por favor? — pidió el médico.

Risha y cuatro de los buscadores hicieron lo que él les había pedido sin mediar una palabra más.

18. ARYOM

—Le has encasquetado a esa pobre mujer el trabajo más sucio. Mira que mandarla a limpiar los vómitos...— comentó Aryom, disgustado.

—Ella se ha ofrecido, y había que hacerlo enseguida— replicó Taren sin mirar a Aryom, mientras seguía comprobando las constantes vitales del trabajador de Genuin.

No es que Aryom quisiera discutir con su amigo en un momento tan delicado como aquel, pero estaba muy preocupado por la situación. El día que había ido a hablar con el capitán de la Guardia sobre la necesidad de corroborar las sospechas de Taren sobre la enfermedad con otra víctima, nunca se imaginó que se encontrarían de golpe con cinco, y además uno de ellos sería de los suyos.

Veía a Taren trabajar y sabía que el médico estaba igualmente preocupado. Incluso más que él, pues Edine era su cuñado, y si moría, tanto el médico como su hermana sufrirían muchísimo su pérdida. Motivo de más para dejarle que se concentrara en lo que hacía. Si le molestaba y algo salía mal por su culpa, no se lo perdonaría.

Cuando Taren se dio la vuelta de nuevo, fue directamente a comprobar el estado de Edine. De los cinco, no sabía porqué, pero parecía el que estaba empeorando más rápido.

— ¿Cómo está?— preguntó Aryom.

—Peor— contestó Taren con el ceño fruncido—. Esto está avanzando más deprisa de lo que suponía. A este ritmo no llegarán a dos días.

— ¿A qué se debe este cambio?— preguntó Aryom.

—Creo que por la dosis de veneno, esta vez era más alta que en otras ocasiones. Estoy más que seguro de que no se trata de algo en el ambiente. Creo que alguien ha causado esto— respondió Taren.

—Si es así, aún podemos coger a quién haya sido y averiguar si hay un antídoto— dijo Aryom.

—Me temo que para entonces ya estarían muertos.

Aryom no quería perder la esperanza. Si era posible dar con el culpable, lo harían. Tal vez llegase tarde, debía afrontar ese hecho. Pero quizá, con suerte, podría salvar a futuras víctimas.

—Tienes que averiguar de qué veneno se trata, Taren— apremió a su amigo.

— ¿Crees que no lo estoy intentando?— dijo el médico, levantando la voz con exasperación. Taren estaba visiblemente frustrado. No había esperado encontrarse en una situación tan crítica cuando hubiese más contagios; era obvio que se sentía impotente, y aquello le destrozaba los nervios.

Aryom no tuvo tiempo de articular una disculpa. Los demás buscadores, junto con Risha, reaparecieron por la puerta con los baldes vacíos y limpios.

—Voy a la otra habitación— dijo Taren, secamente, y salió de la estancia a paso rápido.

La posadera se quedó junto a Aryom en la habitación que ocupaban Edine y el hombre de Genuin.

—Buscador, ¿cree conveniente que dé aviso al capitán de la Guardia? — Aryom se dio una palmada en la frente.

—Sí, discúlpeme, no había caído en ello. Creo que será mejor avisarle de esto, y que se ocupe de que nadie abandone el pueblo por el momento— le contestó.

Estaba dispuesto a interrogar él mismo a todos los residentes uno a uno, si hacía falta. Pero ahora, también era primordial que el resto de los trabajadores de Genuin no se marchasen.

—Me encargaré de ello— dijo Risha, y salió de la habitación.

Como no quería dejar sin vigilancia constante la habitación de Edine, el buscador se asomó al pasillo e hizo una seña a sus hombres, que esperaban fuera.

—Ethel, por favor, entra y vigila que no pase nada más — le pidió al aprendiz.

—Por supuesto, jefe— dijo el muchacho y, sin vacilar, entró a la habitación. Aryom salió a su vez al pasillo.

Roy, Talo y Philas, los otros buscadores, estaban algo alterados, pero guardaban bien la compostura. Algo que Aryom les agradecía enormemente, pues necesitaba que el resto del grupo no se amedrentara.

—Vamos a trabajar, chicos— les dijo Aryom—. Ya hemos perdido bastante el tiempo. Quiero que busquéis a los compañeros de estos hombres y les preguntéis cuáles han sido exactamente sus pasos desde que salieron de Genuin esta mañana. Quiero saberlo todo. Vamos a realizar una línea temporal, ¿Entendido?

Los tres buscadores asintieron con la cabeza y se fueron por el pasillo rumbo a cumplir la misión que les habían encomendado. Después de verlos marchar, Aryom entró a la habitación número nueve, donde había entrado Taren hacía unos minutos, y en la cual se encontraban los otros tres enfermos.

Habían dispuesto tres camas, dos de ellas muy juntas. La habitación no era muy amplia, pero no habían querido que los enfermos estuviesen demasiado apartados los unos de los otros, para así poder trabajar más rápido.

—Taren, vamos a conseguirlo— le dijo Aryom al médico.

Éste ni siquiera se volvió para mirarlo, pero Aryom comprobó que estaba sudando y concentrado en su trabajo. Sólo esperaba que él, que era su única esperanza para salvarlos, no cayera enfermo también.

Al cabo de unos minutos, Taren seguía girando sobre sí mismo, yendo de una cama a otra. Miró hacia Aryom y le dijo:

—Tráeme mi maletín, por favor.

Sin protestar, Aryom salió y fue a coger el maletín de la otra habitación, comprobando de paso que Ethel cumplía su deber a la perfección; el aprendiz estaba volviendo a mojar en agua fresca las gasas que tenían los enfermos en la frente, que ya estaban calientes por la fiebre.

Aryom regresó por donde había venido y le entregó el maletín a Taren.

—Voy a probar una cosa. No sé si será lo correcto, pero tal y como están las cosas, vista la velocidad a la que avanza esto, no creo que perdamos nada por intentarlo— dijo el médico, casi más para sí mismo que para informar a Aryom. Puesto que no sabía que otra cosa hacer, Aryom asintió y se retiró hacia la puerta para dejarle espacio al médico, y se quedó observándole desde

allí.

Taren sacaba una y otra vez frasquitos del maletín, los observaba unos segundos, los volvía a colocar en su sitio y cogía otros, repitiendo el proceso muchas veces. Al cabo de un rato, dejó unos pocos fuera sobre una mesa y echó en un vaso agua de una jarra.

Aryom vio cómo el médico volvía a revisar los frasquitos que había sacado y cómo iba echando en el vaso de agua gotas de los contenidos de varios frascos. Suponía que debía de querer probar alguna clase de mezcla.

Cuando lo tuvo listo, Taren se dio la vuelta para mirar a Aryom.

—Probaré con ellos primero— dijo Taren, aunque Aryom notó por el tono de su voz que no tenía plena seguridad en lo que hacía.

Se acercó a uno de los hombres, le levantó ligeramente la cabeza y le dio a beber la mezcla que había preparado. Aunque tosió varias veces por la dificultad que le suponía tragar, el enfermo consiguió beberse todo el vaso y no vomitarlo después.

—Si no me he equivocado, y espero que sea así, debería empezar a mejorar casi de inmediato. Pero realmente no sé qué va a pasar— dijo Taren, poniéndose junto a Aryom.

—¿Qué has preparado?— quiso saber el buscador.

—Es un remedio contra un veneno en concreto— se notaba que su amigo estaba tenso y nervioso—. Me la he jugado a ese. No es un veneno muy común, y es difícil de conseguir. Por eso no estaba seguro de si podría ser, pero si no lo es... —hizo una pausa— No sabré que hacer.

Aryom lo entendía. No contaban con demasiados medios para poder averiguar la clase de veneno al que se enfrentaban. Si hubiesen estado en la Capital, y hubiesen tenido un laboratorio en condiciones, seguro que Taren no habría tardado tanto tiempo en descubrirlo.

Aquella era su última baza.

Dejaron pasar los minutos, rogando porque aquel hombre dejase de delirar y le bajase la fiebre. Los otros dos se retorcían de dolor en sus camas. Aryom frunció el ceño al verlos.

—Taren, prepara más. Se lo daremos a todos, y si no funciona, la responsabilidad será solo mía.

El médico miró preocupado a Aryom. Suponía correr un gran riesgo hacer aquello. Pero también sopesándolo bien, quizá era un riesgo mayor no hacer nada. Lo único que les restaba por hacer, en todo caso, era dejarlos morir.

—De acuerdo, pero no cargarás tú solo con las culpas.

Dicho aquello, Taren se puso a preparar más de aquel brebaje en varios vasos, pero no tenían más que dos en aquella habitación, así que Aryom salió al pasillo para buscar más recipientes en la otra.

Quedó sorprendido al encontrar en la misma puerta a la sacerdotisa mirándolos preocupada.

— ¿Funcionará?— le preguntó ella a Aryom.

—Espero que sí— le contestó él.

Detrás de Paro, pudo ver al posadero con cara de preocupación, y no podía reprochárselo. Su posada se había convertido en un hospital improvisado.

Se metió en la habitación donde Ethel cuidaba del estado de Edine y del otro hombre. Era consciente de que Paro le seguía con la mirada, pero no tenía tiempo para preocuparse por aquello en ese preciso instante.

—Ethel, alcánzame aquellos vasos. Taren está preparando un remedio. Y la jarra de agua, por favor— le pidió el buscador a su aprendiz.

El joven se los alcanzó lo más rápido que pudo.

Aryom volvió una vez más al pasillo, llevando los vasos y el agua.

Paro seguía allí, junto al posadero, que, si no se equivocaba, era su cuñado. Pero no hizo caso de sus miradas y entró en la otra habitación.

—Taren, te he traído más vasos. En cuanto los tengas preparados, se los llevaré a la otra habitación.

El médico los cogió, sin decir ni una palabra. Aryom pudo ver que seguía sudando y se concentraba en contar gotas de los frascos para echar las cantidades exactas.

Oyó más voces en el pasillo y, cuando volvió la vista hacia la puerta, comprobó que se trataba de Risha y del capitán de la Guardia. Así que salió al pasillo a hablar con ellos.

— ¿Qué está ocurriendo, buscador?— preguntó el Capitán antes de darle tiempo a hablar.

—Cayeron enfermos esta tarde. Ahora nuestro médico intenta salvarles la vida— dijo Aryom, consciente de que las cuatro personas que había en el pasillo, los observaban actuar muy atentamente—. Como le comenté, capitán, se trata de un veneno. Es algo muy potente; de hecho Taren cree que la dosis ha sido más elevada y que los cinco no llegarán a mañana si su remedio no pone fin a esto.

— ¿Un veneno?— preguntó Paro, incrédula.

—No puede ser— dijo el posadero.

—A la vista de los acontecimientos, creo que ellos tienen razón— aseguró Tash.

— ¿Dónde han tomado ese veneno?— quiso saber Risha.

—Aún no lo sabemos— respondió el buscador—. Pero la hipótesis que barajamos más probable es que alguien se lo haya suministrado sin que den cuenta.

— ¿Entonces no tiene que ver con el río y el puente, buscador? ¿Su hombre no estuvo también allí?— quiso saber la posadera.

—No lo sabemos aún, estamos investigando. No descartamos nada. De momento, lo mejor será que no se muevan, ni se vayan a ningún sitio— les dijo Aryom a todos—. Me gustaría tenerles localizados, aquí, en la posada.

Todos asintieron en señal de aprobación.

— ¡Aryom!— le llamó Taren desde dentro de la habitación, a lo que él dejó el grupo sin más y volvió a entrar en la habitación.

—Dime— le dijo, solícito.

—Lleva estos dos vasos a Edine y al otro hombre, haced que se los traguen— dijo el médico, casi como si fuera una orden.

Aryom no lo dudó ni un momento. Cogió los vasos y fue hasta la otra habitación. Ethel le miró al entrar y comprendió rápidamente en cuanto le dio uno de los vasos que llevaba en la mano.

Se acercó a Edine, mientras el aprendiz se giraba hacia la otra cama, e hizo lo que pudo para incorporar al hombre delirante en que se había convertido su amigo. Tenía un aspecto lamentable. Era increíble que tan sólo unas horas antes pareciera de lo más normal y sano.

Le alzó la barbilla y vertió parte del contenido del vaso, esperando que Edine tragara por propia voluntad y sin ahogarse. En medio de su estado febril, hacía aspavientos con las manos, intentando librarse del agarre con el que le sostenía Aryom. Edine era sólo una sombra del hombre que había sido.

Poco a poco, Aryom consiguió que se bebiese todo el antídoto. Esperaba con todo su ser que el remedio de Taren funcionase. Necesitaban un milagro y esperaba que fuese aquel. No quería perder a ninguno de sus hombres. Eran sus compañeros y sus amigos.

Al rato, el médico apareció por la puerta y miró cómo Aryom y Ethel atendían a los enfermos.

—Las constantes del primer hombre que tomó la medicación empiezan a ser

mejores. Creo que hay esperanzas— dijo Taren—. Debo prepararles lo mismo varias veces al día y se lo han de tomar todo de una sola vez, para comprobar que haya mejoría.

Con enorme alivio, Aryom asintió, comprendiendo lo que quería decir su compañero. Iba a ser un proceso largo, pero finalmente daría resultado. Solo debían asegurarse de coger al culpable y de que no cayese nadie más enfermo. Pero Taren iba a estar ocupado con los que ya estaban ahí, para asegurarse de que su tratamiento daba el resultado correcto, sin dejar secuelas graves.

Ahora que se había hecho todo lo posible por aquella gente, era el momento de buscar a sus otros tres hombres y ver qué habían averiguado sobre los trabajadores del puente.

En el pasillo continuaban los mismos que antes, pero ahora que Taren estaba más relajado, las preguntas se las dirigían directamente a él.

— ¿Qué podemos hacer?— preguntó la posadera.

—Dejadles descansad. Necesitan reposo mientras la fiebre y las convulsiones no desaparezcan— les dijo Taren—. Yo estaré aquí con ellos para asegurarme de que todo va bien.

— ¿Necesitan algo más?— preguntó Paro.

—Nada, gracias— interrumpió secamente Aryom, y cruzó el pasillo, dejándoles atrás. Ahora que la crisis había remitido y tenían un pequeño respiro, podía permitirse recordar lo que había pasado entre él y la sacerdotisa. Él no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, y si ella pretendía simular que nada había ocurrido, no iba a impedirselo. Cuando cogiesen al responsable y acabase todo, se marcharían y se alejaría de su vida para siempre.

Salir del establecimiento apenas le llevó un minuto. Deseaba estar fuera y coger aire, porque tenía la sensación de haberse pasado días entre aquellas paredes, aunque sólo habían sido unas horas.

Fuera, comprobó que sus compañeros aún estaban haciendo preguntas al resto de la cuadrilla de Genuin. Les habían visto trabajar en el puente cargando material de un lado a otro. Habían llegado varios carros de fuera del pueblo, y Aryom había dicho a sus hombres que era buena idea comprobar a qué se debía aquel ajetreo. Una vez hubieron verificado de qué se trataba, había perdido el interés por aquella zona del pueblo. Ahora se arrepentía de ello.

Roy se acercó hasta él, más para interrogarle que para informarle de lo que

habían descubierto.

—Aryom, ¿cómo está Edine?— le preguntó, sin ocultar su ansiedad.

—Taren cree haber descubierto de qué se trataba. Les ha preparado un medicamento o algo así— contestó Aryom—. Parece que han mejorado un poco, o al menos no han empeorado tan rápido como antes. Hay esperanzas de que se solucione.

Mientras hablaba, Philas y Talo se habían acercado a ellos, también afligidos. Y habían escuchado lo que parecía en principio una buena noticia.

—Ahora decidme lo que habéis averiguado— dijo autoritario Aryom, recordándoles a qué había ido.

—Bueno— comenzó Roy, mientras miraba a sus otros dos compañeros—. No demasiado. Estos hombres sólo hacían su trabajo y no le dieron importancia a nada que hubiese a su alrededor.

—Testigos poco fiables— concluyó Aryom.

—Exacto— dijo Roy—. Les hemos preguntado varias veces y de distintas formas, pero parecen demasiado obtusos como para recordar nada útil.

—De todos modos, lo poco que sabemos lo podíamos haber deducido nosotros mismos— comentó Philas.

En ese momento, de la posada salió la sacerdotisa, y saludó escuetamente a los buscadores antes de seguir su camino.

Aryom intentó comportarse como lo haría normalmente y devolvió el saludo al igual que sus compañeros, con una inclinación leve de cabeza, pero no retiró la mirada, que por unos segundos siguió a la muchacha calle arriba.

— ¿Cuál es entonces la información válida?— insistió después, devolviendo la vista a su grupo.

—Lo más interesante es sobre la comida— convino Roy —. Todos comieron aquí en la posada, frituras y no del guiso.

—Al igual que Edine, al que no le gusta la carne de oso negro y pidió otra cosa— añadió Philas, al tiempo que Talo afirmaba con la cabeza una y otra vez.

Aryom se dirigió al interior de la posada casi sin esperar a que los otros tres hombres le siguiesen.

—Talos, quédate en el salón y comprueba que no salga nadie— dijo, paseando la mirada de uno a otro—. Philas a la puerta trasera de la cocina, quiero controlada la salida. Que la cocinera no salga de aquí— y por último, mirando directamente a Roy, añadió—. Tú y yo vamos a las habitaciones.

Aryom, seguido de Roy, subió rápidamente las escaleras en la dirección que el buscador acababa de abandonar minutos antes.

En el pasillo de las habitaciones ocho y nueve no había nadie, pero las puertas enfrentadas seguían abiertas.

Se asomó rápidamente y vio que había varias figuras de pie.

Reconociendo a Taren, que estaba a solas en la número nueve, entró seguido de Roy.

— ¿El veneno podría haber estado en la comida?— dijo sin preámbulos, haciendo que el médico se sobresaltase y se diera la vuelta para ver quién le hablaba.

— ¿En la comida?— preguntó sorprendido Taren al reconocerles.

—Sí, en la comida de hoy. En los alimentos fritos que preparó la cocinera.

—No sé. Podría ser posible— respondió dubitativo el interpelado—. Hubiese sido mejor, quizá, en el guiso. Si la intención era camuflar el sabor probablemente ambas opciones son válidas.

—Sí, ya lo he pensado, pero las frituras tienen mucha sal y grasa, quizá eso ayudó. Además las pide poca gente— volvió a decir Aryom.

—Puede ser. ¿Qué sabéis que yo no?— preguntó, ya intrigado, Taren.

—Roy y los chicos han descubierto un único punto común entre los cinco que enfermaron— respondió Aryom—. Al parecer, todos ellos comieron frituras y no del guiso que comimos nosotros. Igual que Edine, que se decantó por eso mismo.

—Si es el veneno que creo que es, es probable que soportase la temperatura del aceite caliente, incluso encontrándose en el rebozado, aunque sigue pareciéndome extraño que lo echasen en eso, porque el sabor es característico, tiene un toque amargo— dijo Taren, pensativo.

Aryom lo tenía claro, pero necesitaba justo eso, que su amigo pudiera confirmar sus sospechas. Se dio la vuelta y se asomó a la otra habitación.

—Señora— dijo, dirigiéndose a la mujer del posadero, que ayudaba a atender a los enfermos.

—Risha. No hace falta que ande con esos formalismos, por favor— le respondió ella.

—Muy bien. Necesito hablar con la cocinera de la posada inmediatamente. ¿Dónde está?— terminó de decirle a Risha.

—Pues... imagino que en el comedor, o en la cocina. No lo sé— dijo ella, un poco sorprendida por la petición.

—Me gustaría que nos acompañase a buscarla, ahora mismo— y viendo que estaba siendo un poco brusco, añadió—. Por favor.

—Claro— respondió ella, no muy convencida, pues no sabía qué estaba pasando.

Risha salió al pasillo y les guió, caminando un par de pasos por delante de ellos. Aryom la seguía bien de cerca, quería comprobar que no hubiese ningún tipo de movimiento o actitud sospechosa por su parte.

Por el camino casi tropiezan con el capitán Tash, que les observó con extrañeza. Aryom no sabía de dónde había salido, si antes le habían dejado en las habitaciones junto a Taren.

— ¿Ocurre algo?— preguntó el capitán.

—Quieren hablar con Siora— respondió algo nerviosa Risha.

Continuaron hacia la cocina de la posada y el capitán no se despegó de ellos. La mujer seguía al frente del grupo; pasaron junto a otro buscador que parecía estar de guardia y entonces Risha vio a Siora, visiblemente afectada, llorando sentada donde hacía unas horas había estado Risha comiendo.

—Siora, ¿estás bien?— preguntó la mujer.

Ésta miró a Risha, secándose las lágrimas, y asintió con la cabeza.

—No es nada. Es que me afecta que esto esté pasando de nuevo— dijo afligida—. Y además tan pronto. No hace más que unos días que hemos estado en el funeral de Kértemos y Haro. Es una desgracia.

—Señora, debe saber que los enfermos de momento están estables, gracias a nuestro médico.

A Aryom le pareció buena idea informar a Siora sobre lo que estaba ocurriendo. Quería ver también si reaccionaba positivamente al hecho de que se recuperasen los enfermos, o si por el contrario, pudiera dar muestras de asombro, y darles una pista.

—Ojalá que se recuperen, pero es que nadie lo ha hecho hasta ahora. Esto es muy triste— contestó ella, compungida.

—Siora. A ser posible, me gustaría que respondiese a unas preguntas. Será algo muy sencillo, no tiene que preocuparse— le dijo Aryom. La mujer pareció sosegar un poco. Risha se colocó a su lado cogiéndola del hombro, a modo tranquilizador, para darle apoyo.

—Verá, necesito saber si ha limpiado ya todo lo que ha usado para hacer la comida.

Siora no pareció entender muy bien la pregunta y frunció el ceño

ligeramente.

—Pues..., sí, después de que se acaben las comidas, si no me pongo yo a limpiar, lo hace Lea, o lo hacemos entre las dos.

— ¿Y los cacharros con las preparó las frituras?— preguntó Aryom.

—Lo limpié ya. Las sartenes, y los cubiertos— contestó tímidamente la mujer, como si hubiese hecho algo malo.

— ¿De dónde sacó lo que preparó? ¿Y cómo lo preparó? ¿Añadió alguna cosa extra en el último momento?

Aryom quería saberlo todo cuanto antes; no creía conveniente acusar a la cocinera de intentar envenenar a toda aquella gente, pero debía conocer los detalles.

—No sé, de la despensa. El señor me ayudó—. Contestó ella.

— ¿Quirón?— preguntó sorprendida Risha.

—Sí, suele hacerlo a veces, cuando estoy muy atareada. Como hoy, que teníamos el comedor repleto, él termina por mí algunas cosas, es muy amable— dijo Siora.

— ¿Dónde se encuentra su marido, Risha?— le preguntó Aryom directamente a ella.

—No lo sé. Estaba antes con nosotros, pero no me di cuenta de cuando se fue— comentó Risha, visiblemente asombrada.

Aryom se volvió hacia Roy y no hizo falta decir ni una palabra. El hombre salió de la cocina, de nuevo el dirección al comedor.

—Puede que esté en su despacho— añadió Risha.

Hasta ese momento, el capitán se había mantenido al margen, pero viendo el estado de la situación, intervino dirigiéndose a Risha.

—Vamos a ir a buscarlo.

Cogió de un brazo a la mujer y salieron también de la cocina. Aryom se quedó a solas con la cocinera.

—Necesito que recuerde qué fue lo que hizo Quirón para ayudarla— insistió el buscador.

19. TASH

Tash y Risha avanzaron rápidamente. Él no tenía mucha idea de hacia dónde debía dirigirse, ya que nunca había estado en las estancias privadas de la posada, pero contaba con poder seguirla a ella.

De pronto se dio cuenta de que seguía cogiendo a Risha por el brazo, y la situación se le volvió embarazosa.

—Perdona, Ris— se disculpó mientras la soltaba y dejaba que fuera ella por delante. Sin contestar, Risha cogió la delantera y guió a Tash por el pasillo que conducía a los despachos. La puerta del de Quirón estaba cerrada y ella, antes de probar a abrir girando la manija, llamó varias veces.

— ¿Quirón? ¿Estás ahí?

Pero nadie respondía.

Tash pensó que no debía estar dentro y abrió directamente. Se encontraron con la habitación vacía. La luz entraba tenue por la ventana, iluminando poco más que la mesa y una silla.

De un simple vistazo quedó patente que Quirón no se encontraba allí, y tampoco rastro alguno de que hubiese salido por la ventana.

—Bien. ¿Dónde más puede estar?— preguntó Tash a Risha.

—No lo sé— contestó ella, indecisa. ¿A dónde habría ido su marido?

—Bueno, volvamos al comedor, quizá el otro buscador lo haya encontrado

— comentó Tash, mientras giraba sobre sí mismo para volver por donde habían entrado.

—Un momento— dijo Risha.

Tash paró en seco, y ella se adelantó hacia otra puerta. Abrió y dejó ver un comedor privado de paredes en tonos amarillos pastel, que sin duda debía ser donde comerían o cenarían en familia, ella y su marido.

—Lo siento— se excusó—. Se me ocurrió que quizá estuviese aquí.

Tash retomó la marcha hacia la parte de la posada que conocía mejor. Estaba en un estado que ni él mismo se podía explicar. Quizá era enfado, pero por otro lado si podía diferenciar cierta euforia.

Cuando llegaron de nuevo a la zona principal, allí estaba Aryom junto a Roy. Era obvio que tampoco habían encontrado a Quirón por allí. El jefe de los buscadores a penas les miró cuando llegaron.

—Veo que tampoco ha habido suerte.

Entonces llegaron los dos buscadores restantes, más altos y fornidos, y se sumaron al corrillo.

—Hay que encontrar al dueño de la posada— dijo Aryom hablándoles a sus compañeros—. La cocinera ha dicho que fue él quien preparó la mayor parte de la comida de reserva. Y por lo visto, no es la primera vez que lo hace. Siempre según ella; Quirón suele ayudarle de vez en cuando. También dice recordar que algunas de las personas que enfermaron y murieron, poco antes habían comido aquí en la posada.

Tash podía atar los cabos fácilmente aunque a los demás les costase. Pero seguía sin comprender por qué Quirón habría podido hacer una cosa así, poniendo tan en peligro su negocio.

—Entonces, ¿él es el responsable de envenenar a toda esa gente?— preguntó Risha, con una expresión inescrutable en el rostro.

—De momento— y Aryom miró a Risha con dureza—, es la teoría más fiable que tenemos. Ahora lo fundamental es encontrarle y hacerle unas preguntas.

—Quizá no haya sido él— le dijo Tash a Risha, comprendiendo lo que debía de rondarle por la cabeza a la mujer.

—Pero si ha sido él...— a Risha se le cortó la voz.

Tash vio que estaba a punto de echarse a llorar. Esperaba que si Quirón resultaba ser el culpable, nadie pensase que ella era su cómplice. Pero no podía estar seguro de qué era lo que aquellos hombres podían creer.

Uno de los buscadores, moreno y corpulento, se acercó a Aryom para decirle algo en voz baja. Aunque intentaba que no le oyera nadie más, su voz profunda y el momento en el que habló, justo cuando los demás se callaban, hizo que pudieran escucharle perfectamente.

—Antes, cuando se fue la sacerdotisa, me pareció que también salía un hombre de la posada— comentó.

— ¿Le viste bien?— le preguntó Aryom.

—En realidad, no. Ahora, al pensarlo, creo que la sombra del zaguán de la entrada le ocultaba en parte— volvió a decir el buscador—. No me hagas mucho caso, Aryom, pero creo que siguió a la sacerdotisa.

— ¿Por qué iba mi marido a seguir a mi hermana?— preguntó Risha, más estupefacta todavía.

—Tranquila Ris, quizá no era él— le puntualizó Tash.

—No había ningún hombre más dentro de la posada, salvo los enfermos y un par de buscadores— corrigió Aryom a Tash, sin pensar en que él lo decía por tranquilizar a Risha. Estaba claro que el líder de los buscadores no destacaba precisamente por tener tacto. Pero a Tash sólo le importaba que Risha no rompiera a llorar desconsoladamente. Sabía lo que ella pensaba. Si era verdad que Quirón era un asesino, la primera víctima había sido su padre. Y saber algo así era un duro golpe.

—Está bien. Iremos a buscar a Paro y averiguaremos si Quirón fue tras ella— dijo tajante Tash.

Todos se pusieron en movimiento: los cuatro buscadores, Risha y él. Salieron por la puerta y avanzaron rápidamente por la calle. Hacía un buen rato que Paro se había ido, argumentando que no quería dejar el templo desatendido tanto tiempo, ahora que estaban en una situación tan crítica. Pues nunca se sabía quién podía necesitar ir a allí. Quizá se encontrase en peligro. Tash esperaba que no fuese así. En el fondo, aunque nunca le cayó bien aquel hombre por haberle quitado lo único que él deseaba haber tenido de verdad, no podía creer que hubiese sido capaz de matar a toda aquella gente.

Iban corriendo muy deprisa, no había nadie en la calle a quien molestar o con quien tropezar. Tras la noticia de los nuevos enfermos y de que esta vez habían sido cinco hombres los que habían enfermado, la gente del pueblo había ido a ocultarse en sus hogares, temerosos. Esperando y rezando, una vez más, por que la plaga no les alcanzase a ellos.

Nadie quería morir de aquel espantoso mal.

Nadie se asomó a las puertas, ni se le ocurriría preguntarles en aquel momento hacia dónde se dirigían, en caso de cruzarse con algún vecino.

En muy poco tiempo habían llegado a la calle del templo, y lo distinguían perfectamente. Cuando de pronto notaron algo extraño. Vieron que salía humo por varios ventanucos de piedra.

— ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?— preguntó Risha, sin aliento por el esfuerzo de llegar allí casi corriendo.

— ¿Es posible que sea fuego? ¿Dentro del templo?— preguntó Tash, anonadado.

Nadie contestó, todos corrieron aún más para llegar a la entrada principal. Se agolparon en la puerta, pero ninguno consiguió abrirla.

— Está cerrada por dentro— dijo Aryom.

— ¡Paro!— gritó Risha al borde de la histeria, mientras golpeaba la madera con los puños— ¡Paro! ¡¿Estás ahí?!

No se escuchó ninguna respuesta, pero creyeron oír algunos ruidos por las rendijas, aunque no se distinguía de donde procedían. Tash pensó que si Paro estaba allí dentro, debía encontrarse casi inconsciente debido al humo.

— Hay que echar la puerta a abajo— sentenció Aryom— Philas, Talo y Roy, buscad algo que usar como ariete. Tenemos que abrirla cuanto antes.

Los tres hombres salieron corriendo, en busca de algo que les sirviese.

Tash empujó la puerta con el hombro, dando golpes una y otra vez. Lo mismo hacía Aryom, a su lado, pero de nada estaba sirviendo.

— ¡Hacedlo a la vez, no una vez cada uno!— dijo casi gritando Risha, por culpa de los nervios.

Pero tampoco les sirvió de nada. Entonces, el buscador moreno y corpulento regresó, portando un banco de madera como si no pesase nada.

— Philas, lo cogemos todos a la vez y empujamos— le dijo Aryom.

Mientras se repartían el peso del banco, los otros dos buscadores, que habían visto de lejos a Philas, se acercaron corriendo de nuevo e intentaron ayudar.

— Señora, mejor apártese, déjeme que me ponga yo— le dijo Roy a Risha.

Pese a que ella quería ayudar, estaba claro que la mejor opción dejar a aquel hombre que ocupara su lugar para tener más fuerza al golpear la puerta.

Tras varios intentos infructuosos, por fin empezaron a oír como crujía la madera de la puerta. Arremetieron una vez más, dando un grito entre todos, y finalmente la puerta cedió, haciendo saltar los goznes y varias astillas.

El humo comenzó a salir. No parecía mucho, pero lo suficiente como para que al principio no pudieran ver el interior.

Tash tuvo que sujetar a Risha, porque parecía que en un intento desesperado se iba a meter dentro sin pensar en las consecuencias ni evaluar la situación.

— ¿Paro? ¡Por favor, contesta!— volvió a gritar, desesperada.

—Risha, escúchame— le dijo Tash mientras la sostenía de los hombros— Te vas a quedar en la puerta, y no vas a entrar. ¿Entendido?

Risha había captado el tono imperativo de Tash, y se debatía consigo misma entre hacerle caso o salir corriendo al interior del templo ennegrecido. Hasta que, finalmente, dejó de intentar escapar de sus brazos y asintió.

—Capitán, acompáñeme. Intente subirse la camisa para taparse la nariz y boca y andar agachado— le dijo Aryom a Tash.

Entraron poco a poco, tanteando el suelo antes de pisar para ver si era seguro. Las llamas lamían los retablos de madera del fondo y de los laterales, al igual que las mesas de ofrendas y algunas sillas. Hacía calor, puede que no fuese como meterse entre las llamas, pero el estar rodeado a varios metros en la redonda haría que fuese abrasador en pocos minutos.

Ambos caminaron con cautela pero sin detenerse: los bancos mas cercanos tardarían muy poco en comenzar a arder, y podrían dificultar la salida.

A medio camino, entre las columnas del pasillo central, creyeron distinguir dos figuras que parecían pelearse. Claramente, la figura más grande dominaba a la otra más pequeña Tash no dudó de que Quirón estaba haciéndole daño a Paro.

A medida que se acercaban, el calor se notó mucho más y todo el ambiente cambió de repente. El humo les rodeó, y sabía que en cualquier momento le seguiría el fuego.

— ¡Suéltame!— oyó Tash gritar a Paro; su voz sonó como distorsionada, pero no tuvo ninguna duda de que era ella. No le dio tiempo a reaccionar antes que el buscador que echó a correr en dirección hacia el hombre que había junto a la sacerdotisa.

—Aryom, ¡espere!— le dijo Tash, pero era tarde; dudaba si quiera de que el hombre le hubiese oído.

Siguió acercándose con dificultad, sujetando el cuello de la camisa sobre su boca y nariz, intentando evitar respirar demasiado rápido aquel aire viciado y oscuro. Vio al buscador llegar hasta las dos figuras que aún parecían pelearse. Una de las sombras, la más pequeña, cayó al suelo, y Tash creyó ver que no se

movía.

Acto seguido el buscador llegó a la altura del otro individuo, y ambos comenzaron a forcejear.

Cuando estuvo a una distancia suficiente como para distinguirlos, Tash vio que el buscador peleaba con Quirón, quien estaba ya ensangrentado por los puñetazos que le propinaba Aryom. Al parecer se había enfurecido hasta el punto de perder el control. Se estaban dando puñetazos y empujones, incluso se golpeaban con trozos de madera ardiendo.

Tash temía que que el buscador hubiese enloquecido de pronto sin razón. Pero no podía seguir perdiendo el tiempo mirando como se peleaban.

En el suelo, a poco más de metro y medio de él, distinguió el cuerpo de Paro, con las ropas más oscuras de lo normal, probablemente por el hollín que se le estaba adhiriendo. Intentó sujetarla y ponerla en pie, pero necesitaba las dos manos, y para ello debía quitarse el trozo de tela de la boca y exponerse a respirar el humo. Y también deseaba ayudar al buscador. Se encontraba en un dilema, porque en realidad todos se encontraban en peligro y debían salir de allí cuanto antes.

—Aryom, tenemos que salir de aquí— le dijo levantando la voz, con la esperanza de que le escuchase y dejase de pelear contra Quirón.

Pero no pareció oírle entre el alboroto del crepitar del fuego y la furia y rabia que descargaba contra el saco que resultaba ser el posadero.

El capitán intentó despertar a Paro, pero parecía imposible, así que tomó la decisión que creyó más correcta en ese momento: Sacar a Paro del templo.

Soltó el trozo de tela con el que se cubría la boca y utilizó las dos manos y brazos para poder cargar con el peso muerto de la sacerdotisa, que se encontraba inconsciente. Quiso darse toda la prisa que pudo, pero el camino estaba obstaculizado con restos astillados de madera. Mientras caminaba tosiendo con la mujer a cuestas, se preguntó si habría sido Quirón el que había destrozado aquello en un arrebato de furia al ser descubierto.

Por fin consiguió echarse a Paro al hombro, lo que le facilitó poder levantar más las rodillas para evitar los obstáculos que se iba encontrando. Era difícil, pero la fuerza le salió de algún lugar desconocido. Solo quería ponerse a salvo y poner a salvo a Paro. Cada vez tosía más. Al quitarse la tela, y tener que estar más erguido, había respirado más humo.

Casi llegando a la puerta, vio a los otros buscadores.

—Sacadlos de allí— dijo como pudo, por culpa de la tos —. En el pasillo

central.

Y por fin salió al exterior, mientras los otros buscadores se adentraban en el infierno del que él estaba saliendo. Dio varios tropiezos mientras boqueaba en busca de aire limpio que poder respirar, e intentaba por todos los medios alejarse y no dejar caer el cuerpo de Paro.

— ¿Qué ha ocurrido?— preguntó ansiosamente Risha, que había acudido a su lado en cuanto les vio salir.

La tos no le dejaba responder en ese momento, así que cuando ya había cruzado media calle, dejó con cuidado el cuerpo de la sacerdotisa sobre la tierra. Sólo esperaba que ella no hubiese sufrido daños mayores. Se apartó y dejó a Risha atender a su hermana.

—Está inconsciente. Habría que llevarla con el médico.

Tash estaba de acuerdo, pero todavía no sabía que había pasado con el resto de buscadores que habían entrado a por Aryom. Ni que había sido de Quirón.

— ¿Y los demás? ¿Porqué no salen?— dijo angustiada Risha, mirando hacia la puerta, de la que seguía saliendo humo.

—No lo sé— fue lo único que pudo contestar Tash sin ahogarse entre nuevos ataques de tos.

Tenía claro que necesitaba que el médico también le viera a él.

Echó una mirada hacia el templo. El humo y algunas llamaradas salían por todas las rendijas posibles, y el ornamentado techo de madera que siempre había sido el orgullo del templo de Ithil, crujía amenazando con derrumbarse en cualquier momento. Se asombró de haber sido capaz de salir con vida de aquel lugar.

Pero ahora que la picazón de ojos le permitía enfocar mejor, se dio cuenta de que el estado de Paro era peor de lo que había supuesto.

20. PARO

Paro se despertó poco a poco y sentía el cuerpo entumecido. Le escocían los ojos y la garganta. Cuando intentó tragar saliva, le pareció que tenía cientos de cristales clavados al final de la lengua. Aún no había abierto los ojos. Tenía miedo de hacerlo y de ver que se podía encontrar. No recordaba casi nada en aquel momento y no sabía dónde estaba, ni tenía claro lo que había pasado.

Los ojos empezaron a llorarle aún con los párpados cerrados. Necesitaba parpadear para ver si ese escozor desaparecía o se le aliviaba, al menos un poco. Cuando se atrevió a hacerlo, vio que donde se hallaba sólo alumbraba la tenue claridad de un candil en una esquina. Lo agradeció mucho, pues estaba segura de que una brillante luz le habría hecho peor a su vista.

Veía borroso, pero podía distinguir las formas. A su lado una figura se movió hasta ella, pero fue incapaz de reconocerla al principio.

—Paro, cariño. Tranquila, estás a salvo— dijo la voz de su hermana Risha.

Era agradable saber que estaba con ella. Le acariciaba el pelo y la frente y le transmitía paz.

Quería hablar, pero cuando lo intentó le sobrevino una gran tos, fuerte y seca que hizo que le pareciera que el pecho se le partía en dos de dolor.

—No, no hables. De momento no deberías— le dijo Risha en tono

tranquilizador—. El médico ha dicho que te iba a doler terriblemente la garganta, así que será mejor que la descanses.

En eso estaba de acuerdo. Si cada vez que lo intentaba iba a darle aquellos tos horrible, sería lo mejor.

—Voy a llamarle para que te examine. Tú quédate quieta y no te preocupes por nada.

La figura borrosa que era su hermana se alejó y pareció salir de la habitación. Se quedó sola, y otra vez se preguntó dónde estaría. Era probable que en la posada de El Lobo de Plata.

Empezaba a recordar algo de lo que había pasado. Recordaba fuego. Ese debía ser el motivo por el que le ardían los ojos y la garganta. Ella estaba en mitad del fuego. Pero no sabía cómo había salido de allí. Dos lágrimas le rodaron por las mejillas. Había discutido con Quirón. Cuando estaba pensando en las palabras exactas que éste le había dicho, entraron a la habitación dos figuras. La primera era su hermana, podía distinguirla vagamente. La otra figura era más masculina; aunque seguía viendo borroso, distinguía el porte y la altura.

Hubiera querido saludar, pero volvió a empezar a toser, y entre eso y las lágrimas, pensó que debía de estar ofreciendo una imagen terrible.

—No hable, sacerdotisa. Si lo hace es probable que no pare de toser— dijo la voz del hombre, que no reconoció—. Soy el buscador Taren, el médico. No se preocupe. Ahora que ha despertado, todo irá mejor.

Lo siguiente que le vino a la cabeza fue preguntarse cuánto tiempo llevaría inconsciente, pero no podía preguntar sin que los afilados cristales que parecían estar en su garganta se clavasen cada vez más. Quería saberlo, pero ¿cómo iba a preguntar?

Levantó una mano e intentó asir a su hermana.

—Eh, Paro. Venga, tranquila, cariño. Ya pasó todo— le dijo su hermana Risha, mientras cogía su mano

Seguía llorando, pero no porque quisiese. Ahora que sus ojos habían empezado, parecía que no querían parar. Se tocó las mejillas y las notó ásperas, aunque no sabía si era por su cara o sus manos.

— ¿Por qué llora tanto?— oyó preguntar a su hermana.

—Sus ojos están limpiándose e intentan librarse de todo el humo. Es normal— dijo el médico—. Probablemente también vea algo borroso al principio.

Como quería poder participar de la conversación, Paro asintió varias veces,

para hacerles entender que era cierto. Que veía borroso.

—Sí, ¿lo ve?— dijo el hombre hablándole a Risha primero—. No hay de qué preocuparse, sacerdotisa. Es algo que suele pasar. Al capitán le ocurrió lo mismo y ya se encuentra mucho mejor. Puede ser cuestión de unas horas. No hay qué alarmarse.

La mención de Tash le sorprendió. No recordaba que él estuviese presente cuando comenzó el incendio. Retazos de recuerdos acudieron a su memoria, recordaba cómo había empezado el incendio. Miró a Risha y le apretó la mano. Quería saber que le había pasado a Tash.

—No te preocupes, Paro— le dijo su hermana y, aunque no podía verla con claridad, supo que lloraba.

* * *

Al día siguiente, tras pasar la noche prácticamente en vela por culpa del dolor de garganta, constató que podía ver mejor. Su hermana no se había separado de ella, y le había estado dando algunas medicinas que el médico le había encomendado tomar. Los líquidos abrasaban al bajar por su garganta, pero sabía que si quería recuperarse tenía que tomarse todo aquello sin chistar.

Tenía sueño, pero cuando intentaba dormir un poco, a su mente llegaban a borbotones las escenas del incendio. La pelea que había tenido con su cuñado, cómo había ido a su encuentro, gritando y hecho una furia. Había destrozado todo lo que había encontrado a su paso, para finalmente coger los candiles encendidos y llenos de aceite, y lanzarlos contra todo lo que pudo.

Deseaba poder volver a hablar para decirle a su hermana lo que había pasado. Por retazos de la conversación que había escuchado de Risha con otras personas en el pasillo, fuera de la habitación, descubrió que Quirón había fallecido en el incendio. Al parecer, abrasado por las llamas. Quizá fuese duro pensarlo, pero Paro se alegraba de no tener que hablar en su funeral, pues ya estaba hecho.

No sentía fuerzas para desayunar, pero Risha le había traído un caldo frío hecho por Siora.

—Sé que te debe de doler horrores la garganta, pero después de tres días es mejor que empieces a comer algo— le comentó su hermana—. El médico dice que empieces poco a poco, te sentará bien.

Le colocó el cuenco de caldo cerca, e intentó darle de comer como si fuera un bebé. A Paro le hizo gracia, pero se lo quitó de las manos a su hermana.

Prefería comer por ella misma. Además, el gesto y las ganas de reír le habían provocado otro ataque de tos.

—Perdona— se excusó Risha—. Nunca he hecho de enfermera y no sé lo que debo hacer y lo que no.

Paro le sonrió para quitarle importancia y comenzó a darle tragos cortos al caldo. Pese a que no estaba caliente, hacía que la garganta le quemase. Se sentía mejor que el día anterior, pero seguía sintiendo que se le desgarraba el pecho cuando respiraba.

—Me alegro mucho de verte mejorar— dijo su hermana —. La verdad es que no sé que hubiese hecho si te hubiese perdido a ti también.

Casi parecía que Risha hablara para sí misma. Entre ellas la comunicación nunca había sido fácil, aunque últimamente hubiesen salido a la luz diversos pensamientos que se habían mantenido callados. Parecía que ahora su hermana tenía ganas de expresarse, y no podía culparla por ello. Paro suponía que ya todos en el pueblo sabían que había sido su cuñado el que había envenenado y matado a toda esa gente. Incluyendo a Ánticus.

—Siento mucho lo que hizo. Sé que es imposible excusarlo, pero de algún modo supongo que me siento responsable.

Paro se sorprendió de que Risha hablase de Quirón. Era justo lo que ella estaba pensando. Pero no podía decirlo en voz alta.

Estaba deseando que se le pasasen esos accesos de tos que le sobrevenían cada vez que intentaba hablar. Ni siquiera llegaba a poder decir un monosílabo. Pero al menos podía contestar afirmativamente o negativamente moviendo la cabeza.

— ¿Recuerdas lo que pasó en el templo?— le preguntó su hermana, seguramente ansiosa por saber más.

Paro dejó a un lado el cuenco que no conseguía acabarse e, intentado poner cara de abatimiento, afirmó con la cabeza.

— ¿Fue Quirón quién comenzó el fuego?— volvió a preguntar Risha.

Paro volvió a afirmar con la cabeza.

—Entonces es casi como si se hubiese suicidado— dijo, apesadumbrada—. Cuando llegamos, la puerta de entrada estaba cerrada por dentro. Nos costó mucho abrirla. Y cuando lo hicimos, el humo y el fuego ya estaban por todas partes. Y tú no contestabas cuando te llamaba. Me asusté tantísimo...

Las últimas palabras las añadió mientras cogía la mano de Paro y la apretaba dulcemente. A su vez, ella le devolvió el gesto de cariño

acariciándole con la mano libre.

—Lo siento muchísimo también por el templo. Ha quedado destrozado. Sólo algunas piedras han resistido al incendio, gracias a ellas el fuego no llegó a otros edificios — le dijo su hermana—. Pero me temo que se ha quedado prácticamente en nada.

Aquello le dolió bastante. Quedarse sin el templo significaba que se quedaba sin casa, que lo había perdido todo. Se habían destruido todos sus recuerdos y los recuerdos de las mujeres que habían vivido allí antes que ella.

—Sabemos que fue Quirón el que envenenaba a la gente. Pero no sabemos por qué lo hacía— dijo Risha.

Paro se llevó una mano al pecho para indicar que ella sí, mientras asentía afirmativamente.

— ¿Te dijo porqué?— preguntó sorprendida Risha.

Y Paro volvió a decir que sí. Y señaló a su hermana, esperando que ella entendiera lo que quería decirle con aquel gesto.

— ¿Fue por mí?— dijo de nuevo, más sorprendida aún.

Paro intentó hacer gestos para explicarle que sólo en parte, que había más.

—No comprendo eso— dijo, algo frustrada—. Ojalá tuvieses bien la garganta para poder decírnoslo. Hay mucha gente que quiere saber el motivo. Sobre todo, las familias de la gente a la que mató.

Paro imaginaba la ira y desconcierto del resto del pueblo. Tenía suerte de que su hermana por el momento la mantuviese al margen de todos. Como sacerdotisa, tendría que escuchar a mucha gente, aunque ya no hubiese un sitio concreto donde hacerlo.

Tocaron a la puerta, y su hermana se levantó para ir a abrir. Al otro lado, Taren venía con su equipo médico.

—Vengo para hacerle una revisión a la sacerdotisa.

—Por supuesto, pase— le contestó Risha.

Taren entró sin prisa y colocó sus cosas en la mesilla, al lado del cuenco de caldo que Paro no se había terminado. Lo miró un momento y volvió su vista hacia ella en señal reprobatoria.

—Supongo que no hará falta que le diga, sacerdotisa, que debe comer, ¿verdad?

Paro sonrió y se señaló la garganta.

—Bueno, pero debería ir intentando hablar poco a poco, sin forzarse, de modo suave, susurrando. Sé que toserá y le dolerá, pero hágalo poco a poco,

¿de acuerdo?

Y Paro asintió, conforme. De todos modos, estaba deseando poder hablar. Se sentía bastante indefensa, aunque podía intentar escribir y terminar de contarle a su hermana lo que había pasado.

Dejó que el médico la auscultase tranquilamente. Le hizo abrir la boca para mirarle la garganta a la luz del candil, y comprobó su pulso, aunque ella sabía que de todo lo demás estaba bien. También la auscultó, escuchando su respiración cuidadosamente, por si se oía algún sonido extraño en su pecho. Pero, en principio, el hombre quedó satisfecho y no cambió la medicación que ya estaba tomando.

—Mi única recomendación, por el momento, es que coma. No quiero que el cuerpo se debilite más y empeore la situación— dijo Taren.

—Claro, buscador. No se preocupe, que ahora mismo se va a acabar todo el cuenco— dijo su hermana.

Paro no quería tener que quejarse como una niña, bastante preocupados estaban ya por su causa, y se avergonzaba por ello. Cuando el médico se hubo ido, pidió a su hermana con gestos algo con lo que escribir, quizá así podría poner fin a la incertidumbre en la que estaban sumidos los demás.

Risha entendió a la primera el gesto de escribir.

— ¡Claro!— exclamó—. No sé cómo no se me ocurrió antes. Enseguida vuelvo.

Se marchó de la habitación sin hacer mucho ruido. Paro se dio cuenta del silencio que le rodeaba. Ni siquiera lograba escuchar sonidos de la calle. Se suponía que aquella ventana debía dar a la calle, aunque no era capaz de orientarse y no sabía con seguridad hacia qué lado daba, pero algo debería escuchar. Si el pueblo volvía a la normalidad por fin, la gente debería estar contenta y por las calles, prácticamente festejándolo.

Risha no tardó demasiado en volver. Traía muchas hojas en blanco y varios lápices como los de los niños. Se los tendió y debajo le puso un libro grueso para que se apoyase.

Pero cuando estuvo lista, se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar. No sabía qué decirle, y no se encontraba cómoda para escribir algo parecido a una carta, con ella delante.

Por suerte, Risha comenzó a hacerle preguntas de nuevo.

—Vale... Antes no entendí qué querías decir. Sólo comprendí que Quirón lo hizo por mí, y por algo más. ¿Por qué?

Paro comprendía la preocupación de su hermana. Ella no quería ser la causante de que aquel hombre hubiese matado a tanta gente, ni que hubiese matado a su padre por ella. Así que le escribió lo que quería oír y se lo enseñó.

—Lo hizo porque quería irse de Ithil... ¿Se volvió loco sólo porque yo no quería irme a la Capital?

Paro sabía que sería difícil, y más si no podía replicarle todo lo rápido que hubiese querido.

Le escribió lo que él le había dicho en el momento en que había entrado al templo hecho una furia.

* * *

Quirón deseaba irse del pueblo desde hacía años, pero también la quería, así que quería que se fuese con él, aunque Risha no cedía. Al parecer primero le retuvieron sus padres y después ella. Mató a Ánticus pensando que así rompería los lazos con Ithil, pero no contó con que aquello haría que se volcase más con la comunidad y su trabajo. Tras aquel fallo, por lo visto le cogió el gusto a matar, le pareció excitante. Quirón decidió matar a más gente, para hacer parecer a Ithil un lugar inseguro. Poco a poco surgió la idea de una plaga misteriosa, que aprovechó para intentar asustar a su mujer para que se fuese de allí con él. Al final, al no haberlo conseguido y viendo que podía ser descubierto, quiso matar a Paro, porque era el único vínculo que creía que le faltaba por destruir para poder irse de allí con su mujer.

* * *

Le había costado resumir en aquellas palabras lo que Quirón le había dicho antes de romper varias cosas en el templo, por pura furia, y prenderle fuego. Había añadido tal vez alguna expresión o palabras de su propia cosecha, pero sólo para no hacérselo más difícil a su hermana.

Risha lo había leído todo y se había quedado callada.

—Si me hubiese ido de aquí nadie habría muerto. Esto es culpa mía— dijo finalmente, abatida.

Aquella reacción era justo la que no quería Paro. Quizá sus palabras escritas habían sido demasiado concisas. Y le tendió de nuevo otro papel con una frase.

—Sí, ahora me doy cuenta de que estaba loco. Pero no habría hecho todo aquello si yo no hubiese sido tan cabezota— dijo Risha.

Paro le escribió que no debía sentirse culpable. El único culpable de

aquella desgracia había sido aquel hombre que ya estaba perturbado, antes incluso de que todo aquello hubiese empezado. Pues si no, no hubiese cometido aquellos actos tan perversos sin ninguna piedad ni arrepentimiento.

No tenía muy claro si su hermana entendería todo aquello, y si llegaría a superar la pérdida y la culpabilidad algún día. Pero la tendría a ella para ayudarla en lo que hiciese falta.

Para cambiar de tema, Paro preguntó por los buscadores en general y por los trabajadores de Genuin que habían enfermado. Quería saber si estaban todos bien, Para no mostrar interés solo en ellos, también preguntó por Tash y por Siora.

—Tash se está recuperando. Cuando te sacó del templo tragó mucho humo y ha tenido problemas como los tuyos, en la garganta y los ojos— le informó Risha—. Pero ya ve bien, no le lloran tanto los ojos y puede hablar sin toser apenas.

Paro asintió complacida al saber que su rescatador se encontraba mejor que ella. No se hubiese perdonado que, por sacarla a ella de aquel infierno, él hubiese sufrido heridas irreversibles.

—Siora está hecha un mar de lágrimas, pero está bien. Sigue trabajando y ha dicho que no me va a dejar sola en la posada por nada del mundo— dijo con una sonrisa su hermana—. Yo se lo agradezco muchísimo. Vamos a necesitar todo el apoyo posible.

Eso estaba bien. A Paro le gustaba saber que al menos Risha continuaba teniendo a alguien a su lado.

—Los trabajadores y el buscador Edine también se encuentran muchísimo mejor— le dijo con alivio patente—. Gracias a la medicación que les ha estado administrando el buscador Taren. No sé qué habría pasado si él no hubiese descubierto el veneno que utilizaba Quirón... Era algo que le compraba a un nómada en Genuin. Tash mandó el aviso, y las autoridades de allí ya están buscando a ese hombre. Y por otro lado— continuó diciendo su hermana—, tengo que decirte algo que habíamos pensado no contarte aún, porque tanto Tash como yo pensábamos que entorpecería tu recuperación, pero...

Risha hizo un silencio incómodo y Paro temió que fuese a darle una noticia terrible. Por suerte, todo lo demás había salido muy bien. Pero quedaba alguien a quién Risha no había mencionado.

—Sé que sientes o sentías algo por Aryom— a Paro le pareció que se le

paraba el corazón en seco—. El buscador entró con Tash al templo cuando descubrimos el incendio. Es probable que no te acuerdes. Tash me ha dicho que tú estabas desmayada en el suelo por un golpe de Quirón, cuando Aryom se abalanzó sobre mi marido para detenerlo.

Paro se puso nerviosa. Sabía que ella había salido del templo gracias a Tash, pero también sabía que Quirón había muerto abrasado en el fuego ¿Y si Aryom había corrido con la misma suerte? Estaba alterada, y en su estado de agitación se olvidó de que si intentaba hablar le podía sobrevenir un acceso de tos. Intentó preguntar por Aryom, pero lo único que consiguió fue que pareciera que se le partía el pecho en dos. El dolor hizo que hasta se le saltasen las lágrimas.

Risha, alertada por aquella reacción, intentó calmarla y que se tomase parte de la medicina para la garganta.

—Paro, por favor. Tranquilízate. Aryom está vivo. Está vivo, Paro, respira — le decía incesantemente Risha.

Intentó calmarse como le pedía su hermana, agarrándose a la idea de que seguía vivo, aunque no imaginaba en qué estado. Pero le resultaba difícil ahora que le había venido aquella tos. Quiso coger de nuevo los papeles y los lápices, que se habían desparramado por culpa de su violento ataque. Quería preguntar por Aryom, quería saber qué le había sucedido. Pero no atinaba a coger nada.

—Paro, Aryom está sedado— dijo Risha como si le leyese el pensamiento a su hermana—. Taren lo mantiene así para que no le duela el cuerpo.

Paro miró interrogante a Risha pese a la tos.

—Lo siento, cariño— le dijo dulcemente—. Él ha sufrido graves quemaduras en bastantes partes del cuerpo. Taren cree que todo irá bien, pero cuando cicatrice es posible que le duela.

Paro se echó a llorar de nuevo. No podía imaginar a aquel hombre fuerte y vivaz, lleno de cicatrices por quemaduras y sufriendo.

—Va a necesitar apoyo y mucha ayuda— continuó su hermana—. Taren me ha dicho que tampoco se sabe qué va a poder recordar. Si el fuego le ha causado algún trauma o no.

Risha le acariciaba el pelo a Paro, en un vano intento de consolarla. Ella solo sentía que necesitaba verle, fuese como fuese.

Quiso levantarse de la cama. Si ella estaba en la posada atendida por su hermana y Taren, allí también tenía que estar Aryom, en alguna otra habitación.

Puesto que el médico preferiría tenerlos a todos bajo un mismo techo. Y con esa idea intentó levantarse y salir a buscarle.

— ¿Adónde vas? ¿Paro?— le preguntó Risha, alarmada.

Como no había podido coger de nuevo los papeles y los lápices, no sabía cómo decirle rápidamente a su hermana a donde quería dirigirse. Solo se le ocurrió señalarse al corazón y hacia la puerta. Esperando que su hermana comprendiese los gestos. Fue suficiente para que Risha lo entendiese y se pusiese a su lado para acompañarla.

—Espera, ponte una bata encima— le aconsejó su hermana mientras le ayudaba a ponerse una—. Esto está lleno de hombres y no quiero que nadie te vea en camisión, aparte del médico.

Paro pensaba que para lo único que servía aquello era para perder tiempo. Quería ir y ver con sus propios ojos a Aryom. Pero su hermana insistía en dejarla lo más presentable posible para las miradas de los hombres.

—Vamos, agárrate a mí si te ves sin fuerzas.

Paro se sujetó del brazo de su hermana, no porque le fuesen a fallar las piernas en cualquier momento, cosa que también era posible, sino porque no sabía qué se iba a encontrar ni cual podría ser su reacción.

Salieron por la puerta de la habitación. Paro no distinguió si había algún número escrito, porque aún veía algo borroso. Las lágrimas le habían ayudado a limpiar los ojos, pero todavía escocía y no terminaba de ver en condiciones.

Recorrieron un pasillo que no reconocía. No creía haber pasado por allí nunca.

—Tenemos que andar un poquito, porque los buscadores están en la parte de la posada abierta para la gente. Pero a ti te traje a la parte privada— le dijo Risha, despejando sus dudas. Ya suponía que estaba en una zona no conocida de la posada, pero tampoco había esperado que Risha la llevase a las habitaciones de los dueños.

Iban despacio. Paro quería ir más rápido, pero Risha parecía contenerla para que no corriese.

Cuando por fin alcanzaron el pasillo que buscaban, casi todos los buscadores estaban allí, en silencio. Paro incluso pudo distinguir a Tash de pie con ellos, como si fuese uno más del grupo.

Cuando el capitán las vio, se acercó hasta ellas interceptando su camino.

— ¡Cómo me alegro de verte otra vez en pie, Paro!— exclamó, contento, dejando entreoír su carraspera.

—Estoy segura de que ella también se alegra. Te lo dirá en cuanto pueda hablar— contestó su hermana por ella.

Paro asintió para darle la razón a Risha, aunque no era capaz de sonreír y lo único que hacía era mirar por encima del hombro del capitán de la Guardia.

—Supongo que habéis venido a interesaros por Aryom— dijo Tash, y se vio interrumpido por un leve acceso de tos.

—Quizá no deberías estar de cháchara con el resto y tendrías que estar descansando— dijo Risha, autoritaria.

A Tash le dio la risa y, por consiguiente, más tos.

En cualquier otro momento, Paro habría disfrutado de la complicidad que parecían estar recuperando entre ellos, pero en aquel instante lo único que quería era seguir avanzando. Tiró levemente del brazo con el que la sujetaba Risha, y ésta pareció darse cuenta.

—Vamos a ver al buscador. Y tú, a descansar— dijo Risha mientras dejaban atrás al capitán.

Pasaron por delante de los demás buscadores y todos sonrieron a las mujeres. Paro pensó que quizá la situación no fuese tan grave. Si ellos sonreían a modo de saludo, quizá Aryom no estaba tan mal como su hermana le había hecho creer.

Por fin llegaron a la habitación. Recorrer aquel pasillo se le había hecho eterno a Paro. Antes de abrir, Risha quiso llamar a la puerta para avisar de que entraban, aunque Paro, que ya no soportaba la espera, ya estaba girando la manija mientras su hermana llamaba.

Se encontraron al médico encorvado sobre la cama. Al parecer, inspeccionando al herido.

— ¿No os tengo dicho que no entréis así?— dijo el médico con voz algo enfadada mientras se giraba hacia ellas.

Cuando se dio cuenta de que no eran los buscadores, que seguían en el pasillo, se disculpó enseguida.

—Perdonen, señoras. Pensé que eran mis compañeros— dijo Taren—. Se han puesto un poco pesados cuando se han dado cuenta de que Aryom ha despertado, y han alterado al paciente.

Risha contestó algo al médico, pero Paro ya no escuchaba nada. Había avanzado sola y se había colocado al lado de la cama de Aryom. Cogió un taburete que debía haber estado usando Taren y se sentó al lado de la cama contemplando al buscador que yacía en ella.

Se le saltaban las lágrimas, pero sonreía. Aryom también la estaba mirando e intentó sonreír, aunque se notaba que le dolía. En la mano que tenía al descubierto, Aryom sujetaba tres flores secas de color naranja oscuro. Ella cogió la otra mano que tenía vendada y le dio un suave beso que estaba segura de que él no había podido sentir, pero al menos sí había podido ver todo lo que necesitaba en aquel gesto.